



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXVIII, Vol. CLXIV, Núm. 3 (mayo-junio de 1969).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXVIII

3

MAYO-JUNIO
1969

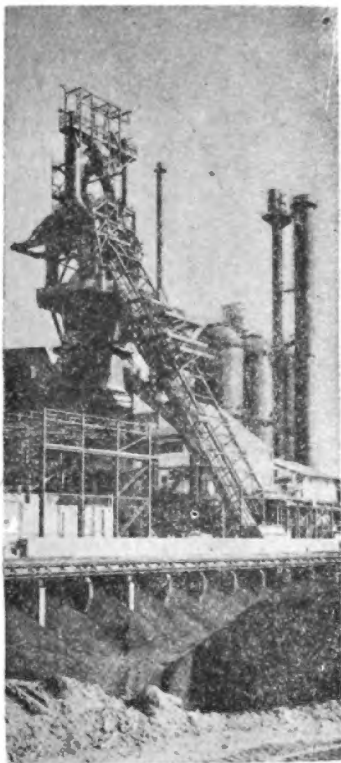
INDICE

Pág. 3



LA PRIMERA
INDUSTRIA SIDERURGICA INTEGRADA
EN AMERICA LATINA
Y ACTUALMENTE
LA MAS MODERNA

1903



1968



CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S.A.

Si usted invierte
inteligentemente
sus ahorros
rendirán
más



No necesita una fortuna, invierta desde 100 pesos y gane intereses hasta del 10.60% anual.

Consulte nuestro servicio de administración gratuito.



NACIONAL FINANCIERA, S.A.

E. la Católica No. 51, México 1, D. F. — 16 de Sept. No. 446, Guadalajara, Jalisco.
BANCO MERCANTIL DE MONTERREY, S. A., y Sucursales.

DOCE LIBROS DE NUESTRO TIEMPO

Colección: Los Grandes Problemas Nacionales

1. *México: riqueza y miseria*, por Alonso Aguilar M. y Fernando Carmona. (2a. ed.) \$25.00
2. *La educación; historia, obstáculos, perspectivas*, por Leonardo Gómez Navas, Guillermo Montaña, Fernando Carmona, Guillermo Bonfil y Jorge Carrión \$30.00
3. *Nuestros recursos naturales (climas, agua, suelos)*, por Angel Bassols Batalla \$32.00
4. *El pensamiento de Obregón*, por Narciso Bassols Batalla \$36.00
5. *El pensamiento de Ponciano Arriaga*, por Ricardo J. Zevada \$28.00
6. *Ghana: el fin de una ilusión*, por Bob Fitch y Mary Oppenheimer \$32.00
7. *Autobiografía y asesinato de Rubén Jaramillo*, por Rubén M. Jaramillo y Froylán C. Manjarrez \$27.00
8. *Vietnam, crimen del Imperialismo*, por Luis Quintanilla, Ignacio García Téllez, Jorge Carrión, Francisco Martínez de la Vega y Alonso Aguilar Monteverde \$27.00
9. *Obstáculos al desarrollo y planificación*, por Ignacy Sachs \$32.00
10. *Guatemala, país ocupado*, por Eduardo Galeano; apéndice por Luis Cardoza y Aragón \$24.00
11. *Integración económica e imperialismo*, por Mauro Jiménez Lazcano \$30.00
12. *La Iglesia, el subdesarrollo y la Revolución*, por Bernardo Castro Villagrana, Horacio Labastida, J. J. García, Javier Rondero, Víctor Flores Olea, Karl Lenkersdorf, Francisco Lage Pessoa, Elías Condal, Tomás G. Allaz y Sergio Méndez Arceo \$42.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Diseño de la Portada: Gustavo Sainz

Dibujo: Ignacio Aguirre

Presa Nejapa Núm. 158

Tel. 20-81-58

NOVEDAD

JAMES WILKIE y EDNA M. DE WILKIE

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas con Ramón Beteta, político y hacendista; Marte R. Gómez, agrarista; Manuel Gómez Morín, fundador del Partido Acción Nacional; Vicente Lombardo Toledano, teórico y militante marxista; Miguel Palomar y Vizcarra, un católico militante; Emilio Portes Gil, expresidente de México; y Jesús Silva Herzog, economista e historiador.

El mayor elogio que puede hacerse de este interesantísimo libro, es el de que después de su lectura será menester llevar a cabo rectificaciones importantes acerca de la historia contemporánea de México. Todos los entrevistados han tenido participación en la vida del país tanto por medio de la acción cuanto por sus ideas contenidas en sus libros, revistas y periódicos; y, por otra parte, hay buen número de datos autobiográficos de cada una de tan distinguidas personalidades.



P r e c i o s :

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	100.00	
Extranjero		9.00

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 75-00-17

MEXICO 1968



Un útil libro de
consulta sobre
el México
de nuestros días

A comprehensive
handbook on
today's Mexico

Pedidos a | Orders to

**BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.**

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Venustiano Carranza 32 México 1, D. F.

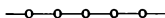
\$ 50.00

Dls. 4.00

GANARAS LA LUZ

Por
LEON FELIPE

Puede usted leer este libro del gran poeta español recientemente fallecido en la ciudad de México, adquiriendo el número 6 de 1968 de la revista *Cuadernos Americanos*. Publicación íntegra y fiel del libro de esta Editorial que dio a la luz pública en 1943.



Precios:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	30.00	
América y España		2.60
Europa y otros continentes		2.90

De venta en las principales librerías.

EL PENSAMIENTO ECONOMICO,
SOCIAL Y POLITICO DE MEXICO

1810-1964

Un nuevo libro
de
JESUS SILVA HERZOG

Obra indispensable para conocer la trayectoria del pensamiento mexicano en el curso de 154 años. Obra única en su género, resultado de laboriosas investigaciones que ocuparon al autor durante más de 4 lustros.

Empastado en tela gris con cubrepolvo y solapas. 750 págs. con 50 retratos. 16 x 24.

PRECIOS:

	<i>Dls.</i>	<i>Pesos</i>
México		70.00
Extranjero .	6.00	

Ediciones del Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Apartado Postal 965

México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Tel.: 75-00-17

De venta en las mejores librerías

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	Dls.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOG. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política	20.00	2.00
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA ALEMÁN	10.00	1.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	70.00	6.00



De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

J. WOMACK, Jr.

Zapata y la revolución mexicana
484 pp. Ilustrado. Empastado

P. BARAN Y P. SWEEZY

El capital monopolista
312 pp. 2ª edición

P. GONZALEZ CASANOVA

Sociología de la explotación
292 pp.

VARIOS AUTORES

Poesía en movimiento
2ª edición 500 pp.

A. VASQUEZ Y F. OURY

Hacia una pedagogía del siglo xx
260 pp.

H. MARCUSE

El fin de la utopía
5ª edición. 172 pp.

En todas las librerías de América o en

GABRIEL MANCERA 65. MEXICO 12, D. F.

MANEJE

AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL.35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de 2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas, sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dls.
México	500.00	
Extranjero		50.00

Del mismo autor:

"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00
--	-------	------



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 75-00-17

LA CERVEZA

BEBIDA DIGNA DE ENTRAR EN SU HOGAR



Para su hogar, para comer entre los suyos, usted busca una bebida sana, higiénica y pura: una bebida elaborada con elementos de alto valor nutritivo y de sabor delicado y agradable. Esa bebida es la cerveza.

Como complemento de la comida hogareña, tome cerveza.

Cuando llegue el momento del descanso, rodeado por los suyos, tenga siempre a la mano una cerveza, la bebida que por sus extraordinarias cualidades, por su bajo contenido alcohólico, es digna de estar en su hogar.

Y como para llevar a su hogar quiere usted siempre lo mejor de lo mejor, llevará cerveza —la bebida que es el orgullo de la industria cervecera nacional— porque la cerveza de México está reconocida como la mejor del mundo.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

BIBLIOTECA JOSE PORRUA ESTRADA
DE HISTORIA MEXICANA
DIRIGIDA POR JORGE GURRIA LACROIX

PRIMERA SERIE
LA CONQUISTA

- V. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México, hecha por un gentilhombre del señor Fernando Cortés* [El Conquistador Anónimo]. Traducción del italiano por el doctor Francisco de la Maza. México, 1961. 135 páginas, 3 grabados. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel Córscican, portada a dos tintas. Rústica \$ 150.00

Contenido del volumen: Noticias bibliográficas por Jorge Gurria Lacroix; estudio de don Federico Gómez de Orozco; texto de *El Conquistador Anónimo* en español, notas a pie de plana de H. Ternaux Compans, Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, León Díaz Cárdenas y Francisco de la Maza. Como Apéndices se publican estudios de don Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, doctor Edmundo O'Gorman, profesor León Díaz Cárdenas, don Alfredo Chavero, la reproducción facsimilar de la primera edición en italiano de la *Relación* e índices Onomástico y General.

- VI. *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Anglería, Primer Cronista de Indias*. Traducción del latín por Agustín Millares Carlo. México, 1964-1965. 794 páginas, 2 volúmenes. Rústica.

Tirada de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel RLCH de 106 gramos \$ 300.00

Tirada de 1,750 ejemplares, impresa sobre papel RLCH de 75 gramos \$ 150.00

Contenido del volumen: Pedro Mártir y el Proceso de América por Edmundo O'Gorman; Datos Biográficos de Pedro Mártir por Edmundo O'Gorman; Cronología de Composición de las Ocho Décadas por Edmundo O'Gorman; Bibliografía de Pedro Mártir de Anglería por Joseph H. Sinclair, puesta al día por Agustín Millares Carlo; texto de las *Décadas* en español; índices de Nombres y General.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 6856
TELEFONOS: 12-12-86 y 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942	60.00	5.00	5.30
1943	Número 6	60.00	5.00	5.30
1944	Números 2, 3, 5 y 6	60.00	5.00	5.30
1945	Número 6	60.00	5.00	5.30
1946	60.00	5.00	5.30
1947	Número 6	60.00	5.00	5.30
1948	Números 4, 5 y 6	60.00	5.00	5.30
1949	Los seis números	60.00	5.00	5.30
1950	Números 1	50.00	4.20	4.50
1951	Número 6	50.00	4.20	4.50
1952	Número 4	50.00	4.20	4.50
1953	Números 3 al 6	50.00	4.20	4.50
1954	Números 3, 5 y 6	50.00	4.20	4.50
1955	Números 1 y 6	50.00	4.20	4.50
1956	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1957	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1958	Números 2, 3 y 6	40.00	3.40	3.70
1959	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1960	Números 1 y 6	40.00	3.40	3.70
1961	Números 5 y 6	30.00	2.60	2.90
1962	Números 3 al 6	30.00	2.60	2.90
1963	Números 3, 4, 5 y 6	30.00	2.60	2.90
1964	Los seis números	30.00	2.60	2.90
1965	Los seis números	30.00	2.60	2.90
1966	Números 1, 2, 3, 4, 5 y 6	30.00	2.60	2.90
1967	30.00	2.60	2.90
1968	Números 5 y 6	30.00	2.60	2.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00	
Otros países de América y España		Dls. 9.00
Europa y otros continentes		„ 11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE:

México	\$ 20.00	
Otros países de América y España		Dls. 1.80
Europa y otros continentes		„ 2.20

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyocacán 1035 Apartado Postal 965

o por teléfono al 75-00-17

México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Av. Juárez No. 92-94

México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

NOVEDAD

ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO
MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL

por

LUCILA LEAL DE ARAUJO

Un libro escrito por una distinguida economista que conoce a fondo el asunto de que trata.

La autora estudió la institución desde 1944 en que inició sus labores hasta 1963.

Un libro informativo y de actualidad, de interés no sólo para México sino para todos los países de América y muchos más de otros continentes.

●
PRECIOS:

	Pesos	Dólares
México	\$ 25.00	
Exterior		2.50

De venta en las mejores librerías.

●
Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 75-00-17

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXVIII

VOL. CLXIV

3

MAYO-JUNIO

1969

MÉXICO, D. F., 1º DE MAYO DE 1969

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG



Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ



**Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia**

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO
AV. COYOACÁN 1035 **MÉXICO 12, D. F.**

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3

Mayo-Junio

Vol. CLXIV

INDICE

	<i>Págs.</i>
NUESTRO TIEMPO	
F. COSSÍO DEL POMAR. Militarismo en América Latina	7
MARIO MONTEFORTE TOLEDO. La Política Militar de los Estados Unidos en Centroamérica	30
GRACIELA MENDOZA. Gerardo Molina habla de la inquietud estudiantil y otros problemas fundamentales	44
JESÚS CAMBRE MARIÑO. Educación y desarrollo en España	50
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
ZUNILDA GERTEL. Borges y su concepto de la unidad y pluralidad del Ser	79
GUILLERMO DÍAZ DOIN. Revolución y potestad constituyente	89
MIGUEL BUENO. La vocación filosófica y la filosofía	101
 PRESENCIA DEL PASADO	
ARMANDO ZARATE. La Poesía y el ojo en "La Celestina"	119
ANTONIO SACOTO. García Moreno y la política en la obra de Montalvo	137
Instrumentos musicales precortesianos, por JOSÉ CORONA NÚÑEZ	156
 DIMENSION IMAGINARIA	
RÓMULO GALLEGOS. La brasa en el pico del cuervo	163
JAIME DÍAZ ROZZOTTO. Orígenes y originalidad de la Literatura Guatemalteca	202

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ. A propósito del hispanismo norteamericano	221
MARTHA PALEY DE FRANCESCATO. Julio Cortazar y un modelo para armar ya armado	235
ALEJANDRO PATERNAIN. La Raíz del Fuego(La imagen de Sara de Ibañez)	242
La noche de los asesinos, por JULIO ORTEGA	262

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publica- ciones	271
---	-----

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a pág.
Trompetero y bailarín teotihuacano modelados en barro, altura 5 y 12 cm. respectivamente. (Col. Stavenhagen. Foto de Irmgard Groth)	160
Escultura de barro café pulido representando un tocador de flauta de Pan, altura 35 cm. Culturas de Occidente, fase Colima. (Museo Regional de Guadalajara)	"
Tres flautas de Xochipala, Guerrero; largo 22.8, 32, y 22.8 cm. Cul- turas de Occidente, fase Guerrero. La flauta travesera de en medio es probablemente una versión en barro de la flauta europea de ese tipo introducida a raíz de la conquista. (Col. Martí. Foto Luis de Quintero)	"
Flauta triple maya con embocadura de pico cuyos tubos miden 9.3 cm. de largo. Los agujeros del tubo melódico están colocados en uno de sus lados para facilitar la ejecución. (Museo Nacional de An- tropología, Guatemala. Foto de Joya Hairs)	"
Embocadura de pico múltiple para un instrumento de cuatro tubos; mide 10.5 cm. de largo y 8.5 cm. de ancho. Culturas del Golfo de México. (Col. y fotografía de Joseph Hellmer)	"
Flauta cuádruple encontrada en Teotihuacán en 1964; mide 53.5 cm. de largo. Reconstrucción de Carlos Sigüenza. (Museo Nacional de Antropología. Foto de Doris Heyden)	161

Nuestro Tiempo

MILITARISMO EN AMERICA LATINA

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

LA tragedia de Roma fue el despotismo militar; la tragedia del feudalismo fue el absolutismo militar; la tragedia de la democracia en nuestros días es el gigantismo militar.

En el curso de un mes han tenido lugar en América Latina dos nuevos golpes contra el sistema democrático, golpes que han puesto en el poder a gobiernos de fuerza, elevando a seis los regímenes militares en el hemisferio occidental: Brasil, Bolivia, Argentina, Paraguay, Perú y Panamá. Si consideramos la América del Sur propiamente dicha, llegamos a una conclusión reveladora: mientras los países dominados por militares tienen juntos una población de 135 millones de habitantes que viven al margen de sus derechos constitucionales, aquellos dirigidos por un sistema civil cuentan sólo 50. No es de admirar que a cada golpe Europa se pregunta: ¿Qué pasa con la América Latina? La respuesta viene cada vez más condensada en dos factores: el Ejército y los Estados Unidos.

Si algo es auténticamente latinoamericano, es el militarismo político. Nació de circunstancias propias, de auténtica sustancia colonial, de hondo calado histórico matizado por la idiosincrasia y el estilo de nuestros hombres. Podemos agregar que las naciones de nuestro continente, desde su independencia de España, continuaron gobernadas por oligarquías que delegaban a los militares una función, sobre todo, policíaca.

La revolución independista trajo el desorden, la demagogia y los caudillos. Con el pretexto de implantar el régimen democrático, las nuevas naciones americanas, sin experiencia política, prometieron dar al pueblo la máxima libertad; y el pueblo —según frase de Bolívar— "por no saber obedecer como hombres libres, acabó por obedecer como esclavo". Sometidos a los antiguos oligarcas, hombres ignorantes de la función política, distinguidos, sobre todo, por su poder económico, el mando supremo recayó en militares que gobernaban con decisiones las más militaristas y no siempre las más razonables.

Desde 1930 la llamada América Latina ha sufrido 39 golpes militares sin contar los contragolpes entre las fuerzas armadas.

Exceptuando pocos países en el Continente, las antiguas clases dominantes han mantenido sus privilegios. Más preparadas que el demagogo, forman una Santa Alianza con el ejército y el clero para defender "las instituciones y las leyes". Hacen evidente la clásica fórmula platoniana: "Todo exceso trae consigo una violenta reacción: de la extrema libertad nace la servidumbre más completa, de lo licencioso nace lo despótico".

La libertad conquistada por los generales de la Guerra de Emancipación, a fuer de ser abusada, terminó por desaparecer. Los principios quedaron en manos de élites que se arrogaron la misión de velar por el bienestar del pueblo. Desde entonces sus decisiones fueron más importantes que las constituciones. Desde entonces la oligarquía representó una tradición económico-política. También una tradición de clase, lo que se debe, entre otros factores, al poco efecto que han tenido las ideologías en toda América Latina. Las más novedosas doctrinas políticas, los más avanzados sistemas legislativos y reformas sociales, fueron acogidos con aparente entusiasmo, y hasta incorporados, si el caso lo requería, a la Constitución de cada República. Tal como en la Colonia se recibían las leyes de India con un "Acátese pero no se cumpla", los dirigentes oligárquicos y sus personeros armados aceptaban, en mera fórmula, las más novedosas doctrinas sociales y las más revolucionarias reformas. Nada de lo que aparecía en Europa como prueba de adelanto social, de legislación justa, de progreso humano, era repudiado. Al contrario, era glorificado en discursos y ceremonias, pero letra muerta en cuanto a aplicación a los objetivos señalados. Calladas las razones que habían dado lugar a esas reformas en otros países. "Evolución y no Revolución", proclamaban desde sus cátedras universitarias los doctos representantes del *Magister dixit*.

Así se subvertía la necesidad apremiante de revolucionar que demandaba la realidad sociológica de cada país, y se mantenían incólumes las enquistadas supervivencias coloniales.

El liberalismo trajo aires renovadores a las repúblicas americanas. En muchas de ellas logró implantar sociedades libres con gobiernos verdaderamente representativos. Pero en la mayoría de los casos fue desvirtuado por el militarismo que mantuvo el curso político marcado desde el cuartel, según convenía a los intereses de la oligarquía y a sus clásicos intereses económicos. Las dos instituciones claves, el clero y el ejército siguieron dependiendo de su poder. Los individuos que formaban el Alto Clero, más ligados al orden económico y social que a consideraciones espirituales, eran seleccionados entre familias ricas y entre los más capaces de servir los inte-

reses del grupo minoritario. Uno de los cuidados del Alto Clero era impedir la formación de un bajo clero autóctono.

También el ejército estaba deformado por su intrusión en la política, ajena a la institución militar. Pero, al contrario de lo que pasaba en el clero, en el ejército, "los de abajo" llegaron a ocupar puestos de importancia. Jugaron en los comienzos de la vida política de las repúblicas un papel determinante al desvirtuar la democracia dándole un sentido totalitario.

Al mismo tiempo inician la escalada socio-económica de la Clase Media, proceso importante que ha pasado casi desapercibido y que veremos con claridad en el Brasil donde aparece modificado por el espíritu civil mantenido por los intelectuales y los partidos políticos. En cada república habrá un militar que dejará su huella, reflejo de la condición nacional y política. La paradoja es que en la América Latina, más que en cualquier otro grupo de naciones europeas, africanas o asiáticas, existe plena conciencia de la libertad, con el convencimiento profundo de lo que ésta significa como necesidad vital en territorios tan vastos y desafiantes. El límite de esta libertad debería de estar marcado por la naturaleza, no por el soldado.

A fuerza de reemplazar a los regímenes civiles, los militares han terminado por arrogarse funciones que están fuera de sus atribuciones. Los golpistas después de desempeñar funciones políticas, ya no se conforman con volver al cuartel; los vemos en altos puestos administrativos, en representaciones diplomáticas y, vanidosos activistas, ocupando el lugar del funcionario, esa "clase universal" que señala Hegel, base del Estado Socialista contemporáneo. ¿Qué otra cosa pueden hacer los militares en América Latina? Sus países están a salvo de peligros de invasión extranjera o de ataques de los vecinos. Sin embargo, las naciones del Continente mantienen más de 600,000 hombres en armas y en servicio activo, lo que cuesta un billón de dólares al año. En el Perú los aviones franceses "Mirages" supersónicos, de combate, costaron más de lo que recibió el gobierno de la Alianza para el Progreso y de otros programas de ayuda económica. Costoso ejército que explica una pobre estructura sociológica y una precaria condición democrática.

Después de la Primera Guerra Mundial, los partidos políticos usaron la propaganda en favor de reformas sociales, en el fondo mínimas, que reclamaban algunos países. Pero este clamor se estrelló ante la bien organizada prensa de la clase monopolista que, para salvarse, promovió conflictos y rivalidades en la incipiente clase media. Enemistaron a los uniformados, que se consideraban defensores del orden, y a los civiles que abogaban por reformas

institucionales, educacionales y agrarias; igualdad de derechos e igualdad de oportunidades que permitieran elevar el nivel cívico de todos los ciudadanos. El planteamiento rousoniano: "no hay democracias si el pueblo no tiene la posibilidad de ejercer el derecho de cambiar a sus gobernantes", resultaba una amenaza para la clase señorial empresaria de la independencia. Había que dividir y hacer guerra a los partidos políticos.

Sabido es que en nuestra América el mito de la repartición de tierras ha entretenido por muchos años el hambre del campesinado. La repartición de tierras y la educación secundaria gratuita significaba, para la oligarquía, la pérdida del control de los instrumentos de riqueza y de dominio político.

Sólo a principios del siglo XX, y gracias a las reformas emprendidas en las repúblicas más avanzadas del continente, especialmente por las conquistas de la Revolución Mexicana, se comienza a hablar de la urgencia de reformas sociales. Nada más que hablar. Por años el campesino peruano, ecuatoriano, boliviano, brasileño, centroamericano, que constituye el 63% de la población de cada una de estas repúblicas, mantuvo la esperanza de un cambio en su situación calamitosa. En los Congresos nunca faltaron esos proyectos en manos de comisiones encargadas de estudiar indefinidamente un *modus vivendi* que permitiera llevar a cabo, de manera efectiva y realista, esa reforma. El militarismo entendía que antes de lanzarse a dar empíricas leyes consideradas contrarias a la realidad del país, leyes que consideraban destructivas, había que estudiar a fondo los pros y contras. Mientras, siguieron sin remediar para nada la injusta situación de la propiedad rural, posponiendo indefinidamente el deber urgente de repartir las grandes extensiones, propiedad de una familia o de un individuo. El ejército siguió fortaleciéndose y armándose. Convirtiéndose en auténtica fuerza política en cada región, convencidos de que la fuerza es el remedio efectivo para los avances, cada vez más notorios, de las izquierdas.

Cada golpe militar va acompañado de consideraciones administrativas, cuando no de razones basadas en "amenazas a la soberanía nacional". Raro es que lleguen a tocar el verdadero problema social, y ninguno hace mención del incalculable número de hectáreas, propiedad del Estado, en manos de organismos estatales o de sociedades de beneficencia o de congregaciones que malamente se encargan de hacerlas producir.¹ Los programas reivindicadores apenas soslayan a los latifundios, propiedad de empresas extranjeras,

¹ En 1967 la iglesia peruana, la colombiana y la boliviana han dado pruebas de espíritu cristiano al distribuir sus propiedades rurales entre los campesinos.

y las monstruosas anomalías explicables sólo por la impunidad de que han gozado los militares al interrumpir el proceso democrático.

El militar erigido en "restaurador del orden", parte del postulado de la incapacidad de los partidos políticos para dirigir la marcha de una nación. El general golpista lo primero que hace es prescindir del Poder Legislativo y desdeñar la libertad del pueblo. Sólo él podrá encontrar fórmulas adecuadas de expresión política. Por eso hacen responsables a los partidos políticos del retraso en resolver los urgentes problemas económicos, sin reconocer que en primera instancia son ellos los causantes de este atraso; los responsables indirectos de las injusticias prevalentes, los padecimientos humanos, la inseguridad y miseria que acosan algunas regiones americanas. Bien se comprende la aversión del militar por los partidos políticos, ya que éstos, siempre que se basen en principios, son los que despiertan en el pueblo el interés por la cosa pública, los entusiasmos patrióticos, la voluntad de elegir a los más aptos para dirigir la nación; son centros de educación cívica necesaria para comprender el sentido de las leyes y reclamar los derechos que da al pueblo el sistema democrático.

Los actuales acontecimientos, las revoluciones y las guerras, nos hacen ver que el mundo avanza vertiginosamente rumbo a profundas transformaciones de todo orden. Que es inútil parapetarse tras el falso argumento de que para transformar la estructura de una sociedad es necesario un período preparatorio, una etapa de transición. Hay dos maneras de bajar una escalera, explican los conservadores, echándose en el vacío o bajándola de peldaño en peldaño. En el primer caso se llega más rápido, aunque abollado, en el segundo se llega con retardo, pero intacto. Con este lento moverse de peldaño a peldaño, acompañados de una imponente maquinaria guerrera, los gobernantes de los países subdesarrollados, han escamoteado a los ciudadanos el beneficio de su progreso. Nunca el pueblo llega al descanso bienhechor. Naturalmente que hay que educar, preparar, condicionar las instituciones para que la nación no sufra los trastornos de la violencia en sus cambios fundamentales. Pero esta labor preparatoria no implica posponer indefinidamente remedios urgentes ni hacer que las reformas sigan esperando plazos interminables que, al fin y al cabo, encubren una trampa. Está, pues, por demás invocar el tiempo "prudencial" que aconsejan los logizantes. Los tiempos actuales requieren hacer las cosas pronto, con justicia y sin fusiles. La conciencia revolucionaria del mundo es demasiado visible para no tomarla en cuenta. La oligarquía, guiada por el rancio pensamiento del pasado, aún confía

en sus viejas artes, y en la ayuda que le puedan prestar los militares para contener las aspiraciones populares. Adlai Stevenson en un discurso hacía ver que: "el desarrollo económico puede acarrear el desastre político, si beneficia sólo a los afortunados, en tanto que el abismo entre pobres y ricos va ahondándose más rigurosamente".

Las obras públicas de relumbrón emprendidas por los gobiernos militares de América Latina, las fiestas patrias donde desfilan tanques y aeroplanos que cuestan millones, sólo han hecho eso: ahondar el abismo. Contrastar el claro-oscuro entre la arrogante abundancia y la humilde escasez, entre el opresor y el oprimido. Esta realidad no puede ocultarse tras la fachada de grandes edificios, ni a la insurgencia se la puede encerrar en cárceles. La mano de hierro de los dictadores es cada día más impotente. Las persecuciones concluyen por llevar a los países al verdadero caos o a desastres irremediables.

Eduardo Prado señala las causas de la deformación del militarismo en el Brasil desde los tiempos de la monarquía que "cometió un error inmenso dejándole a la enseñanza militar su carácter exclusivamente teórico. Pedro II, tan dedicado a las ciencias, no hizo sino convertir en bachiller al oficial del ejército que ahora (1890), revela naturalmente tan pronunciado furor por hacer política, discursos y manifestaciones".²

Igualmente Silva Herzog, espíritu ecuánime, censura la intromisión castrense en los gobiernos de nuestras repúblicas:

"La política de las juntas militares de gobierno nos llenaría de asombro, si no nos explicáramos sus errores, engendros de su pasión. Ilegítimo fue el origen de su poder y hablan de legalidad; sembraron el terror, aterrorizan a cada momento y acusan a sus adversarios de terroristas; encarcelan injustamente a los que no cometieron más delito que servir con lealtad al gobierno legal anterior, y hablan de justicia; y si algún enemigo político busca asilo en misión diplomática extranjera, ¡ah!, entonces lo acusan de delitos del orden común, para disimular su inquina. Interpretan a su manera las convenciones y los tratados, e ignoran los más elementales principios de humanidad. ¡Pobre América nuestra!, ya lo dijo Rubén:

"Cristo va por las calles flaco y enclenque,
Barrabás tiene esclavos y charreteras,

² EDUARDO PRADO, "Fastos de la Dictadura Militar no Brasil", 1890 (2ª ed., p. 67 del art. de CRUZ COSTA "La Revolución Brasileña" en la Rev. *Política* Caracas- sep. de 1966).

y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque,
han visto engalanadas a las panteras”.

“Lo peor de todo es que no hay sanción internacional para estos asaltantes del poder. Las consideraciones de carácter moral no cuentan para nada. Las Juntas militares de gobierno, de sucio origen y sin más apoyo que las armas de la soldadesca envilecida o engañada, son prontamente reconocidas por naciones extranjeras, con lo cual se sienten legitimadas y con respaldo para intensificar su acción persecutoria”.³

Con la misma severidad de criterio, juzga a los militares Wright Mills, profesor de la Universidad de Columbia, en su famoso libro “La Poderosa Elite”: “La causa principal de que el ejército entre en política —dice— vendría a ser la deficiencia, la falta de preparación de los civiles. Por eso los individuos del ejército, cuyos individuos no son designados políticamente, ni son políticamente responsables, intervienen ocupando posiciones de responsabilidad sin otra experiencia que la disciplina adquirida en la institución a que pertenecen. Y cuando por sus procedimientos o por su incapacidad se les critica, acostumbrados a mandar, reaccionan a estas críticas con la dictadura. El militar se convierte en técnico de la violencia o en instrumento de las minorías opresoras. Desconociendo explícita y abiertamente la política de partido, el militar es incapaz de proceder de un modo político. El papel político desempeñado con frecuencia por jefes del ejército en decisiones nacionales, administrativas y económicas de importancia, ha sido poco venturosa bajo la influencia de las metafísicas militares”.⁴

Mientras en la mayor parte de las naciones de América los militares no se limiten a prepararse solamente para la defensa de la soberanía nacional y hacer respetar la Constitución y las Leyes, ante el poder creciente de las minorías militares no estaría demás incluir la política en la cuna del sistema educativo castrense, dejando la técnica militar para los civiles. Hace muchos años se hizo esto en el Brasil, y el resultado fue desastroso. En 1850 eran frecuentes las tesis doctorales en la Escuela Militar de Río de Janeiro. Esa deformación del militar en bachiller, vino a viciar la enseñanza marcial restándole el carácter específico que debía tener.

No es de extrañar que en las repúblicas americanas veamos con frecuencia aparecer al “Profeta Armado” exhibiendo títulos académicos, rodeado de una minoría de cómplices, de pícaros y de tontos.

³ *Cuadernos Americanos*, no. 4, julio-agosto 1949, México.

⁴ WRIGHT MILLS, *La poderosa élite*. Trad. Ed. América, México 1956, pp. 188-89.

En Perú, en Ecuador, en Venezuela, Centro América y Haití han desfilaro por la presidencia "Restauradores", "Padres de la Patria", "Beneméritos", "Salvadores" de toda laya acompañados por el tímido silencio de los encargados de velar por los principios espirituales; tolerados por el militar incorruptible que lamentará la quiebra de la disciplina castrense y terminará, en nombre del orden, por plegarse al culpable; asesorados por letrados que criticarán en voz baja y adularán en voz alta; por ambiciosos y, por los más dañinos enemigos de la democracia, aquellos que proclaman la virtud de no meterse en política, y bajo la máscara de la neutralidad aprovechan de los beneficios materiales que dan las dictaduras.

Por otro lado el pueblo, perdido el respeto por los galones, agobiado por un conformismo impuesto por la fuerza, queda sometido al grupo armado mientras éste detenta el poder, que en la América Latina, casi siempre, dura bastante: uno o dos años de entusiastas expectativas, y otros muchos de oposición surgida de esa fuerza vital que nunca desaparece de los pueblos nuestros, y que ninguna violencia es capaz de someter indefinidamente; esa libertad que coincide con los planteamientos de la filosofía clásica: "El derecho de hacer todo lo que las leyes permiten".

Ahora bien, ¿qué seguridad podrán dar al ciudadano de las repúblicas americanas sus instituciones, modelos de liberalidad, "intervenidas" por un general?, ¿qué firmeza tendrá el derecho público subordinado a decretos de gobiernos nacidos de cuartelazos? Con justicia anota el argentino Alberdi: "Quedan reducidas a cero las estupendas garantías para el desgraciado que se hace culpable de un simple desacato". Quedan hechas polvo esas bellas constituciones concebidas al margen de la naturaleza de las cosas, de las circunstancias históricas, del clima y el carácter del pueblo latinoamericano, tan diferente del europeo o el norteamericano.

¡Qué valiosa información hubieran dado a Rousseau los generales inescrupulosos para los primeros capítulos de su "Contrato Social". ¡Cuántas contradicciones confrontaría! ¡Y qué buenos argumentos facilitaría el golpista al sociólogo suizo para perseguir a quien no obedezca, ni piense lo mismo que él piensa! Platón, en sus Leyes, recomienda la pena de muerte para los ateos. Rousseau concede al mandatario el derecho de expulsar del Estado, no como impío sino como "insociable", a quien no sea capaz de amar sinceramente las leyes y la justicia, de sacrificar su vida en el cumplimiento del deber". Para darse cuenta de la ventaja "legal" que un militar latinoamericano puede sacar de estos conceptos, veamos un decreto fechado en 1848 y firmado por el ciudadano Manuel

Isidoro Belzú, "General de Brigada, Jefe Superior, político y militar del Norte de la República de Bolivia, considerando que son traidores: 1º los que desertaran de las filas del ejército libertador de mi mando durante la actual campaña; 2º, los que sin causa justa rehusaran su persona o sus bienes para el servicio del ejército; 3º, los que sirvan al tirano (Ballivian); 4º, los que conduzcan correspondencia para el tirano o alguno de sus secuaces sin presentarla a la autoridad más inmediata de los pueblos libres; 5º, los que admitan empleo del tirano; 6º, los que pudiendo, no emigren o no retiren sus ganados, víveres o forrajes de los puntos que pase (léase "por donde pase"), el tirano o las partidas que le obedecen... los culpables serán juzgados militarmente por consejos de guerra verbales y, probado su delito, sufrirán la pena de muerte".

Leyendo esto, parece justa la protesta de un escritor boliviano, contemporáneo de Belzú: "Es lamentable el cuadro que ofrece la América. Parece preciso confesar que ha sido demasiado prematura nuestra independencia; quizá valiera gozar de las ventajas del orden ignorando las de la libertad".

Después de todo, la libertad no llega tarde ni temprano a tierras americanas. Está ahí, en acecho, y se hace presente en cuanto puede. Fueron los próceres de la Independencia, más que los partidos políticos, quienes se encargaron de implantar los ideales democráticos en las nacientes repúblicas. No es culpa de reformadores de la talla de Bolívar, de San Martín, de Pueyrredón, de Artigas, de Morelos, de Guerrero, el que los gobiernos que fundaron cayeran en hombres incapaces de mejorar las condiciones sociales de los ciudadanos; generales y dictadores de baja estatura moral, sostenidos por un despotismo policíaco; jefes que se arrogaron la misión de continuar la obra de los libertadores sin seguir el ejemplo de aquellos hombres imperturbables ante la amenaza y la dádiva, indiferentes a los honores y a la embriaguez del poder; que no reconocieron otra virtud que el respeto a la libertad, que dijeron *no* al fatalismo; *no* al dinero; *no* a la complicidad en los crímenes colectivos.

Por falta de educación cívica, por su extrema pobreza material, o por impotencia ante la fuerza, el pueblo tiene que aceptar la imposición de estos militares sin ética que sublevan cuarteles para gobernar por decretos. En varias naciones de América, aparecen estos individuos activistas que se llegan a considerar imprescindibles. Parodiando a Rousseau, podemos decir que si el hombre durante la Colonia nace atado, durante la república vive entre rejas.

Para juzgar a los presentes golpistas, habrá que situarlos en sus antecedentes topológicos y en sus antecedentes históricos. Desde Stroessner, continuación de ese maniático doctor Francia que da el alto al comercio extranjero y a viajeros como el gran Humboldt, al quien no deja visitar el país; que dispone a su antojo de la vida de los paraguayos y lega como herencia el militarismo al frente de su sobrino Francisco Solano López quien arruinó al Paraguay en la cruenta guerra contra Brasil, Argentina y Uruguay, y lo mejor que hizo fue morir en el campo de batalla (1870).

Comencemos por la República Argentina, hasta hace pocas décadas ejemplo de gobierno democrático y de plenitud económica. Tal abundancia permitía la pasiva convivencia de las oligarquías estancieras, familiares y de otro tipo con los emigrantes laboriosos y los sumisos gauchos belicosos desde la época de Juan Manuel de Rosas (1835-1877), padre del militarismo argentino. El "Restaurador de las Leyes", como se le llamaba, nos da contundentes datos sobre este militarismo desde los tiempos en que la democracia de aquel país contaba con paladines ilustres enfrentándose a elementos fácilmente fanatizables manejados por Rosas, como luego lo hará Perón. Cuando la situación se hizo insostenible, Rosas recurrió al manido procedimiento de provocar un conflicto con Inglaterra y Francia, conflicto que avivó en el país la mala pasión de la belicosidad, esa calamidad inhumana que tan a menudo ciega a los pueblos. Tras la derrota de Rosas, surgió la admirable democracia que hizo de la República Argentina un ejemplo continental y que, más que al General Urquiza, se debió a Belgrano, a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento y a tantos otros civiles que contribuyen a la victoria de Monte Caseros (1852).

La prosperidad argentina fue decayendo por falta de preparación política y por el ciego egoísmo de la oligarquía. Desde el golpe del General Uriburu (1930) a ese egregio hombre público que fue el presidente Hipólito Irigoyen, actúan en la política argentina una serie de generales que han implantado un institucionalismo militar, basado en leyes con poco respaldo en la lógica de las ideas históricas, lo que explica las incontables calamidades que desembocan en el "Justicialismo" del General Perón y los cuartelazos sucesivos. La democracia, la economía y la prosperidad del país se vio destruida y vuelta a destruir por golpes, en un proceso que rebasó la era peronista. El país profundamente transformado por los años que duró aquel desorden buscaba fórmulas adecuadas para solucionar sus problemas. Hombres bien intencionados, honorables, como Frondizi e Illía fueron elegidos para ello. Los dos representaban

partidos políticos bien estructurados. Pero no se les dio tiempo para demostrar su capacidad de resolver los problemas de la nación. Ninguno de los dos supo satisfacer la "dignidad nacional" como la entendía el Estado militar.

El General Onganía aparece como salvador adoptando medidas draconianas para detener el desbarajuste provocado por el mismo militarismo. El corpulento general golpista puede bien representar el diálogo entre el jefe de las fuerzas de ocupación de Bruselas, durante la Primera Guerra, y el burgomaestre de la ciudad. Al entrar en el despacho, el saludo del general fue poner su revólver sobre la mesa. El burgomaestre respondió colocando al lado su estilográfica. Por sus últimas declaraciones parece que el revólver de Onganía seguirá sobre la mesa mientras lleve a cabo su plan, o sus planes, lo que requerirá, según propia confesión, a unos diez años de estancia en el poder. Diez años que seguramente no esperarán los coroneles que incuban su ambición en los cuarteles. Diez años de severas medidas al margen de la voluntad popular. Diez años de dañina influencia para la marcha democrática de otras naciones donde impera la libertad y la ley, pues no son infundados los rumores de intrigas instando "fraternalmente" a los militares chilenos a dar un golpe para "salvar" al país de la influencia comunista. A lo mejor diez años también de buenas intenciones. Y cuando las intenciones de un dictador son puras, tanto peor. Entonces es cuando son más peligrosas. No hay peor tiranía que aquella convencida de ser guardiana desinteresada del bienestar del pueblo. El mal que puede hacer un tirano de naturaleza cruel, está limitado por sus intereses personales y por su propia crueldad; en cambio, el dictador honrado, obediente a razones superiores, es el que puede hacer un mal sin límites. Las "razones superiores" son las que constituyen el peligro. Temporalmente impedirán las crisis económicas, la devaluación, la desocupación, pero todo a costa de los valores morales que son los que hacen firme el progreso de un pueblo.

Un caso de tirano bien intencionado es el de García Moreno en el Ecuador, república generosamente dotada de hombres públicos, de escritores y de artistas excepcionales. El "Santo del Patíbulo", como lo llama Benjamín Carrión, poseía una indiscutible rectitud moral, una cultura enraizada en la filosofía del catolicismo, un sincero interés por el progreso de su pueblo, una tremenda ambición por implantar una democracia católica, y el mérito de enfrentarse al militarismo demagógico que desde los primeros años de la emancipación de España apuntaba como el ma-

por mal de nuestras repúblicas. Pero fueron tan poco realistas sus disposiciones, que llegó a plantear una reorganización del ejército con la idea de convertirlo en "institución de utilidad nacional". No cabe mayor imprudencia en un hombre de su reconocido talento. El cesáreo dictador tenía que fracasar. En cambio su rival, el poeta liberal Juan Montalvo, vio más claro, y con menos ilusión; a la casta militar de su patria: "Esos miserables cargan charreteras. Soldados sin pundonor, son bandidos que están echados al saqueo perpetuo de la nación: soldados sin valor ni vergüenza, son verdugos que gozan de buena renta". Esta opinión de Montalvo sobre los militares de ayer aplicable a los golpistas de hoy en el Ecuador no reza con generales de alta solvencia moral como Leonidas Plaza y Eloy Alfaro.

Se puede decir que en el Perú, hasta principios del siglo xx, no existió el ejército como institución verdaderamente profesional. Al retirarse los libertadores llegados del Sur y del Norte, después de asegurar la libertad del país, dejaron facciones de tropas al mando de generales que se dedicaron a luchar entre sí, y a fusilar. Su principal objetivo era apoderarse de la presidencia. En golpes y contra-golpes se produce una variedad de dictaduras llamadas de "juegos ilorales", donde destaca la del Mariscal Ramón Castilla. Y nada tiene de juego el incesante correr de sangre y morir de miseria que vemos en el país de los incas.

En 1880 se produce la desastrosa guerra con Chile, donde militares y civiles se baten con igual heroísmo. En 1897, el caudillo demócrata Nicolás de Piérola, después de derrotar al militarismo llamado "Constitucional", hace venir oficiales del ejército francés que se encargan de estructurar profesionalmente a los institutos armados, dentro de una estricta conducta moral.

La fundación de la Escuela Militar (1896) aseguró la formación de un ejército profesional; pero éste siguió siendo instrumento de la oligarquía, o la "argolla" como la llama el pueblo limeño.

El caso del mariscal Castilla no es una excepción. Si hubiera dado libertad a los negros sin el asentimiento de los grandes propietarios rurales, no hubiera durado en el poder más de un mes. La prensa y el parlamento lo hubieran acusado, por lo menos, de "atentar contra los intereses de la patria". Si dio libertad a los negros fue por orden de los hacendados que vieron cerrarse los mercados del azúcar en Londres a los países que mantuvieran la esclavitud. Después de todo, poco importaban la abolición del tráfico negrero, ya que la economía del Perú siempre ha reposado en los sufridos hombres del indio. Muchos dictadores militares cayeron,

no por intentar reformas sociales, sino por la ignorancia y las crisis que desataron en perjuicio de los "bienes hereditarios".

Tenemos que reconocer que hasta la "Primera Guerra Mundial" la oligarquía peruana detentaba, con el poder económico, el monopolio de la Cultura. Era una clase preparada y fortalecida por el mismo peso de su dogmatismo individualista. Llenaba funciones de élite. De sus filas salieron los representantes oficiales de la inteligencia. Hombres de prestancia internacional como Paz Soldán, Pardo y Aliaga, los García Calderón, Riva-Agüero. Los otros, los representantes de la protesta, los que desempeñaron una misión social efectiva exigiendo justicia, no tomaron parte en los quehaceres de la vida nacional. Esperaron su hora para figurar en la historia de la república que ahora escribe Jorge Basadre. Gracias al auténtico valor de estos pensadores, sus nombres han podido perdurar, a pesar de la conspiración del silencio que siempre les rodeó: Francisco González de Paula Vigil, introductor de las ideas liberales en el Perú, González Prada, el precursor de las reformas sociales; Ricardo Palma, el tradicionista; Villarreal, el sabio; Julio Tello, el arqueólogo; José Santos Chocano, el cantor de América, y tantos y tantos otros representantes de la realidad social peruana. Ninguno de ellos, salvo González Prada, salió de la denominada "clase pudiente", aunque todos ellos representan el verdadero proceso de la cultura nacional.

En 1910, la Revolución Mexicana cobró entre los oligarcas suramericanos, un significado catastrófico. Como medida preventiva en el Perú se decidió incrementar el ejército, que en pocos años pesó en la economía del país. En otras repúblicas se convirtió en la máxima institución nacional. No se percataron que daban poder a otra clase desprendida de la clase media, reforzada por valiosos elementos profesionales y técnicos. La Escuela Militar nació depurada de la clase señorial. Esta jamás enviaba a sus hijos al ejército, y si los dedicaban a la carrera de las armas, escogían la marina. En la Escuela Naval figuraban nombres campanudos que rara vez se encuentran entre los militares.

De ocho generales en el escalafón cuando Augusto Leguía asumió la presidencia, en 1911, al caer por un golpe militar en 1930, más de cuarenta generales figuraban en activo servicio, sin contar almirantes y contralmirantes.

El ejército fue dejando su función de guardián de la Constitución para convertirse en arbitrio de las leyes de la República, en un ejército político encargado de crear nuevos problemas sin resolver los antiguos. Hasta el presente golpe del general Juan Velasco Alvarado, con el pretexto de corrupción gubernamental y venta del

patrimonio del país a compañías extranjeras. Admitiendo que hubieran algunas irregularidades en la administración del Presidente Belaúnde Terry y en ciertas cláusulas del tratado firmado con la Standard Oil, esto no justificaba el precio de una dictadura militar que ha impedido el normal desenvolvimiento de la democracia en marcha. Mas, si se tiene en cuenta que el petróleo ocupa un lugar insignificante en las exportaciones peruanas. Hay alrededor de 2,370 pozos productores con un rendimiento de 63,000 barriles diarios, lo que coloca al petróleo en el 4.1% del volumen general de exportaciones. ¡Con cuánta amargura Belaúnde debe ahora recordar el telegrama que envió en 1962 felicitando al "glorioso ejército nacional" por el golpe contra el Presidente Prado y la arbitraria anulación de las elecciones!

Si hay en Suramérica un país azotado por la política marcial, éste es Bolivia. Ninguna otra nación ha sido tan desgarrada por los cuartelazos. Un folleto publicado en 1842, nos ilustra sobre la situación del país: "Fijemos la vista en las cabañas y chozas de los naturales, fijémosla en los habitantes del campo, y encontraremos que todos ellos apenas tienen en qué dormir, que sus vestidos se reducen al que llevan en el cuerpo lleno de andrajos, y que sus hijos están desnudos o llevan sobre sí todas las señales de la miseria más espantosa". ¿Qué hicieron por remediar estos males las dictaduras militares que sufrió Bolivia?, ¿qué resultado dieron las rivalidades de los generales Santa Cruz y Ballivián? Desolación, nada más que desolación en ese imponente territorio de América, donde Bolívar soñó una república modelo.

Encontramos otra explicación en el párrafo de una carta de Sucre a Bolívar: "Trabajamos —le dice— en un país que no quiere ser sino de sí mismo". Quiere decir, en un país profundamente nacionalista, de un nacionalismo falso, basado en el valor de sus soldados y sin ninguna de las virtudes que requiere la democracia.

La "Historia de Bolivia" escrita por Alcide Arguedas,⁶ es una secuencia de gritos, de persecuciones y de horrores; de generales victoriosos y generales derrotados. A los generales Santa Cruz y Ballivián sigue el general Belzú, "pantera envidiosa y sedienta de sangre... malvado que el infierno vomitara en momentos de furor, enemigo jurado de los letrados" (Arguedas).

Conviene asomarse al mundo de Belzú para comprender la tragedia del pueblo boliviano. En un país de dos millones de habitantes, sin escuelas y en la más espantosa miseria, hay un ejército de dos mil hombres con dos mayores generales, ocho de División

⁶ ALCIDES ARGUEDAS, *Obras completas*. Ed. Aguilar, Madrid, 1955.

y catorce de brigada (1858). El sueldo anual de un profesor es de \$700.00 bolivianos; el de un general de Brigada \$3.678,000; el de un coronel, 2.870,000 y el de un director general de Instrucción Primaria, 1,000. Naturalmente, la carrera preferida era la de las armas. "El cuartel si no escuela, que bien se necesitara, es oficina de grados, casa de caridad y de corrección, refugio de hambrientos, asilo de huérfanos, vagos y atorrantes" (Arguedas).

En el palacio de gobierno, el general Melgarejo, más valiente y más audaz, abatió de un tiro al general Belzú. Arguedas traza una escalofriante biografía del "Capitán del siglo", como se autotituló Melgarejo. "Hombre peligroso por su impulsividad, sus aficiones al alcohol y los indomables instintos de su carácter". Mestizo aimará de cuerpo y alma, atropelló las instituciones tan cuidadosamente planeadas por Bolívar. Melgarejo es el hombre que encaja en el desbarajuste social de la post-independencia. Es el Kolla reencarnado, sin fe en la república recién estrenada y sin saber a qué lado inclinarse, ya que el patriotismo o el deseo de pertenecer a una nación es obra de siglos.

Melgarejo valiéndose de ejecuciones sumarias, deportaciones y castigos, llegó a dominar completamente al país. Fomentando los bajos instintos de la plebe, el "Capitán del siglo" nunca tuvo plan de gobierno ni fue impulsado por otra ideología que la del buen vivir. A veces los desmanes de sus delirios alcohólicos lo obligan a pedir perdón a su tropa y a jurar arrepentimiento por "la pureza de su espada". Es fácil imaginar la bajeza de un ejército que lo único que exige es estar puntualmente pagado. Por eso las crisis económicas, aquéllas en que el erario no disponía de fondos, Melgarejo las resuelve como lo haría un bandolero que planea asaltar un banco. En algunos casos de apuro, con el dinero agotado, ideaba atacar a un país vecino. "Lo indispensable —decía— es la plata para pagar a las tropas y tenerlas contentas; porque bien pueden sublevarse y saquear la ciudad. ¿Qué les parece —consultaba a sus ministros— hacer la guerra al Perú". Si le ponían reparos, respondía furioso: "¡Maldita la hora en que formé Ministerio!, Sin él ya habría dado una orden general y mañana mismo estaría con mi ejército en marcha hacia Desaguadero" (frontera peruana).

A este bárbaro siguió una serie de generales que llevaron al país a la guerra con Chile, y luego a la desastrosa guerra del Chaco (1927) en la cual el Estado Mayor Boliviano, asesorado por oficiales prusianos, llevó brigadas motorizadas a las selvas para ser engullidas por los pantanos. Vinieron luego varios cuartelazos más o menos asesorados por magnates del estaño, y un partido político revolucionario, el MNR, movimiento guiado por el reformismo civil.

Elegido Presidente Paz Estensoro en 1952, con el apoyo de la facción disidente del ejército, la vieja RAPEDA, y el apoyo de su partido, armó a los campesinos y a los mineros y puso fin al ejército profesional sustituyéndolo por las Milicias Populares.

La reforma campesina cristalizó en el campo industrial con la nacionalización de las minas de estaño. Obreros y campesinos sostendrían la estructura del país fundamentalmente rural, pero la administración de las minas fue tan catastrófica, la desunión entre los sindicatos obreros y los líderes políticos tan suicida, tan desorganizados todos los servicios públicos, que el gobierno no pudo contar con los ingresos mineros para afianzar la reforma rural. ¿Podían dar rendimiento minas como "Siglo XX", considerada la más importante en América Latina? Nueve mil mineros aún trabajan en ella en tan duras condiciones que apenas resisten diez años. La mortalidad infantil en esta zona es aterradora. De cada diez niños que nacen, mueren siete antes de cumplir los tres años. Como dato complementario hay que añadir que el 90% de los mineros están atacados de silicosis y otras enfermedades profesiones. Por término medio se considera que el boliviano consume unas 1,710 calorías diarias, lo que viene a ser casi la mitad de lo que la FAO considera el mínimo para mantener a un hombre. ¿Qué poco ha variado la situación desde los tiempos del "Capitán del siglo".

Ahora Bolivia cuenta con algo más de cuatro millones de habitantes y dirige sus destinos el general Barrientos, al que se prepara a sustituir otro general llamado Ovando. La política militar es incapaz de remediar la miseria que Sandro Vavassori describe en un reportaje publicado en el *Corriere de la Sera* de Roma, y que titula, "Ametralladoras contra el hambre": "En Bolivia, dice: el hambre se presenta con mil rostros. Los que cortan la caña de azúcar o los que recolectan el algodón y el caucho, no ganan más de 20 céntimos de dólar al día. Salvo los de los militares, todos los salarios han sido congelados, y el costo de la vida continúa subiendo. Los sueldos, considerados altos para Bolivia, son de veinticinco dólares al mes. 'La mayoría se ve sometida a salarios de nueve y diez dólares mensuales' ". Corroboración la situación descrita por Vavassori, una carta del obispo auxiliar de Potosí, dirigida a la jerarquía y hecha pública. Señala el obispo que "la misión de la Iglesia es enseñar y defender la libertad sindical como fundamento de la justicia social y de la dignidad humana". Confirmando la posición de la Iglesia contra los impuestos regímenes de fuerza, el arzobispo de La Paz declara: "En un millón de kilómetros cuadrados tenemos plata, estaño, oro, tungsteno, petróleo, ganado, maderas preciosas, productos agrícolas. Mantenemos en la abundancia a numerosos extranjeros, podemos

sostener a doscientos millones de personas, pero nosotros, que somos cuatro millones, continuamos muriendo de hambre, explotados por un imperialismo que es militar, político, económico e incluso bio-lógico”.

Esta protesta arzobispal muestra el mal endémico de Bolivia, país comprador de tanques y aviones de guerra, de ametralladoras y de conciencias. Profesionales y antiguos oligarcas, han emigrado a países donde pueden emplear con garantías sus ahorros y su indudable capacidad. En la emigración ven una manera de mejorar su situación personal. Hoy en el extranjero viven y trabajan cerca de 750,000 bolivianos, entre ellos muchos ingenieros y médicos.

Agréguese a estos males el robustecimiento del Partido Falange, nombre que no necesita presentación, la ofensiva de los magnates del estaño, la falta de educación cívica de un pueblo que cuenta el 78 por ciento de analfabetos, y la ruptura del Frente Unico Campesino Proletario por los dos líderes de la revolución, Paz Estensoro y Lechin. De aquella ruptura nace el régimen militar actual.

El día en que Paz Estensoro firmó el decreto de reorganización del ejército, cayeron por tierra todas sus buenas intenciones de reformas. No hay convivencia política posible entre el profesionalismo castrense y el revolucionarismo miliciano. Una vez instalados en el mando de tropas, los generales se unieron con la firmeza que aconsejaba su espíritu de cuerpo. La alianza profesional se emplearía a fondo en eliminar de raíz la política de partidos, las reformas sociales y el programa justiciero del MNR. Poco quedaría de una revolución que no supo controlar al militarismo.

En México la revolución surge con factores propios, al parecer improvisados. Brotó del pueblo en busca de soluciones urgentes contra dos poderes tradicionales y omnímodos: el militarismo y el clero.

Sus antecedentes históricos eran los mismos que en el resto de las naciones americanas, pero en condiciones más duras, dada la vecindad del poderoso norte.

La Revolución Mexicana de 1910, procedía de generatrices socio-lógicas propias. Las influencias exteriores, los intereses capitalistas, la oligarquía, se estrellaron contra el valor, la determinación y las virtudes del pueblo mexicano encauzados por aspectos sociales imprevistos en su desarrollo, sus incidentes, sus métodos y realizaciones; su autenticidad refleja una honda raíz telúrica americana.

Huitzilopochtli avivó la hoguera purificadora. Fue heroísmo, dolor, lirismo y tragedia. América hablaba por su raza y por su espíritu. Los famosos “planes” revolucionarios eran muy diferentes a los planes económicos de los dictadores militares del presente.

Obedecían a una trayectoria histórica y a un profundo anhelo de justicia.

México ha sido uno de los países más azotados por el caudillismo, las invasiones extranjeras y el despojo. Hasta la aparición de Benito Juárez, hombre severo, ferviente y austero, aparte de las características generales que pertenecen al medio y a su tiempo, Juárez representa el tipo humano del México ecléctico, como esas viejas civilizaciones alimentadas con todo lo que sobrevive en armonía con el fondo común. Es uno de los más grandes espíritus que ha producido el siglo XIX. Indio y auténticamente americano.

Sólo así se explica su victoria contra la reacción afirmada en un militarismo poderoso. Con la necesaria dosis de firmeza y persuasión, se enfrenta a la coalición que amenaza destruir a su país. Conocedor profundo de los males que impiden el bienestar de su pueblo, los acomete a fondo. La "Ley Juárez" de 1855, suprime los fueros del ejército y del clero. Después de los triunfos de "Loma Alta", "Tepic" y "Oaxaca", la República Mexicana puede hablar de una segunda emancipación. Su muerte fue llorada en todo el continente que por primera vez dio muestras de dolor común por la desaparición de uno de sus hijos.

No tarda el militarismo profesional en desvirtuar la obra de Juárez, sustentando al gobierno despótico del general Porfirio Díaz. Treinta años duró la opresión, hasta la Revolución de 1910.

El militarismo popular convertido en militarismo político, al divergir las facciones, vuelve a dar síntomas amenazantes para las conquistas revolucionarias. Aunque en la mayoría de los casos, se trata de brotes agónicos del antiguo régimen oponiéndose al nuevo orden constitucional, la lucha fue cruenta.

Blasco Ibáñez juzgó como novelista esta etapa militarista creada por la insurgencia, brotada del pueblo en armas, victorioso del ejército casticista. Es verdad que el tiempo vino a desvirtuar muchos de los principios revolucionarios. A pesar de la presencia de jefes militares del alto valor cívico, como Lázaro Cárdenas, la política revolucionaria vio modificar sus rumbos por causas que han sido exhaustivamente analizadas por historiadores de la talla de Cosío Villegas, Silva Herzog, Isidro Fabela y muchos otros.

El hecho es que, destruido el ejército profesional, los componentes del ejército popular victorioso vinieron a integrar en el cuadro flexible del Partido de la Revolución Mexicana, el PRI como se llama actualmente. Naturalmente que este continuismo no figuraba en los planes de la Revolución y que, en su cuadro general, nunca llegó a encarnar en los regímenes oficiales que la siguieron. Pero

a efectos normales, y dentro de las aspiraciones políticas de ese nivel oficial aburguesado, debemos tener presente este ejemplo de institucionalización, si algo queremos llamarle. Los generales después de batirse por la justicia social, a falta de preparación para administrarla, terminaron disciplinados a un cómodo funcionarismo. La defensa nacional quedó en manos de un ejército profesional que nada tiene que ver con la política.

Castro hizo de otra manera las cosas. Había seguido cuidadosamente el proceso de la institucionalización del ejército mexicano y el caso típico de la Revolución Guatemalteca de 1944, llamada "Revolución de Octubre". En tierra cubana aplicó sus conocimientos y experiencias.

Cuando Arbenz no pudo, o no supo, modificar las bases de orientación de las fuerzas armadas, de encauzar esa corriente renovadora organizada por los jóvenes ideólogos que derrocaron a Ubico, ni seguir la prudente marcha hacia el civilismo iniciada por Arévalo, pudo considerársele Presidente derrocado. Desempeñó tan mal el juego político, que el ejército terminó por retirarle su apoyo y poner en la presidencia a Castillo Armas, dando la victoria a la CIA.

Cuba revolucionaria mostró más eficacia en crear un ejército revolucionario que en fundar un método guerrillero que, al fin y al cabo, no puede prescindir de las condiciones topológicas. Un escritor español, experto en cuestiones latinoamericanas, historia con claridad el caso: "En primer lugar —dice— el militarismo cubano había invertido la pirámide tradicional de los ejércitos, de forma que su más fuerte apoyatura radicaba en la oficialidad de rango subalterno y en los suboficiales, en lugar de sustentarse en los jefes superiores. Esta característica sirvió ya a Batista para encaramarse en el poder sobre el impulso de sus 'capitanes y tenientes'".

"El régimen castrista ha concluido un proceso irreversible de eliminación del ejército tradicional. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias constituyen hoy un factor político que el régimen no tiene necesidad de controlar, integradas como están en el aparato institucional. Castro reconvirtió un ejército profesionalista en un instrumento de acción mixta, al que competen funciones políticas y al que están encomendadas tareas políticas de naturaleza civil. El resultado debe ser la integración definitiva del ejército en un sistema institucional centralizado, dentro del que convive con el PCC en régimen de mutua influencia e imbricación".⁶

En pocos países de América Latina la vida política está tan ligada al militarismo como el Brasil. Su proceso histórico arranca desde su independencia de Portugal.

⁶ JOSÉ GÓMEZ MARÍN. Diario "Madrid". Nov. 18 de 1968, Madrid.

Después de colgar a Tiradentes, el grito de Ipiranga, 1822, fue, más que un grito, un canto al imperio entonado por la bella voz del príncipe D. Pedro. Todos vivieron en armonía en el país de América Latina con mayoría de todo. Afirma Lewis Hanke: "Mayoría de la población, la más persistente inflación, la mayoría de electores, de trabajadores, de analfabetos y el mayor potencial económico".⁷ Podría agregar, de mayor influencia militar en los asuntos públicos desde que el ejército implantó la República, destronando a D. Pedro II. La guerra del Paraguay trajo la formación de un ejército profesional. El poderoso "Club Militar" al derrocar a Pedro II, pone en la presidencia al mariscal Deodoro da Fonseca, y en la vicepresidencia al ayudante general del ejército, mariscal Floriano Peixoto (1888).

¿De qué se acusaba a la monarquía? Primeramente los señores de la tierra la acusaron de liberar a los esclavos (1888), lo que les hizo perder parte de su dominio sobre el latifundio. Pero detrás de estas razones económicas, había otra de orden social: a la oligarquía y clases políticas que constituían la realidad nacional no les convenía la aparición de la clase media uniformada: "los militares que ingresaban en la carrera de las armas para conseguir una instrucción que las condiciones de vida les negaban". "A partir de 1870 ese complejo de clase media se encontraba apto para pretender un poder que ya vacilaba en las manos trémulas de la aristocracia azucarera".⁸ La clase media, a la que se incorporaban empleados y funcionarios, va a cristalizar en manos de una fuerza nueva: el Ejército Nacional. "No se había dado —escribe Santiago Dantas— el relieve debido a ese hecho capital de nuestra historia; la identificación del Ejército con la clase media. Si es verdad que entre nosotros, la clase media no surge con la estructura económica robusta que le daría tanta influencia en el destino de otras sociedades, es cierto, por otra parte, que esa deficiencia surge compensada por la concentración de fuerza política que le sería proporcionada por el brote de un verdadero nuevo poder: el poder militar. Fue a partir de la Guerra del Paraguay, 1870, que el ejército ganaría la cohesión y la estabilidad interna, que lo harían de ahí en adelante, el punto de mayor resistencia del organismo político".⁹

Recuerdo en Belem do Pará un monumento dedicado a la me-

⁷ LEWIS HANKE. "Brasil; Encrucijada y perspectiva". Rev. "Política" N° 51, Caracas, julio, 1966.

⁸ VIRGINIO SANTA ROSA. "Sentido del Tenentismo", Rio Janeiro, 1933. Cit. por CRUZ COSTA, en "La Revolución Brasileña", Rev. "Política", Caracas, agosto, 1966.

⁹ Tomado del citado artículo de CRUZ COSTA.

moria de un general de la guerra del Paraguay. Al pie del monumento, esculpida, la frase que lo llevó a la gloria: "*Vejan como morre un general brasileiro*". Desde entonces, al lado de la bonanza, vemos el abismo que separa al país en tremendos contrastes de opulencia y miseria. El mundo en que vive un general brasileño, y la "favela"¹⁰ donde habitan miles de familias brasileñas. El general que gana un sueldo cuatro veces superior al del rector de una Universidad, y el maestro que gana menos que un soldado.

Bastante habían cambiado las cosas desde el descubrimiento del Brasil por Alvarez Cabral en 1500, cuando era plácida la vida del brasileño. Las máquinas y las marchas marciales vinieron a perturbarla. La "Era de Vargas", 1930-1945, encuentra al país en pleno desarrollo. Hábil político, pudo cantar victoria oponiendo al militarismo un frente unido de hombres de negocios, de trabajadores y de gobiernos estatales.

Consumado estadista, venció la tremenda revuelta de Sao Paulo (1932) después de una lucha que costó 15,000 bajas entre muertos y heridos, lo que conmovió a la nación, en el fondo pacífica. Uno de los beneficios de la revuelta fue la Constitución de 1934 que al fin consideraba la situación de los trabajadores "aplastados bajo el pie de los plantadores feudales y los emergentes industriales". "Fue tan astuto y tan brasileño que sin resistencia entregó el poder cuando el ejército le dejó que se fuera, en 1945. El Presidente que lo sucedió, general Gaspar Dutra, fue, en verdad, escogido por él para continuar su política. Vargas no se enfurruñó ni abandonó el país con millones de dólares a la usanza de los dictadores suramericanos" (Hanke). En realidad no se puede acusar de eso a ningún general brasileño. No tienen necesidad de grandes cuentas bancarias, de palacios y *fazendas*. El poder político les basta. En 1950 Vargas volvió a ganar las elecciones presidenciales, pero el ejército, ya hemos dicho que era fuerza decisiva en la política brasileña, volvió a intervenir abocándole al suicidio (1954). Le sigue un presidente civil que mantuvo satisfecho al ejército a través de altos sueldos y ascensos. Por eso toleraron a Kubitschek (1955-1960). A la renuncia de Janio Quadros, las fuerzas armadas consideran al vicepresidente Goulart demasiado inclinado a la izquierda. "Al borde del abismo comunista" —según informadores interesados. Un grupo militar al mando del general Castelo Branco da por terminada la llamada "Revolución democrática". Una enmienda a la Constitución de 1946 permite a los

¹⁰ La definición de la "favela" la encontramos en el libro de MARÍA LUISA MONIZ DE ARAGAO: "Su significado en vida real es mugre, hambre, promiscuidad, enfermedad y prostitución".

comandantes en jefe de las tres armas retirar a cualquier funcionario considerado "extremista". En la presidencia, Castelo Branco no tardó en privar de sus derechos políticos al ex-presidente Kubitschek y a muchos gobernadores de Estado. Abolió los partidos políticos sustituyéndolos por un "Partido Oficial". Por último ordenó la elección indirecta del Presidente, los gobernadores de Estado y jefes de municipios, en lugar del voto popular de la Constitución de 1946.

Después de esto aparece elegido el mariscal Arturo da Costa y Silva.

También hay que advertir, como circunstancia atenuante para el juicio sobre los militares brasileños, que dos filosofías dividen hoy a los oficiales del ejército. Una sigue la tradición familiar de intervenir con un golpe cuando el gobierno no marcha según su criterio, y una vez "arreglada" la situación a su entender, vuelve a sus cuarteles. El segundo grupo interesado, sobre todo, en el progreso económico, está convencido de que en el Brasil el progreso puede venir sólo dirigido por un gobierno militar. Este es el grupo encabezado por el general Syseno Sarmiento quien considera que "la tranquilidad y el orden en el país dependen del ejército". Y ni tranquilidad ni orden reflejan las palabras del mariscal Costa e Silva a raíz del golpe contra el Congreso (1968), y el contragolpe al "Partido Oficial": "*Ellos* quieren dividirnos. *Ellos* quieren sembrar duda y recelos entre nosotros (los militares). *Ellos* quieren desprestigiarnos ante la opinión pública. *Ellos* quieren desmoralizar el gobierno y desmoralizar al comando". ¿Quiénes son *ellos*?, se pregunta el público. *Ellos* son los sermones de los nuevos curas tocados por la injusticia, *ellos* son los jueces de los tribunales públicos, *ellos* son los miembros del congreso rebelde que llevan su protesta hasta las selvas de la Amazonía y Mato Grosso. *Ellos* son las Universidades, *ellos* son la prensa, *ellos* son los partidos que sufren persecución y los estudiantes y jóvenes oficiales que han perdido la fe en los "guardianes del orden".

Ultimamente en Europa un periodista preguntaba a Carlos Lacerda, discutido político brasileño, su opinión sobre la actual situación del Brasil. La respuesta fue contundente: "El gobierno actual le tiene pánico al comunismo, pero no hace sino abonarle el terreno, pues al privar al hombre de libertad, lo acostumbra a vivir sin ella. Con la desventaja de que el comunismo quita la libertad, pero da escuelas, y el régimen militar brasileño de ahora no proporciona ni libertad ni escuelas".¹¹

Sería largo y por demás penoso ocuparse de historiar las dicta-

¹¹ Publicado en el diario "Informaciones", 10 de enero de 1969, Madrid.

duras militares en otras regiones de la América Central. Los generales tragicómicos están mejor retratados en la novela que en la historia. En el apasionante libro de Valle Inclán, "Tirano Banderas" y en esa obra maestra de Miguel Angel Asturias, "El Señor Presidente". Ahí resucitan los Tiburcio Carías, los Estrada Cabrera, los Sacassa, los dictadores entorchados, insensibles, vanos y crueles. También las víctimas: El pueblo y los idealistas que morirán en el destierro o en la cárcel; los ministros plenipotenciarios, los representantes de *Corporations* y los agentes policíacos.

¿Qué testimonio de dignidad, qué utilidad aportan los cuarteles a los países que los sufren? Un engañoso proceso que destruye, más que fomenta, la riqueza nacional; un oportunismo ruinoso para el país; un aislamiento del resto de las naciones de América.

Nada de lo que pudiera contribuir a la unidad, auténtica y provechosa, que reclaman las repúblicas americanas para alcanzar un bienestar común basado en un efectivo sentido de colaboración en una unión que es imposible establecer con las armas en la mano.

LA POLITICA MILITAR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN CENTROAMERICA

Por Mario MONTEFORTE TOLEDO

POCO antes de despedirse de México, donde ocupó durante varios años el cargo de embajador de los Estados Unidos, el señor Fulton Freeman hizo una desconcertante declaración sobre el militarismo en Latinoamérica. Según el embajador Freeman, el principal obstáculo para el orden democrático en el hemisferio es el cuartelazo, mal congénito de nuestros países.

Esto es verdad, sin duda. Lo que ya no resulta tan obvio es presentarlo como un hecho que tenga orígenes locales, ajenos a la política de la gran nación que representaba el señor Freeman. Tal manera de ver las cosas recuerda la de las potencias occidentales que acusaban a los chinos de viciosos y degenerados porque consumían el opio que ellas mismas les habían vendido.

El planteamiento del señor Freeman dice la verdad a medias; a los estudiosos de los problemas latinoamericanos nos corresponde completarlo. El militarismo de nuestros países pertenece al orden imperial en mayor medida que al orden interno; por eso sus niveles técnicos son mejores que los de las instituciones políticas locales, y por eso sus funciones y objetivos están fundamentalmente al servicio de un interés foráneo.

En estas páginas ejemplificaremos con la región más balcanizada y más dependiente de la América Latina: el istmo centroamericano. Luego se verá quién engendra y quién aprovecha los cuartelazos militares. Nuestro estudio cubre las últimas cuatro décadas de la historia.

1er. Período: El gobierno militar directo

CORRESPONDIÓ al Presidente Franklin D. Roosevelt adaptar la política latinoamericana de los Estados Unidos a una situación sin precedentes, cuyos factores eran:

1. La depresión económica que empezó en 1929, con sus exigencias de nuevos términos para el intercambio comercial.

2. La inquietud de las masas, inducidas por ideólogos nacionalistas o socialistas, la república española y la exacerbación de la miseria.

3. La conveniencia de contar con gobiernos amigos que mantuviesen el orden interno y prorrogasen o ampliasen los regímenes concesionarios obtenidos por las compañías norteamericanas a principios de siglo, muchos de ellos a punto de vencer.

4. La necesidad estratégica de asegurar en el hemisferio un frente compacto alrededor de los Estados Unidos, dispuesto a colaborar dentro de sus posibilidades contra la penetración nazifascista y eventualmente, en la guerra contra el Eje.

5. La búsqueda de seguridades de acceso a fuentes de materias primas estratégicas y de bases para la defensa de la región canalera de Panamá y las Antillas en general.

6. La urgencia de mejorar la imagen de los Estados Unidos ante el mundo y especialmente los países subdesarrollados, substituyendo la diplomacia del dólar y del "gran garrote" por un trato más equitativo y respetuoso.

7. La consideración realista de reemplazar la intervención directa de los Estados Unidos —inclusive con tropas— por gobiernos fuertes, autorizados a perpetrarse con simulacros de reelección a cambio de su lealtad.

Tal fue el origen de la política de Buena Vecindad, por una parte, y de la política militarista, por la otra.

Los países latinoamericanos no se mostraron anuentes a aceptar este marco y como corolario, pudieron salvarse de los regímenes militares llamados a avalarlo; las pequeñas repúblicas centroamericanas, mucho más enajenadas y cercanas a la metrópoli, no lograron asumir la misma actitud. En la VIII Conferencia Interamericana celebrada en Lima en 1938, los Estados Unidos tuvieron que conformarse con una declaración conjunta de solidaridad continental —que por lo demás ya formaba parte del sistema interamericano— y con el compromiso de los países signatarios para colaborar *individualmente* contra la intervención extranjera en su territorio.

La política militar de los Estados Unidos comenzó a profundizarse poco después, con la substitución de las misiones europeas que entrenaban a los ejércitos latinoamericanos, por oficiales norteamericanos. El sistema de ayuda material a las fuerzas armadas de estos países se planificó en 1939 y empezó a ejecutarse en 1940.¹ A principios de 1942, el gobierno de Washington destinó 400 millones de

¹ *The New York Times*, Nueva York, EE. UU., 23/III/1939 y 29/V/1940.

dólares en artículos militares para Latinoamérica dentro del sistema de Préstamos y Arriendos (*Lend-Lease*).² Este armamento fue transferido no sólo para contrarrestar la amenaza nazifascista sino principalmente para afianzar aún más a los gobiernos proyanquis, en una época en que la izquierda podría haber operado con relativa impunidad al amparo de la alianza entre las potencias occidentales y la Unión Soviética.

Una de las primeras consecuencias de tal política fue la afirmación de dictaduras militares en todos los países centroamericanos —excepto Costa Rica— y en buena parte de los demás de Latinoamérica; y otra, la utilización de los ejércitos para presionar a los gobiernos independientes, lo cual se ilustra con las acciones fronterizas de las fuerzas brasileñas contra el régimen peronista.

En la Conferencia de Río de Janeiro (1942), todos los países latinoamericanos, salvo Chile y Argentina, rompieron relaciones con el Eje, entrando teóricamente a la condición de beligerantes y al esquema defensivo de los norteamericanos. Así quedó establecida la base de la política militarista yanqui que ha evolucionado hasta nuestros días: armar y sostener a los militares, a cambio de su garantía a favor de las inversiones y las necesidades estratégicas de los Estados Unidos.³

20. período: La campaña anticomunista

EL segundo período comienza con la guerra fría, durante la cual los Estados Unidos no saben cómo ubicar dentro de su esquema bélico a Latinoamérica, que había pasado a segundo término ante la importancia militar de los otros continentes.⁴

El futuro del sistema interamericano en la postguerra quedó sentado en la Conferencia de Chapultepec (1945), en cuya acta final se convino en que el ataque contra cualquier país del hemisferio se consideraría ataque contra todos, obligando a tomar medidas comunes para repeler la agresión.

Acto seguido (1946), el Presidente Harry S. Truman dio a conocer su famoso plan, con los siguientes puntos:

1. Cooperación militar de y con la América Latina, a fin de asegurar el funcionamiento de ejércitos sumisos a la política norteamericana y más baratos que las tropas de ocupación.

² LANGER, WILLIAM, Y GLEASON, EVERETT S., *The Undeclared War, 1940-1941*, Nueva York, EE. UU., Ed. Harper, 1935, p. 162, 596-8.

³ LANGER, *op. cit.*, p. 152.

⁴ LIEUWEN, EDWIN, *Arms an Politics in Latin America*, Nueva York, EE. UU., Ed. Frederick A. Praeger, 2ª ed., 1965, p. 119.

2. Organización de las fuerzas armadas latinoamericanas por oficiales norteamericanos.

3. Unificación hemisférica de material bélico, con suministros de los Estados Unidos.

4. Utilización y capacitación de la juventud latinoamericana para comprender y defender los "ideales democráticos".⁵

Todas estas normas embrionarias tomaron cuerpo en el Tratado de Río (1947), verdadera Carta Magna del sistema defensivo politicomilitar del hemisferio.

Los países latinoamericanos sorprendieron y afrentaron a los Estados Unidos con motivo de la guerra de Corea, cuando se negaron a verse involucrados en las campañas militares de la metrópoli. Sólo dos o tres países de la región enviaron contingentes simbólicos, que produjeron el efecto contrario al deseado, al poner de manifiesto las ausencias. La reacción de los Estados Unidos fue promulgar el Acta de Seguridad Mutua, que tiene por objeto promover su política exterior "autorizando ayuda militar y económica y asistencia técnica a naciones amigas, para fortalecer la seguridad mutua y la defensa individual y colectiva del mundo libre; desarrollar los recursos para la seguridad de todos y de los intereses de los Estados Unidos, y facilitar la participación de efectivos de estos países en el sistema de seguridad colectiva de las Naciones Unidas".⁶

Ello significa una posición realista que por una parte permite la acción unilateral de los Estados Unidos para el sostén de sus intereses en el hemisferio, y por otra, instituye el procedimiento de los tratados bilaterales y relega la obligatoriedad de las acciones colectivas.

El primer tratado militar bilateral fue firmado entre los Estados Unidos y el Ecuador en 1952. Siguieron los pactos con Nicaragua y Honduras en 1954 y con Guatemala en 1955. Es digno señalar que el tratado con Nicaragua dispone de la constitución de una misión militar yanqui sin fuerzas de combate y con precedencia sobre los militares nicaragüenses de igual rango, y la prohibición de que el país contrate militares de otras partes con el mismo objeto. La expansión del programa de misiones y ayudas fue respaldada con 65 millones de dólares.

Los tratados militares bilaterales no se publican totalmente, se ignora, pues, la índole de los compromisos contraídos por el ejército latinoamericano en cuestión. Se sabe, sí, que "los Estados Unidos

⁵ TORRAS, PELEGÍN, "Los planes de Ayuda", *El capital extranjero en América Latina*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 1962, vol. IV, p. 129-56.

⁶ LIEUWEN, *op. cit.*, 207-8.

esperan que los beneficiarios de la ayuda militar reembolsable, la cual abarca a las 20 repúblicas latinoamericanas, cooperarán para enfrentarse a la amenaza comunista. Se da por sentado que tal ayuda... deberá usarse para la defensa contra la agresión y para el fortalecimiento de las fuerzas de la ley y del orden contra la subversión... Finalmente, se asume que la provisión de ayuda militar contribuye a asegurar la accesibilidad de las materias primas estratégicas de Latinoamérica... Presumiblemente, los pactos bilaterales también acuerdan que dichos materiales serán facilitados —producción y transferencia— al gobierno norteamericano".⁷

Por esa época y dentro del mismo esquema militarista, se incrementó mucho el adiestramiento de oficiales latinoamericanos en el Colegio de Estado Mayor de Leavenworth, Kansas; en Annapolis y Newport, y en los fuertes de la zona del Canal de Panamá. En 1956 había 250 estudiantes latinoamericanos en la escuela de aviación de Albrook, Panamá. Con harta frecuencia se organizaban giras de "estudio" cortas, en las cuales los huéspedes de los Estados Unidos recibían adoctrinación y espléndido trato.⁸

La campaña anticomunista es la política más hábil que han ensayado los norteamericanos para acercarse a la meta de asociar efectivamente a vastos sectores latinoamericanos con sus propios intereses militares y económicos. Fue ampliada hasta sus últimas consecuencias posibles durante el gobierno del general Dwight Eisenhower, cuyo guía en materia de política exterior era el canciller Foster Dulles.⁹ Suya es la frase de que los Estados Unidos no necesitan amigos, sino socios. Todos los gobernantes que demostraban lealtad, prescindiendo de su carácter dictatorial, recibieron sostén, invitaciones para visitar la metrópoli, condecoraciones y hasta doctorados *honoris causa*, que tributaban algunas universidades obsecuentes. Casi no hubo dictador centroamericano que no fuese objeto de este tratamiento.¹⁰

La campaña anticomunista tuvo como ápice la invasión de Guatemala y el derrocamiento del gobierno de Jacobo Arbenz

⁷ LIEUWEN, *ibid.*

⁸ Este sistema de "relaciones públicas" se intensificó desde entonces y aún continúa.

⁹ MONTEFORTE TOLEDO, MARIO, *Partidos Políticos de Iberoamérica*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, p. 35 y s., para una evolución del contenido y proyecciones de la política "anticomunista".

¹⁰ Con una carta de ejemplar dignidad, don RÓMULO GALLEGOS, escritor y ex presidente de Venezuela, devolvió a la Universidad de Columbia el título de Doctor *Honoris Causa*, tan pronto se enteró de que había recibido el mismo galardón el coronel CARLOS CASTILLO ARMAS, jefe de la invasión que derrocó al gobierno constitucional de Guatemala en 1954.

(1954), y en el orden diplomático, la Conferencia de Cancilleres de Caracas pocos meses antes, donde con la sola excepción de Costa Rica, se emitió el pronunciamiento a favor de la acción colectiva contra "la amenaza comunista" dentro del hemisferio.

Pero la política anticomunista sólo logró sus objetivos a medias, porque los militares y los grupos gobernantes latinoamericanos nunca la entendieron ideológicamente y en consonancia con el punto de vista norteamericano, sino para la defensa de sus propios intereses locales. A lo largo de ese período, muchos líderes políticos de los Estados Unidos pusieron de relieve que la guerra fría, como fenómeno global, en nada o muy poco interesaba a los países del sur, donde "la mayoría de la gente no vive en circunstancias que le permitan reconocer que deben tomar parte en la presente contienda", según lo expresó con realismo un grupo de congresistas que practicaron una amplia gira de estudio por la región.¹¹ Dean Acheson, Spruille Braden y varios diputados y senadores, señalaban con frecuencia la fragilidad de alianzas o manifestaciones amistosas que partían de los líderes militares o minoritarios de Latinoamérica. La pugna intragubernamental en Washington se planteaba entre los políticos más esclarecidos y el Pentágono, en cuya mesa de decisiones fue cayendo gradualmente la política exterior del imperio. A la muerte de Dulles asumió la cancillería el general George Marshall, quien se puso del lado del Pentágono sobre la premisa de que no debía verse color a los "amigos" ni regatearles armas aunque ya a esa hora las pedían para sus propios designios.

3er. período: La Revolución Cubana y la política de acción unilateral norteamericana

LA desenfrenada carrera armamentista y los efectos contraproducentes que ocasionaba con respecto a la estabilidad en Latinoamérica, empezó a preocupar en los Estados Unidos, donde el Congreso fijó el monto de la ayuda bélica a dichos países en 67 millones de dólares para 1960 y 55 para 1961, rechazando el proyecto del Presidente Eisenhower, que pedía 96 millones.

Un hecho de inusitada trascendencia iba a sacudir hasta los cimientos la política tradicional norteamericana en Latinoamérica: la revolución cubana. Un análisis más profundo de las estructuras puso de manifiesto que "la amenaza comunista" no provenía de un

¹¹ *Mutual Security Act Extension*, U. S. House Committee on Foreign Affairs, 83rd, Congress, 1st. sess., Washington, D. C., EE. UU., Ed. del gobierno, 1953, p. 855.

hipotético ataque de la URSS, ni siquiera de una invasión de cubanos, sino de un complejo de tercas causas de atraso y miseria. Para los Estados Unidos, la cuestión a resolver era *cómo lograr el desarrollo económico sin un avance político que significara el desplazamiento de sus aliados militares.*

En 1960 Eisenhower obtuvo del Congreso una partida de 500 millones de dólares para auspiciar reformas socioeconómicas en Latinoamérica. La primera confrontación de la nueva política tuvo lugar poco después en la Junta de Presidentes en San José de Costa Rica, donde pese a la ayuda prometida, Eisenhower no pudo lograr la condenación colectiva de Cuba, sino exclusivamente el refrendo del principio ya viejo de la solidaridad contra "la amenaza comunista". Al mes siguiente se celebró la Conferencia Interamericana de Bogotá, en la cual la delegación norteamericana planteó con mayor amplitud su política: ayuda condicionada a substanciales reformas socioeconómicas. De nuevo, los países latinoamericanos no acuerparon la acción militar conjunta contra Cuba.

Fue entonces cuando los Estados Unidos decidieron revitalizar la doctrina Monroe y actuar unilateralmente en defensa de sus intereses, haciendo a un lado los principios de no intervención y de acuerdo colectivo para la defensa mutua, prescritos por el artículo 15 de la Carta de la Organización de Estados Americanos, y por el texto del Tratado de Río de 1947. En noviembre de 1960, Eisenhower envió barcos de guerra a patrullar durante casi un mes las aguas territoriales de Guatemala y Nicaragua, "en previsión de un ataque procedente de Cuba". Luego, los técnicos norteamericanos adiestraron a grupos de exiliados cubanos en territorio de esos países —con el consentimiento de sus respectivos gobiernos— para una invasión armada a Cuba.

John F. Kennedy asumió la presidencia en enero de 1961 y se encontró con todos estos preparativos hechos. A sus escrúpulos y a sus proyectos para una futura política en Latinoamérica se debió, indudablemente, la insuficiencia de la ayuda militar proporcionada por los Estados Unidos. La invasión en Bahía de Cochinos fue un fiasco y todos sus resultados, negativos para los norteamericanos.

Kennedy sacó de esta dura experiencia el mejor provecho posible. Su primera gestión fue demostrar al Pentágono que la política exterior dirigida con criterio militar era equivocada. El 31 de marzo de 1961, en un discurso pronunciado ante los embajadores latinoamericanos ante Washington, lanzó su programa de Alianza para el Progreso, cuyos principios son bien conocidos y presuponen una entente con las burguesías desarrollistas y una

política contraria a las tiranías retrógradas y al militarismo predatorio.

Los principios de la Alianza se elevaron a tratado interamericano en la Carta de Punta del Este (17 de agosto de 1961). En los Estados Unidos, el Pentágono y los elementos conservadores del Congreso se dedicaron a sesgar su rumbo aún desde antes de que se ensayara en la práctica. "Una misión de estudio del Senado norteamericano, después de una gira por la América Latina, recomendaba a su gobierno tomar una actitud más favorable hacia los militares de la mayoría de los países latinoamericanos. . . En todo momento", dice el informe, "quedamos convencidos de que los grupos militares eran no sólo las únicas fuentes de estabilización, sino que también promovían las instituciones democráticas y los cambios progresistas de orden socioeconómico".¹² Pocos meses después, el brigadier general Enemark declaró en Washington ante la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados: "El papel de las fuerzas de seguridad en la América Latina asume una importancia esencial. A fin de que la Alianza para el Progreso tenga posibilidades de éxito, los gobiernos deben tener la fuerza efectiva para controlar la subversión, prever el terrorismo y liquidar los brotes de violencia que puedan alcanzar proporciones incontrolables".¹³

La política de Kennedy concitó la oposición de las oligarquías contra las reformas socioeconómicas, y de los militares en cuanto a especialización de armamentos y abstención de participación política de los ejércitos. El argumento toral de los Estados Mayores latinoamericanos era que la lucha antiguerrillera constituía un problema de confrontación de armas y que a la escasez de éstas se debió la derrota de Batista en Cuba. Por su parte, el Pentágono argumentaba que si los Estados Unidos negaban el armamento pesado a los latinoamericanos, éstos lo comprarían en otra parte. El resultado fue una violenta carrera armamentista, que significaba la erogación de millones de dólares para los países compradores.

La carrera armamentista, que es tema ocasional de discusión en el seno del gobierno de Washington —aunque luego se difiera, ante consideraciones comerciales y políticas—, se tradujo en 76 millones de dólares dados a los ejércitos latinoamericanos entre 1962

¹² *Study Mission to South America*, Senate, 87th, Congress, ind. sess., Washington, D. C., EE. UU., Ed. del gobierno, 1962. Citado por SAXE FERNÁNDEZ, JOHN, "El consejo de defensa Centroamericano y la pax-americana", *Cuadernos Americanos*, México, no. 3, v/vi/1967, p. 45.

¹³ *Testimony of Brigadier General Enemark*, House Foreign Affairs Committee, CY 62, Washington, D. C., Ed. del gobierno, 1962, p. 268. Citado por SAXE-FERNÁNDEZ, *op. cit.*

y 1963, y de otro lado, en dura oposición de algunos senadores como Gruening, Carlson y Morse. La crisis de Cuba acalló los remordimientos y las reticencias, y las fuerzas armadas latinoamericanas fueron dotadas a espuestas.¹⁴

El gobierno de Washington aconsejó a los militares latinoamericanos proveerse de *jeeps*, carros blindados, helicópteros, granadas, carabinas, lanzallamas y otras armas ligeras adecuadas para la lucha antiguerrillera, y no de tanques, barcos y armamento pesado en general. Esta línea estratégica violó de hecho las disposiciones de la Mutual Security Act —emitida en 1951 y reformada en 1959 y 1960—, que autorizaba la ayuda bélica sólo para la defensa hemisférica contra amenazas *externas*, y comprometió a los Estados Unidos en los riesgos y las consecuencias de la represión interna en países latinoamericanos.

Algunos gobiernos de origen legítimo se alarmaron con la ilegalidad y el armamentismo rampantes; por ejemplo el de Costa Rica y el de Venezuela, donde Rómulo Betancourt había auspiciado la tesis de la cuarentena contra los regímenes surgidos de cuartelazo, pensando ante todo en su propia estabilidad. Estos gobiernos iniciaron un movimiento continental para que se llegara a alguna condena interamericana contra los golpes de Estado. A raíz de los sucesos de la Dominicana y de Honduras, finalmente, se celebró una conferencia de la OEA, en la que por dieciocho votos contra uno (el del gobierno del coronel Peralta de Guatemala), se hizo un pronunciamiento a favor de la acción colectiva "para la defensa de la democracia". Se convino también en que habría una reunión consultiva para expeditar la resolución, fijándose al efecto los primeros meses de 1964. Esta junta nunca llegó a celebrarse, en parte porque la crisis de Cuba modificó por completo el esquema militar de las Américas; en parte por el asesinato de Kennedy y en parte por la actitud de varios gobiernos latinoamericanos, temerosos de que pudiese conculcarse el principio de no intervención, para ellos más importante que cualquiera otra norma de convivencia hemisférica como defensa contra los Estados Unidos.

En julio de 1962 se produjo la primera amenaza directa contra la metrópoli imperial en el hemisferio, con motivo del armamento balístico instalado en Cuba por la Unión Soviética. El gobierno de Kennedy, después de dramáticas discusiones con los militares que exigían represalias de tipo guerrillera, declaró la cuarentena contra los barcos soviéticos en ruta y el bloqueo virtual de la Isla. Horas

¹⁴ LIEUWEN, EDWIN, *Generals vs. Presidents-Neo Militarism in Latin America*, Nueva York, EE. UU., Ed. Frederick A. Praeger, 2ª ed., 1965, p. 120-9.

después, el gobierno de Washington sometió su acción como hecho consumado a la OEA, que la aprobó por unanimidad. Honduras ofreció tropas; Costa Rica, Nicaragua, Panamá y Guatemala, bases temporales de operaciones. De una manera paradójica, la OEA tomó esta primera decisión colectiva de tipo militar, en defensa de su socio más poderoso; nada semejante ha hecho cuando se trata de los negocios de gobiernos latinoamericanos: por ejemplo en el caso de la invasión de Guatemala (1954) o de la ocupación de la República Dominicana (1964). La efectividad de la colaboración militar hemisférica no pudo probarse hasta sus últimas consecuencias porque la URSS retiró el armamento instalado en Cuba y no rompió la barrera de inspección naval yanqui con barcos que cargasen material estratégico.

Siguiendo los métodos de Franklin D. Roosevelt, Kennedy defendió los intereses norteamericanos en Latinoamérica por medio de recursos ajenos. En 1962 se fundaron las Fuerzas Especiales, ya probadas en el Vietnam, contra la insurgencia popular. El Comando del Caribe elaboró un programa de entrenamiento en Fort Bragg (Carolina del Norte) y en Fort Gulick (zona del canal de Panamá) para oficiales y clases llamados a enfrentarse con la lucha revolucionaria en la ciudad y en el campo. Misiones de técnicos y "boinas verdes" acudieron a los países con problemas críticos (Guatemala, Honduras, Nicaragua, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia) para completar el adiestramiento de los ejércitos en acciones sobre el terreno.

Kennedy incrementó también la "Acción cívica" de los ejércitos, o sea la colaboración directa para construcciones viales, sanitarias, escolares y agrícolas, con tres propósitos: mejorar el prestigio nacional de éstos y acabar con las causas socioeconómicas y psicológicas de la colaboración de los campesinos con las guerrillas o los movimientos populares subversivos.

Para la represión en las ciudades se fundó la Academia de Policía Interamericana en Fort Davis —zona del canal de Panamá. Hasta 1963 este centro adiestró a más de 600 policías de quince países en contramanifestaciones y contrainsurgencia urbana.

A raíz de la junta de Punta del Este se fundó el Comité Interamericano de Seguridad, con cinco jefes militares y el objetivo principal de "defensa continental" contra Cuba. En abril de 1963, el Comité sometió a la OEA un informe solicitando cuidadosas y coordinadas medidas a fin de vigilar el tráfico de y hacia la Isla.

Con estos antecedentes, nada tiene de extraño que el plan de Kennedy fuera derrotado, a pesar de que el momento parecía propicio, ya que de los doce militares que gobernaban a los veinte países

latinoamericanos en 1954, sólo quedaba en 1961 la mitad; los demás habían sido depuestos o asesinados (por ejemplo, Remón, de Panamá; Castillo Armas, de Guatemala y Somoza, de Nicaragua). No obstante, ocho meses después de firmada la Carta de Punta del Este se produjo el cuartelazo de Argentina; siguieron los de Perú, Guatemala, Ecuador, República Dominicana y Honduras; poco antes de la conferencia de Punta del Este ocurrió el de El Salvador. Todos estos golpes procedían de la extrema derecha, en evidente o sospechosa connivencia con el Pentágono.

Kennedy empezó por condenar públicamente los golpes militares; luego se limitó a reclamar a sus autores "pronta vuelta al régimen constitucional", y terminó reconociéndolos sin exigirles nada, unos cuantos días después de que asaltaban el poder. Algunas veces, cuando el desplazado era un gobernante que se ajustaba al modelo de la Alianza, la declaración oficial del gobierno de Washington tenía mucho de lamentación o de vaga condolencia. Tras el derrocamiento de Juan Bosch en la República Dominicana, vertigracia, la cancillería norteamericana expresó: "Cualquiera deposición de un gobierno democráticamente electo perjudica la política de los demás países del hemisferio, incluyendo el nuestro".¹⁵ Una semana después, cuando los militares derrocaron a Ramón Villeda Morales en Honduras —contrariando las "indicaciones" de la Embajada yanqui en Tegucigalpa—, el propio Dean Rusk dijo: "Bajo las condiciones existentes en Honduras y la República Dominicana no hay oportunidad para una colaboración efectiva dentro de la Alianza para el Progreso".¹⁶

Cualquiera que haya sido el grado de sinceridad de esta posición y el de su enfrentamiento real con el Pentágono, lo que resulta indudable es que la política militarista practicada en la época de Eisenhower en nada varió en la administración siguiente. Por ello carecen de valor normativo y de evidencia práctica las palabras pronunciadas por Kennedy días antes de su muerte: "... éste es un hemisferio de hombres libres, capaces de gobernarse a sí mismos. Es de acuerdo con tal creencia que los Estados Unidos continuarán apoyando los esfuerzos de aquellos que tratan de establecer y mantener la democracia".¹⁷

La primera época en que Lyndon B. Johnson ocupó la presidencia, transcurrió en una serie de cabildeos de los políticos y los militares norteamericanos para completar la tarea de castración de

¹⁵ LIEUWEN, *Arms and Politics in Latin America*, op. cit., p. 119.

¹⁶ Cit. por LIEUWEN, *Arms and Politics in Latin America*, op. cit.

¹⁷ Discurso pronunciado ante la Inter American Press Association en Miami, Florida, EE. UU., 18/XI/1963, en noticias de prensa.

los vestigios que con las reservas del caso podríamos llamar éticos, de la política hacia Latinoamérica. La tarea no era difícil, pues como ya vimos, el esquema reformista kennedyano ya estaba virtualmente derrotado por la realidad. En marzo de 1965, al cumplirse el tercer aniversario de la Alianza para el Progreso, Johnson pronunció un discurso en el cual ni siquiera mencionó como impedimento para otorgar ayuda a los gobiernos latinoamericanos su origen cuartelario, su carácter dictatorial o sus líneas reaccionarias.

Tres días más tarde era nombrado subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos Thomas C. Mann, de larga trayectoria como "experto" en la región, donde había ingeniado no pocos cuartelazos "preventivos" y colaborado en primera línea en la invasión de Guatemala. Fue él quien se encargó de hacer partícipe de la línea dura y del énfasis militar en la política hemisférica al Poder Ejecutivo.¹⁸ En uno de sus primeros actos oficiales, dijo a los embajadores de los Estados Unidos en Latinoamérica convocados a una reunión especial en Washington, que el país dejaría de ocuparse de promover la libertad y la democracia, y que debía circunscribirse "a los intereses inmediatos de seguridad nacional, tales como la protección a las inversiones norteamericanas y la resistencia contra el comunismo". La teoría de Mann implicaba además que el imperio tampoco se iba a oponer más a los golpes militares ni a las dictaduras derechistas. "Al parecer los Estados Unidos estaban regresando al cerrado pragmatismo que había caracterizado su política... en Latinoamérica entre finales de la segunda guerra mundial y 1960".¹⁹

Se acabó el mito de que los militares latinoamericanos deben prepararse y se justifican en tanto que fuerzas para defender la "democracia" en una guerra internacional. Son ellos los autorizados a señalar las armas que necesitan, y hay que dárselas porque sus fines, cualesquiera que sean, coinciden con los intereses norteamericanos; esta línea hizo perder toda posibilidad de repercusión a las tesis de quienes como Teodoro Moscoso, funcionario de la Alianza, al oponerse al armamentismo recordó en una junta continental de militares (julio de 1963) que un *jet* cuesta igual que 500 escuelas rurales.

Todas estas ideas se fueron conjugando hasta constituir lo que ha dado en llamarse "la doctrina Johnson". A su sombra se han dado desde finales de 1963 los cuartelazos de Honduras, Ecuador, Brasil, Bolivia, Panamá y Perú; el Uruguay perdió su democracia

¹⁸ Saxe-Fernández, *op. cit.*

¹⁹ Lieuwen, *Arms and Politics in Latin America, op. cit.*, p. 143.

ejemplar a manos de una especie de cuartelazo desde dentro del gobierno; las tropas norteamericanas ocuparon la República Dominicana, tan impunemente como en los tiempos del "gran garrote". Horas después del derrocamiento de Joao Goulart en el Brasil, el presidente Johnson en persona aplaudió públicamente el golpe como "un triunfo democrático".

Desde 1963, redobló hasta la exasperación la insistencia del gobierno de los Estados Unidos para formar la "fuerza interamericana de paz", cuya función indudablemente se concibe como una policía política. Sólo la tenaz oposición de algunos países medianos del hemisferio ha logrado excluir hasta hoy dicho esquema de los acuerdos internacionales.

Los norteamericanos, empero, tratan de lograr su propósito a escala subregional, con unidades como el Consejo de Defensa Centroamericano —al que ayudan con entusiasmo desde su fundación y en el que participan de hecho— y con ocasionales operaciones militares conjuntas entre las fuerzas armadas de varios países vecinos.

Llegamos así a conclusiones desalentadoras.

1. La política militarista de los Estados Unidos en Latinoamérica está regida por dos objetivos: integrar a la región en su sistema mundial de defensa, y crear y sostener cualquier tipo de gobierno que garanticen los intereses norteamericanos y eviten la participación de sus enemigos en el poder real.

2. Las fuerzas armadas latinoamericanas no tienen como finalidad la defensa contra enemigos extracontinentales, sino la confrontación a nivel local con los enemigos de los intereses de la derecha en general, incluyendo los Estados Unidos.

3. Para cubrir la apariencia de una cooperación democrática en lo tocante a ejecutar esta política, los Estados Unidos tratan de lograr el consenso colectivo; pero obran unilateralmente cada vez que lo juzgan necesario.

4. El sostenimiento de las fuerzas militares latinoamericanas está concebido también desde el punto de vista económico: un soldado norteamericano fuera de su país cuesta más que un soldado local; al presupuesto militar de los países latinoamericanos, que monta a unos 1,600 millones de dólares al año, los Estados Unidos contribuyen exclusivamente con un 6%;²⁰ del total de la enorme partida que destinan los norteamericanos a la ayuda de ejércitos extranjeros dentro de su programa de defensa militar, invierten

²⁰ *The Military Assistance Program of the U. S.* Nueva York, EE. UU., Ed. Universidad de Columbia, 1957, citando la 1ª sesión del 85o. Congreso norteamericano celebrado en 1957.

en Latinoamérica menos del 2%, lo cual basta para dar sostén psicológico y para asegurar la lealtad de los beneficiarios; las fuerzas armadas latinoamericanas adquieren en los Estados Unidos la gran mayoría de sus armamentos y pertrechos, incluso con los fondos de ayuda que reciben, por lo cual ésta constituye una especie de subsidio gubernamental de Washington a la industria bélica norteamericana.²¹

5. Los Estados Unidos consideran a los gobiernos manejados directa o indirectamente por los militares latinoamericanos como amigos por excelencia, con absoluta exclusión de su origen ilegal y de su política represiva; las presiones que ocasionalmente ejercen contra ellos no se deben a cuestiones de principio sino a la actitud que asumen muy de vez en cuando esos gobiernos con respecto a los intereses norteamericanos.

La política militar de los Estados Unidos es el obstáculo fundamental para la reforma de estructuras y para el progreso democrático de los países latinoamericanos sea por la vía del capitalismo moderno, sea por la vía del socialismo. Por ello el dilema en Latinoamérica no es democracia contra dictadura, sino cambio integral contra militares, y en último extremo, semicolonialismo y dependencia contra autonomía institucional e independencia.

Opina de su país un científico norteamericano:

"Surgen las más graves dudas sobre si el énfasis militar en la política de los Estados Unidos hacia Latinoamérica no está fuera de línea con nuestros objetivos políticos y económicos a largo plazo. Tal inconsistencia entraña el peligro real de que, salvo profundos cambios de enfoque, nuestra política externa entera en Latinoamérica esté destinada a la frustración y al fracaso".²²

²¹ TORRES, *op. cit.*, p. 131-4.

²² LIEUWEN, *Arms and Politics in Latin America, op. cit.*, p. 244.

GERARDO MOLINA HABLA DE LA INQUIETUD ESTUDIANTIL Y OTROS PROBLEMAS FUNDAMENTALES

Por *Graciela MENDOZA*

GERARDO Molina, profesor universitario, ex-rector de la Universidad Nacional de Bogotá, ha dedicado lo mejor de su vida a orientar la juventud de su país, Colombia, dentro de los principios de justicia social y en concordancia con la evolución histórica de nuestro tiempo. Por su permanente contacto con universitarios de diferentes naciones, ha sabido enfocar con justeza sus preocupaciones e inquietudes. Investigador, ha completado su formación en universidades europeas. Es doctor en Derecho. En distintas ocasiones ha sido delegado al Congreso de su país, donde ha divulgado, como en la Cátedra, su posición progresista y avanzada. Por sus profundas convicciones doctrinarias, sostiene que el único futuro de éxito de los pueblos es el socialismo. Pero tiene la conciencia, y así lo expresa, de que cada pueblo debe encontrar su propio destino dentro de sus mismas tácticas políticas, materiales, espirituales e históricas. Es decir, que ninguna nación debe pretender dar soluciones por ella adoptadas, aún dentro del mismo credo ideológico.

Gerardo Molina no es pesimista frente a situaciones de su país o del exterior, aun cuando sus ideas en ocasiones puedan parecer caóticas. Ha sido siempre optimista en cuanto a la suerte de la libertad y de la democracia de los países. Así lo ha expresado en diversas épocas, y así lo afirma en su valiosa obra *Proceso y Destino de la Libertad*, cuando dice: A pesar de los fracasos internos y externos, estamos seguros de que la libertad y la democracia, cada vez más próximas a su definición correcta, acabarán por imponerse en el mundo. Las fuerzas humanas y materiales que trabajan por ellas son superiores a las de signo contrario. El estudio de las tendencias actuales, la rapidez con que son reemplazados los que caen en los combates por la emancipación, y el espectáculo, que aún tenemos presente, de la seriedad mística con que trabajan en favor de ésta, tantas gentes de la Europa Occidental y Oriental, para citar sólo una experiencia vivida, explican esa posición afirmativa. Y si

no le tuviéramos horror a las grandes palabras, diríamos que nuestra actitud es por eso vecina de ese "optimismo trágico" que el malogrado Emmanuel Mounier definió para la Francia de la Segunda pos-guerra. Después de los ensayos horripilantes del fascismo, el tedio de las libertades ha sido reemplazado en todas partes por la búsqueda apasionada de ellas.

Y como hemos dicho con anterioridad, el doctor Molina es una de las personas bien informadas acerca de los problemas universitarios, hemos querido preguntar:

—A qué obedece la agitación estudiantil que se observa en buen número de países de la América Latina, doctor?

—Esa agitación tiene multitud de causas. Unas se sitúan al nivel de la Universidad. Otras son exteriores a ella.

—¿Cuáles señala entre las primeras?

—Entre las primeras señalo las siguientes: Por el crecimiento notable de la población universitaria, que hoy se acerca al millón de alumnos (para 1980 al ritmo actual se prevén tres millones), ni el profesorado, ni las instalaciones y equipos corresponden a las necesidades, lo que determina en los muchachos un sentimiento de inconformidad. Esta aumenta cuando ellos comprueban que la Universidad no puede ofrecerles las respuestas adecuadas a la tremenda problemática contemporánea ni el bienestar material que les ayude a suplir las carencias propias del medio social de que proceden. Agréguese a esto que los alumnos se sienten frustrados porque no tienen la suficiente ingerencia en el manejo de la Universidad, y porque sienten que sobre ellos gravita la vieja tesis de que la sabiduría está del lado de los profesores, mientras que del lado de los estudiantes está la inmadurez. ¿Y qué se les enseña? Por los avances vertiginosos de la ciencia, los muchachos dudan de las enseñanzas que reciben, pues saben que hoy los conocimientos y las verdades científicas envejecen rápidamente. Ellos ven también que la Universidad se debate en la incertidumbre, pues todavía no saben qué tipo de hombre debe formar: ¿el técnico o el humanista? ¿El profesional o el investigador? ¿El ecléctico o el demócrata? ¿Piensa en la conservación de las estructuras actuales o en el cambio social?

Finalmente al universitario lo inquieta el hecho de que su porvenir profesional es inseguro. Muchas actividades están sobrecargadas (abogacía, humanidades, etc.), y él ve con irritación que las clases dirigentes prefieren a los profesionales formados en el exterior.

—¿Qué causas señala usted entre las segundas y a las cuales ha hecho referencia con anterioridad?

—Entre las causas extra-universitarias de ese malestar, debemos mencionar: A medida que crece la población de las Universidades, se acentúa el divorcio entre sociedad y estudiantado. Este no se siente integrado a un medio regido por valores tradicionales y convencionales. De ahí su actitud permanente de revuelta y desafío, sobre todo cuando se trata de jóvenes provenientes de los sectores medios y bajos.

Por otro lado, los estudiantes, que constituyen la parte más sensible de la sociedad, palpan a diario el recorte por parte de los gobiernos de las libertades políticas y de las libertades académicas, que a ellos les interesa vitalmente. Les irrita igualmente el desconocimiento por las grandes potencias de la libre determinación de los pequeños países (Santo Domingo, el Vietnam, Checoslovaquia), y la política que ellas adelantan de una progresiva colonización económica, cultural y política de estas naciones. Las donaciones a las Universidades, las becas, el envío de profesores, la imposición de planes de estudio elaborados en el extranjero, todo esto aviva el justo nacionalismo de los jóvenes y su inconformidad.

—¿Cree usted que el antagonismo creado entre las dos mentalidades que se disputan el dominio del mundo influyen, en alguna forma en la situación aludida?

—Ciertamente. Dentro de este orden de ideas debe mencionarse el hecho de que por la lucha frontal entre los dos sistemas que se disputan el dominio del mundo, la Universidad es considerada por los amigos del viejo orden como subversiva. Los frecuentes choques entre estudiantes y fuerzas armadas, la violación de los campos universitarios, el deterioro del concepto de autonomía de la Universidad, tienen esa connotación nueva: las Casas de Estudio han pasado a ser subversivas, de acuerdo con los patrones de la ideología dominante. Pero en realidad lo que hay en los jóvenes es el anhelo de que se estructure una nueva sociedad.

Por fortuna en estos días se ha levantado una voz ilustre, la de Paulo VI, para decir que él entiende la rebeldía actual de los muchachos como una protesta contra la mediocridad y la hipocresía de la sociedad. Yo estoy de acuerdo con esa apreciación, pues no se puede negar que a la nueva generación la ofende ver a estos países dirigidos por grupos que no han sido capaces de efectuar el desarrollo y que disimulan sus ansias feroces de dinero y de poder con la fraseología de la defensa del mundo libre y de la civilización occidental y cristiana.

—¿Cree usted que la autonomía universitaria, tan celosamente defendida por los estudiantes entrañe una especie de extra-territorialidad?

—No lo creo. El concepto de autonomía ha evolucionado notablemente. Al comienzo tuvo el sentido de una defensa contra la interferencia de los gobiernos, de los políticos y de las confesiones religiosas. Hoy se entiende de otras maneras: Como la garantía efectiva de las libertades de cátedra y de investigación, y como la seguridad de que el país de que se trate es en verdad independiente. Mi tesis es ésta: hoy la autonomía de la Universidad es una parte integrante de la autonomía de la nación. Por eso hay que ligar la primera a una lucha incesante porque los recursos de que cada país se exploten en beneficio de sus nacionales, y porque cada pueblo desarrolle libremente sus posibilidades culturales, y porque organice como quiera su vida. Por eso la autonomía de la Universidad está condicionada a esa lucha.

Una consideración aclara este concepto: Hasta hoy se ha venido diciendo que sólo las naciones ricas pueden desarrollar la ciencia. Si admitimos esto, se llegará al resultado de que los países atrasados deben recibir la ciencia extranjera y sujetarse a ella. Así, la ciencia se vuelve un instrumento de dominación. Pero si ligamos la autonomía de la Universidad a la autonomía del país, es preciso abocar desde ya por parte de los centros de enseñanza superior la necesidad de impulsar la investigación y la búsqueda de nuevas verdades, sobre todo en lo que mira al desarrollo de nuestros recursos, pues no me explico por qué hay que importar científicos extranjeros para determinar el uso que podamos darle a nuestra flora o a nuestros recursos minerales. Dentro de este concepto, una universidad identificada con el porvenir autónomo del país y gobernada por sus profesores, sus estudiantes y sus egresados, organiza su disciplina interna en forma que se hace innecesario hablar de extraterritorialidad. Dentro de lo que es el Estado moderno, yo estimo que él tiene derecho a intervenir en todos los puntos del territorio nacional, máxime si él financia instituciones como las universidades.

Antes de la terrible crisis actual de la Universidad uruguaya, el Rector Maggiolo escribió una monografía muy valiosa sobre las nuevas tareas de la Universidad latinoamericana, sobre todo como productora de ciencia, y es claro que a la luz de sus conclusiones es preciso darles nuevos desarrollos al concepto de autonomía, que siempre se ha prestado a confusiones.

—Y pasando a otro tema. De los sistemas enfrentados, doctor, capitalismo, socialismo y comunismo, ¿hacia dónde piensa usted que se encamine la humanidad en un futuro próximo?

—No cabe duda de que hacia el socialismo. Es el único sistema que puede resolver, en plazo corto, los grandes imperativos del

hombre, que son no sólo de bienestar sino de dignidad. El problema está para cada país en dar con la modalidad de socialismo que le conviene. Por fortuna ya ha hecho crisis la idea de que hay un solo modelo. Para la América Latina, me parece y ese es el caso de Colombia, que el socialismo posible es el que salvaguarde los intereses de la democracia y de la libertad. Por eso el experimento checoslovaco iba a ser tan importante. La monstruosa intervención de la URSS trata de ahogarlo, pero ella, al menos, deja el saldo positivo de que se le ha notificado a cada país y a cada movimiento de izquierda que ya no se puede confiar en las naciones guías. Cada país hará lo que pueda. Porque si el socialismo nos ha de ser impuesto desde fuera, es mejor que no venga.

—En su opinión, ¿existe un problema grave que afecte en común a los pueblos de América Latina?

—Claro que sí. El de sub-desarrollo, cuya raíz última está en el hecho de que son países colonizados. Producto de ese sub-desarrollo es la miseria: En Colombia v.g. el 45% de las familias tienen un ingreso al mes de \$300.00 (U.S.17). A su vez esa miseria impide el desarrollo, pues es obvio que esas gentes, con tan frágil poder de consumo, no pueden servir de base para el avance industrial. La lucha por la valorización de nuestros productos, por la defensa de nuestros recursos naturales (hoy en manos extranjeras), por la utilización al máximo del ahorro nacional, por la disminución de los gastos militares, la formación de bloques regionales, todo esto contribuirá al desarrollo. Pero debemos insistir: La gran batalla contra el sub-desarrollo es ante todo una batalla contra todas las formas de colonialismo.

—Quisiera su opinión sobre los programas de la Alianza para el Progreso.

—Esa opinión es hoy un responso. Para mí no existe la Alianza para el Progreso. Ella no tuvo un origen constructivo. Fue ideada como un medio de lucha contra el comunismo y concretamente contra la revolución cubana. Eso la viciaba desde el comienzo, pues no se trataba ciertamente de asegurar un destino mejor para el hemisferio sino de evitar un contagio ideológico. Así, se ha convertido en una estrategia contra la llamada subversión, que en el fondo es el descontento que hay en las masas por su condición. Los dólares, cada día menos en cantidad, que vota el Congreso norteamericano, van a parar a unos grupos minoritarios que los emplean en lo que les conviene. Y como se trata en realidad de luchas contra el peligro rojo, resultaron buenos aliados los dictadores y las oligarquías. Y luego, el señor Johanson acabó por desacreditar la Alianza con la invasión a Santo Domingo.

En estos días el señor Echavarría Olózoga, Embajador hasta hace pocas semanas de Colombia en Washington, ha dicho públicamente ante el desconcierto de los sectores bien pensantes que la AID se ha convertido en un órgano de promoción de las exportaciones norteamericanas y que exige que no se reinviertan en los Estados Unidos los dineros que presta. Esa no es una ayuda real, dice el diplomático y en esas condiciones "es mejor que se acabe". De todas maneras, los U.S. 750 millones que Colombia ha recibido de la AID desde 1962, no alcanzan a compensar lo que hemos perdido por la baja en los precios del café en los mercados norteamericanos. Yo creo firmemente que nuestros países son capaces de financiar su desarrollo. Faltan gobiernos que impongan la necesaria disciplina, sobre todo a las clases altas, y que defiendan las riquezas nacionales, hoy en manos ajenas.

EDUCACION Y DESARROLLO EN ESPAÑA*

Por Jesús CAMBRE MARINO

*La Importancia de la Educación
en el Desarrollo Económico*

Primera Parte

A PESAR de que los más destacados economistas, desde los clásicos hasta los modernos, habían insistido frecuentemente en la función multiplicadora que desempeña la educación en el desenvolvimiento del factor humano, no ha sido hasta la última década que se empezó a estudiar y discutir abiertamente la influencia de la educación en el crecimiento económico, y por último el concepto de inversión social en educación que haga extensiva a todos los estratos de la sociedad los beneficios de la cultura llegó a ser aceptado por amplios y crecientes círculos.¹ Sin embargo, a la par que se hace hincapié en las opiniones de los grandes economistas del pasado, sobre la importancia de la educación para el crecimiento económico, hay que recalcar, además, que el desarrollo de los recursos humanos resulta indispensable para la transformación de las anticuadas estructuras políticas y sociales que frecuentemente son un obstáculo formidable para el desarrollo de una sociedad determinada.

El reconocido padre de la economía clásica, Adam Smith, recalcó la importancia de la educación en distintos pasajes de *La riqueza de las naciones*, incluyendo "las capacidades adquiridas y de finalidad útil de todos los habitantes o miembros de la sociedad" en su concepto de "capital fijo", uno de los componentes del "caudal común de la sociedad":²

La adquisición de esas capacidades origina siempre un gasto real, porque es necesario mantener al que las adquiere durante su educación,

* Este trabajo forma parte de un estudio más extenso sobre la educación y el desarrollo que ha preparado el autor.

¹ PETER WILLIAMS, *Aid to Education*, London, The Overseas Development Institute, 1965, p. 5.

² ADAM SMITH, *Indagación acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*, Madrid, Aguilar, 1961, p. 244.

estudios o aprendizaje, y ese gasto es un capital fijo invertido, como si dijéramos, en su propia persona. De la misma manera que tales capacidades constituyen una parte del caudal de esa persona, también constituyen el de la sociedad a la cual pertenece.

Adam Smith afirma que la sociedad entera se beneficia con la educación y por lo tanto es justo que toda la sociedad contribuya a su sostenimiento³ e insiste en las ventajas que deriva toda la sociedad si el Estado atiende debidamente a la educación de sus miembros.⁴

Por su parte Marshall decía que "ningún cambio sería tan efectivo para lograr un rápido incremento de la riqueza material como el mejoramiento de las escuelas⁵ y que además "una buena educación confiere grandes beneficios indirectos incluso al trabajador ordinario"⁶ Marshall finaliza la exposición de este tema con las siguientes palabras:

Se puede entonces concluir que la sabiduría de dedicar fondos públicos y privados a la educación no debe medirse solamente por sus frutos directos. Ello será provechoso como una mera inversión para dar a las masas populares mayores oportunidades.⁷

Marx concedió una gran importancia a la educación para desviar la creciente tendencia industrial hacia la especialización que hacía del hombre un ser dependiente de la máquina durante agotadoras jornadas de trabajo llevándole al embrutecimiento físico e intelectual, y pensaba que las escuelas tendrían un papel significativo en la construcción de la nueva sociedad.⁸

No cabe duda que la conquista inevitable del poder político por la clase obrera conquistará también para la enseñanza tecnológica el puesto teórico y práctico que le corresponde en las escuelas del trabajo.⁹

³ *Ibid.*, p. 710.

⁴ *Ibid.*, p. 685.

⁵ ALFRED MARSHALL, *Principles of economics* (8th ed.), London, Macmillan, 1949, p. 212.

⁶ *Ibid.*, p. 211.

⁷ *Ibid.*, p. 216. (Trad. mía de las citas.)

Existe edición española de Aguilar (Madrid, 1948).

⁸ KARL MARX, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, V, I, p. 408 y sigs.

⁹ *Ibid.*, p. 409. Para una visión general de lo que Marx y muchos economistas ingleses dijeron respecto a la educación, véase: JOHN VAIZEY, *The Economics of Education*, London, Faber & Faber, 1962. El primer capítulo titulado: *What Some Economists Said About Education*.

La función de la educación en una sociedad socialista será acabar con la enajenación existente entre el trabajador y los medios de producción, al mismo tiempo que desarrolla su destreza técnica. Será devolverle su condición de hombre aunque continúe siendo un productor.

Aunque es verdad que la educación general puede evolucionar y extenderse dentro de la sociedad capitalista, y esto aparentemente contradice las apreciaciones de Marx, no es menos cierto que esta evolución, además de ser excesivamente lenta, ha resultado muchas veces demasiado rígida y desigual.

Más recientemente Perroux ha dicho que hay que distinguir entre la inversión en cosas directamente productivas (la factoría de una industria extractiva o de transformación), la inversión en cosas indirectamente productivas: es decir el capital fijo representado por las carreteras, canales y acequias, etc., y otra forma de capital que reviste la cualidad de ser directa e indirectamente productivo: el desarrollo y revalorización de los recursos humanos.

Perroux cree que no es correcto razonar sobre el capital humano.

Pero es importante aislar *el capital que revaloriza los recursos humanos*. Este está formado de las inversiones por las cuales se cubren *los costos del hombre*, es decir *los costos del status humano de la vida*; concierne principalmente a la enseñanza, la salud pública y los servicios sociales destinados a los trabajadores.¹⁰

Al hacer este breve resumen de los puntos de vista de distintos economistas en torno a la educación y su relación con el desarrollo económico, no se pueden dejar de mencionar las ideas de tres ilustres españoles del siglo XVIII que, aunque sin ser economistas específicamente, entrevieron el problema de la educación como uno de los principales de la sociedad española de aquel tiempo: Fray Benito Jerónimo Feijóo, Fray Martín Sarmiento y Gaspar Melchor de Jovellanos que por rara coincidencia procedían, los tres, del cuadrante noroeste de la península, siendo los dos primeros gallegos y Jovellanos asturiano.

Desde la crítica reformadora de la enseñanza que acomete Feijóo al insistir sobre la utilidad de las ciencias prácticas sobre la teología:

El fin principal a que miro es mostrar a mi nación cuál es la enseñanza que más le conviene en el presente estado, supuesto tener la su-

¹⁰ FRANÇOIS PERROUX, *L'économie des jeunes nations*. Paris, Presses Universitaires de France, 1962, pp. 104-105. (Traducción del pasaje y subrayados míos.)

ficiente en todo aquello que pertenece al interés espiritual del alma; para que los genios hábiles se apliquen a cultivar aquellas partes de la Literatura en que nos exceden tanto los extranjeros y de que les resultan infinitas comodidades de que nosotros carecemos.¹¹

pasando por los escritos pedagógicos de Sarmiento:

Desengañense los celosos españoles que desean ver floreciente en España todo género de Literatura y la perfección de las artes mecánicas. Mientras no se instruya la juventud de distintísimo modo que hasta aquí, todo será andar por las ramas, y siempre vendremos a parar en que todo nos venga de fuera y sólo salga de nosotros el oro y plata para pagar nuestra desidia y nuestra espontánea ineptitud.¹²

hasta las teorías de la educación del "ilustrado" Jovellanos se percibe una honda inquietud renovadora de la cultura y de la sociedad españolas que trata de sintonizarlas con las corrientes de pensamiento imperantes en la Europa de la Ilustración. Para lograrlo había que reformar la orientación de la enseñanza en España, anclada como estaba en las teorías escolásticas y dedicada casi exclusivamente a estudios especulativos, teológicos y jurídicos, dirigiéndola hacia disciplinas de valor práctico, tales como las ciencias naturales, la física, las matemáticas y las distintas ramas de la incipiente pero expansiva tecnología.

Estas ideas de una enseñanza que promoviese los conocimientos utilitarios entre la masa de la población pudo ponerlos en práctica Jovellanos con la creación del Real Instituto Asturiano de Gijón en 1794, centro docente dedicado principalmente al estudio de la Minería y de la Náutica, pero que también daba cabida en sus aulas a muchas otras disciplinas relacionadas. El Real Instituto Asturiano, que fue un experimento para crear una verdadera enseñanza media de contenido tecnológico, constituye un antecedente de las modernas escuelas técnicas de grado medio.

Sobre la necesidad de la extensión de la enseñanza a sectores más amplios de la población, decía Jovellanos:

Puede una nación tener algunos o muchos y muy eminentes sabios, mientras la gran masa de su pueblo yace en la más eminente ignoran-

¹¹ BENITO JERÓNIMO FEIJÓO, *Sobre el adelantamiento de las ciencias y artes en España* (Carta XXXI); *Cartas eruditas y curiosas*, t. III, nueva impresión. Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1777, p. 378.

¹² MARTÍN SARMIENTO, *Fragmentos varios sobre educación* (publicado como apéndice II en: MARÍA DE LOS ANGELES GALINDO CARRILLO, *Tres hombres y un problema: Feijóo, Sarmiento y Jovellanos ante la educación moderna*, Madrid, 1953, p. 335.)

cia...; los individuos de las clases que son productivas y más útiles serán ineptos para sus respectivas profesiones, mientras los sabios compatriotas se levantan a las especulaciones más sublimes.¹³

En cuanto a la íntima relación entre la educación y el progreso de la sociedad, he aquí lo que pensaba el ilustre asturiano:

¿Es la instrucción pública el primer origen de la prosperidad social? Sin duda. Esta es una verdad no bien reconocida todavía, o, por lo menos, no bien apreciada; pero es una verdad. La razón y la experiencia hablan en su apoyo.¹⁴

Sorprende comprobar como después de transcurridos dos siglos, las ideas de estos esclarecidos españoles conservan su plena vigencia. Las palabras premonitorias de Sarmiento resultan dolorosamente proféticas doscientos años después de haber sido pronunciadas y dejadas en olvido. Actualmente "todo nos viene de fuera", pero hay una diferencia respecto del siglo XVIII. En vez de "pagar nuestra desidia con oro y plata", ahora la pagamos con la progresiva enajenación de la Patria y con la exportación al extranjero de interminables contingentes de españoles que se dirigen hacia las naciones necesitadas de mano de obra barata.

Hoy día se considera generalmente bien establecida la existencia de una correlación positiva entre la educación y el desarrollo económico, y cada vez son más numerosos los razonamientos teóricos y las investigaciones empíricas que explican esa relación. Pero la puesta en práctica de los principios de mejoramiento del factor humano por medio de la extensión del sistema educativo en los países que intentan llevar a cabo una política de desarrollo de sus recursos productivos, tropieza con fuertes obstáculos que a veces parecen insalvables.

Primeramente está el argumento de la escasez de medios económicos para instrumentar la expansión de la educación. Suele argumentarse que si bien es cierto que la educación es necesaria para el desarrollo económico, tampoco es menos cierto que el desarrollo económico resulta indispensable para la puesta en marcha de un plan de reforma y extensión educativa, dados los cuantiosos recursos que éste absorbería.

De modo parecido se manifiesta la Comisaría del Plan de Desarrollo Económico, cuando al comenzar el capítulo XXI del I Plan

¹³ GASPARD MELCHOR DE JOVELLANOS, *Memoria sobre educación pública*. (En la Biblioteca de Autores Españoles, vol. 46, p. 241, Madrid, Sucesores de Hernando, 1924.)

¹⁴ *Ibid.*, p. 230.

de Desarrollo español 1964-67, titulado Enseñanza y Formación Profesional, decía:

La educación es un factor condicionado por la vida económica y condicionante de ella. La "cantidad" de educación que se puede impartir depende del volumen de recursos con que cuenta el país, y a su vez este volumen, es decir, la mayor o menor prosperidad económica de una sociedad, está determinado por el grado de educación alcanzado por la misma.¹⁵

Como puede apreciarse, este tipo de argumentación nos sitúa dentro de un círculo vicioso del que no parece posible salir. A todo lo cual podría replicarse en el sentido de que la estructura del presupuesto de un estado se compone de una serie de partidas claramente jerarquizables desde un punto de vista social. No hay duda de que ciertos capítulos presupuestarios, singularmente los gastos militares y paramilitares y hasta cierto punto los de representación diplomática en el extranjero, contribuyen muy poco o nada al desarrollo cultural, social y económico de una sociedad como la nuestra. Por lo tanto parece lógico esperar que una reducción sustancial en aquellos gastos improductivos y su traslación al capítulo de educación daría resultados altamente beneficiosos para el conjunto de la sociedad.

Indirectamente relacionada con aquella argumentación está la vieja cuestión de si los recursos dedicados a la enseñanza deben considerarse como gastos corrientes de consumo, o si, por el contrario, deben contabilizarse como parte de las inversiones productivas que efectúa la sociedad:

Tradicionalmente, se les ha considerado más bien como formando parte de los primeros, salvo aquellos dedicados a la construcción de edificios e instalaciones escolares. Sin embargo, la solución más lógica sería considerar, en general, todos los gastos en educación como parte de la inversión que realiza el país. El criterio fundamental para considerar un gasto como inversión es el de si mejora la capacidad de producción futura del país y esto no puede negarse de la educación. El que esa inversión no se materialice en nada concreto, salvo en la medida que influya sobre el cerebro de los españoles, es irrelevante.¹⁶

Opiniones estas últimas muy acertadas, pero se debe puntualizar que las inversiones en educación, además de la saludable influencia

¹⁵ España. Comisaría del Plan de Desarrollo Económico. *Plan de desarrollo económico y social para el período 1964-1967*, Madrid, 1963, p. 289.

¹⁶ MARIANO RUBIO JIMÉNEZ, "Educación e investigación científica" en: Enrique Fuentes Quintana, comp., *El desarrollo económico de España*, Madrid, Revista de Occidente, 1963, cap. XI, p. 319.

que indudablemente tendrán en el cerebro de los españoles, sí se materializan en algo muy concreto: en la concreción de tener España una población con una alta tasa de analfabetismo, y por lo tanto grandemente inhábil, o por el contrario que nuestra población esté altamente alfabetizada e instruida y sea diestra en el desempeño de las actividades productivas. Que dispongamos, en suma, de una exigua proporción de técnicos, científicos e investigadores claramente insuficiente, como ocurre ahora, o que España cuente con una tasa de esos profesionales que se considere adecuada para el desarrollo de nuestra sociedad. Al decir desarrollo me refiero, claro está, a la mutación de las estructuras sociales y no simplemente al crecimiento de las magnitudes productoras de bienes y servicios. Desarrollo, en fin, de las actividades creadoras de bienes, pero también de las ideas y de los valores de la cultura y del espíritu.

Otro obstáculo formidable a la reforma y democratización del sistema educativo en los países subdesarrollados consiste en la inercia social ante las ideas e iniciativas innovadoras que puedan alterar la estructura de la sociedad. Este tipo de impedimento suele darse en el seno de sociedades rígidamente estratificadas, cuyos grupos o clases dirigentes temen ser desplazados de la cúspide por medio de la extensión de las oportunidades educativas a todas las clases sociales. En realidad esta objeción, que se escuda casi siempre tras la pantalla de la "preservación del orden y la estabilidad sociales", no representa otra cosa que la determinada resistencia al cambio exhibida por los grupos privilegiados.

A pesar de todos esos obstáculos muchos economistas, sociólogos, educadores y distintos organismos internacionales han llegado a elaborar una ideología del desarrollo educativo que da prominencia al papel de la educación como motor del progreso económico. Los principios fundamentales de esta ideología sostienen que la inversión en recursos humanos muy posiblemente producirá una mayor rentabilidad en términos de crecimiento económico que la inversión en capital físico, y que tal inversión es además socialmente más beneficiosa porque mejora el bienestar individual y su posibilidad de lograr mayores ingresos. Una proposición subsidiaria es que el contenido de la educación debería ser más científico y técnico con el fin de relacionarla más estrechamente a las necesidades de modernización de la economía.¹⁷

Un moderno economista español insiste sobre el valor económico de la educación cuando dice:

¹⁷ ROBERT W. COX, "Education for development", *International Organization*, vol. XXII, 1968, pp. 310-331.

Hablando en puros términos económicos, la educación permite la formación de un capital social que posibilita, junto con el capital real, el aumento de la productividad. Por tanto, está fuera de toda duda que una política de desarrollo económico implica necesariamente una atención especialísima al sistema de educación y de reeducación.¹⁸

Esta corriente de pensamiento resulta plenamente lógica si tenemos en cuenta la creciente tecnificación de las actividades productivas en todos los sectores de la economía contemporánea.

Si tomamos como ejemplo el sector primario que tradicionalmente ha venido empleando el elemento humano menos preparado desde el punto de vista de su formación educativa, sabemos que en los países que cuentan con una agricultura diversificada y una ganadería altamente productiva (Inglaterra, Holanda, Dinamarca) no es posible, hoy día, realizar las operaciones agrícolas y ganaderas con esperanzas de éxito si el agricultor no cuenta con la adecuada preparación laboral dentro de su especialidad.

La agricultura y la ganadería, para ser eficientes, se han tecnificado de tal modo que su práctica requiere en la actualidad un caudal de conocimientos complejos que van desde la selección de semillas, la utilización de los regadíos, la aplicación de fertilizantes químicos y el uso de insecticidas; a la rotación y racionalización de los cultivos y la mecanización de muchas labores hasta hace poco realizadas en forma manual. La ganadería específicamente exige conocimientos sobre la inseminación artificial, vacunación y control de epizootias, racionalización de la alimentación animal a base de piensos preparados de elevado índice de transformación en carne, selección y especialización de razas de alto rendimiento, preparación de registros genealógicos de animales y otros conocimientos varios. Tanto la ganadería como la agricultura, en un sistema económico como el nuestro, exigen también unos conocimientos que permitan el cómputo de costos de producción y una inteligencia del funcionamiento del mecanismo del mercado que permita calcular la rentabilidad comparativa de ciertos cultivos y de la explotación de las distintas especies ganaderas.

Todo ello plantea la necesidad de que el futuro agricultor o ganadero, si ha de tener éxito en su ocupación, pase por una escuela

¹⁸ RAMÓN TAMAMES, *Estructura económica de España*, 3ª ed. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1965, p. 707. Lamentablemente este libro, que, como tuve ocasión de decir en un trabajo anterior y repito ahora, es seguramente el estudio más completo y revelador de la economía española publicado hasta la fecha, sólo dedica al análisis de la política educativa de nuestro país escasamente cuatro páginas (de la 706 a la 710) de las 813 de que consta la obra.

especializada que le capacite adecuadamente para el eficiente desempeño de su labor productiva.

Lo dicho respecto al sector primario tiene igual validez para la industria y los servicios, donde el grado de tecnificación y mecanización es aún más pronunciado, aunque la función primordialmente diferenciada de estos dos sectores económicos demandará, como es lógico, una especialización profesional de distinto enfoque.

Para finalizar esta exposición me parece oportuno transcribir las siguientes palabras de un reconocido especialista europeo en los problemas de la educación:

No hay duda que la educación ha sido un factor de los más importantes en la generación de grandes innovaciones técnicas y logros en la industria, la agricultura y otros sectores de la economía.¹⁰

En el transcurso de los últimos años la educación ha ido tomando una creciente porción del ingreso nacional en la mayoría de los países adelantados. Edding cree que ello se debe a que el desarrollo industrial requiere una fuerza laboral calificada e instituciones educativas avanzadas.

Las Inversiones en Educación en España y en otros Países

Segunda Parte

DESPUES de la exposición de páginas anteriores, destinada a hacer resaltar el valor de la educación para toda sociedad que pretenda poner en marcha una política de desarrollo económico, pues su valor para el desarrollo cultural y espiritual del hombre se da por descontado y no creo que haya alguien que esté dispuesto a discutirlo, pasaremos a analizar la estructura de las inversiones en educación en España y en distintos países europeos. Al mismo tiempo se analizarán otros datos relevantes en relación con la educación que nos permitan realizar un estudio comparativo. Hecho esto se tratará de estudiar comparativamente la estructura de la educación en Galicia respecto del resto de España.*

Partiendo del convencimiento de que los desequilibrios y desigualdades espaciales dentro de la nación española se manifiestan en

¹⁰ FRIEDRICH EDDING, *Methods of analyzing educational outlay*, París, UNESCO, 1966, p. 9.

* Téngase presente lo dicho en nota preliminar al comienzo de este trabajo.

todos los exponentes de la actividad humana, se pretende demostrar en este trabajo que el desequilibrio de la región gallega frente al resto de España existe igualmente en lo educativo y cultural como en lo económico²⁰ y en lo social.²¹ Esto es así porque los aspectos económicos, sociales y culturales son interdependientes y están estrechamente relacionados entre sí. En una palabra: son distintas caras o facetas de una misma realidad humana. En este caso la comunidad gallega.

1. El Informe del Banco Mundial

EN el año 1961, a requerimiento del gobierno español, el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (*International Bank for Reconstruction and Development*) envió una misión a España con el "objetivo básico de ayudar a la Administración española en la preparación de un programa de desarrollo a largo plazo destinado a expandir y modernizar la economía española".²² En 1962 se hizo público el informe de la Misión, muchas de cuyas recomendaciones eran discutibles desde el punto de vista de lo acertado de su fundamentación y de hecho fueron ampliamente analizadas y criticadas por distintos economistas españoles.²³ Sin embargo, no hay duda de que el informe ejerció una influencia considerable en la formulación del futuro Plan de Desarrollo 1964-1967. Por ello será conveniente echar una ojeada, aunque somera dadas las limitaciones de espacio, al capítulo XVIII del informe citado que trata de la educación y la investigación científica.

Comienza declarando que a la Misión no se le pidió que hiciese

²⁰ Extremo que creo haber demostrado suficientemente en mi trabajo: "Galicia ante el desequilibrio regional de España". *Revista de Economía de Galicia*, núms. 57-60, mayo-diciembre 1967, pp. 5-19. Resultan sumamente interesantes los comentarios del doctor Taboada al trabajo citado, publicados en números subsiguientes de la misma revista.

²¹ Véase mi trabajo: "Análisis sociológico de la tripulación de un buque mercante español", *Revista de Economía de Galicia*, núms. 61-64, enero-agosto, 1968. Aunque este estudio se refiere específicamente a un grupo social determinado, la tripulación de un barco, existen muy buenas razones para creer que los hallazgos en él presentados son de aplicación general al conjunto de la sociedad gallega. Serían muy deseables otros estudios que enfocasen distintas parcelas de nuestra sociedad que *rectificasen* o *ratificasen* esos hallazgos. [Este ejemplar fue detenido por órdenes del Ministerio español de Información y Turismo, prohibiéndose su distribución].

²² *International Bank for Reconstruction and Development, The Economic Development of Spain; report of a Mission*. Baltimore, The John Hopkins Press, 1963, p. vii.

²³ Véase como ejemplo: ENRIQUE FUENTES QUINTANA, comp., *op. cit.*

un estudio detallado de la inversión en educación, más allá de una apreciación de su costo, pero "la relación entre educación y desarrollo económico es tan importante que el informe sería incompleto sin alguna referencia a ella."²⁴

Al insistir sobre la estrecha ligazón existente entre el nivel de educación de la población y el crecimiento de la actividad económica, sigue diciendo el referido informe:

Con el fin de expandir y modernizar la economía, el gobierno español espera que sean destinadas sumas sustanciales a la inversión fija. Sin embargo, tales expectativas no producirán los resultados deseados a menos que se dé la apropiada atención a la inversión en recursos humanos, ya que la oferta de mano de obra calificada será un factor importante en la determinación de la tasa de crecimiento económico.²⁵

Más adelante recalca la importancia de la educación para la adopción de nuevas actitudes, técnicas y métodos, especialmente entre la población campesina, pero también en los niveles superiores de la enseñanza con el fin de satisfacer las previsibles necesidades de una sociedad en desarrollo.

En el proceso de modernizar la economía e incrementar la productividad, las técnicas cambiarán constantemente y la flexibilidad mental y la adaptabilidad en el uso de las destrezas es importante. En particular la prosperidad de la comunidad rural en muchas partes de España, donde las condiciones naturales son difíciles, dependerá grandemente de la disposición a probar nuevas pautas de producción y a desechar viejos métodos: una adecuada educación general es indispensable para todo ello.

El segundo objetivo es incrementar el número de los que reciben educación científica y técnica, tanto en la enseñanza secundaria como en el nivel universitario, y especialmente la primera ya que la demanda de mano de obra calificada crecerá agudamente con la expansión de la economía.²⁶

El informe insiste, a lo largo del capítulo XVIII, en el serio problema de la deserción escolar en todos los niveles de la enseñanza española, lo que viene a significar un despilfarro de los recursos educativos, dada la escasa productividad de éstos si se considera la exigua proporción que representan los estudiantes graduados frente a los alumnos matriculados en los centros docentes. Como ejemplo men-

²⁴ International Bank. . . *op. cit.*, p. 389.

²⁵ *Loc. cit.* (La traducción del pasaje citado y los que siguen, es mía.)

²⁶ *Ibid.*, p. 390.

ciona el hecho de que en las distintas Facultades de Ciencias el número promedio de estudiantes matriculados en el período 1952-53 a 1954-55 fue de 12 600, pero el número de los que lograron graduarse en 1957-58 y 1958-59, cuando aquella masa estudiantil debiera haber finalizado sus estudios, fue sólo de 475 y 565, respectivamente.²⁷

Finalmente pasa revista a la investigación científica en España, realizada principalmente en los institutos establecidos en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, insistiendo en la necesidad de la coordinación del esfuerzo investigativo y en la mejora de las dotaciones tanto de personal como en equipo científico. "No parece haber duda de que la investigación científica en España ha sido obstaculizada por falta de fondos."²⁸ Sobre este aspecto concreto el profesor Aranguren escribió posteriormente lo siguiente:

Es muy posible que algunos, o incluso muchos, de los Institutos que lo componen, funcionen bastante bien, habida cuenta de los escasos medios de que disponen. El defecto fundamental es el principio conforme al cual fue concebido y realizado —en gran parte sólo sobre el papel del Boletín Oficial y arquitectónicamente— tal Consejo: el anti-económico —y anticultural— principio de una política de prestigio (incluso en el sentido etimológico de esta palabra), según el cual lo que importa es la "fachada", "escaparate", y no el interior. Si a esto se agrega la politización muy concreta —mucho más concreta que los llamados Principios del Movimiento— que, desde su fundación se imprimió a la suprema dirección del Consejo, se comprende muy bien la pobreza de sus resultados.²⁹

La exposición crítica del profesor Aranguren, persona estrechamente vinculada a la educación y a la vida intelectual española, resulta tan diáfana que considero completamente innecesario hacer comentario alguno.

2. El Primer Plan de Desarrollo Español y la Educación

A finales del año 1963, el 28 de diciembre, fue promulgada la ley 194/1963 que aprobaba el Plan de Desarrollo Económico y Social³⁰

²⁷ *Ibid.*, p. 395.

²⁸ *Ibid.*, p. 399.

²⁹ JOSÉ LUIS ARANGUREN, "Comentario a la ponencia", en: Enrique Fuentes Quintana, comp., *op. cit.*, pp. 327-328.

³⁰ Se dice en una publicación de las Naciones Unidas: "No debiera ser necesario hablar de desarrollo económico y social ya que el desarrollo —al

para el período 1964-1967, el cual, siguiendo de cerca las indicaciones del informe del Banco Mundial, decía lo que sigue referente a la enseñanza en la parte general de los "Objetivos Sectoriales":

El presente Plan de Desarrollo viene a realizar un gran esfuerzo en el orden de la enseñanza y de la investigación científica y técnica, para crear una mayor capacidad de gestión y de trabajo en la sociedad española y difundir la aplicación del progreso técnico, lo que redundará en un incremento de la productividad general y modificará la estructura de la demanda de bienes de consumo, aumentando la de productos industriales.³¹

Enumeraba más adelante, por sectores, las realizaciones concretas consignadas en el Plan para el período 1964-1967. De las que figuran bajo el apartado A), Enseñanza, entresacamos las siguientes que resultan ser las más importantes y específicas:

1) Continuar la lucha contra el analfabetismo e impulsar la extensión cultural, en especial en las zonas rurales.

2) Construir 15 000 aulas de primera enseñanza, mejorar la dotación de material pedagógico y ampliar hasta los catorce años la escolaridad obligatoria.

3) Aumentar la capacidad de los centros de enseñanza media y extender su ámbito con la creación de 465 000 nuevos puestos de estudio.

4) Intensificar el esfuerzo en las enseñanzas de formación profesional en sus diversas modalidades, creando 120 000 plazas de alumado.

5) Situar la enseñanza superior en condiciones de hacer frente a las exigencias derivadas del desarrollo... y crear 17 nuevas secciones en las Universidades.

6) Consagrar un esfuerzo especial a la formación de ingenieros y técnicos y crear cuatro nuevas Escuelas de Ingeniería, 6 000 puestos de estudio para técnicos de grado medio y 9 000 de grado superior.³²

El Plan también reservaba a la Educación un cometido específico

ser distinto del crecimiento— debiera automáticamente incluir ambos. Desarrollo es crecimiento más cambio; cambio a su vez es social y cultural lo mismo que económico, y cualitativo al mismo tiempo que cuantitativo." United Nations. Secretary-General. *The United Nations Development Decade. Proposals for action*, 1962, p. 3. Citado por H. M. Phillips, "Education and development" en UNESCO. *Economic and Social Aspects of Educational Planning*, París, 1964, pp. 15-16.

³¹ España. Comisaría del Plan de Desarrollo Económico, *op. cit.*, pp. 55-56.

³² *Ibid.*, p. 56.

en la política de Desarrollo Regional y así, en el capítulo VIII, dedicado a ese tema, bajo el apartado *Enseñanzas Técnicas*, se estipulaba la creación de una Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos en Córdoba y una Escuela Técnica de Peritos Agrícolas en Salamanca.³³

3. *Las Inversiones en Educación en Distintos Países*

SE considera generalmente bien fundamentada la recomendación de la OCDE a sus países miembros de que para obtener resultados satisfactorios de su política educativa debieran dedicar a educación e investigación científica al menos el dos por ciento del Ingreso Nacional. El Cuadro I muestra, a base de datos oficiales de la UNESCO, la evolución durante un período de 15 años de los porcentajes del Ingreso Nacional que dedican a educación diversos países europeos. En el cuadro se han incluido también, para que sirvan de marco de referencia, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, aunque por sus especiales características participa de la doble condición de europea y asiática, y tres importantes países extraeuropeos: Canadá, Japón y los Estados Unidos.

En la observación del Cuadro I un hecho primordial salta a la vista: de todos los países en él incluidos España es el que dedica un porcentaje *menor* de su Ingreso Nacional a la educación. Incluso naciones como Grecia y Portugal, con estructuras socio-económicas (y hasta políticas) muy similares a las españolas, dedican al esfuerzo educativo un porcentaje mayor de sus ingresos nacionales respectivos. Pero por si fuese insuficiente para España ser el "furgón de cola" de los países europeos en lo que a inversión efectiva en educación se refiere, si miramos al problema desde el ángulo de la evolución de los porcentajes de inversión en el lapso de tiempo cubierto por el cuadro, hallaremos una realidad todavía más inquietante.

Así, mientras países como Yugoslavia multiplican por 5, Bélgica por 3; y Holanda, Dinamarca, Noruega e Italia por 2 sus respectivos porcentajes del Ingreso Nacional destinados a la educación, los porcentajes españoles permanecen prácticamente estacionarios, en torno al 1.3%, ya que de un porcentaje de 1.2 en 1950 se pasó al 1.5 en 1960 para volver a descender al 1.2 en 1962 y alcanzar de nuevo la cota, hasta ahora no superada del 1.5 en 1964. Es decir, no sólo somos el país europeo que proporcionalmente dedica menos recursos a la educación, sino que los demás países, ante el estancamiento de

³³ *Ibid.*, p. 152.

nuestras inversiones, tienden a distanciarnos cada vez más grandemente.

Examinado el porcentaje del Ingreso Nacional que destinan a educación algunos países, será interesante conocer la proporción que representan en los Presupuestos Generales del Estado de distintas naciones, las inversiones presupuestadas para el capítulo o departamento de *Educación*. El Cuadro II, que se incluye seguidamente, nos ofrece una muestra referida al año 1965. Lamentablemente ese cuadro no resulta tan completo como sería deseable debido a que muchos países se muestran reacios a suministrar los datos necesarios a los organismos internacionales que se encargan de su compilación.

CUADRO I

Porcentaje de su ingreso nacional que dedican a educación algunos países europeos y la URSS, Canadá, Japón y los Estados Unidos, 1950, 55, 60, 62 y 64

<i>Países</i>	1950	1955	1960	1962	1964
Finlandia	3.1	..	6.6	6.8	7.6
Bélgica	2.1	2.3 ^a	5.7	6.2	7.1
Holanda	3.5	2.9 ^a	4.9	6.3 ^b	7.0 ^c
Noruega	3.2	4.1	5.4	6.1	6.9
Dinamarca	3.1	3.8	3.9	4.4 ^b	6.7
Yugoslavia ¹	1.2	..	2.7	5.2	6.4
Italia	2.9	2.7 ^d	4.0	6.3	..
Inglaterra (Reino Unido)	3.2	..	5.3 ^e	5.8	..
Suecia	3.5	2.6	5.4	5.7 ^b	..
Francia	..	2.4	3.2	3.3	4.6
Austria	..	4.0 ^d	3.7	4.0	4.5
Alemania (Occidental)	3.2	3.5	3.7 ^e	3.9	4.2
Grecia	..	1.3 ^d	2.0	1.4	2.1
Portugal	1.4	1.8 ^a	2.2	2.0	1.9 ^c
<i>España</i>	1.2	..	1.5	1.2	1.5
URSS ¹	5.8 ^e	6.1	8.1 ^e
Canadá	3.2	3.9 ^a	5.8	7.6	7.4
Japón	4.8	6.1 ^d	5.5	7.2	7.1 ^c
Estados Unidos ²	3.1	4.0	4.8 ^e	5.3 ^b	6.3 ^e

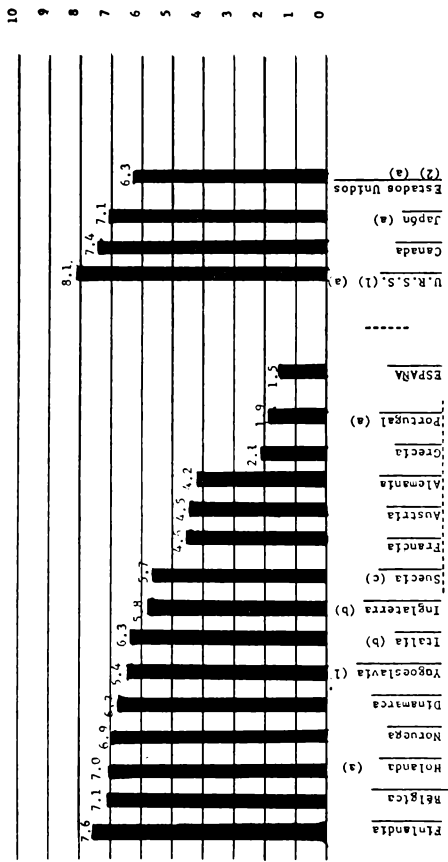
NOTAS: ^a datos de 1956; ^b datos de 1961; ^c datos de 1963; ^d datos de 1954; ^e datos de 1959; .. no hay datos para ese año; ¹ sobre el producto material bruto; ² gastos en educación pública solamente.

FUENTE: UNESCO, *Annuaire statistique 1965*. (París, 1966).

GRAFICA I

PORCENTAJE DE SU INGRESO NACIONAL QUE DEDICAN A EDUCACION ALGUNOS PAISES EUROPEOS Y LA U.R.S.S., CANADA, JAPON Y LOS ESTADOS UNIDOS, 1964

Por ciento



NOTAS: (a) Datos de 1963; (b) Datos de 1962; (c) Datos de 1961

FUENTE: Elaborado por el autor a base de datos de UNESCO. Annuaire statistique 1965.

El Cuadro II es lo suficientemente claro para que necesite de algún comentario adicional. De los 11 países que en él figuran, España es el que dedica un porcentaje *menor* de su Presupuesto General a la educación. Ello, a pesar de encontrarse el país en plena fase de desarrollo y a pesar también de los optimistas enunciados del Plan oficial anteriormente transcriptos, condiciona negativamente el funcionamiento de nuestro sistema educativo y determina, a la postre, la pobreza de sus resultados, pues no se puede pretender cosechar lo que no se siembra.

Es cierto que los distintos países tienen una manera diferente de computar las asignaciones y de elaborar su estructura presupuestaria. Sin embargo, el tener en cuenta esas variantes, que tal vez alterasen en algún punto el porcentaje de ciertos países, no modificaría sustancialmente la tendencia y la jerarquización ilustrada por el cuadro.

CUADRO II

Porcentaje de los presupuestos generales del estado que dedican a educación algunos países, 1965

<i>Países</i>	<i>Tanto por ciento</i>
URSS	37.0
Holanda	23.0
Finlandia	22.3 ^a
Bélgica	19.1
Suiza	17.4 ^a
Francia	16.9
Dinamarca	15.0
Grecia	14.0
Noruega	13.7
Suecia	13.1 ^b
<i>España</i>	10.6

NOTAS: ^a datos de 1963; ^b datos de 1959.

FUENTES: *International Yearbook of Education 1965* (Vol. XXVII). España. Ministerio de Educación y Ciencia. *Datos y cifras de la enseñanza en España 1967*, tomo I: *Estadísticas* (Madrid, 1967). Para los datos relativos a España. Se debe hacer constar que esta publicación incluye datos hasta el año 1967, siendo en este último año el porcentaje español de 11.54.

El Cuadro III nos muestra la distribución porcentual, por nivel y tipo de enseñanza, de las inversiones públicas en educación en algunos países europeos referidas a un año reciente.

CUADRO III

Distribución de los gastos públicos ordinarios en educación, por nivel y tipo de enseñanza, en algunos países europeos
(Último año disponible.)

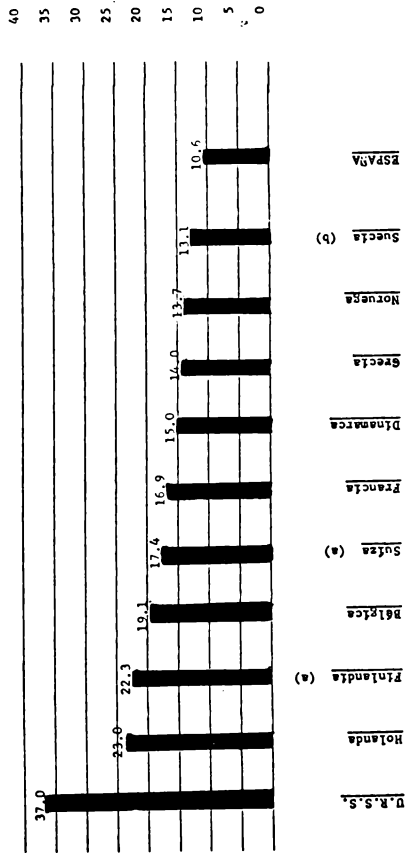
País	Año	Admón. central	Pre-escolar y primaria	Distribución porcentual por nivel y tipo de enseñanza				Tercer nivel	Otros tipos	Otros gastos
				General	Técnica	Normal	Normal			
Austria	1964	1.5	38.8	17.6	21.4	1.3	12.2	2.0	2.2	
Alemania (Occidental)	1961	1.5	48.1	23.1	12.7	..	13.2	—	1.4	
Bélgica	1960	1.1	36.5	22.9	22.6	3.4	6.0	1.2	6.3	
Dinamarca	1960	0.9	86.2 ¹	—	—	3.5	9.4	—	—	
España	1962	3.5	65.4	1.4	5.6	0.8	6.6	0.2	13.5	
Finlandia	1964	—	56.2	10.9	16.2	1.0	7.2	6.6	1.9	
Francia	1962	1.9	49.3	18.2	9.7	—	8.0	3.4	9.5	
Holanda	1960	1.1	35.5	21.9	18.6	0.3	14.8	6.0	1.8	
Italia	1960	—	37.4	31.7 ²	?	?	11.4	3.7	15.8	
Noruega	1964	—	47.2	36.3 ²	?	?	8.7	2.0	5.8	
Portugal	1963	1.1	41.5	12.9	18.7	—	9.5	1.4	14.9	
Reino Unido (Inglaterra y Gales)	1962	3.9	27.0	31.7	6.9	—	15.5	2.4	12.6	
Suecia	1961	2.7	50.7	15.3	7.4 ³	2.1	8.6	6.5	6.3	
Yugoslavia	1960	4.5	58.3	19.3 ³	?	?	16.1	1.8	—	

NOTAS: ¹ Comprende los gastos relativos a la enseñanza general y técnica del segundo nivel. ² Los gastos correspondientes a la enseñanza técnica y la enseñanza normal están comprendidos en la enseñanza general.

FUENTE: UNESCO. *Annuaire statistique 1965* (París, 1966).

GRAFICA II

POCENAJE DE LOS PRESUPUESTOS GENERALES DEL ESTADO QUE DEDICAN A EDUCACION ALGUNOS PAISES, 1963.- Per ciento



NOTAS: (a) Datos de 1963; (b) Datos de 1959

FUENTE: Elaborado por el autor a base de datos del International Yearbook of Education 1965 y España, Ministerio de Educación y Ciencia, Op. cit.

Tras la observación del Cuadro III resalta de manera especial, desde el punto de vista de nuestro país, la elevada proporción que representan los gastos de Administración Central, al igual que los recursos destinados a los niveles inferiores de la enseñanza (pre-escolar y primaria), situación típica de un sistema educativo poco evolucionado.³⁴ Al mismo tiempo la proporción dedicada a la enseñanza universitaria y superior (tercer nivel) en España es la segunda más baja de todos los países que figuran en el cuadro referido.

Veamos ahora en el Cuadro IV la distribución absoluta de los gastos ordinarios y los costos unitarios por alumno matriculado en los distintos niveles y tipos de enseñanza en España.

CUADRO IV

Gastos ordinarios y gastos unitarios, por nivel y tipo de enseñanza, en España (enseñanza pública solamente). Año 1962

Nivel y tipo de enseñanza	Gastos ordinarios		Matrícula total (unidades)
	Total (miles de pesetas)	Media por alumno (pesetas)	
Primer nivel (primaria)	5 667 000	1 372	2 818 797
Segundo nivel (secundaria)	637 000	2 485	256 342
— (General)	(259 000)	2 827	(91 626)
— (Técnica)	(333 000)	2 616	(127 281)
— (Normal)	(45 000)	1 202	(37 435)
Tercer nivel (superior)	390 000	4 279	91 150
Especial	6 000
Otros	8 000	364	21 989

FUENTE: UNESCO. *Annuaire statistique 1965* (París, 1966).

Una apreciación más reciente, a base de datos oficiales del Ministerio de Educación y Ciencia, nos permitirá realizar una valoración comparativa de la evolución de la matrícula y de los costos unitarios por alumno en los distintos niveles de enseñanza en un lapso de tiempo de cuatro años. Claro está que para llegar a un cómputo exacto de los costos por alumno en cada nivel, habría que prorratear entre

³⁴ Se dice en una publicación de la UNESCO: "...as an economy devolps, the trend is towards a higher percentage of expenditure for the second and higher levels of education." H. M. Phillips, *op. cit.*, pp. 42-43.

los distintos tipos de enseñanza las cantidades que le correspondiesen de las partidas absorbidas por los siguientes renglones: "Ministerio, Subsecretaría y Servicios Generales", "Secretaría General Técnica", "Archivos y Bibliotecas" y el "Fondo Nacional para el Fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades", servicios todos ellos de utilización conjunta y no adscribibles a ningún tipo de enseñanza en particular.

Dado que esa cuantificación sería sumamente compleja, tan sólo realizable hasta cierto grado de exactitud y confiabilidad por los organismos técnicos del Ministerio, se dejará al margen después de señalar el punto, y nos bastará tomar en cuenta que los costos unitarios computados, e incluidos en el Cuadro V, habría aún que incrementarlos en aproximadamente el 20% para que reflejasen realmente todos los recursos invertidos en educación en ese año.

El bajo costo por alumno de la enseñanza primaria y aun de la enseñanza secundaria que nos muestra el Cuadro V no causará sorpresa a todo aquel que conozca de cerca la pobreza de medios en que se desenvuelve la escuela elemental española lo mismo que los Institutos de Enseñanza Media. Es a su vez un índice elocuente de la insuficiente remuneración, verdaderos salarios de hambre destructores de las vocaciones al magisterio, percibida por el profesorado español.

Lo que sí resulta sorprendente es el elevadísimo costo por unidad de los alumnos de Bellas Artes que supera por mucho a los alumnos de Enseñanzas Técnicas y de Facultades Universitarias. Realmente no se puede comprender con facilidad cómo un país que se halla en período de desarrollo y en medio de la vigencia de un Plan (sin que estas palabras representen en modo alguno una subvaloración de las artes plásticas y la música que considero exponentes importantes de la cultura y el espíritu creador de un pueblo) puede dedicar a la enseñanza de las Bellas Artes más de la mitad de los recursos que destina a la formación laboral en todas sus especialidades. Es decir, se dedican 500 millones de pesetas a enseñar a 24 286 artistas y músicos, mientras se destinan sólo 1 000 millones a formar 276 276 especialistas de todas las ramas de la industria y el comercio. Viéndolo desde otro ángulo, la asignación para la enseñanza de las Bellas Artes también representa la mitad de lo consignado en el capítulo de Enseñanza Técnica que cubre todas las Escuelas de Ingeniería en sus distintas especialidades y las Escuelas Técnicas de Grado Medio. Aparentemente existe un desfase muy marcado entre el sistema educativo y las necesidades más urgentes y actuales de la sociedad española que convendría mitigar haciendo un replanteamiento a fondo de la política educativa que, entre otras muchas cosas, jerarquizase más concienzudamente la asignación de los recursos.

CUADRO V

Presupuesto del Ministerio de Educación y Ciencia y su descomposición por enseñanzas, matrícula total y costos unitarios por alumno en los distintos niveles. Año 1966

Sectores	Millones de pesetas	Porcentaje del total	Matrícula total curso 1956-1966 (unidades)	Media por alumno (pesetas)
Ministerio, Subsecretaría y Servicios generales	1 713.5	8.0	—	—
Secretaría General Técnica	107.8	0.5	—	—
Enseñanza Universitaria	1 524.4	7.1	89 194	17 090
Enseñanza Técnica	1 062.1	4.9	94 196 ^a	11 275
Enseñanza Media General	2 575.7	12.0	824 829	3 122
Enseñanza Laboral	1 025.2	4.8	276 276 ^b	3 170
Enseñanza Primaria	10 526.4	48.9	3 942 193	2 670
Bellas Artes	518.2	2.4	24 286 ^c	21 338
Archivos y Bibliotecas	265.0	1.2	—	—
Plazas y Provincias en Africa	2.3	—	—	—
Fondo Nacional para el Fomento del Principio de Igualdad de Oportunidades	2 200.0	10.2	—	—
Totales	21 520.5*	100.0	5 250 974	—

* La suma de las partidas no coincide con el total debido al redondeo estadístico a la décima de millón.

NOTAS: Las fuentes del Ministerio dan las cifras escuetas sin explicaciones de alcance o cobertura, por ello he considerado conveniente incluir las siguientes aclaraciones: ^a En nuestra tabla se agrupan los 32 095 alumnos matriculados en las Escuelas Técnicas Superiores y los 62 101 matriculados en las Escuelas de Ingeniería Técnica. Decidí agruparlos porque en la descomposición del presupuesto que hace el Ministerio figura una sola partida para Enseñanza Técnica; ^b En esta partida se han agrupado las siguientes especialidades de enseñanza: Institutos Técnicos de Enseñanza Media (48 288 alumnos); Centros de Formación Profesional Industrial (119 188); Escuelas de Artes Aplicadas y Oficios (17 842); Escuelas de Comercio (20 543); Escuelas del Magisterio (64 316); Ayudantes Sanitarios (6 099); esta agrupación tal vez resulte algo incongruente, pero ha parecido la más lógica y la única viable, dada la ausencia de aclaraciones en las tablas que ofrece el Ministerio; ^c agrupa los 23 142 alumnos de Conservatorios y los 1 144 de las Escuelas de Bellas Artes.

FUENTE: España, Ministerio de Educación y Ciencia. *Datos y cifras de la enseñanza en España 1967*, tomo I: *Estadísticas* (Madrid, 1967), pp. 118-119 y 101.

No quiero finalizar esta exposición sin mencionar lo menguado de la asignación presupuestaria para Archivos y Bibliotecas (265 millones, el 1.2 por ciento del total). En el mundo de hoy, crecientemente orientado hacia la investigación científica, la biblioteca cobra una importancia cada vez mayor que todos reconocen. Pero la biblioteca actual tiene una dimensión nueva radicalmente distinta de la que se asignaba a la biblioteca tradicional del pasado que se limitaba a ser un mero depósito, o museo, de los tesoros literarios.

La biblioteca moderna, cuando está concebida con un criterio avanzado, es una institución ágil y dinámica con una actividad eminentemente funcional que pone a disposición del estudiante o del investigador las fuentes bibliográficas que éste o aquél necesita, ya sean las últimas conquistas del pensamiento en cualquier campo o disciplina intelectual, o el dato o referencia de los clásicos.

Pero para disponer de este tipo de bibliotecas se necesitan dotaciones generosas no sólo para construir los locales idóneos y acogedores que inviten al estudio, para la adquisición de libros y revistas especializadas, y para el necesario mantenimiento y conservación de estos materiales, sino para que esas bibliotecas de que hablo puedan contar con un personal suficientemente preparado en bibliotecología el cual demanda unas remuneraciones adecuadas a su formación.

4. Analfabetismo y Nivel Cultural de la Población en Algunos Países y España

El Cuadro VI nos muestra los porcentajes de analfabetismo, según datos de la UNESCO, en algunos países europeos y en la URSS, Japón y los Estados Unidos.

Como se puede observar, España tiene una tasa de analfabetismo muy elevada, sólo superada por países como Grecia, Yugoslavia y Portugal. Ese 13.3 por ciento de población analfabeta mayor de 15 años en España indudablemente constituye un lastre muy pesado y una lacra social intolerable que la Administración pretende remediar con campañas de alfabetización, pero cuyo remedio más efectivo consistirá en lograr la completa escolarización de los niños en edad escolar.

El Cuadro VII muestra a su vez el grado de instrucción alcanzado por la población de 25 años y mayor en varios países de Europa según los datos de los últimos censos efectuados.

Vemos también que en España una elevada proporción de la población no ha completado su instrucción primaria y los 2/3 del total

CUADRO VI

Tasas de analfabetismo en distintos países (porcentaje de analfabetos sobre el total de la población)

<i>País</i>	<i>Año</i>	<i>Nivel de edad de la población¹</i>	<i>Porcentaje de analfabetos</i>
Hungría	1960	14+	3.2
Bélgica	1947	15+	3.3
Francia	1946	14+	3.6
Polonia	1960	14+	4.7
Italia	1961	6+	8.4
España ²	1960	15+	13.3
Grecia	1961	15+	19.6
Yugoslavia ³	1961	15+	23.5
Portugal	1960	15+	38.1
URSS	1959	9-49	1.5
Japón	1960	15+	2.2
Estados Unidos ⁴	1959	14+	2.2

NOTAS: ¹ 14+ = 14 años y mayores de esta edad.

² Basado en una muestra del 1% de los resultados del censo.

³ Basado en una muestra del 5% de los resultados del censo.

⁴ Basado en una encuesta por sondeo.

FUENTE: UNESCO. *Annuaire Statistique 1965* (París, 1966).

sólo han alcanzado aquel nivel a pesar del corto período de escolaridad obligatoria que estaba vigente en la época del censo. Por otra parte los porcentajes de la población española que han completado estudios secundarios o superiores son bajísimos. Resulta particularmente notable la insignificante proporción de mujeres que han finalizado estudios universitarios (0.2 por ciento, la más baja de todos los países incluidos en el cuadro), índice que apunta directamente a la situación de inferioridad social a que está sujeta la mujer española que en este caso, como en otros, sólo redundará en un incalculable perjuicio para la vida intelectual de la nación.

CUADRO VII

Distribución de los porcentajes de la población de 25 años y mayores según el nivel de instrucción y sexo en algunos países europeos

País	Año del censo	Sexo	Población total de 25 años y mayores (millares)	Distribución en porcentajes por el más alto nivel de enseñanza completado (excluye "desconocidos")				Desconocido % población 25 años y más
				Menos que primer nivel (primaria)	Segundo nivel (secundaria)	Tercer nivel (superior)	(Últimos censos)	
España	1960	MF	—	28.3	67.0	3.9	0.8	—
		F	—	30.2	66.5	3.0	0.2	—
Finlandia	1960	MF	2 423	—	90.0	6.0	4.1	—
		F	1 312	—	89.0	7.3	3.8	—
Francia	1954	MF	24 652	51.2	40.4	6.5	1.9	—
		F	13 388	53.4	38.8	7.1	0.7	—
Grecia	1961	MF	4 810	52.7	36.8	7.9	2.5	—
		F	2 529	63.8	28.8	6.3	1.1	—
Inglaterra y Gales	1950	MF	—	—	78.9	19.5	1.6	—
		F	—	—	75.6	23.2	1.3	—
Italia	1961	MF	30 348	21.6	71.9	4.6	1.9	—
		F	15 856	24.6	70.5	4.0	0.9	—
Holanda	1960	MF	6 232	—	87.6	11.0	1.3	—
		F	3 203	—	90.0	9.6	0.4	—
Noruega	1960	MF	2 189	—	83.9	14.2	1.9	—
		F	1 118	—	86.8	12.8	0.4	—
Portugal	1960	MF	4 845	45.1	50.4	3.5	1.1	—
		F	2 613	52.5	44.5	2.6	0.4	—

FUENTE: UNESCO. *Annuaire statistique 1965* (París, 1966).

Recapitulación Final

Se ha podido apreciar, a lo largo de las páginas anteriores, la poca atención que ha venido prestando hasta ahora el gobierno español al importante capítulo de la enseñanza. Absorbido por otras necesidades para él más apremiantes: sostener una dócil burocracia, tener satisfecho el brazo militar (aunque hay que reconocer que las fuerzas armadas españolas están hoy muy anticuadas, tanto en técnica como en armamento), y financiar el formidable aparato represivo en que se apuntala su poder, el régimen español ha desatendido durante largos años la educación nacional.

De ese modo las asignaciones presupuestarias destinadas por el Estado a la enseñanza han resultado claramente insuficientes para atender las crecientes necesidades. Esto ha sido así en todos los niveles de la instrucción, incluida la investigación científica, lo cual ha provocado el estancamiento cultural de la nación española que se manifiesta en todos los órdenes, pero muy especialmente en la actividad investigadora, la más desvalida de Europa.

Esto a su vez ha estimulado el éxodo, ante la esterilidad ambiental que ha venido padeciendo España, de profesores y científicos, algunos de ellos de justo renombre internacional, hacia América y Europa e incluso a ciertos países africanos. De este fenómeno común a todos los países subdesarrollados, que se desprenden de los elementos más valiosos de su comunidad intelectual en beneficio de sociedades más ricas o más abiertas, no podía sustraerse la España de hoy.

Los resultados de esta política son claramente visibles. Lo que España deja de invertir en enseñanza e investigación tiene después que pagarlo de otro modo por el uso en sus industrias y servicios de la técnica y de la ciencia de otras naciones. Hoy día se cifran en unos 250 millones de dólares anuales lo que España tiene que enviar al extranjero en concepto de "royalties" por la utilización de patentes, procesos de producción y especificaciones técnicas o marcas comerciales. Además esta situación anómala establece una doble dependencia del exterior a la industria española, ya que las compañías extranjeras que conceden licencias de fabricación suelen imponer condiciones restrictivas a sus concesionarias que les impiden vender sus productos en el mercado internacional, limitando su actuación al reducido mercado interior español.

Todo lo cual constituye una de las muchas facetas que exhibe España tras más de treinta años de un régimen que la ha convertido en campo propicio de especuladores extranjeros y en "paraíso de turistas". Y es que, como reza el lema de la vulgar propaganda oficial, *España es Diferente*.

Aventura del Pensamiento

BORGES Y SU CONCEPTO DE LA UNIDAD Y PLURALIDAD DEL SER

Por Zunilda GERTEL

EN uno de los primeros ensayos críticos de Borges, "Ultraísmo," publicado en *Nosotros* (diciembre 1921), hallamos ya los fundamentos de un tema básico de la poética borgiana: la inquietud metafísica del ser y la visión panteísta de la personalidad. El autor critica en la poesía "el prurito de querer expresar la personalidad de su hacedor". Manifiesta que esto se apoya en un error psicológico, porque "la personalidad, el yo, es sólo una ancha denominación colectiva que abarca la pluralidad de todos los estados de conciencia. Cualquier estado nuevo que se agregue a los otros llega a formar parte esencial del yo, y a expresarle: lo mismo lo individual que lo ajeno".¹

Para Borges, el poeta se identifica con todos los hombres, el yo individual es también un yo colectivo, que integra lo individual y lo plural.

En el prólogo de *Fervor de Buenos Aires* (1923), amplía este concepto:

Si en las siguientes páginas hay algún verso logrado, permóname el lector el atrevimiento de haberlo compuesto yo antes que él. Todos somos unos; poco difieren nuestras naderías, y tanto influyen en las almas las circunstancias que es casi una casualidad esto de ser tú el leyente y yo el escritor —el desconfiado y fervoroso escritor —de mis versos.

Advertimos la actitud del autor en busca de la esencialidad del ser y el innegable acercamiento del poeta a la inquietud metafísica. La identidad como unidad de lo múltiple, es decir de muchos seres

La primera vez que se menciona cada una de las obras de Borges tratadas en este artículo, se señala título y fecha. Las citas que sólo indican páginas se refieren al título y edición que, respectivamente les antecede.

¹ "Ultraísmo", *Nosotros*, XXXLX, No. 151 (Dic. de 1921), p. 471. Notemos que Borges en este ensayo crítico, emplea ya el vocablo "hacedor" con el sentido etimológico de poeta artesano, tal como lo usará en el título de su libro más personal *El hacedor* (1960).

del mismo contenido objetivo representables en un concepto, lo lleva a identificar al poeta con el lector, ya que ambos extremos cierran el círculo en la participación del fenómeno poético y constituyen la unidad. El lector, al recrear en la lectura el fenómeno poético, es tan creador como el poeta que lo escribió, y anotemos en este sentido los verbos escribir o redactar como preferidos por Borges, ya que para él, según el concepto platónico, "los poetas son amanuenses de un dios, que los anima contra su voluntad, contra sus propósitos, como el imán anima a una serie de anillos de hierro".²

Pero, al mismo tiempo, en el discernir de la metafísica borgiana, en la intuición originaria del poeta, la esencialidad del ser es la nada, es decir la realidad del ser es en la apariencia unidad (singularidad y pluralidad), pero en esencia es vacío de todo contenido. Por ello es posible ver la unidad autor-lector como "nadería", mas por constituir ambos la totalidad en la participación del fenómeno poético son también todo. Borges maneja hábilmente esta ironía de efectos contrarios; la recurrencia de arquetipos platónicos en la concepción panteísta de la personalidad —el Dios que es uno y también diversos seres misceláneos que se repiten— y el escepticismo de reducir la realidad del ser a un nihilismo absoluto. En *Otras inquisiciones*,³ madura ya esta concepción ambivalente, afirma que "Dios es la nada primordial de la *creatio ex nihilo*, el abismo en que se engendraron los arquetipos y luego los seres concretos. Es Nada y Nadie; quienes lo concibieron así obraron con el sentimiento de que ello es más que ser un Quién o un Qué. Análogamente Samkara enseña que los hombres, en el sueño profundo, son el universo, son Dios". (p. 170).

Las posibilidades del principio de identidad son así infinitas. Borges ejemplifica con fragmentos de la tradición clásica: El cielo de Plotino, en el que "todo está en todas partes, cualquier cosa es todas las cosas, el sol es todas las estrellas, y cada estrella es todas las estrellas y el sol". (p. 84) Attar, persa del siglo XII, canta en su poema la peregrinación de los pájaros que mueren en los mares en busca de su rey, el Simurg. Los sobrevivientes descubren que ellos son el Simurg y que el Simurg es cada uno de ellos. Semejante es el poema "Brahma," de Emerson, uno de cuyos versos sintetiza este concepto panteísta: "When me they fly, I am the wings." (p. 84)

² "El escritor argentino y la tradición", *Sur*, No. 232 (enero-febrero 1955) reproducido en *Discusión* (ed. 1957), pp. 151-162.

³ "De Alguien a Nadie", *Otras inquisiciones*, (1952), p. 170. Borges recrea el concepto nihilista de Johannes Eriugena, escritor irlandés del siglo IX.

Lo importante en Borges es la aplicación de estos principios a la creación poética, enunciados teóricamente e identificados con lo esencial de su obra. En "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz", el protagonista, el soldado, reconoce su identidad con Martín Fierro, el desertor: "Comprendió su íntimo destino de lobo, no de perro gregario; comprendió que el otro era él." (*El Aleph*, ed. 1957, p. 57)

En el "Poema de los dones," Borges recrea el tema de la identidad del poeta.

Al errar por las lentas galerías
Suelo sentir con vago horror sagrado
Que soy el otro, el muerto que habrá dado
Los mismos pasos en los mismos días.

¿Cuál de los dos escribe este poema
De un yo plural y de una sola sombra?
¿Qué importa la palabra que me nombra
Si es indiviso y uno el anatema?

(*Obra poética*, 1964, p. 177)

"A un poeta sajón," revela la identidad del autor y el lector:

Hoy no eres otra cosa que unas palabras
Que los germanistas anotan,
Hoy no eres otra cosa que mi voz
Cuando revive tus palabras de hierro

(*Obra poética*, p. 247)

En este aspecto de la identidad del autor y el lector, es indudable la influencia ejercida por la obra de Whitman, especialmente por "Song of Myself", de *Leaves of Grass*:

These are really the thoughts of all men in
all ages and lands, they are not original
with me,
If they are not yours as much as mine they
are nothing, or next to nothing.
If they are not the riddle and the un'ying
of the riddle they are nothing,
If they are not just as close as they are
distant they are nothing.

Para Borges, Whitman es el arquetipo del poeta que deriva el fin de la literatura de una relación personal con cada futuro lector. "Lo importante es la transformación que una idea puede obrar en nosotros, no el mero hecho de razonarla." (*Otras inquisiciones*, p. 87) Borges siente íntimamente el asombro de que podamos reanimar en nosotros las palabras y la entonación de autores de otras épocas. Whitman, al acentuar patéticamente esta paradoja, habla de "la nostalgia que inspiran al poeta las generaciones venideras que lo leerán y la nostalgia que esas generaciones sentirán por el poeta".⁴ En tanto para muchos escritores lo que interesa es el rasgo diferencial, la singularidad, para Borges lo válido es afirmar y depurar los valores universales que se repiten renovados en la visión de mundo que cada época aporta.

Toda obra poética quedará indudablemente incompleta en el autor y necesitará proyectarse en el tiempo para lograr su plenitud. Ya en *Inquisiciones* (1925), Borges nos dice:

Aspero privilegio del poeta, cuyo camino de perfección es calle de todos y que debe viajar a eternidad por el camino real que demasiadas músicas urgen; torpeza del poeta, cuyos versos más íntimos y decisores de su entraña de sombra nacerán en labios ajenos. (p. 64).

Posteriormente, contando ya con una vasta experiencia literaria en 1949, en su conferencia sobre Nathaniel Hawthorne, pronunciada en el Colegio libre de Estudios Superiores, Buenos Aires, expresa:

En el decurso de una vida consagrada menos a vivir que a leer, ha verificado muchas veces que los propósitos o teorías literarias no son otra cosa que estímulos y que la obra final suele ignorarlos y hasta contradecirlos. Si en el autor hay algo, ningún propósito por baladí o erróneo que sea, podrá afectar de modo irreparable la obra. (*Otras inquisiciones*, p. 74).

Borges reclama la autenticidad del autor, la fidelidad a sus principios como condición esencial de la obra literaria. Para afirmarlo desarrolla el concepto de la individualidad del poeta que, aunque parezca contradictorio con respecto a su idea de la pluralidad y universalidad del autor, contribuye, paradójicamente, a explicarla. En sus ensayos de *El tamaño de mi esperanza* (1926) manifiesta que "toda poesía es plena confesión de un yo, de un carácter, de una

⁴ Disertación pronunciada en el Instituto de Conferencias de *La Prensa* sobre "Obra y destino de Walt Whitman", *La Prensa* (2 de agosto de 1958).

aventura humana. El destino así revelado puede ser fingido, arquetípico (novelaciones del Quijote, de los soliloquistas de Browning, de los diversos Faustos), o personal: autonovelaciones de Montaigne, de Tomás De Quincey, de Walt Whitman, de cualquier lírico verdadero. Yo solicito el último". (p. 152)

Deduce finalmente que "toda literatura es autobiográfica", pero debemos interpretar el sentido y la valoración que da Borges a la connotación "autobiográfica", ya que no equivale literalmente a la vida real del autor, sino a la revelación de un destino. Este no necesita ser su vida común, pero sí la que siente y vive en tanto es autor. Por ejemplo, de Whitman dice que en su obra "era el hombre que hubiera querido ser y que no fue del todo. Representó un arquetipo del demócrata, un americano ejemplar, y no solamente el Whitman que padeció tales enfermedades y tales soledades".⁵

En este sentido la obra poética encierra la confesión de un destino, que puede, simbólicamente, como en el caso de Whitman, representar parcialmente a él mismo y a cada uno de sus lectores en su visión del mañana de América, o como en el caso opuesto, en Valéry, personificar en los laberintos del espíritu el símbolo de una Europa crepuscular. En "La busca de Averroes" Borges explica cómo el autor mientras escribe deja de ser quien es en la realidad, transformándose en el que la creación literaria requiere:

Sentí, en la última página, que mi narración era un símbolo del hombre que yo fui mientras la escribía y que, para redactar esa narración, yo tuve que ser aquel hombre y que, para ser aquel hombre, yo tuve que redactar esa narración, y así hasta lo infinito. (En el instante que yo dejo de creer en él, "Averroes" desaparece). (*El Aleph*, p. 101).

Este carácter de la individualidad del autor, como vemos, explica al mismo tiempo su pluralidad y la posterior identificación de creador y lector: "¿Los fervorosos que se entregan a una línea de Shakespeare, no son, literalmente, Shakespeare?"⁶ En *Inquisiciones*, Borges señala que el prólogo de un libro ya es el largo rato en que el autor es menos autor. "Es ya casi un leyente y goza de los derechos de tal." (Prólogo, p. 5)

La originalidad que adquiere en la obra de nuestro poeta la evolución del tema de la identidad de autor-lector se vincula con el concepto filosófico de la realidad según Berkeley, trasladado a la literatura. En el prólogo de *Obra poética*, Borges señala este

⁵ *Ibid.*

⁶ "Nueva refutación del tiempo", *Antología personal*, 1951, p. 56.

propósito. El principio de Berkeley *Esse is percipi* es aplicable a los seres para afirmar o negar su realidad, es decir las cosas sólo existen en cuanto son percibidas en la mente que las advierte. Llevada esta teoría a la interpretación del hecho estético, se infiere que la creación poética es válida según el efecto que ella produce o sea en la percepción de ésta por el lector.

En *El hacedor* (1960), plenitud de la obra borgiana, se logra la fusión de la teoría y la creación en verdaderos poemas en prosa. Shakespeare representa el autor arquetípico dentro de la definición panteísta de la personalidad. Ampliando la concepción de Hazlitt: "Intimamente no era nada, pero era todo lo que son los demás, o lo que pueden ser," en "Everything and Nothing," Borges logra la más acabada síntesis de la identificación del poeta con los hombres y con Dios, que como en los principios de Berkeley no es un Dios creador, sino meditador que sueña y mienta seres.

La identidad fundamental de existir, soñar y representar le inspiró pasajes famosos.

Nadie fue tantos hombres como aquel hombre, que a semejanza del egipcio Proteo pudo agotar todas las apariencias del ser.

Ricardo afirma que en su sola persona, hace el papel de muchos, y Yago dice con curiosas palabras "no soy lo que soy".

La historia agrega que, antes o después de morir se supo frente a Dios y le dijo: *Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo*. La voz de Dios le contestó desde un torbellino: *Yo tampoco soy, yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra*, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú que como yo eres muchos y nadie. (*El hacedor*, pp. 44-45).

Esta valoración universal de la identidad del autor con el lector y de la literatura como totalidad, se proyecta al libro, visto también como unidad arquetípica. Borges postula que "el ejercicio de las letras puede promover la ambición de construir un libro absoluto, un libro de los libros que incluya a todos como un arquetipo platónico, un objeto cuya virtud no aminoren los años". (*Otras inquietaciones*, p. 81)

En la literatura moderna, Mallarmé ha expresado que "el mundo existe para llegar a un libro". (p. 136) Borges distingue el significado del libro en el mundo antiguo, en que era un "medio", sólo un "sucedáneo de la palabra oral". Platón, en una fábula egipcia, condenaba el hábito de la escritura pues llevaba a la gen-

te a descuidar el ejercicio de la memoria y depender de los símbolos. (p. 137) Borges señala que el libro llegó a ser un fin en sí mismo cuando el hombre logró leer el alma de las palabras y descubrir su sentido. En las religiones, la noción de un Dios que habla a los hombres y les manda o prohíbe algo se unifica con la del "Libro Absoluto, de una Escritura Sagrada."

Para nuestro escritor el libro adquiere un significado único y a su vez múltiple. Puede constar de una sola palabra y abarcar todo. El libro es símbolo del universo. Según Bloy "somos versículos o palabras o letras de un libro mágico y ese libro incesante es la única cosa que hay en el mundo; es mejor dicho, el universo". (p. 141)

En el pensamiento borgiano, el libro, como el universo, es un laberinto donde el hombre deambula en el caos del espacio y el tiempo, en la búsqueda de la luz secreta que puede definir una verdad en un instante definitivo. En "La muralla y los libros", Borges nos dice que Shih Huang Ti "erigió la muralla porque las murallas eran defensas, quemó los libros, porque la oposición los invocaba para alabar a los antiguos emperadores", y agrega: "Quemar libros y erigir fortificaciones es tarea común de los príncipes." (p. 9) Indudablemente, en su aguda ironía hallamos el significado del poder material de la fuerza física sobre el espíritu. Quemar libros es destruir el pasado y el presente, destruir los pequeños instantes de verdad que fluyen del centro del universo y persistir en el caos de sombra. Sin embargo, hay además un significado clave en el poder silencioso, en la verdad intemporal del libro. Borges profundiza en este significado integral y afirma que los doctrinarios y filósofos anticipan en sus conclusiones la doctrina que los contradice.

Tanto difieren la razón y la convicción que las más graves objeciones a cualquier doctrina filosófica suelen preexistir en la obra que la proclama. Platón, en *Parménides* anticipa el argumento del tercer hombre que le opondrá Aristóteles, y Berkeley (*Dialogues*, 3) las refutaciones de Hume. (p. 87).

En el mundo de "Tlön, Uqbar, Orbis, Tertius," los sabios del fabuloso planeta dicen que "un libro que no encierra su contralibro es considerado incompleto". (*Ficciones*, 1944, p. 28) Lo singular de este pensamiento es postular que el libro tiene en su misma verdad, en su tesis, los elementos potenciales de su antítesis. Cada obra escrita trae así, la posibilidad de una constante dialéctica. Libro-anti-libro, oposición que significa unidad. Advertimos que la palabra encierra en sí misma el oxymoron, o sea la antítesis de valores: Libro es caos y es orden.

Borges, en su obra creadora, ha reiterado este sentido caótico y luminoso del libro. En el "Poema de los dones" traduce la angustia de su ceguera que le niega el trato directo con la palabra escrita:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
Me dió a la vez los libros y la noche.

Yo fatigo sin rumbo los confines
De esta alta y honda biblioteca ciega

(*Obra poética*, p. 176)

En "Ariosto y los árabes," está nuevamente el sentido de la imposibilidad de captar lo infinito en su totalidad:

Nadie puede escribir un libro. Para
Que un libro sea verdaderamente,
Se requieren la aurora y el poniente,
Siglos, armas y el mar que une y separa

(*Obra poética*, p. 211).

En "La biblioteca de Babel," en las múltiples conjeturas (no hay dos libros idénticos; la biblioteca abarca todos los libros; es tan enorme que no puede reducirse a lo humano; en la biblioteca debe existir un libro que sea la cifra del mundo; en la biblioteca los libros corren el albur de cambiarse), llega a una conclusión definitiva, con una visión idealista:

La Biblioteca es limitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que repetido, sería un orden: el Orden). (*Ficciones*, p. 95).

En la paradójica estética borgiana el libro equivale al símbolo esencial: el laberinto. Universo-libro-laberinto, encierran en sí mismos el caos, la angustia, pero tienen a su vez una clave: su orden, su verdad.

Estos conceptos se vinculan con los dilucidados en *Historia de la eternidad*, en donde interpreta la doctrina de los ciclos y del eterno retorno. Si bien para Borges el tiempo sólo existe como simultaneidad de instantes idénticos, no similares, su interés por el pro-

blema de la temporalidad lo lleva a analizar distintas conjeturas de la teoría del tiempo cíclico. Parte de Platón que, en el *Timeo*, lo presenta como argumento astrológico: "Si los períodos planetarios son cíclicos, también la historia universal lo será; al cabo de cada año platónico renacerán los mismos individuos y cumplirán el mismo destino". (*Historia de la eternidad*, ed. 1953, p. 92).

Según los pitagóricos las mismas cosas volverán puntualmente. Borges recuerda las palabras de Eudemo: "estaréis conmigo otra vez y yo repetiré esta doctrina y mi mano jugará con este bastón..." (p. 80)

De la doctrina del retorno y la simultaneidad, Borges concluye que, a primera vista, pudiera parecer un mero empobrecimiento del mundo, ya que si todos los destinos son el mismo destino, la historia universal es la de un solo hombre. Sin embargo, apoyándose en una deducción platónica, manifiesta que "los individuos y las cosas existen en cuanto participan de la especie que los incluye, que es su realidad permanente". (p. 18)

Este concepto que suele ser rechazado por ciertos prejuicios al aplicarlos al hombre, es sin embargo fácilmente aplicable al mundo animal. Borges lo ejemplifica con los pájaros, ya que "los idénticos rasgos, la antigua conexión con los dos crepúsculos, la circunstancia de ser más frecuentes al oído que a la visión", nos permite admitir la primacía de la especie. Así, interpreta como Keats pudo percibir en el trino de un ruiseñor del jardín de Hampstead, la idéntica voz del que oyera Ruth moabita, en los campos de Israel. (pp. 18-19)

Para confirmar sus principios, Borges recurre a una observación de Schopenhauer: "Quien me oiga asegurar que el gato gris que ahora juega en el patio, es aquel mismo que brincaba y travesaba hace quinientos años, pensará de mí lo que quiera, pero locura más extraña es imaginar que fundamentalmente es otro." (p. 19)

Del mismo modo atribuye al hombre, en esencia, un valor de eterna humanidad: "Una infinita duración ha precedido a mi nacimiento, ¿qué fui yo mientras tanto?" Metafísicamente podría quizá contestarme: "Yo siempre he sido yo: es decir, cuantos dijeron yo durante ese tiempo, no eran otros que yo." (pp. 19-20)

Esta valoración podría ampliarse y condensarse a su vez, en una frase de Bernard Shaw, que Borges cita en *Otras inquisiciones*: "Yo comprendo todo y a todos, y soy nada y soy nadie." (p. 196)

En "La noche cíclica," el poema arquetipo en la temática temporal, revela el asombro y la angustia de los "minuciosos" instantes repetidos:

Vuelve la noche cóncava que descifró Anaxágoras;
 Vuelve a mi carne humana la eternidad constante
 Y el recuerdo ¿el proyecto? de un poema incesante:
 "Lo supieron los arduos alumnos de Pitágoras. . ."

(*Obra poética*, p. 145)

En su relato "Los teólogos," Borges traslada a la creación narrativa las conjeturas de la teoría del tiempo cíclico y sus refutaciones. A pesar de las contradicciones doctrinarias, los dos personajes antagónicos, Aureliano, el ortodoxo, y Juan de Panonia, el hereje, en la divinidad del paraíso descubren que ambos son una misma persona. (*El Aleph*, pp. 35-45)

Cuando dilucida acerca del empobrecimiento que aparentemente podría traer a la humanidad la identidad de destinos, Borges manifiesta, no sin ironía, pero con esperanza:

En tiempos de auge la conjetura de que la existencia del hombre es una cantidad constante, invariable puede entristecer o irritar; en tiempos que declinan (como éstos), es la promesa de que ningún oprobio, ninguna calamidad, ningún dictador podrá empobrecernos. (*Historia de la eternidad* p. 97).

En la creación poética de Borges, el principio conductor, la contradicción, halla su unidad en el concepto de identidad. El mundo es una unidad, su historia es circular y todo es idéntico a todo. Borges nos habla del temor pascaliano que ve en el mundo un abismo y un laberinto, "una esfera espantosa cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia es ninguna". Nuestro poeta percibe también esta angustia vital, pero en su estética advertimos que, acaso, ese punto de la esfera encierra el centro secreto de la verdad del laberinto: el orden en el caos.

La unidad y pluralidad del ser, no es sino reflejo de la unidad y pluralidad del universo.

REVOLUCION Y POTESAD CONSTITUYENTE

Por *Guillermo DIAZ DOIN*

EN nuestro tiempo se abusa de la palabra revolución. Es un término del que se sirven, imprecisamente, todos los sectores políticos. Se aplica tan inadecuadamente, que a veces no sabe uno si la llamada revolución responde a una idea de avance social o, por el contrario, a un propósito de cerrar el paso a cualquier intento de innovación. Revolución y contrarrevolución son difíciles de distinguir, a tal punto resultan confusos ambos conceptos en la mente de progresistas y reaccionarios.

Lo cierto es que, en los últimos cincuenta años, es decir, para poner un punto aproximado de arranque a ese período histórico, desde 1918, año en que finalizó la primera guerra mundial, hasta nuestros días, hemos asistido a una serie de actos insurreccionales que sus autores denominaron revoluciones. Me parece, sin embargo, que se ha abusado del término, atribuyendo ese carácter, indebidamente, a buen número de acontecimientos cuyo único título para ser calificado de tales, no fue otro que el de haber sido el resultado de un hecho de fuerza. Con tan poco rigor se ha empleado el concepto, que no es extraño que se hayan denominado revoluciones muchísimos actos insurreccionales que no fueron otra cosa que simples golpes de Estado o, dicho en otros términos, meros desalojos por la fuerza de las personas que ocupaban el poder, sin producir cambios radicales en las instituciones.

Puede decirse, que hasta el año anteriormente señalado, eran contadas las revoluciones que recibían, auténticamente, tal nombre. Se hablaba de la Revolución Inglesa, la de la Carta Magna; de la Revolución Francesa, identificada con la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; de la Revolución Rusa, cuyo objetivo declarado se cifraba en la abolición del sistema del capitalismo privado. También se conocían otras revoluciones menores, llamémoslas así, circunscriptas a los límites nacionales, que no trascendieron de sus respectivas fronteras. Las mencionadas en primer término encarnaban aspiraciones universales, representaban objetivos comunes para la humanidad, mientras que las restantes

tradicían tan solo empresas nacionales, únicamente de interés para una determinada área geográfica. Evidentemente, a estas últimas no se les podía negar el carácter de revoluciones, si llevaban en su entraña el propósito de operar un cambio profundo en el ordenamiento institucional.

Pero, después de la primera guerra mundial, las "revoluciones" proliferaron en forma tal, que el concepto ha acabado envileciéndose, perdiendo significación y rigor expresivo. Desde entonces, todo acto insurreccional, cualquier golpe de fuerza, es denominado revolución por sus autores. Basta el hecho de que un grupo de individuos, civiles o militares, se adueñen del poder para que, de inmediato, sin más ni más, se proclamen titulares de "una revolución". Ello ocurre incluso en el caso de que los insurrectos limiten sus objetivos a restablecer situaciones políticas anteriores. Con lo cual, como ya he señalado al comienzo, resulta difícil distinguir entre revolución y contrarrevolución. Por razones demagógicas —la demagogia es uno de los males generalizados de la época que vivimos—, quienes realizan dicho acto de fuerza, independientemente de su verdadero sentido, prefieren siempre proclamarse autores de la primera, y no de la segunda. El concepto "contrarrevolución" no les parece grato.

Lo dicho explica que, en una situación tan explosiva y cambiante como la que ha atravesado y atraviesa el mundo, hayan sido pocos los países que no han realizado "su revolución". Unas veces, para poner coto, aunque parezca paradójico, a la anarquía y la desintegración. Otras, para promover un proceso de cambio y transformación, acorde con los avances sociales y técnicos. Han sido pocos los países que han podido sustraerse a ese frenesí revolucionario. Nunca ha faltado el pretexto para justificar esos actos de fuerza. Evidentemente, la gran mayoría, con raras excepciones, ha pasado por ese trance, y no son pocos los que han recurrido a dicho expediente extremo, con vistas a superar situaciones a las que no se lograba encontrar salida, dentro de la normalidad. También hubo casos en que el virus revolucionario se convirtió en mal crónico, llegando a constituir los hechos subversivos hitos definitivos del acontecer político.

Ahora bien, a esta altura de este análisis de lo ocurrido en el mundo durante las últimas décadas, convendría formular la siguiente pregunta: ¿Deben considerarse revoluciones, en el verdadero concepto, todas las insurrecciones producidas en ese lapso, por el simple hecho de haber sido calificadas como tales por sus autores? Entiendo que no. Para que un acto insurreccional pueda merecer el título de revolución, será necesario que concurren en él

determinados requisitos, pero, sobre todo, fundamentalmente, uno: *que se produzca el cambio radical de las instituciones*. Sin mutación constitucional, no hay posibilidad de revolución. Como he expresado ya en otras oportunidades, lo que caracteriza sustancialmente al fenómeno revolucionario es la circunstancia de *producir la caducidad del ordenamiento jurídico-político existente, pero no por vías de evolución*. A ese hecho de carácter negativo, ya que implica la destrucción de un orden vigente, debe sumarse otro, de índole positiva, constructiva, y es la posibilidad de creación de un nuevo ordenamiento. Cuando no se rompe la continuidad jurídico-política, y el cambio se limita a un mero reemplazo de los ocupantes del poder, el acontecimiento podrá ser calificado de cualquier cosa menos de revolución.

A la luz de lo que acabo de decir, no será difícil establecer cuáles son las insurrecciones producidas en los últimos cincuenta años que merecerían ser calificadas de verdaderas revoluciones. Sin embargo, no es mi propósito, en esta ocasión, llevar a cabo una verificación exhaustiva, reconociendo la autenticidad de unas y negándolo, por el contrario, a otras. Sin necesidad de semejante constatación, resulta evidente que son muchos los casos en que, no obstante la declaración enfática de sus autores, si eliminamos su retórica y su verbalismo, mas que de revoluciones, de lo que corresponde hablar es de meros golpes de Estado, inspirados en el propósito de cambiar el elenco gobernante. No debe olvidarse que, bajo la máscara de revolución se ocultan con frecuencia designios inconfesables de quienes, carentes de apoyo popular que respalde sus ambiciones políticas, buscan en ella el instrumento para adueñarse del poder. Como no pueden lograr el gobierno por las vías normales, por el cauce del sufragio, procedimiento legítimo en todo Estado democrático, recurren a la insurrección para imponer una determinada política. En estos casos, se trata, en el fondo, de pseudo-revoluciones, que responden exclusivamente al propósito de trabar el proceso inexorable de mejoramiento social. Constituyen dique, y no cauce. Su finalidad, por consiguiente, es retardar la revolución, e incluso con frecuencia aspiran a dar un paso atrás, retrocediendo y anulando los progresos logrados. En verdad, no tienen nada de revoluciones, siendo, por el contrario, acontecimientos negativos.

Sin embargo, en nombre de la auténtica revolución, de la que tiene y puede tener una justificación histórica, entiendo que ha llegado el momento de señalar los requisitos que deben concurrir en un acto insurreccional para ser calificado *legítimamente* de revolución. Véase que he subrayado deliberadamente la palabra legí-

timamente. Ello significa que reconozco dos especies, por lo menos, en el género revolución: una, que es legítima (la auténtica revolución), y otra, que no lo es, a la que debe aplicarse otra denominación, golpe de Estado, insurrección, sublevación, rebelión, etc. Parecerá, sin embargo, contradictorio que hable de *revoluciones legítimas*, uniendo en dicha expresión dos conceptos que se repelen, pues, mientras el primero se refiere a la ruptura de un orden jurídico, el último implica, por el contrario, el reconocimiento de unas normas de derecho. Desde un punto de vista lógico, es posible que no carezca de fundamento semejante observación. Pero, si nos atenemos a la realidad política que vive el mundo, desde un plano sociológico, y vista la proliferación de actos insurreccionales cuyos autores proclaman revolucionarios, considero que se hace necesario sentar unos principios y unas normas que permitan definir con precisión las auténticas revoluciones, dejando fuera del concepto aquellos otros hechos de fuerza que no merecen el nombre de tales. En una palabra, es preciso transformar la revolución de hecho *factico* (valga la redundancia) en categoría jurídico-política. Convertir la revolución en una institución, de suerte que no se puedan servir impunemente de ella los aventureros y los audaces. Hay que procurar, por todos los medios, que un gran número de actos de fuerza, cuyo solo objetivo es satisfacer ambiciones personales o de sector, puedan camuflarse bajo la máscara de la revolución. Hay que acabar, de una buena vez, con el carnaval político, arrancando la careta a los impostores y a los oportunistas. No debe bastar con declararse revolucionario; para hacerlo con autenticidad, será preciso demostrarlo y justificarlo en forma objetiva.

Para empezar, diré que, la primera condición que debe acreditar una revolución, si es que ha de ser calificada mercedamente de tal, es la de su posible justificación desde un punto de vista objetivo. Evidentemente, la revolución es un método quirúrgico excepcional que sólo debe emplearse cuando las terapéuticas usuales resultan ineficaces o imposibles de aplicar a ciertos estados patológicos. Eso quiere significar que sólo debe recurrirse a tan extremo procedimiento si aparecen absolutamente cerradas las salidas normales. Sin embargo, es difícil establecer si existen o no irregularidades en una situación política o institucional determinada. Y ese es el quid de la cuestión, pues todo lo que depende de una apreciación o interpretación subjetiva, lleva implícito el riesgo del error o la equivocación. Por esta razón, recurrir a la revolución es algo que debe meditarse mucho, y si se decide hacerlo, toda previsión, toda prudencia serán pocas. Una revolución hecha sin motivo, con apresuramiento y sin un plan bien concebido y meditado, puede ser fatal y de imprevisibles consecuencias para una nación.

Pero, incluso en el supuesto de que posea una justificación —si es que existe realmente una situación de anormalidad y no es posible corregirla sirviéndose de los mecanismos institucionales— la revolución tendrá necesariamente que legitimarse y no prolongar su duración más allá de lo estrictamente necesario. Ello quiere decir que toda revolución deberá cumplir estos dos requisitos: Justificar ante la ciudadanía las razones que la determinaron y, además, establecer, sin lugar a dudas, que el proceso anormal abierto habrá de tener un término preciso, al final del cual se implantará un nuevo orden o se regresará al suspendido por el acto revolucionario. Ciertamente, para legitimarse, la revolución necesitará comparecer ante la nación y rendir cuentas, pues, como un poder de esa naturaleza actúa fundándose en un supuesto o hipótesis, sólo susceptible de comprobación *a posteriori*, tiene que ser la ciudadanía, si es que se vive o se pretende vivir en un régimen de democracia o de Estado de derecho, la que debe pronunciarse, en última instancia, sobre si hubo o no razón para adoptar tan excepcional y extremo procedimiento. Otra forma de justificación no se concibe. Es preciso, pues, que el poder revolucionario recabe la aprobación de los ciudadanos y que éstos manifiesten, *expresamente*, que aquél interpretó su voluntad y obró en virtud de un mandato tácito, que habrá de ser ratificado *a posteriori*, mediante el acto de la legitimación en las urnas. No debe olvidarse esto, que no cabe admitir que un hombre, un grupo o un sector social se erijan, por su exclusiva y arbitraria decisión, en seres providenciales y se atribuyan facultades y prerrogativas que nadie les ha conferido frente a la nación. Todo lo más que cabe aceptar, y ello constituye la máxima concesión posible, es que el titular de la revolución cuente con el *consensus* tácito de la nación y que obre en función de ese supuesto; pero, bien entendido, que con la obligación de, tan pronto como sea posible, convertir ese consentimiento, tácito o supuesto, en un mandato expreso, obtenido en virtud del acto de la legitimación.

Evidentemente, sólo la ciudadanía, convocada formalmente con esa finalidad, es la que puede legitimar, solemnemente, una revolución. Si no lo hace así, corre el riesgo de ser tildada de ilegítima o de usurpadora, y carecerá de títulos para justificarse ante la historia. Toda revolución triunfante lleva en su seno, como la madre al hijo en sus entrañas, al menos por un tiempo, el consentimiento tácito de la ciudadanía. El poder revolucionario actúa y obra en función de ese supuesto, y por esa razón es necesario que aquél no deje transcurrir demasiado tiempo sin transformar ese hipotético mandato en otro expreso, aprobatorio de la actuación cumplida.

Ahora bien, el mecanismo a aplicar para que la ciudadanía exprese ese consentimiento al respecto no puede ser otro que una convención constituyente, convocada con esa finalidad concreta, a través de la cual pueda exteriorizarse la voluntad de la nación, ratificando, rectificando o desaprobando lo realizado por el gobierno revolucionario.

La historia, sin embargo, registra casos de revoluciones legitimadas por el transcurso del tiempo, vale decir, por prescripción. Con el paso de los años, algunos gobiernos revolucionarios, no obstante su origen espurio, lograron el asentimiento de la ciudadanía y legitimaron los títulos de su autoridad. Pero ello no suele producirse en forma inmediata. A esta forma de legitimización responde el concepto del ilustre pensador italiano, Guillermo Ferrero, cuando dice, en su obra *El Poder*, que "un gobierno es legítimo si el poder es conferido y ejercido de acuerdo con los principios y reglas aceptadas sin discusión por aquellos que deben obedecer". Con ello quiere significarse que la legitimidad se basa en el asentimiento de los ciudadanos, es decir cuando éstos no ponen en tela de juicio la facultad de mandar de quien ejerce el poder. Pero, para que ese asentimiento sea válido, se precisa, además, que sea la manifestación, expresa (convención constituyente) o tácita (transcurso del tiempo), de una voluntad libre y auténtica, sobre la que no se ejerce ninguna coacción. Cuando el consentimiento no se produce espontáneamente, de modo natural, y es, por el contrario, el resultado de una coerción externa, entonces nos encontramos frente a un poder ilegítimo, usurpador.

En toda legitimidad hay, en el fondo, un problema de mando y obediencia. Cuando el que manda no tiene títulos para ello, o aún creyendo tenerlos no se le reconocen, en ese caso nos encontramos en una situación política de equilibrio precario e inestable, amenazada de que haga crisis el principio de autoridad, prolegómenos de la insurrección. Esta no es otra cosa que un instrumento de que se sirven los disconformes, los que no reconocen la legitimidad de un mando, para modificar un estado de cosas que consideran arbitrario. La gente se rebela siempre contra lo que se supone —acertada o erróneamente, ello es adjetivo, pues lo que obra es el móvil— una arbitrariedad.

Sin embargo, el sólo hecho de la disconformidad no autoriza a recurrir a la insurrección. Para que ésta pueda tener cierta justificación, se precisan, además, otras circunstancias. Una de ellas, que esa disconformidad se funde en razones objetivas. Otra, que coincida con muchas más de la misma naturaleza. Y, finalmente, que el poder contra el que se rebelan los disconformes actúe en forma arbitraria, violando normas y reglas vigentes. Cuando concurren,

por lo menos, estas tres circunstancias, no cabe duda que existe, potencialmente, el derecho a la revolución.

Pero ese mismo derecho a la insurrección, originado por la actuación arbitraria del poder, obliga a los que se levantan contra él a procurar no incurrir en el mismo defecto que motiva su rebelión. Por ello, todo poder revolucionario, si no quiere negar su razón de ser, debe, desde el primer momento de nacer, someterse voluntariamente a unas normas y principios. Sólo así podrá justificar su propia conducta y descartar la posibilidad de ser calificado también de arbitrario. No hay cosa peor que un poder revolucionario desorbitado, anárquico, incapaz de inspirar seguridad y confianza en los que tienen que obedecerle. El mando debe ejercerse con corrección, obrando en el ánimo del que tiene que obedecer con prudencia y templanza. Cuando el poder revolucionario actúa sin responsabilidad y sin sentido de la ecuanimidad, siembra temerariamente las semillas de futuras insurrecciones y resistencias. Aunque parezca paradójico, a nadie interesa tanto como a los gobiernos surgidos de la revolución crear y respetar un orden nuevo basado en normas objetivas desprovistas de arbitrariedad.

Otra de las condiciones requeridas por una revolución, para no ser recusable y aspirar legítimamente al consentimiento de la ciudadanía, es la de no inspirarse en los intereses exclusivos de un individuo, de un grupo o de un sector social. Cuando esto ocurre, la revolución carece de razón de ser, se empequeñece y se convierte, naturalmente, en una tiranía, en una oligarquía de la peor especie o en una dictadura de clase. El recurso heroico y excepcional, justificable a veces como remedio salvador, se transforma entonces en un medio ilícito, basado en la fuerza, al que se recurre para sostener una causa que no posee justificación. Por ello la revolución tiene que ser empleada con la máxima prudencia, y sólo en muy contadas ocasiones; pero, cuando se recurre obligadamente a ella, necesariamente debe tener como motor impulsor los intereses de la totalidad de la nación, tomada en su conjunto, sin discriminaciones de ningún género. Dicho en otras palabras, el acto revolucionario y las realizaciones posteriores, no deben proseguir finalidades personales, de sector o de minoría.

Llegados a este punto, corresponde considerar la forma en que se produce el proceso revolucionario, y ello nos llevaría a distinguir en él, cuando menos, dos períodos fundamentales. Ciertamente, el proceso revolucionario comienza con el hecho de la ruptura de la continuidad jurídico-política, que se traduce, inevitablemente, en la aparición o surgencia de un nuevo poder, que desplaza y reemplaza al que hasta ese mismo momento ejercía el mando con

caracteres de legitimidad. Este nuevo poder no posee más título que el que le confiere la fuerza del hecho consumado; pero, al mismo tiempo, no se olvide esto, pues es de gran importancia, se arroga, *presuntivamente*, el mandato de la nación, en cuya *supuesta* representación actúa. De lo contrario, si esta hipótesis fuese falsa, y la realidad desmintiera esta presunción, entonces el acto revolucionario constituiría tan sólo una usurpación de poder, un adueñamiento ilícito del mando, llevado a cabo por simple ambición o designio personal o de grupo. Conviene recordar, ya lo he dicho antes, que toda revolución, para que pueda aspirar a legitimarse *a posteriori*, debe presentar, desde el primer instante, móviles o razones que la justifiquen y que sean cabal expresión de un anhelo o interés nacional. Si no es así, no se trataría de una verdadera y necesaria revolución, sino de una mera insurrección o revuelta, merecedoras de la más categórica condenación pública.

Una vez dueñas del poder, las autoridades revolucionarias tienen que desarrollar durante un tiempo toda una serie de actividades que, finalmente, si es que la revolución se produjo justificadamente y no fue una simple insurrección, habrán de desembocar en un nuevo orden institucional. Evidentemente, el primer período del proceso revolucionario termina en el momento en que el poder insurgente da por concluida su actuación y se dispone a dar cuenta de ello a la nación. Entonces se inicia la segunda y última etapa, durante la cual la ciudadanía debe expresar su conformidad o discrepancia con la obra revolucionaria llevada a cabo.

Es de señalar que, en el primer período de la revolución, esta asume, al comienzo, durante cierto tiempo, por lo general breve, una potestad constituyente que, simultáneamente, suele actuar en dos sentidos: por un lado, trata de destruir o anular cuanto en el ordenamiento institucional en vigencia puede dificultar o entorpecer su tarea específica, y, por otro, se autolimita, fijándose una órbita de actuación, de la que no podrá excederse, con lo cual contribuiría a llevar al ánimo público la noción de seguridad jurídica frente al temor de que el poder obre en forma arbitraria. Desaparecidos los obstáculos y establecido el ámbito dentro del cual deben moverse las nuevas autoridades, puede decirse que la revolución queda *institucionalizada*, cristalizando de este modo un nuevo orden jurídico-político provisional. Rige así una especie de *supra-constitución* de carácter transitorio, con vigencia hasta el momento en que se cierre el ciclo revolucionario. Esa denominada institucionalización de la revolución, es la mínima garantía que ésta puede brindar a la ciudadanía, liberándola del temor de ver desconocidos sus derechos frente a un poder arbitrario que obra sólo por

móviles subjetivos. De esa suerte, la revolución puede aspirar a que se le reconozca cierta categoría jurídica, no obstante su origen ilegítimo.

Sancionado ese nuevo ordenamiento provisional, en virtud de la potestad constituyente que, más o menos explícitamente, se atribuye toda revolución, el gobierno lleva a cabo la tarea que se haya fijado, hasta el momento en que considere que, realizada la obra propuesta, es necesario comparecer ante el verdadero titular de la soberanía, *el auténtico sujeto del poder constituyente*, que no es otro que la nación. En esta forma, quedará perfectamente cerrado el ciclo revolucionario, y se inaugurará entonces, cara al futuro, sin limitación de tiempo, una nueva normalidad.

Mi afirmación de que el verdadero y auténtico titular de la potestad constituyente no es otro que la nación, significa, por consiguiente, que la potestad asumida en el primer momento de la revolución por sus autores, posee un rango inferior que la primera. No puede ser de otro modo, si se tiene en cuenta que la potestad ejercida por aquellos en el comienzo del proceso revolucionario es de carácter *transitorio y presuntivo*, y las normas dictadas en virtud de ella, están condicionadas, en última instancia, a lo que al final del ciclo, decida, en forma definitiva e irreversible la voluntad ciudadana, expresada a través del órgano específico de la representación soberana, vale decir, de una convención constituyente convocada al efecto. Sin este último requisito, no importa repetirlo, ninguna revolución puede legitimarse, y todo poder surgido como consecuencia de un acto de fuerza no podrá librarse del calificativo de usurpador.

Lo que acabo de decir respecto de la potestad constituyente y la diferencia de rango existente entre la ejercida por la nación y la asumida *transitoriamente* por los autores de la revolución, requiere que analicemos, con cierto rigor, el carácter y naturaleza de dicha potestad y que recordemos cómo y cuándo apareció históricamente el concepto. Diré, para empezar, que se trata de una noción relativamente moderna. No se la conocía en la antigüedad, ni en el medievo, ni siquiera en la época de las monarquías absolutas inspiradas en el tratado "De Monarquía" del Dante. Fue necesario que el pueblo, o mejor dicho, el individuo, adquiriese estado de ciudadanía y se le reconociese el derecho a participar, como sujeto activo, en la cosa pública, para que surgiera el concepto de poder constituyente. Es sabido que la paternidad de esa noción pertenece al abate Sieyes, quien, en su obra *¿Qué es el Tercer Estado?*, afirma que la soberanía popular consiste, sustancialmente, en el poder constituyente de la nación, y que ésta, mediante las

constituciones, delega parte de esa potestad en las diversas autoridades, *pero conservándola siempre para sí*. De lo dicho por el político de la Revolución Francesa se deducen estas dos conclusiones: 1°. Que potestad constituyente y soberanía vienen a ser una misma cosa y su ejercicio corresponde, indiscutiblemente, a la nación, y 2°. Que ésta delega parte de ese poder, mediante las llamadas constituciones; pero que se reserva la posibilidad de ejercerlo, totalmente, cuando lo estime necesario, dado su carácter de único titular indiscutible y permanente de esa potestad soberana, y por consiguiente, de dictar las últimas decisiones. Con esa idea, Sieyes trasladaba al pueblo, al *demos*, la teoría sostenida por Bodino —con relación a la monarquía absoluta— de que el príncipe, como soberano, está por encima de las leyes y puede modificarlas cuando le plazca. *Quod princeps placuit*. El abate francés, con su doctrina, establecía que, por sobre las constituciones, existe permanentemente una voluntad soberana de la nación, ya que las leyes fundamentales no son, en definitiva, sino la expresión y cristalización del poder constituyente del pueblo *en un momento dado*. En virtud de esta última circunstancia, las constituciones son susceptibles de cambio, de modificación, son, en una palabra, transitorias, ya que siempre existe, potencialmente, una suprema potestad constituyente, que puede manifestarse en cualquier instante y volver a plantear de nuevo la situación originaria anterior al ordenamiento jurídico-político, es decir, regresar al *status nascens* o de prístina fuente.

Ahora bien, esa *potencial* potestad constituyente de la nación —indiscutible, si se acepta la teoría de la soberanía nacional consagrada mediante el sistema de la democracia representativa— tiene dos formas de manifestarse, una de carácter institucional y otra de orden revolucionario. La primera, basada en razones de continuidad, está regulada por la propia constitución, recibiendo la denominación de poder constituyente *derivativo* o *instituido*. En este caso, esa potestad soberana se ejerce de acuerdo con lo prescrito por el ordenamiento jurídico-político en vigencia, enlazando las nuevas instituciones con las anteriores, sin solución de continuidad, sin ruptura alguna. La nueva constitución surge así como una derivación de la precedente, como una continuidad del orden anterior, sin producirse mutación brusca, operándose el enlace en forma natural: La otra forma de manifestarse la potestad constituyente, es la que se produce mediante un acto o hecho revolucionario. La revolución rompe, quiebra, en este caso, el ordenamiento jurídico-político, retro trayendo la situación al momento originario del nacimiento del Estado. Es como si se regresase a lo

que Rousseau llamó el "estado de naturaleza", anterior, política e históricamente, al denominado "pacto social". Dice a este respecto Carré de Malberg, el notable tratadista francés, en su obra *Teoría General del Estado*, que, cuando una constitución queda radicalmente destruida *por una revolución*, nada resta de ella, y, por tanto, no puede proporcionar órganos nuevos para la elaboración de la constitución nueva, agregando que "así pues, entre la antigua Constitución, de la que se hizo tabla rasa, y la nueva Constitución, que hay que hacer por entero, ya no existe lazo jurídico alguno; antes al contrario, existe entre ambas una solución de continuidad, con interregno constitucional, un intervalo de crisis, durante el cual la potestad constituyente de la nación no tendrá más órganos que las personas o cuerpos que, a favor de las circunstancias, hayan conseguido apoderarse de ella. En suma, la cuestión del poder constituyente se presenta aquí en los mismos términos que en la época de la formación originaria del Estado; se reduce a una cuestión de hecho y deja de ser una cuestión de derecho". Como vemos, toda revolución, abre de nuevo el proceso constituyente, coincidiendo el ilustre tratadista con mi afirmación de que, en los primeros momentos, sus autores asumen la potestad constituyente, aunque, bien entendido, sin embargo, que, a quien le corresponde ejercerla, en última instancia, es a la nación, en una convención convocada a ese efecto.

Cuando la constitución pierde su vigencia, destruida por la revolución, entonces la potestad constituyente no tiene límites, no reconoce ninguna traba anterior, de modo distinto a lo que ocurre en el caso considerado de cuando la potestad constituyente es de carácter *derivativo*. La nación, mediante el acto revolucionario, recupera, en esas circunstancias, su supremo poder de decisión y de organización del Estado, correspondiéndole, en consecuencia, pronunciar su última palabra, de acuerdo con su soberana voluntad.

El hecho de que la potestad constituyente corresponda exclusivamente a la nación, dentro de un régimen de democracia, explica, sin necesidad de mayor argumentación, dado su carácter axiomático, que dicho poder supremo sólo pueda ser ejercido por los titulares de una revolución en forma *precaria, transitoria y presuntiva*, ya que, de hacerlo de otro modo, importaría la usurpación de una facultad ajena. Esto, sin embargo, no pretende rebajar en modo alguno la importancia del papel que corresponde desempeñar a los autores de una revolución, sino tan sólo dejar señalado el verdadero rango de su participación en el proceso, y, sobre todo, el carácter de *interinidad* de sus actos y de su obra, y por ende del ejercicio presuntivo de la potestad constituyente. No negamos su papel

protagónico, y menos aún la necesidad de que cuenten dichos titulares con la potestad constituyente, aunque de rango inferior, dado que toda revolución, o mejor dicho, todo proceso revolucionario, requiere la existencia de un sujeto que lo desarrolle, pues resulta evidente que la nación, en su totalidad, no puede llevarlo a cabo directamente, sino que precisa de un agente que, asumiendo su mandato, aunque sea de carácter *precario* y *presuntivo*, obre en su representación. Ahora bien, siempre que se entienda que todo lo que realice ese sujeto de la revolución tendrá que ser necesariamente convalidado posteriormente, mediante el procedimiento clásico, la convocatoria de una asamblea constituyente.

Si no se procede así, la revolución no quedará legitimada, y, al prolongarse indefinidamente el ejercicio del poder por quienes lo detentan en virtud de un acto de fuerza, se correrá el riesgo de que éstos puedan ser calificados, con sobrada razón, de usurpadores, ya que, si no se le da a la nación oportunidad para expresar su voluntad al respecto, no podrán considerarse justificados los poderes asumidos por los revolucionarios, por su exclusiva cuenta, sin contar con el mandato implícito de la ciudadanía.

Para finalizar, diré que la revolución viene a ser algo así como el derecho de la fuerza, teniendo ésta, en semejantes circunstancias, una misión con vocación creadora. La fuerza rompe, quiebra el ordenamiento jurídico-político vigente. El acto revolucionario constituye, como he expresado al comienzo, un remedio quirúrgico excepcional que permite abrir el camino para dar paso a un nuevo orden, al que el poder insurgente debe someterse, si no quiere actuar como elemento perturbador. He ahí como la fuerza, es decir la revolución, puede convertirse, obrando al servicio del derecho, en una fecunda fuente creadora del mismo.

LA VOCACION FILOSOFICA Y LA FILOSOFIA

Por *Miguel BUENO*

ME propongo en este ensayo abordar uno de los temas que más escaso tratamiento reciben dentro de la problemática filosófica, cual es el concerniente a la vocación o aptitud frente a esta disciplina, ya sea en el plano elemental de la simple afición o en el decidido interés que incluso puede llevar a la dedicación profesional del filósofo. Entre otras cosas desearía esclarecer si cabe en la moderna acepción del término hablar todavía lícitamente del "filósofo profesional".

Poco se dice en torno a esta suerte de vocación, pero mucho es lo que interesa conocer de ella, tratándose sobre todo del impulso subjetivo que conduce a la disciplina objetiva del filosofar, del sitio que ocupa en la enseñanza académica y la formación escolar, y finalmente, la aplicación que encuentra a la vida y la cultura. Por otra parte, no haré una reflexión de orden pedagógico sino dialéctico-proyectivo, en la medida que la aptitud vocacional está relacionada estrechamente con la índole de la problemática que le ocupa y no se puede apartar de ella.

Este asunto me ha preocupado desde hace tiempo. Es inquietante averiguar en qué radica la esencia de la vocación filosófica y determinar si existe dicha vocación como algo definido, tanto más por cuanto no concierne el problema exclusivamente a lo que sea la vocación en sí misma, sino también a la manera de fomentarla y aún suscitara, que buena falta hace en un ambiente donde las inclinaciones intelectuales vienen cada día a menos. Los variados aspectos del problema señalan que la resolución no es tan simple como podría creerse de primer intento. Recordemos que cada vocación tiene un signo específico y puede reconocerse en función de dos factores: primero, la disciplina por cuyo conducto se manifiesta, y segundo, la sensibilidad del individuo que capta el sustrato de la disciplina y se identifica con ella, incubando el fermento de la vocación misma.

Esto bien lo saben pedagogos y psicólogos, que desde hace tiempo se preocupan por establecer en qué consiste la vocación para

cada tipo de actividad cultural. El punto de partida hacia las consideraciones respectivas sostiene, en términos generales, que a cada forma de sensibilidad corresponde un tipo de inclinación vocacional. Dentro de la gama, bien nutrida por cierto, de posibilidades vocacionales, se encuentra la filosófica, cuya correcta evaluación auspicia en amplia medida el éxito de la práctica intelectual, de donde su advertencia ocupa un lugar muy significativo en el cuadro donde se ubica el desarrollo filosófico.

1. *Vocación histórica y sistemática*

AL examinar la génesis de la vocación filosófica encontramos la dualidad del hito histórico al lado del sistemático; entrambas directamente traducen las dos grandes modalidades que exhibe la inclinación subjetiva frente al mundo de las ideas: el sentir diacrónico de prosecución histórica y el afán sincrónico de construcción sistemática. El primer caso proviene del especial agrado por el reconocimiento de las ideas tal como se presentan originalmente, vale decir, como una manifestación histórica y ajena, en cuyo caso la vocación al estudio de las doctrinas producidas por otros pensadores será el motivo que incite a una inclinación fundamentalmente expositiva y ordenadora, cual corresponde a la investigación histórica, exploración ilustrativa y documental en los campos del pensamiento.

Esta clase de vocación se manifiesta especialmente en quien se satisface por el estudio de los grandes pensadores, en el placer de la captación ideológica y los sistemas históricos, que equivale al contacto virtual con los filósofos mismos; en tal caso, quienes dicha vocación experimentan sublimaríanla exponiendo, ya sea de modo escrito u oral, tales doctrinas. El deseo expositivo corresponde a dicha intelección, y es también el que encontramos en las vocaciones históricas, cuyo *desideratum* podría interpretarse como el acto de contemplar los sucesos e ideas que se han producido con anterioridad, y en cierto modo virtual participar en ellos. Atraen obviamente los pensadores consagrados, por la influencia que ejercen en el pensamiento y la cultura, aparejada dicha influencia a la fecundidad de sus teorías. De cualquier forma, la vocación histórica se convierte en la exploración del vasto mundo ideológico, donde el investigador descubre los sistemas producidos con anterioridad, análogamente a como se descubren y exploran los territorios. Hay individuos particularmente aptos al descubrimiento de territorios filosóficos, a explorarlos y reconocerlos para saber cómo están organizados y cómo funcionan; a ese tipo pertenecen los estudiosos de la historia, cuya vocación tiene como fundamento la peculiar sensi-

bilidad que permite captar las doctrinas sin oponerles un sistema preconcebido, una opinión personal subjetiva, como sucede generalmente con los pensadores de temperamento sistemático, que propenden ante todo a imponer su criterio y reflejarlo en las doctrinas que contemplan.

Por lo contrario de la vocación histórica, la sistemática se manifiesta principalmente en el afán creativo, que suele ir en paralelo a similar inquietud de creación en la cultura, vale decir, en los valores humanos; la coimplicancia de funciones que caracteriza a la filosofía moderna tiene como centro de gravedad a la axiología. Obviamente, este género de inquietudes deriva de aplicarse el individuo al quehacer cultural, ya sea de orden científico, jurídico, artístico, histórico, etc.; cada uno de dichos sectores abre la compuerta a una modalidad de la vocación filosófica en los términos señalados. La filosofía moderna así evoluciona, entendiendo por tal no solamente a la contemporánea, sino de un modo más amplio la que surge a partir del Renacimiento, en el albor de la Edad Moderna, cuyo nódulo de preocupaciones está cifrado en la especie cultural con el descubrimiento de sus conceptos medulares, que integran al mismo tiempo el criterio de valoración imperante en el sector respectivo.

La modalidad sistemática de la investigación axiológica traduce directamente al sistema de la cultura donde arraiga, tomando de ella su problemática y el índice metodológico para resolverla. Análogamente la vocación de sistema se inspira en la obra cultural respectiva y en ella tiene su primer arranque debido principalmente a que posee un cierto grado de científicidad, no sólo en la indoctrinación netamente científica —entendiendo por ella a la ciencia matemático-naturalista— sino también en disciplinas como el derecho, la antropología y las humanidades en general, incluyendo a la ética y al arte mismo, cuya estructuración técnica, de acuerdo a la finalidad que desempeña, contiene buena dosis de científicidad. No en balde se define con frecuencia al arte como ciencia, y a la ciencia como un arte. Así en efecto, la virtud de sistema va estrechamente unida a la estructura científica del pensar, de donde la vocación sistemática no puede ser otra que la dirigida genéricamente al pensamiento científico. Frecuente es que la dual manifestación científico-filosófica se traduzca en el ejercicio también sistemático de ambas disciplinas: ciencia y filosofía, que en el fondo son dos momentos diferentes de una misma reflexión, dos planos fundamentales cuyas aristas convergen al afán común de obtener una explicación racional del mundo y de la vida.

2. *La especialidad ocupacional*

ESTA dualidad y hasta cierto punto incompatibilidad de vocaciones y quehaceres, corrobora a cada paso la obra de los clásicos, que lo han sido por contribuciones originales a la filosofía, en cuyo caso destacaron como pensadores sistemáticos, o bien como clásicos de la historiografía, mas no sobresalieron en cuanto pensadores originales sino como estudiosos eruditos de la historia. Los grandes forjadores de sistema, prácticamente sin excepción, no fueron historiadores de gran relieve, y recíprocamente, los eruditos de la historiografía no aportaron contribuciones de importancia al desenvolvimiento sistemático del pensar.

Agregaremos a los dos sectores antedichos un tercero, el del expositor oral, cuya actividad se despliega de preferencia en la cátedra, no tanto en los programas de rutina como en cursos monográficos y seminarios que corresponden al nivel facultativo. En este sector ubícanse algunos notables expositores que consagraron su vocación a presentar los sistemas y las ideas de los grandes pensadores clásicos. Ese tercer tipo de vocación también se manifiesta normalmente como exclusivo, y en cierto modo se opone a los anteriores, entre otros aspectos por la exigencia que plantea de tiempo y atención. Ahí la regla —aunque excepciones haya— de que los grandes expositores en la cátedra universitaria no han sido autores sistemáticos originales ni historiadores de mayor relieve.

Las razones del distingo anterior tienen como origen subjetivo a la vocación, a la inclinación del temperamento y del intelecto, pero hay también un correlato ocupacional por cuya virtud las atenciones pragmáticas que se dedican a una tarea impiden la dedicación intensiva a cualquier otra; cada una resulta en sí misma absorbente al exigir la dedicación a una problemática lo bastante amplia como para agotar las energías del individuo, incluyendo su atención a las múltiples derivaciones que encuentra en cada caso. Además de la inclinación vocacional a cualquiera de las actividades precitadas, subrayemos el reclamo cotidiano que plantea la tarea de proseguir en un mismo orden de consideraciones a lo largo de la actividad profesional, en una especialidad que dura casi siempre toda la vida.

Pocas personas escapan a dicha especialización debido principalmente al continuo incremento del saber y la demanda de trabajo altamente calificado, inclusive en las faenas intelectuales que encuentran en sus fuentes la multiplicación de las obras que nutren cada especialidad de la cultura.

Nada bueno depara esta aguda especialización cuando cierra la puerta a las numerosas vertientes que convergen a la problemática

filosófica, aunque justo es decir que en su propio ámbito propicia la profundización en los temas de la especialidad y robustece la posibilidad de conferir un cariz científico a la filosofía. Bastante difícil resultará suscitar, por esta vía de particularidad, una vocación ortodoxa, generalizante y abstractiva, al punto que, localizada en una mínima porción del saber, no sabemos si llamarla aún filosofía; no se ocupa de las trascendentales cuestiones ontológicas y axiológicas, ni siquiera historiográficas, a cambio de lo cual maneja problemas concretos, muy distante de la lucubración en que durante mucho tiempo se desplazó el filosofar tradicional, arraigado como fue en la aporía del ser y el devenir, de lo abstracto y lo concreto, de lo general y lo particular, o sean los dos polos correlativos que desde siempre circundan dialécticamente a la reflexión.

Sería imposible establecer un juicio tajante y definitivo sobre la cuestión vocacional, pero hablando en primera persona, de las tres formas mencionadas, la segunda, o sea la sistemática, encarna el *desideratum* del filosofar, su motivación más ingente, la justificación prístina del quehacer y de la disciplina, pues entraña nada menos que la generación de las ideas filosóficas, las teorías nuevas y los descubrimientos que constantemente aparecen en toda la cultura y se incorporan a las realizaciones existentes. Dicha vocación se manifiesta en una actitud creativa que tiende básicamente a plantear de primera mano los problemas, si es posible a formular teorías nuevas, a producir las contribuciones originales en que cifra todo filósofo su mayor anhelo, aunque necesite para ello conocer con abundancia las teorías dadas, como acervo documental y referencial.

El individuo creador procura construir la filosofía en forma de sistema orgánico, tendiendo a ofrecer contribuciones inéditas a partir de un problema o sistema de problemas, de un principio o sistema de principios que, sin mengua de las inevitables divergencias aparecidas en sus variadas posibilidades de desarrollo, mantenga el rasgo común del ímpetu creador sobre una temática de primera mano, con un sentido constructivo que en el mejor de los casos será el más depuradamente sistemático.

3. Cultura y valores

CONFORME a mi postura, la vocación sistemática surge por el encuentro de la filosofía con las disciplinas culturales, mediante la aporía que comporta la fundamentación de los problemas teóricos cuya forma específica está determinada por la rama cultural en que arraigan. Ulteriormente propende a construir una vasta concepción del mundo y de la vida según la perspectiva ontológica que la en-

vuelve y presenta el amplio marco referencial en la integración de su problemática. Dicha vocación denota en la actualidad marcada preferencia por la retoma del sustrato axiológico, y en sus más serias especificaciones admite como punto de partida a la cultura, obedeciendo a la inquietud que promueve su contenido motivacional en el espíritu; corresponde en ello al tipo de contenidos específicos que son los valores, con los cuales se identifica la problemática de la filosofía moderna, cuya genealogía material se polariza en cada modalidad de su proyección axiológica y crítico-fundamentante de la cultura.

Por ejemplo, es un hecho que la vocación artística reclama una sensibilidad particularmente emotiva, mientras la vocación matemática deriva de una sensibilidad inclinada a los desarrollos puramente racionales. Lo propio acontece con las otras formas de vocación, que prosiguen una dirección específica y, cual es el caso más frecuente, llegan a natural desenlace en la especialización profesional. Empero, las vocaciones no son absolutamente monotemáticas en el sentido de seguir una sola vertiente, sino abarcan cierta conjunción de factores psicológicos y culturales que llegan a ser altamente diferenciados, pero se avienen al común interés del espíritu y tienen como centro de gravedad determinada motivación valorativa. Cualquiera de los casos que denotan alguna vocación presenta la misma inquietud específica por la cultura; sólo en raras ocasiones trasciende el marco particular que se canaliza a la especialización profesional y llega al mundo paradigmático de la filosofía como sistema, que abarca el conjunto de los bienes culturales, extrayendo la quintaesencia de sus motivaciones axiológicas, ya sean formales o materiales, pero en todo caso motivaciones de valor y de espíritu.

Así existen varios caminos de ingreso al filosofar, en la medida que cada ramificación cultural ofrece un camino para penetrar en su problemática axiológica, tanto genérica como específica, o sea el descubrimiento del valor fundamental y los valores derivados que realiza cada tipo de actividad. El *genericum* axiológico radica en una función común cuyo efecto es la proyección general que se localiza en cada una de las disciplinas culturales, y homogéneamente se encuentra asimismo en las demás, lo cual induce al problema troncal que refleja el sistema orgánico de los valores.

4. Particularidad y generalidad

LA vocación filosófica encuentra, en estas condiciones, indisoluble vínculo con la vocación cultural, resultado entrambas indisolubles, con sólo que la última no se reduzca a una ocupación empírica,

cual se observa en los casos de profesionales "deshumanizados", vale decir, "desfilosofados", carentes de la conciencia crítica que proporciona la reflexión filosófica; por ejemplo, el artista pragmático y comercial, el técnico formal e imitativo, el especialista que ignora las bases profundas de su temática, son casos de profesionales que a fuerza de inmergirse en un solo contenido y repetirlo mecánicamente, lo desvitalizan, lo deshumanizan. lo desvirtúan, y con ello anulan el interés de la verdadera vocación.

Quienes definen su inquietud filosófica a través de una modalidad específica de cultura, por regla general se mantienen apegados a ella; en el mejor de los casos la filosofía puede representar una preocupación complementaria de la primordial ocupación específica. Así tenemos al matemático, que paralelamente a los desarrollos cuantitativos siente la necesidad de indagar el fundamento de su disciplina; llega entonces a la lógica matemática, por medio de la cual explica sus conceptos básicos. penetra con variable inquietud en el nivel fundamentante, pero sigue consagrado a la tarea originaria. Análogamente, los otros casos de ingreso a la filosofía por conducto de una rama específica de la cultura, mantienen vigente su problemática ocupacional.

Con ello, la antigua vocación a la filosofía abstractiva y el tipo clásico de "filósofo profesional" se precipitan por la pendiente de la decadencia, junto con su manifestación arquetípica, o sea la metafísica, puesta ya fuera de moda y cediendo el paso al moderno tipo de filósofo que se caracteriza por su indeclinable apego a cierta actividad cultural, en raros casos comprende más de una rama especializada, pero también en raros casos se desprende de ella para emprender el vuelo por las inconsútiles estratósferas de la metafísica.

Se plantea inevitablemente la cuestión de si el viraje experimentado en la vocación del filosofar es provechoso para los mejores designios de nuestra disciplina, a lo cual debe contestarse afirmativamente, no sólo por la superación que representa una actividad filosófica directamente afocada al quehacer de la cultura, sino porque el apego de la primera frente a la segunda desembocará finalmente en la desaparición del "filósofo profesional", como se ha entendido hasta la fecha, o sea el individuo que presta atención casi exhaustiva al estudio de las "ideas clásicas" dentro de un cartabón abstracto y desligado de la actividad vital. Contrariamente, la verdadera vocación por la filosofía, que es la sistemática, deriva de la vocación por la cultura y se canaliza de preferencia por conducto de la especie cultural donde necesariamente arraiga. Tal es el sentido que se advierte a lo largo de la filosofía moderna, y si más nos remontamos, se encuentra desde la antigüedad, aunque la

creciente y paulatina conciencia del nexo filosófico-cultural es un producto de la filosofía moderna.

Paralelamente al cariz concretizante de la vocación específica y al lado de la actividad particular que la promueve, se establece una fecunda proyección sobre el sector cultural adoptado como punto de partida. Por medio de ella se obtiene la fundamentación filosófica del ámbito respectivo, y recíprocamente, la filosofía se nutre en las formas culturales que le preocupan. Esta recíproca problemática tiene como denominador común al valor realizado en cada rama cultural y conducirá al temario conjunto de los valores, el mejor auspicio para fomentar una vocación efectiva en la filosofía, vale decir, una inquietud general en torno al concepto del mundo y de la vida.

Contrapolo de tan correlacionante postura es el mantenimiento de una especialidad radical, derivada casi siempre de la profesión específica, que a fuerza de serlo llega a negativa postura de unilateralidad, con el consiguiente impedimento frente al curso polifacético de la vida, que no está por ella comprendido. Unilateralidad tal es inevitable consecuencia de la creciente especialización en que han caído las actividades del hombre, al requerirle una concentración mayor en un ámbito cada vez más reducido, llegando a lo que se dice comúnmente como lema de la apremiante cultura actual: *saber cada vez más de cada vez menos*.

5. Vocación a las ideas

OTRO caudal de la inquietud por el filosofar, muy importante y muy frecuente, desemboca en la vocación para la historia, que llamaremos *historiográfica*: aún sin llegar al virtuosismo documental que este vocablo implica, genera una fuerte inclinación para el estudio de las doctrinas pronunciadas, ya se trate de algún pensador aislado, de una escuela o una corriente, o bien de la historia filosófica en sí misma, tal vez en paralelo al devenir cultural —así es más recomendable entenderla—, todo ello como resultado de la inclinación hacia el conocimiento de las ideas emitidas por autores tenidos como clásicos, ya que no propiamente a la emisión de ideas nuevas y propias.

En cualquier caso, me parece que el sentido originario de la vocación filosófica se define con pareja intensidad por ambos sectores, tanto en el saber de sus problemas específicos como en la inclinación de tipo general, reflejada en la dedicación historiográfica que contempla el espléndido panorama de las ideas y a la vez adiestra en su conocimiento, manejo y exposición.

De modo peculiar destaca la que podríamos llamar *vocación a las ideas*, vale decir, al pronunciamiento de postulados teóricos y la obtención de las derivaciones axiológicas, mediante su construcción y reconstrucción en el mundo paradigmático de las ideas puras; tal es, en suma, la secuencia de enlaces intelectivos de significación, nacida bajo la metodología conceptivo-matemática y ahora trascendida a la teórico-axiológica. Estrechamente se emparenta —por la razón apuntada— la vocación filosófica con la matemática, pues en ambos casos se encuentra la ideación conceptual pura; es frecuente el paralelo de filosofía y matemática con base en un denominador común: la aptitud para remontarse al mundo de las ideas y contemplar la soberbia arquitectónica que presenta el mecanismo significativo y correlacionante de la concepción y la judicación.

Podemos observar que esta es la vocación todavía predominante en las manifestaciones más reconocidas de la actividad profesional, ante todo estimadas como científicas y que gozan de gran prestigio entre los filósofos próclives a la cientificidad —como debe ser todo filósofo— preferentemente al rigor metodológico.

La moda actual consiste en adherirse al estudio analítico-matemático-semántico, y no falta motivo para ello, tratándose de una corriente que prolonga la acreditada filiación naturalista-matemático-deductivista, considerablemente enriquecida por el análisis de los conceptos y la crítica del lenguaje.

Pero así como existe un nexo vigoroso entre la vocación filosófica y la matemática, reconozcamos que el mundo de las ideas no se circunscribe a ambas suertes intelectivas, aunque sean fundamentales; el interés vocacional de la filosofía puede y debe presentarse respecto a cualquier dominio de la cultura, pues la dimensión filosófica es asequible en todo caso mediante una posibilidad de abstracción dirigida al plano de las dimensiones universales, o sean las de mayor extensión y nivel fundamentante, referidas al dominio específico donde arraiga la vocación del individuo. El mundo de los valores a que se llega por medio de la ideación corresponde al gran número de problemas inicialmente planteados en un sector específico de la realidad, y más tarde, con la generalización correspondiente, extiéndese a la variada dimensionalidad que se dilata por todas sus latitudes en el seno de la actividad cultural.

El individuo afecto a las cuestiones estéticas responderá sin duda a un interés primario por la temática del arte, y remontará de ahí al plano de las ideas que campean en su dominio, vale decir, la temática conjunta del arte y la estética. Lo propio sucede en cualquier otro caso que quiera traerse a colación; repitamos los ejemplos clásicos: el científico naturalista explica los fenómenos de la naturaleza y confronta al conocimiento con la realidad a través de sus disciplinas

explicativas, cuyo desenvolvimiento conduce a la ulterior generalización nómica.

Así, el físico-químico penetra en la organización molecular de la materia, el biólogo se preocupa por develar el misterio de la vida, la moderna ciencia electrónica es la radicalización de los descubrimientos logrados en la penetración de la materia y su temática colinda en cada caso extensamente con la filosofía. En las ciencias del hombre, el psicólogo analiza la estructura biopsíquica a partir de las formas de conducta y la explica dinámicamente en virtud de la trayectoria integrativa que parte de la constitución biológica y llega a la gama axiológica que expone el juicio valorativo del comportamiento. El sociólogo examina cuáles son las condiciones más adecuadas para establecer la normatividad de la convivencia y estimular el progreso de las colectividades, teniendo como punto de referencia la armonía social; el jurista procura que la sociedad se mantenga en paz con leyes que garanticen la justicia del convivio; el antropólogo capta los rasgos peculiares de los individuos y las comunidades hasta deducir las condiciones más favorables a su modificación positiva. Y así sucesivamente.

6. *La reflexión trascendente*

Es obvio que cada una de estas actividades científicas manifiesta una vocación específica, determinada por el contenido ocupacional, de suerte que los individuos exhibirán una inquietud predominante frente a la temática que responde a su sensibilidad, ya trate de la naturaleza, de los números, de la vida, la sociedad, la justicia, el hombre, etc. Cada caso registra la ecuación determinante del signo vocacional, cuyos términos son la sensibilidad subjetiva y el contenido objetivo, asimilado por medio de la educación desde todos los campos de la cultura. ¿A qué tipo de contenido y sensibilidad obedece la vocación filosófica?

Podría caracterizarse esta aptitud, en términos generales, como una tendencia a la reflexión que llamaré *trascendente*, meditación que desea ir más allá —trascender— de la particularidad en que se desenvuelve la experiencia, queriendo explicar el carácter mutable de los fenómenos mediante la generalidad de las leyes o sea, la idea de permanencia frente a la temporalidad mutable del existir real; de ahí la inveterada necesidad que se ha admitido para obtener un conocimiento general y universalizante que resuelva la incógnita del ser, partiendo del acto experiencial y en función del mismo. A través de dicha universalidad llégase, en todo lo posible, a la norma que constituye el principio del ser y del valer, o —empleando

cérminos de la nomenclatura común— la *ley universal*, aunque sabemos que tal norma no llega a ser jamás auténticamente universal ni se presenta como una ley en el sentido de principio apodíctico e inmutable. Toda ley es relativa, y en última instancia, contingente.

Es un hecho que, limitándonos a observar empíricamente la experiencia misma, no es posible trascender la contingencialidad de los fenómenos, cual se ha reconocido en las posturas empiristas. Fuera de ellas, en las idealistas, la limitación se traduce en la conciencia crítica del problema, de suerte que al exponer la crisis de la contingencialidad, se la supera, limitándola y obteniendo de esta limitación su ley explicativa. Al emprender la necesaria trascendencia de la pluralidad fenoménica para explicarla en términos nómicos, se produce el primer plano del conocimiento en las ciencias concretas; el segundo plano de trascendencia es la meditación universal —o de tendencia universal— peculiar de la filosofía. El concepto generalmente aceptado en la mayoría de los sistemas que tienen un importante basamento científico, y unánimemente en las escuelas criticistas, defiende la virtud básica del filosofar como una reflexión de segundo grado que se eleva sobre la ciencia particular; viene ésta a ser la reflexión de primer grado, cabe decir empírica, por directamente vinculada a la multiplicidad de la experiencia.

En esta ascensión trascendentiva o mejor dicho, en el ánimo de ensayarla, radica a mi juicio la esencia de la vocación filosófica, manifiesta conforme al designio clásico: búsqueda de la unidad explicativa del ser, que necesariamente exige remontarse a la trascendentalidad ideativa, con independencia de la solución postulada en el núcleo de la cosmopsicovisión que entraña la finalidad asintónica del método trascendental, mantenido en su tendencia ingénita desde la primitiva forma del filosofar jónico hasta la moderna investigación científica integrativa.

Los libros de *Introducción a la filosofía* y las exposiciones generales de historia, refieren el asombro de Tales ante la abigarrada multiplicidad de la naturaleza, por cuyo motivo lanzó el interrogante clásico: *¿Qué es el ser?* Dicha pregunta manifiesta la vocación desinteresada y entraña una demanda trascendentiva, llámesele general o universal, pero en todo caso de segundo grado con respecto a la percepción directa de la empirie. El nivel trascendentivo se alcanza según el rango de amplitud conferible a cada sistema en su etapa de evolución histórica; a pesar de la rudimentariedad como fórmula Tales su teoría, contiene en esencia el mismo tipo de inquietud vocacional que se manifestará más tarde en todas las doctrinas, por muy amplias que sean, llegando a superior nivel de acuerdo a su grado evolutivo pero conservando el núcleo motivacional de trascendencia que promueve la susodicha reflexión.

7. *Lo trascendente y la trascendental*

LA inquietud trascendentiva inspiraría ciertas modalidades del pensamiento que, aún estando de acuerdo en la necesidad de superar a la experiencia por medio de la ideación fundamentante, bifurcarse en dos direcciones opuestas, según la condición básica de la hipótesis universal. Por una parte, alejarse de la experiencia y refugiarse en el nimbado mundo metafísico, determina a la filosofía designada como *trascendente*; por otra, cuando las doctrinas reconocen la necesidad de trascender a la experiencia, aunque sin olvidarla, invariablemente la tienen en cuenta para su verificación y en tal caso prodúcese la filosofía *trascendental*.

Acuña el concepto genérico de *reflexión trascendentiva* para señalar indistintamente ambas posiciones, de modo que la vocación filosófica viene a caracterizarse por la necesidad de trascender el nivel concreto de la experiencia y remontarse a la búsqueda de su unidad fundamentante, o sea el principio constitutivo del problema que plantea. Así la *reflexión trascendente* quiere elevarse al punto de olvidar a la experiencia para no requerir su dictamen, mientras la *reflexión trascendental* indaga la unidad explicativa sin por ello renunciar a la experiencia, por el contrario, sujétase a ella y mantiene el contacto con el mundo fenoménico. En concordancia con esta dualidad de actitudes metódicas encuentro dos diferentes tipos de vocación para filosofar, pues aún participando del común designio trascendentivo, corresponden a actitudes disímbolas frente a la realidad: por una parte, la vocación abstractiva que renuncia a la experiencia, y por la otra, la inquietud concretizante que se sujeta enteramente a ella.

El primer caso refleja una tendencia de fuga, tal vez por efecto de algún deterioro en el sentir de la realidad; se manifiesta en determinadas reacciones lucubrativas, vertidas casi siempre a tesis metafísicas. El segundo asume la tendencia contraria: arraigar con firmeza en la realidad para explicarla en forma suficiente y con veracidad fidedigna. Aquél entraña la vocación al *trascendentismo* y conduce a una proyección completamente distinta, e inclusive antagónica, con respecto a la que se contempla en éste, o sea el *trascendentalismo*, pues mientras el primero se dedica al etéreo vuelo metafísico, el segundo arraiga en la inmanencia de los hechos que polarizan la temporalidad del devenir. Lo trascendente canaliza la preocupación por el *más allá* y lo *trascendental* afirma el *más acá*, apoyo indefectible para verificar al conocimiento, rechazando la pretensión de situar el centro de gravedad ideatorio en la esfera de lo abstracto, lo subjetivo, lo utópico, lo irracional o lo desconocido.

Ambas posturas dan origen a sendas vocaciones y coexisten estrechamente porque obedecen a similares inquietudes del ser humano; encuentran repetidas formas de manifestación en la historia, e inclusive pueden considerarse como derivadas de una misma tendencia original, que es la explicación del mundo y de la vida, cuya acepción conjunta englobamos en el concepto de lo *trascendentivo*. Empero, la vocación conduce en el primer caso a un resultado nugatorio de la realidad, pues consiste precisamente en negar la inmersión conceptual del existir, mientras el segundo adopta el signo trascendental, que equivale a decir inmanente, dado que trascendentalismo es sujetarse a la relación concreta de la experiencia, reconocida como punto de partida y criterio verificativo para filosofar. Subyemos, pues, que la vocación trascendente desemboca en la metafísica, llegando en último término al incommunicable desenlace de la mística, al inextricable misterio de la fe, patrimonio del sujeto que profesa la inefable inclinación y en ella navega como balsa sobre aceite, a salvo de naufragar en el proceloso mar de la experiencia.

La dualidad de vocaciones en la filosofía corresponde a las dos posturas básicas que el individuo puede asumir en la existencia: aceptarla como es, vivirla y luchar contra ella, amparándose en la inmanencia del saber, la cultura y los valores como lo más preciado de la vida misma o pretender escapar a sus conflictos, a sus incertidumbres y sus colores, para refugiarse en la inasible trascendencia del abstractismo metafísico.

El progreso de las ciencias y la filosofía concede cada vez mayor ventaja a la inmanencia, o sea la vocación trascendental que arraiga en el ser de la cultura, impulsando la realización de los valores en las actividades donde cristalizan como hechos reales. El trascendentalismo marcha en paralelo a la inquietud que propicia la investigación científica, y en términos generales, la inmersión en la vida espiritual, mientras la vocación trascendentista se desplaza por el cauce contrario y llega al escapismo metafísico, tal vez por motivos fideístas que, en cuanto apartamiento de la experiencia o ruptura con ella, suelen revestir en determinados momentos ciertos matices patológicos, toda vez que la afirmación de lo trascendente repercute, cuando se aplica con rigidez extrema, en negación de lo inmanente, vale decir, en negación de la realidad misma.

8. La inmanencia vocacional

TALES son, pues, las dos grandes especies de vocación que encuentro en el menester filosófico, formas polares de la inquietud hacia el filosofar, modalidades opuestas o tal vez complementarias de enten-

der su problemática; vocaciones que han figurado a través de la historia y arrojan conspicuos sistemas representativos, coincidiendo en el máximo afán de producir el concepto del mundo y la vida, desde siempre perseguido a través del ejercicio intelectual. Podemos reconocerlas incluso en la vida diaria, desfilando constantemente a nuestro derredor, tanto en la actividad crucial de quienes a la filosofía y la cultura se dedican, como en cualquier otro menester, incluyendo los actos aparentemente triviales de la cotidianidad, donde hay siempre un coeficiente más o menos conspicuo de inclinación al filosofar.

Ahí están los individuos afectos a emprender cotidianamente el etéreo vuelo metafísico, preocupados por capturar de una vez por todas la verdad suprema, deseosos de abandonar este mundo de penurias y conflictos, azorados por la multiplicidad del ser y la evanescencia de la vida, angustiados por lo que pueda haber o no haber en el más allá, y en última instancia, deseosos de catartizar esa angustia en el escapismo de la realidad; como la experiencia misma no satisface, lo mejor será no contar ni contraer responsabilidad con ella.

Se encuentran acá quienes, por lo contrario, rehusan despegar planta de la realidad y sólo confían en lo que observan y comprueban en los fenómenos; devotos de la ciencia y la investigación, convencidos que todo juicio es inmanente, toda verdad relativa y todo conocimiento limitado, son ellos quienes profesan una vocación más próxima a la realidad, que para nosotros equivale a comunidad de cultura y filosofía; son quienes más próximos están al incommovible ser de la ciencia, al moderno sentir de la filosofía. Necesitamos confesar apenas nuestra definida aproximación a esta segunda postura, nuestra ingénita vocación a la inmanencia.

En el campo filosófico se traducen dichas actitudes en sendos conceptos del mundo, de la vida y el conocimiento; actitudes y conceptos sin duda completamente distintos, pero cuyos partidarios rivalizan en entusiasmo para defenderlos; su trayectoria respectiva regístrase con parejo relieve y sus obras se leen con similar interés, no obstante que obedecen a orientaciones divergentes y conducen a opuestas finalidades.

Situados en el fondo de la cuestión, y para concluir en ella, creo que sería difícil poner en tela de juicio el aserto de que la vocación más fecunda se registra por la inquietud *trascendental*, o sea la postura *inmanente* que se nutre en los hechos de la cultura y tiene como base primaria a la ciencia; mantiene el interés concreto de la realidad y comprende la suma de valores que produce, con la suprema aspiración a forjar el concepto del mundo y la vida sobre la base que presentan el mundo y la vida mismos en la realidad; en este

principio insustituible e insoslayable radica el sentido primigenio del filosofar. La dinámica vocación que motiva está preñada de intereses frente al mundo, la vida, la cultura, los valores y obviamente la filosofía que se ocupa de ellos. Ha venido a reemplazar con ventaja a la arcaica especulación metafísica.

Como importante corolario de estas reflexiones, afirmo que el medio escolar, académico y cultural, debería prestar mayor atención al fomento de la vocación inmanente, derivada de la indeclinable inquietud frente a la realidad, particularmente su inconmutable acepción de realidad axiológico-cultural. Para ello son especialmente adecuados los planteles de enseñanza superior, universidades e institutos donde el programa de trabajo debe simultáneamente afocar la problemática filosófica y el contenido cultural respectivo, de suerte que el estudio de la filosofía se consagre en la calidad que tiene por derecho y debe ser de hecho: culminación de los conocimientos que se adquieren en el programa escolar, en la instrucción y la práctica profesionales, que deberían proporcionar la base para complementar una cosmopsicovisión sólidamente fundada por conducto de la inmanencia cultural y la trascendentalidad filosófica.

Presencia del Pasado

LA POESIA Y EL OJO EN "LA CELESTINA"

Por Armando ZÁRATE

EN la mitología y teogonía, en la filosofía y literatura, la evocación del *ver* y el *ser visto*, del *ojo* y la *visión* parece haber discurrido en una diversidad de formas simbólicas verdaderamente inevitables. Para nosotros es de poética importancia que este motivo que alcanza en ocasiones un orden de entendimiento complejo y trascendente, haya sido tratado con patética madurez, casi torrencial y deliberadamente expreso en *La Celestina*.

Como otros problemas, las investigaciones en este sentido están turbadas por la inseguridad de atribuirle fuentes concretas, consecuencia de su vertiente mítica de alegórica subyacente en el arcano de la tradición. Este motivo carece de estudios sistemáticos y profundos; ofrece muchas referencias, pero pocos contactos. Es indudable que la multitud de sus aspectos excede también la certidumbre de sus efectos en el mundo literario. Las averiguaciones críticas en este sentido son precarias como el mismo Curtius pudo advertirlo, sin dar él mayores principios de viabilidad.¹

Mucho se ha dicho del realismo literario del siglo xv y comienzos del xvi, pero eso no excluye un pensamiento simbolista que siempre forcejea desde más abajo. Anotemos, de paso, que las referencias por muy lejanas no son del todo ajenas al siglo decimoquinto: la justa memorable en torno a los *sentidos* de Orígenes *Contra Celsum*, la literatura patrística, la mística bíblica y la escatología musulmana, las menciones a la vida contemplativa (hasta Boecio), los pecados cometidos con los órganos corpóreos según el sufí murciano Ibn Arabi, el alcance e instantaneidad visual en Ibn Hazm, Dante y Capellanus. Por semejantes razones, no se ignora la significación de los ojos en el *Libro de Buen Amor*, la alegoría visionaria o la expresión directamente retórica en Juan de Mena y Santillana, la abundancia instantánea en Jorge Manrique, en los cancioneros y en Alfonso de la Torre que ensaya toda una teoría alegórica en *Visión deleytable*.

La repetición o *leit-motiv* que se anuncia en los versos acró-

¹ ERNST ROBERT CURTIUS, *European Literature and the Latin Middle Ages*, New York, 1953, pp. 136-137.

ticos de la tragicomedia "limpiad ya los ojos, los ciegos errados" (p. 14)² parece argumentar una cerrada pintura moral. Sin embargo, hay mucho más que eso: su extensión es múltiple y variada en el texto.

Mas no es prudente sacar ahora conclusiones. Importa reconocer en la obra misma esas imágenes o expresiones, la intencionalidad y continuidad del motivo, su acción imaginante y dirigida. Evitaremos la valorización estilística, el efecto sensorial o la acomodación estética de esas imágenes (razón de otro trabajo). Vale, en cambio, la operación conceptual en relación con el mundo sugerente del motivo que atraviesa como un hilo rojo toda la obra.

Parece que al situarnos en el eje vital de las ideas e imágenes, al entrar en el problema atrayente y curioso de los ojos —al transmitirnos su verdadero valor— nos permitirá superar las expresiones meramente retóricas que también abundan. Más aún: cabe pensar que hay sustancia cuando hay voluntad de conducir a los personajes y a las cosas según un motivo determinado, realmente activo. Tal vez sea posible demostrarlo al devenir en la obra y según los resultados. Hay intenciones que se agigantan en *La Celestina* cuando se las estudia; hay revelaciones poéticas, fórmulas que se repiten. Falta considerar el sentido de esa vertiginosa corriente. Para eso, es necesario seguir paso a paso desde cierta perspectiva única, lineal, el carácter de un tópico tan poco ensayado y en cierta manera, olvidado.

FORMAS DEL PLACER VISUAL

a. *Calisto y Melibea*

Las primeras páginas de *La Celestina* nos brindan la oportunidad de ilustrar la génesis de los amores de dos seres, solitarios en el tondo. Una génesis especial, por cierto premonitoria, pues ambos enamorados hallarán en ese huerto el comienzo de una relación que no terminará ni aún con la muerte, como lo expresará la desesperada Melibea antes de cortar su vida.

¿Cómo se ha formado este amor en Calisto y Melibea? Para contestar a esta pregunta debemos fijarnos en Calisto, en el curso rapidísimo de la primera *aparición* de Melibea. Un primer esquema nos ayudará a examinar como corresponde el motivo, esto es, siguiendo

² Todas las citas proceden de la edición de Clásicos Castellanos, FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, edición y notas de Julio Cejador y Frauca, Madrid, I, 1955, II, 1949.

do un principio de orden sin pensar por ahora en las consecuencias posteriores.

1. Calisto contempla a Melibea
2. Calisto se contempla a sí mismo
3. Calisto es contemplado por Melibea

Sin calcular una entrevista anterior, Calisto en persecución del neblí —transferido después en palabras de Pármeno a la misma Melibea, el señuelo— se enfrenta sorpresivamente con la doncella. Las palabras del deslumbrado Calisto expresan toda una síntesis, la visión integral de alcances supremos:

En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios. (I, 31).

Desearíamos subrayar el significado original de este lenguaje, susceptible de ajustarse como cualquier lenguaje poético a relaciones de causa a efecto en una obra literaria. Y la causa aquí es el contacto en el que se unen visión, sorpresa y voluntad ante una consumada perfección que se anuncia como inmanente de Dios. Y como la esencia divina es capaz de producir un efecto inmediato, una elevación adecuada por el poder de su resplandor. Claro que puede ser en virtud del predominio literario de la visión beatífica que vemos en Dante. Pero he aquí que ésta no es la visión exactamente sugerida por el Alighieri, ya que en definitiva el amor en la tragedia será triste y fatal.

Nada queremos adelantar, pero es necesario preverlo. En la equivocación de "ver", de confundir, se basa parte de la desgracia que cruza la obra, y en el criterio según el cual Calisto como loco enamorado confunde la esencia divina con una "beatitud" humana:

Por cierto los gloriosos santos, que se deleytan en la visión divina, no gozan mas que yo agora en el acatamiento tuyo. (I, 33)

Mas Calisto no deja de tener conciencia del sentido distinto que él le da a una mística extracorpórea:

Mas ¡o triste! que en esto diferimos: que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de la tal bienaventuranza é yo misto me alegro con recelo del esquivo tormento, que tu ausencia me ha de causar. (I, 33)

Sin discutir la práctica hiperbólica, el tono caballeresco o la falsía del personaje, Calisto expresa un modo de ser, un modo de sentir. ¿Qué otro retrato, qué otras palabras usaría un poeta del siglo XV? Para Calisto la sorpresiva presencia de Melibea es algo anteriormente idealizado en ensueños platónicos por el amante "inmérito". Su acti-

tud no puede ser enteramente generalizada de amor cortés,³ ya que convergen en él otras raíces, inversamente místicas a su manera. Calisto hace de Melibea un *lumen gloria*, y esto no es posible si el mundo amoroso presentido no estuviera antes que el mundo representado; de ahí el "servicio, sacrificio, devociones é obras pías" (I, 32) que Calisto tiene a Dios ofrecido. Dante, que ha contribuido a los conceptos del amor en el siglo XV, ha dicho como el amor se desvela allí donde duerme y la presencia real de la amada, "operando, le hace venir".⁴ En esto reside el amor de Calisto, su comienzo dramático, distinto del resto de los personajes con excepción de Melibea que sigue un proceso menos abierto, pero paralelo. Calisto nos coloca en la génesis del *ser contemplativo* alentado más por la tendencia a "ver" antes que el razonar; él mismo se contempla y compara, hace de su amada fin de una peligrosa mística carnal y declara casi la invalidez de la visión divina de los santos para elogiar a Melibea.

En presencia de su "visión", Calisto da un paso más. Como un reflejo condicionado, al ver a Melibea siente la Gracia Divina en sí mismo, especie de levitación psíquica superior que le sitúa en un punto desde donde puede verse. En realidad, Calisto ve a Calisto:

¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre, como agora el mío? (I, 32)

Desde luego, hay aquí una doble visión, la *del* que contempla y la *del* que *se* contempla, proceso que en el destino de los protagonistas comienza a correr como una sola entidad dramática. Sólo así podemos entender después la presunción de Calisto durante el diálogo con Sempronio:

¿Yo? Melibeo so é á Melibea adoro é en Melibea creo é á Melibea amo. (I, 41)

Admirable contestación de Calisto que descubre ya su amor propio y narcisismo, tal como la prefigura que hará la misma Celestina comparando al enamorado con Narciso. (I, 186). Se deduce además, que Calisto —que siempre "pone en duda el valor positivo de los seres y las cosas"—⁵ sienta a Melibea como una imagen pre-

³ MARÍA R. LIDA DE MALKIEL, reconoce la presencia de la *Vita Nuova* en la literatura amatoria y en *La Celestina*. Pero difiere este ensayo en cuanto a su posición teológica y no mística. *La originalidad artística de "La Celestina"*, Buenos Aires, 1962, p. 368.

⁴ DANTE ALIGHIERI, *La Vita Nuova*, translated by Mark Musa, Nueva York, 1957, XXI, p. 38.

⁵ CÁNDIDO AYLLÓN, *La visión pesimista de "La Celestina"*, México,

existente y en este sentido Melibea siempre amó a Calisto porque es él mismo.

Gradualmente, Calisto es contemplado y reconocido en el primer auto. En ese huerto en el que se destierra la vida vegetal para destacar sólo el carácter de esos minutos compartidos. Calisto es animado —antes del rechazo convencional— por Melibea:

Pues aun más igual galardón te daré yo, si perseveras. (I, 33)

Pero Fernando de Rojas dejó para más adelante el desborde de los sentimientos de Melibea; cuando abandona su actitud pasiva, no deja de dar prueba, lamentándose, de ese movimiento de la vista que necesariamente en amor exige *otro* entre contemplación y celos:

¡O lastimada de mí! ¡O malproveyda doncella! ¿E no me fuera mejor conceder su petición e demanda ayer a Celestina, cuando de parte de aquel señor, cuya vista me cautivó, me fue rogado, é contentarle a él e sanar a mí, que no venir por fuerza a descubrir mi llaga, cuando no me sea agradecido, cuando ya desconfiado de mi buena respuesta, aya puesto sus ojos en amor de otra? (II, 50)

Ella reconoce la importancia de que Calisto sólo mire a "ella", por razones semejantes a las que siente su amante. Más aún, Melibea agrega a su lamento esas imágenes del mundo animal⁶ que nacen por vías instintivas del hecho visual con la sexualidad:

Pero, ¿cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado. que la vista de su presencia de aquel caballero me dio? (II, 51)

aunque en la virtud del antídoto está la cura de amor, según confiesa, reconfortándose, Melibea:

1965, pp. 29-30. Sería de preguntarse, en qué medida el pesimismo de Calisto estaría asociado muy particularmente al narcisismo.

⁶ Celestina ha intercedido entre ambos. Es interesante señalar aquí las relaciones visuales del mundo animal y el humano que se destacan en las operaciones "mágicas" de la hechicera:

a) El aceite serpentino (conjetura popular de que la serpiente como el basilisco o la medusa matan e inmovilizan con la mirada) en el que se uña el lienzo que verá Melibea. (I, 142).

b) Los ojos de loba y la sangre de cabrón en conexión con la lujuria. (I, 146)

c) Estas asociaciones mágicas tendrían efecto en los seres sensibles en vínculo con el hilado al cual "cuanto más lo mirare tanto más su corazón se ablande". (I, 151) A propósito recordamos, cómo la red mágica de Hefestos, envolvía e inmovilizaba.

... en la boca del dragón la saludable rayz con que sanó a su criado Tolomeo del bocado de la bívora. (II, 53)

Y en nada sorprende que Melibea haya alimentado ese amor desde que vio a Calisto, ya que durante la visita de Celestina "trae consigo ponzoña" el "sonido" de su nombre. (II, 55) En realidad, la intervención de la hechicera no ha sido tan difícil, pues en la primera conversación con Melibea ha logrado convencerla, si comparamos por ejemplo, la actividad que tuvo que desplegar Trota-conventos para convencer a Doña Endrina.

Durante la cita, concertada a medianoche, las puertas que los separa, contiene los indomables apetitos del amante y desespera a Melibea que ansía ver el rostro de Calisto:

Cesen, señor mío, tus verdaderas querellas: que ni mi corazón basta para lo sufrir ni mis ojos para lo dissimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de placer, viéndote tan feliz. ¡O mi señor e mi bien todo! ¡Cuánto más alegre me fuera poder ver tu haz, que oyr tu voz! (II, 84)

Todo el diálogo expresa ese gozo. Melibea declara la importancia del *ver* sobre el *oír*. La supremacía de los ojos tiene una larga tradición.⁷ En Melibea, a la contemplación sucederá la admiración y a ésta la entrega carnal, sin reparos; tanto que del *ver* al *gozar* hay un paso:

Goza de lo que yo gozo, que es ver e llegar a tu persona; (II, 117)

Es ella que aspira contemplar a Calisto y acepta vivir pendiente de su mirada:

⁷ "Los ojos son testigos más preciosos que los oídos" dijo Heráclito según expone POLYBIO, II, 21, en *Heráclito*. Buenos Aires, 1959, p. 161. Conceptos similares teorizan: IBN HAZM DE CÓRDOBA, que admite los ojos como el más sutil de los sentidos (*El collar de la paloma*, Madrid, 1952, cap. IX); IBN ARABI, que relaciona la categoría del pecado con el uso de los órganos corpóreos, comenzando con los ojos (Véase MIGUEL ASIN PALACIOS, *La escatología musulmana en la "Divina Comedia"*, Madrid, 1961, p. 145); ANDREAS CAPELLANUS que deriva el amor de la vista y la ceguera como impedimento: *The Art of Courtly Love*, Nueva York, cap. I; DANTE, en el soneto que comienza "Ni li occhi porta", *Vita Nuova*, cap. XX, *op. cit.*, p. 39. Y en nuestros días, E. R. CURTIUS, *European Literature and the Latin Middle Ages*, Nueva York, 1953, pp. 136-137, refiere: "After eyes and ear it is the turn of the bodily organs..." También ERWIN R. GOODENOUGH, *Jewish symbols in the Greco-Roman period*, Nueva York, 1953; KURT RAHNER, "La doctrine des sens spirituels au Moyen Eges" (en *Revue d'Ascétique y Mystique*, Toulouse, 1932, núm. XII.

...no me niegues tu vista de día, pasando por mi puerta; de noche donde tu ordenares. (II, 120)

El amor de Melibea irá en aumento al grado de pronunciar el nombre de Calisto en términos solares,⁸ en ideal contemplado y luminoso:

¿Es mi señor de mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? (II, 180)

Y bien puede percibirse que a esta altura de la tragicomedia, en el jardín de la enamorada, la luz de esa "claridad escondida" no será la de un nuevo día para Melibea.

b. *Celestina*

SEAN o no enteramente lícitas las idealizaciones de Calisto o el narcisismo, su inquietud natural le conduce, como se ha observado, a la "satisfacción de sus propios deseos".⁹ De ahí la ansiedad de posesión rápida, violenta, que deja muy poco espacio al amor-pasión; tanto él como Melibea —que se limita a aceptarlo— no sobrepasan los límites del amor-deleite, aunque como veremos hay una evolución amorosa en los protagonistas.

En *Celestina*, los criados y las rameras, el amor en alianza con la codicia, es de índole diferente. *Celestina* actúa en conformidad psicológica y según la mentalidad de cada uno. El "amor" se circunscribe a un plan que puede administrar porque conoce las debilidades humanas. Esa experiencia es la que expresa la alcahueta frente a Pármeno:

Que no solo lo que veo, oyo é conozco; más aun lo intrínseco con los intelectuales ojos penetro. (I, 94)

⁸ *Quede diferido, sin embargo, el carácter que Calisto asume como imagen del "sol" en la obra. Baste recordar de paso el diálogo de este con Sempronio, en el cual el criado le recuerda el lugar que el sol ocupa como la esfera más noble, en referencia a la misma virtud que debe aspirar Calisto como "noble": "Entre los elementos, el fuego, por ser más activo, es más noble é en las esperas puesto en más noble lugar. E dicen algunos que la nobleza es una alabanza, que proviene de los merecimientos é antigüedad de los padres; yo digo que la ajena luz nunca te hará claro, si la propia no tienes." (I, 114) Y el hecho, no menos sugestivo, de pretender Calisto quemar las puertas de la casa de Pleberio. (II, 86)*

⁹ *AYLLÓN*, p. 97.

Adviértase cuán lejos está de suponer místicamente el uso de los "ojos interiores" o los "ojos espirituales" de la escuela bíblica alejandrina. Celestina afirma que "El plazer no comunicado no es plazer". (II, 9). Su función es la de unir voluntades. Y en este sentido, Celestina no es exactamente causa, sino síntoma que propicia el anhelo de cierta sociedad, descubriéndose en sus relaciones con clérigos y embajadores, el aspecto irónico de su obra. Y la falta de moderación ortodoxa, hacen de ella un agente pagano de los sentimientos capaz de mover a lujuria a las "duras peñas". (I, 58-59).

Celestina desea también ver y gozar el amor del que ella es oficiosa habitual.¹⁰ Su erotomanía es un fondo preferido de su temperamento y humor. Como no es resentida ni perversa, el jugueteo amoroso le hace gozar una digestión lenta y feliz:

¡Que sabe Dios mi buen deseo! Besaos e abrazaos, que a mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Mientra a la mesa estays, de la cinta arriba todo se perdona. (II, 39)

No es supérfluo hablar del placer que postula Celestina: uno el afectivo, visual, que ella concede a la unión amorosa; el otro, la abierta frivolidad para obtener lo que quiere. Así, mientras halaga el cuerpo de Areusa, prepara un buen lecho para el abstemio Pármeno:

¡O quién fuera hombre é tanta parte alcanzara de tí para gozar tal vista! (I, 250)

El pasaje del aucto séptimo en el que Pármeno toma posesión de Areusa, señala el centro psicológico de la actitud de Celestina. Este aspecto exterior que le concede al goce amoroso, explican una concepción ante el dolor y el sufrimiento y el modo que aconseja evitarlos.

Pero en lo tocante al sentido de la historia para el judeocristianismo, la resurrección o el advenimiento, la noción del sufrimiento es inherente al hombre. El hedonismo declarado de Celestina descubre la usura sucedánea que hace del amor. Su actitud simplísima de enfrentar el sufrimiento que aconseja a sus auditores, demuestra que el dolor es un mal disputado sólo por el placer. Celestina incita a Areusa a la relación sexual como modo de aliviar el "dolor de ma-

¹⁰ El complejo espectacular (activo) en Celestina, esto es, el deseo de "ver" en otros, difiere de Calisto en cuanto éste quiere que lo vean sufrir de amor sus criados o gozar la "gloria" de poseer a Melibea con la presencia de Lucrecia. (II, 118)

dre". Sin embargo, cuando Pármeno despierta, la muchacha se asombra de no haber perdido su dolor:

Pues así goce mi alma, no se me ha quitado el mal de la madre. No sé cómo puede ser. (II, 7-8)

Quizá aquí Rojas no se abstuvo de sonreír.

EL TEMA DE LA DONCELLA ENCERRADA

a. *Visión de lo prohibido*

A pesar de la valiente invitación de amor de Melibea (I, 33), Calisto deslumbrado, no se detiene ante los peligros de esa pasión.¹¹ Sea cual fuere la interpretación del rechazo convencional (I, 33-34), una primera lección de lo prohibido evidencia el mecanismo de la obra que nos hace imaginar un comienzo anormal, arriesgado, atentatorio. El encanto reside en esos artificios y en nada invalida los ingredientes cortesanos de Calisto o Melibea.¹²

Importa que sospechemos la secreta predestinación para los que reprueban la visión de los santos por otra suerte de visión corpórea. Después nos enteramos que Melibea está ("furiosamente") protegida por el padre, que Calisto ha quebrantado paredes y que Melibea ha perdido la virginidad.

La persistencia en destacar lo prohibido, lo que tiene Calisto por "imposible" (I, 120) es manifiesto antes de que los hechos lo demuestren: no obra Calisto como caballero, ni está en el ánimo de Melibea rechazar los argumentos de Celestina en el aucto cuarto. La tragedia se sostiene por la ficción de lo disputado. Abogar otra estructura, es pensar que a Edipo más le valiera fracasar ante la Esfinge, y en consecuencia, evitar la tragedia de casarle con su madre. Pero el realismo en *La Celestina* es más sutil que directamente atroz. Paso a paso el autor nos lleva a medir el proceso que va de un amor "beatífico" a los deseos clandestinos. Tal vez un fondo de contradictoria hostilidad persevera adentro del incendiario Calisto (Véase nota 8, p. 11). La brusca posesión de Melibea, especie de robo virginal que declara la doncella:

¹¹ "Yré como aquel contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel." (I, 34)

¹² Encuentra falsedad en el lenguaje, Erna Ruth Berndt, *Amor, Muerte y Fortuna en "La Celestina"*, Madrid, 1963, p. 23. Sobre el rechazo como explicación del amor cortés: H. GREEN, "La furia de Melibea", *Clavileño*, año 4, núm. 20, marzo-abril, 1953, p. 1.

Guardate señor de dañar lo que con todos tesoros del mundo no se restaura. (II, 117)

es algo que parece no evitar el hombre angustiado en medio de la discordia y cambio de valores del siglo xv.¹³ En el caso de Calisto, todo se presenta como un vasto plan que no permitía la licencia a pretendientes no admitidos.¹⁴ Melibea recordará a Celestina el pavor que siente una doncella encerrada. (II, 51) Celestina expresa también el temor ante el enorme poder de Pleberio. (II, 62) A la vez, Pármeno conjetura una traición de Melibea "con la mucha gente que tiene" (II, 73), la imposibilidad de anular la cercanía de los guardas y los manejos ocultos de colocar a Melibea "para cevo de anzuelo o carne de buytrera" (II, 80).¹⁵

Así se explica la lamentación de Calisto en las tinieblas del cuarto, el ruego de piedad, al metaforizar el nombre de Pleberio que encarna las fuerzas vengativas:

¡O piedad de Celeuco, inspira en el Plebérico corazón, porque sin esperanza de salud no embie el espíritu perdido con el desastrado Píramo é la desdichada Tisbe! (I, 36)

El diálogo con Celestina, en posesión del cordaje, Calisto expresa desesperación, verbigracia el recinto invulnerable:

¡O desdichado! Que las cibdades están con piedras cercadas é á piedras, piedras las vencen; pero esta mi señora tiene el corazón de acero. (I, 221)

El lenguaje de Calisto recuerda mucho a Jorge Manrique. Hay algo de ironía en el malherido, pero elevarse, tener una exquisita retórica de enamorado, es prepararse para caer. Aceptar ese amor, como única visión divina, es contradecir el amor. Una aniquilación implícita, arrastrará también a los ejecutores.¹⁶ Ese amor, decorado por la musa de Calisto, es admirable pero sofistería en la realidad.

¹³ ANDRÉ MAUROIS, *Siete aspectos del amor*, Barcelona, 1963, p. 8, ha llamado al siglo XIV "tiempos de carnalidad más que de amor". Reconoce también este aspecto J. HUIZINGA, *The waning of the Middle Ages*, New York, 1954, I ("The violent tenor of life").

¹⁴ "Muchos días son passados padre mío, que penaba por un caballero, que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste." (II, 196)

¹⁵ Otras referencias: II, 81; II, 88; II, 91.

¹⁶ El castigo parece aplicarse sólo a los que fueron directamente solidarios de alguna forma con Calisto. De ahí la salvación de las prostitutas a las que recurrió Celestina con un fin lateral.

He aquí enlazados el sinsentido de nuestro mundo admirado, sin perpetración feliz que se reconoce en el Prólogo y en el lamento de Pleberio.

La visión de lo prohibido condice con su contrario fatídico; la felicidad con la fortuna adversa. Ninguno de los protagonistas, salvo Pármeno retiene sus impulsos por frustración; pero él y Lucrecia terminan por contagiarse. Es natural que Pleberio, en el lado contrario, represente las prohibiciones, el freno a la instintividad. Es Pleberio el que habla con el tono más oscuro en la obra. La prohibición que encarna pertenece a la vida y lo asume la literatura. Toda acción vedada espiritualiza al héroe Calisto que se empeña en violar las leyes; la dicha aligera a los amantes, pero de alguna manera se obra por transgresión y la tragedia tiene que sobrevenir.

b. *El engaño de los ojos*

EL tópicus de la ceguera por castigo, que se funda en la mitología (Edipo, Fenix, Orión) sobrevive, sin duda, con otros productos en la literatura medieval. Sin forzar el simbolismo, se advierte de un modo particular en *La Celestina*. Más aún, la gravedad del castigo parece alcanzarse asimismo con la privación de la vida.

La observación de Sempronio:

La realeza de las cosas es madre de la admiración; la admiración concebida en los ojos descende al ánimo por ellos; el ánimo es forzado descubriendo por estas exteriores señales. (I, 195)

es en realidad fisiognómica, que no sobrepasa las superficies. Muy lejos está el criado de dilucidar lo que la astuta Celestina encierra. Nunca lo que se ve, es recto, lineal en la obra.

En el caso de Calisto, el amor no es gradual, vale decir, se consume en velocidad, en violencia, en lo que presume: no puede "ver". Ese ahora o nunca, está más cerca del descuido, de la caída. El amor-deleite y el amor-ético no se ponen de acuerdo. Mientras dure ese carácter hostil, estará privado de verdad visual.

A menudo los criados aconsejan a Calisto que suspira en su cuarto, que no se engañe, que son vanas sus quejas, incomprensibles. Mas, en la soledad, la materia —Melibea— se disuelve y la imaginación supera al juicio. Calisto lo comprende o lo hace un atributo. Usando una imagen que recuerdan al Ángel de la Luz precipitado, le dice a Sempronio:

Cierra la ventana é dexa la tiniebla acompañar al triste y al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. (I, 35)

Y después que Calisto declara que Melibea no es mujer, sino Dios, Sempronio exclama:

¿Oytes qué blasfemia? ¿Viste que ceguedad? (I, 44)

Adviértase ese signo nada casual: *viste-ceguedad*, contrarios sin duda, pero expresamente reales. Y cuando la razón no corrige los datos ofrecidos por la cámara oscura del ojo, las cosas se ven agrandadas. Recordemos ese diálogo:

Calisto —¡O triste, é quando veré yo esso entre mí é Melibea!

Sempronio —Possible es. E aunque la aborrezcas, quando agora la amas, podrá ser alcanzándola e viéndola con otros ojos, libres del engaño en el agora estás.

Calisto —¿Con qué ojos?

Sempronio —Con ojos claros.

Calisto —E agora, ¿Con qué la veo?

Sempronio —Con ojos de alinde, que con lo poco parece mucho é lo pequeño grande.

Pero los consejos de Sempronio serán de una inocencia casi colegial. La ironía reside en que todos los protagonistas reclaman una autoridad que no tienen. Los "ojos de alinde" que rechaza Sempronio son más complejos, y al fin, es lo que terminará por venerar. Si la codicia conduce a Calisto a la ceguera de amor, en Celestina, Pármeno y Sempronio, la ceguera será por codicia material.

Pármeno, por ejemplo, reprueba la mente sin claridad visual que no verifica por entero un testimonio de verdad:

...é tomar las voluntades de los flacos é con polvos de sabroso efecto cegaron los ojos de la razón. (I, 108)

Pero en realidad, Pármeno va por camino extraviado, cuando Celestina pronuncia el nombre de Areusa. Celestina retoma sus palabras, y declara a su manera:

De los hombres es errar é bestial es la porfía. Por ende gózome, Pármeno, que ayas limpiado las turbias telas de tus ojos é respondido al reconocimiento, discreción é ingenio sutil de tu padre, cuya persona, agora representada en mi memoria, entenece los ojos piadosos, por do tan abundantes lágrimas vees derramar. (I, 110)

Bien se nota que la realidad es víctima del cerebro de Celestina, que las virtudes que aconseja son dobles, maquiavélicas. Mas, tampoco ninguno acepta después una ambición ahogada. Ni Calisto deja de escalar las paredes del huerto, ni la misma Celestina comparte su pieza de oro.

El resto de los personajes discurren en una trama de argumentos semejantes. El problema no es distinto en sustancia y se presenta según las circunstancias. Melibea, que parece comprender los desastres de Calisto, se le ofrece señalándole su verdadera realidad:

Cesen, señor mío, tus verdaderas querellas: que mi corazón basta para lo sufrir ni mis ojos para lo dissimular. (II, 84)

Y agrega:

Limpia, señor, tus ojos, ordena de mí a tu voluntad. (I, 85)

Las prostitutas, después de la muerte de Celestina y los criados, parecen juzgar de otro modo. Mas, he aquí que el problema central no se recusa. Fácil hubiera sido a Rojas reformar a las prostitutas. Pero ellas, las rameras, necesitan de una fuerte apariencia exterior para sobrevivir. Dice así Elicia:

Mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atavíos hacen la muger hermosa, aunque no lo sea. tornan de vieja moza e a la moza más. No es otra cosa la color e alvayalde, sino pegajosa lija en que se travan los hombres. Ande, pues, mi espejo e alcohol, que tengo dañados estos ojos; (II, 155)

Elicia se expresa, naturalmente así, porque ha sido la única que ha visto la cruel muerte de Celestina. Ese recuerdo le ofusca la visión y sobreviene la tentación de vengar a su "madre". Por lo demás, afea su rostro y ella lo reconoce. Roto el vínculo que las unía a la hechicera, Areusa parece distinguir una lección moral:

Por esto se dice que los muertos abren los ojos de los que viven, a unos con haciendas, a otros con libertad, como a tí.

En adelante, apenas si podemos imaginar el destino de esas dos mujeres.

c. *La inquietud*

ESTE ensayo trata más de los impulsos, que de los resultados. Y ese primer impulso pertenece al neblí en el huerto, la causa de que Calisto "vea" a Melibea; su proyección ulterior corresponde a la tragedia misma. Hay como un fondo de mitología asimilada, de tal manera que nada deja de encerrar una continuidad derivada. También al iniciarse la obra, concretamente nos ofrece un grado de majestad gradual, enteramente causal. Y para Calisto, la "grandeza" de la causa es Melibea, y para ella, Calisto.

"En el contemplar está la pena de amor" (I, 118), ha dicho asimismo Sempronio.¹⁷ Y en las tinieblas sin luz, el héroe de amor nutre la desesperación, la inquietud con fantasía. Es entonces cuando sobreviene la necesidad de animar a Melibea con los aspectos o las formas que respondan a su valor. Al basilisco o las gorgonas que matan o inmovilizan con la mirada, los asocia a las condiciones de Melibea:

... no ha más menester para convertir los hombres en piedra. (I, 54)

Lo singular es que declara que ni siquiera "ver yo pude" (I, 56). Pero no formula teorías, sino visiones como al comparar su amor con los suplicios del Purgatorio, alegoría que recoge todo el sufrimiento de no ver a Dios, peor aún que las hogueras del Infierno (I, 41). Antes había llorado (I, 38). Para indagar esta infatigable desesperanza hay que notar un doble propósito íntimo: uno, el enteramente solidario con sus convenciones imaginarias; el otro, su resultado, la rápida solicitud con que se entrega a los servicios de Sempronio que le ofrece a Celestina, "el espejo de mi vista" (II, 67), palabras con las que Calisto honra, a la que puesta frente a él, sabe adivinar su narcisismo.

Cuando Celestina regresa de la casa de Melibea, Calisto entra en otra etapa de su vida. Su fantasía se transforma en el frenético culto por el cordón de Melibea. Frente al galardón prematuro, que Calisto confunde obscenamente con la doncella, cae en un delirio sensual que depara una escena divertidísima. Es entonces cuando no sólo quiere gozar con los ojos, sino también con los otros sentidos:

¡Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sido apasionados! ¡Gozará mi lastimado corazón, aquel que nunca recibió momento de placer, después que aquella señora conoció! Todos los sentidos le llegaron, todos corrieron á él con sus esportillas de traba-

¹⁷ "Ojos, por vuestra vista vos quisiste perder". ARCIPRESTE DE HITIA, *Libro de Buen Amor*, Valencia, 1960, p. 176.

jo. Cada uno le lastimó cuánto más pudo: los ojos en vella, los oydos en oylla, las manos en tocalla.¹⁸ (I, 219)

Entre fricciones del cordón, y una confusión y felicidad casi ritual, Calisto retorna a colmar sus ojos con un simulacro:

¡O mi gloria é ciñidero de aquella angélica cintura! Yo te veo y no lo creo... ¡O qué secretos habrás visto de aquella excelente imagen!... ¡O mis ojos! Acordaos cómo fuistes causa é puerta, por donde mi corazón llagado, é que aquel es visto fazer daño, que da la causa. (I, 222)

En su autopercepción de Melibea, Calisto asocia de forma deliberada los "ojos" con la "causa".

De semejante inquietud no estará libre Melibea, la mujer destinada o escogida por la virtud mortífera de los sentidos. El elemento visual ha jugado su partida cuando siente su cuerpo roído de serpientes. Su inquietud pendula entre el amor y el pánico. Las serpientes vienen a cruzarse en su recinto interior con el poder que del áspid se conserva en los bestiarios medievales y en la mitología.

En el curso del diálogo irán despertando esas figuras que no dejan de estar contaminadas con el "nombre" de Calisto cada vez que Celestina lo pronuncia. (II, 58, 59-60) Se puede sugerir que tales repeticiones, que van privando de fuerza a Melibea, revelan una supremacía buscada por encima de un mero acierto retórico.¹⁹ Al término, Melibea se desmaya.²⁰ Después, habrá renunciado a su persona para siempre.

El castigo

HEMOS llegado a un punto en que los indicios se confunden con la causa, y ésta se confundirá con los misterios del castigo; más exactamente, como dice Celestina: "Cosas son las que pasan por el mun-

¹⁸ También, ver-imaginar, oír, y abrazar: II, 129. Este proceso visual, auditivo, táctil, se observa también en parte de la estructura de la obra: Calisto ve a Melibea (Aucto I), oye sin verla (Aucto XI), obra con las manos (Aucto XIV).

¹⁹ El llamativo que Celestina pidiera antes el retiro de Lucrecia. El lenguaje así usado por Celestina puede admitir la intencionalidad de un orden hipnótico.

²⁰ Sobre el desvanecimiento se ha expresado Pleberio: "En esto tenés ventajas las hembras a los varones, que pueden un gran dolor sacaros del mundo sin lo sentir o a lo menos perdeys el sentido que es parte del descanso." (II, 202)

do. Cada día verás quien peque e pague, si sales de ese mundo". (I, 242) Y ese mundo no es el de una enigmática irrealidad ultraterrena, sino el presente, el de las relaciones humanas. Vale decir, que "ver" bien, presupone subir en la vida espiritual, pero "ver" mal —en cuanto todo lo significativo que tiene la voz "ceguera"— es caer, pagar irremediabilmente una culpa.

Rojas no dejó lugar para el porvenir, y si existió, fue relativamente ínfimo. En efecto, el aucto decimonono es el índice de un movimiento transitorio, ascensional en los protagonistas y en las impresiones susceptibles que despierta. Las consecuencias de esa situación son muchas: entre otras, la brusca muerte de Celestina, la desaparición de Pármeno y del cuchillero Sempronio, esto es, de una alianza cuya colaboración con el Mal era casi absoluta.

Es evidente que la nueva noche en el huerto será la última, pero no será semejante a las anteriores de Calisto y Melibea. Lo prueba no sólo en sí la naturaleza, sino que Melibea pide a Calisto que la contemple, por el mismo principio de que el hombre debe alcanzar, con sentimientos puros, esos mismos grados naturales de perfección. (II, 180) De ahí que Lucrecia, adelantándose al misterioso destino, haya entonado esas vagas melodías sugestivas:

Alegre es la fuente clara
a quien con gran sed la vea;
mas muy más dulce es la cara
de Calisto y Melibea.

Pues, aunque más noche sea,
con su vista gozará.
¡O quando saltar le vea,
qué de abrazos le dará!

La canción se alegra con adorables visiones; propone un dulce *ver* y *gozarse*. Melibea entonces se une al canto de Lucrecia:

Dulces árboles sombrosos,
humilláos quando veays
aquellos ojos graciosos
del que tanto desseays

Los "ojos graciosos", y más aún, la mirada del cielo invocada, las estrellas que deparan los sueños constantes:

Estrellas que relumbrays,
norte e lucero del día

¿por qué no le despertays,
si duerme mi alegría?

Cuando llega Calisto, Melibea parece esperar cambios en su amante, porque es un privilegio normal: entregarse al iluso, para que despierte libre de la ofuscación de los sentidos:

que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato; (II, 181)

Por "los ojos sosegados" de Calisto; he aquí la alegría premonitória del himno, la esperanza en la sujeción de la instintividad y el reconocimiento de las propiedades del amor. Pero, "para Calisto nunca amanecerá", como ha dicho, en resumen, Ayllón.²¹ El hecho se produce, cuando Calisto por primera vez retorna a un estado retrospectivo distinto, esto es, cuando permite suponer que al mirar hacia atrás no puede tentar con las manos la escala. En esos minutos de olvido de sí mismo entre el *ver* y el *no ver*, se ocasiona su muerte instantánea.

Después, Melibea entiende como suya toda la culpa. Y pide a su padre que le deje ver los navíos de la ribera. Nada tendría de nuevo que en realidad quisiera ver el mundo, desde las alturas por última vez. (II, 190, 91) Melibea se despeña a los ojos del padre, el último que admite la confusa luz de lo visible. Pleberio denunciará al mundo y al ciego amor que "quíébramos el ojo e úntanos con consuelos el caxco". (II, 205)

Pleberio no pudo coronar su vejez con alegría. Tampoco el mundo podrá absolverlo de sus trabajos. Quedan, entre tanto, las palabras de Elicia que resultan también definitivas:

Tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso. Las yerbas deleytosas, donde tomays los hurtados solazes, se conviertan en culebras, los cantares se os tornen lloro, los sombreros árboles del huerto se sequen con vuestra vista, sus flores olorosas se tornen de negra color. (II, 139)

Conclusión

RESTA decir que hemos creído analizar una obra literaria que declara una posible sustancialidad a través de imágenes y alegorías es-

²¹ *Op. cit.*, 106.

pecíficas. Muchas pudieran tener una finalidad lateral; otras, una dirección expresa. Las últimas hemos tratado de puntualizar, no sin admitir más claros y espaciosos razonamientos.

Hemos creído —con todas nuestras limitaciones— que el castigo sigue a la *visión* voluptuosa de lo prohibido, no ajeno a las tradiciones medievales.

Hemos pensado también que Fernando de Rojas, tal vez hubiera querido salvar a los amantes; pero los movimientos de la imaginación son independientes de las pasiones humanas.

BIBLIOGRAFIA

- ASÍN PALACIOS, MIGUEL, *La escatología musulmana en "La Divina Comedia"*, Madrid, 1961.
- AYLLÓN, CÁNDIDO, *La visión pesimista de "La Celestina"*, México, 1965.
- BERNDT, ERNA RUTH, *Amor, muerte y fortuna en "La Celestina"*, México, 1963.
- CURTIUS, ERNEST R., *European Literature and the Latin Middle Ages*, N. York, 1953.
- GOODENOUGH, E. R., *Jewish symbols in the Greco-Roman period*, N. York, 1953.
- HERÁCLITO, (Fragmentos), Buenos Aires, 1959.
- HUIZINGA, J., *The waning of the Middle Ages*, N. York, 1954.
- IBN HAZM, ABU M., *El collar de la paloma*, Madrid, 1952.
- MALKIEL, M. R. DE, *La originalidad artística de "La Celestina"*, Buenos Aires, 1962.
- MAUROIS, ANDRÉ, *Siete aspectos del amor*, Barcelona, 1963.
- RAHNER, KURT, "La doctrine des sens spirituels au Moyen Eges." *Revue d'Ascétique y Mystique*, Toulouse, 1932, núm. XII.
- RUIZ, JUAN (Arcipreste de Hita), *Libro de Buen Amor*, Valencia, 1960.
- TORRE, ALFONDO DE LA, *Visión Delectable* (BAE, núm. 36), Madrid, 1950.
- ALIGHIERI, DANTE, *La Vita Nuova*, New Jersey, 1957.
- CAPELLANUS, ANDREAS (André le Chapelain), *The Art of Courtly Love*, N. York, 1959.

GARCIA MORENO Y LA POLITICA EN LA OBRA DE MONTALVO

Por *Antonio SACOTO*

LA obra ensayística en Hispanoamérica del siglo XIX tuvo principalmente preocupación social y política. Sarmiento, Montalvo, González Prada y Martí fueron políticos primero y literatos después; su preocupación política en unos, social en otros, ocupó un primer plano.

Siendo político Montalvo, y no un político objetivo y realista, sino un soñador idealista que no se contentaba sino con la perfección en grado sumo, un luchador de causas justas en un medio donde gobernaba la corrupción y el vicio, un pregonero de libertades donde mandaba la tiranía, encontró desde su juventud vallas a las que atacó con espíritu quijotesco; se vio en turbulentos mares de calumnias, vituperio y sin embargo salvó su espíritu siempre noble. Luchó a brazo partido con su pluma y arremetió sin resquemores a los enemigos de la patria. Rehusó siempre la oferta solapada, el empleo que impondría silencio, las manifestaciones y exhibiciones que comprometían, para mantener siempre la limpieza del alma y la libertad de la pluma: "Mi pluma no es cuchara" dijo en París.

Con la pluma en la mano luchó contra los malos gobiernos. Con la pluma en la mano luchó contra el militarismo. Con la pluma en la mano luchó contra el mal clero. Con la pluma en la mano luchó contra la pobreza intelectual ecuatoriana y, el espíritu de ese patrio, se escurría por la punta de esa pluma, como una corriente eléctrica de fuerza insobornable.

Cualidades tan acrisoladas no podrían sino acarrearle desengaños en un país que no llegaba a organizarse, que no estaba preparado para gobernarse y peor gozar de una democracia práctica; en un país militarista y fanático. Las ideas políticas de Montalvo nacían de la democracia ateniense, de los principios propugnados por la Revolución Francesa de 1789, de la constitución de los Estados Unidos todos ellos, ideales inaplicables entonces en el Ecuador. De ahí que Montalvo en la política ecuatoriana no fuera un factor genial: fue un político que acusó sus crímenes, que apuntó sus vicios, mas no señaló caminos de redención. De ahí que Montalvo nunca

forme parte del partido que esté en el poder, sino siempre de la oposición. De ahí que se encuentre casi solo, sin apoyo, en una lucha contra un medio hostil y que su obra sea más difundida y apreciada fuera del Ecuador.

La obra política de Montalvo se la puede estudiar a través de la siguiente nómina: García Moreno, Borrero, Gómez de la Torre, Veintimilla y Urbina.

García Moreno

¡HE aquí la otra cara de la historia! ¡He aquí "el tirano", "tirano", "dictador", "teócrata, fanático", etc., palabras con las que se motejan a este ilustre ecuatoriano. Pero, por sobre todos los insultos, la historia es firme e invariable en dar los propios contornos de la figura de este hombre político, eficaz, hombre de acción, voluntad de acero y sentimientos inexorables.

Este Goliath maneja las riendas del gobierno ecuatoriano y es contra éste que Montalvo con su pluma como honda, arremete. El choque es estridente y el resultado es trágico: son dos voluntades de acero, que corren en direcciones contrarias. No es una historia ni de santos ni de diablos: *San Gabriel*, según el padre Gómezjurado, *El santo del patíbulo*, según Benjamín Carrión o *San Juan Montalvo*, según Clodoveo González.

Ambos hombres valen más por humanos que por santos, ni leyenda negra, ni leyenda blanca, ni rosada.

Los dos son grandes: ambos luchadores políticos, ambos sufren destierros en París.

Don Juan Valera hace el parangón de éstos dos ilustres hombres:

... sólo uno fue digno de combatirse con él, García Moreno.

Eran dos firmes caracteres, dos aceradas voluntades, dos claros cerebros, dos hombres eminentes. Aquél escritor liberal y aquél repúblico teocrático, que tanto se odiaron, pudieron tener conceptos opuestos de la vida y del gobierno, antagónicos pareceres respecto a la organización de las sociedades, pero coincidían en la sinceridad de la propia opinión, en el valor con que bregaron por sus convicciones, en el fuego para defender o servir sus ideas, en el talento con que procedían. Ambos fueron espíritus severos, hombres incorruptibles paladines apasionados. Ambos tuvieron la vocación del proselitismo. Ambos fueron apóstoles. Ambos moralistas, cada uno a su modo. (S. T. IX)¹

¹ JUAN MONTALVO, *Siete tratados*, Vol. I, (París: Garnier, 1923), p. IX. Citas de esta obra se señalarán con S. T. y la página correspondiente.

Veamos rápidamente lo que ha sucedido en el Ecuador. La Asamblea de 1861 elige Presidente Constitucional de la República del Ecuador a García Moreno. El país que había estado en un estado de caos anárquico ha vuelto al orden político. García Moreno no se aviene a dirigir el país desde su oficina ejecutiva estudiando proyectos, aprobando solicitudes, firmando decretos, sino que, entre el terror, el respeto, el odio, él personalmente vigila construcciones públicas, visita oficinas y escuelas, en fin, controla el ejército con repentinas apariciones y revisiones a entradas horas de la noche. Ni las sacristías escaparon sus inspecciones en su afán de rectitud en todos los ámbitos.

El Ecuador está en marcha, una mirada ligera nos demuestra así: En educación García Moreno ha abolido la libertad de estudios decretada por Urbina; ha invitado a maestros extranjeros a las cátedras de colegios y universidades. En obras públicas ha comenzado las carreteras Quito-Guayaquil y Quito-Esmeraldas.

Pero, para poner en marcha al país que por años ha vivido en la demagogia, en el anarquismo, corroído por los intereses personales, descuartizado por los regionalismos y los odios: ya de partidos, ya personales, García Moreno recurrió a menudo a la violencia, a la ley del talión, a la fuerza inquebrantable con la que castigó a sus enemigos, al atropello de la libertad de prensa y con ella de la opinión pública.

Su afán fue la regeneración del país. Conoció bien el ambiente político en el que se movía y no vaciló en tronchar vidas, humillar a la oposición y someterla bajo su sombra de águila. Fue inflexible con ella en su afán de regeneración. Sea por bien, sea por mal, júzguese por los hechos: Se descubre una conjuración en la que toma parte el general Maldonado; se persigue incansablemente a éste por dos meses, se le apresa y sigue consejo de guerra y se decreta la pena de muerte.

El pueblo, la mujer del general, las autoridades eclesiásticas interceden por Maldonado; García Moreno, impávido, como agente trágico de un sino inexorable, no cede: Maldonado es fusilado. Otra conjuración: Urbina y Robles desembarcan en Machala con tropas que a aquél le proclaman jefe supremo. Flores, al servicio del Ecuador logra derrotarlos. Urbina y Robles reorganizan otro ataque con tres vapores de guerra y capturan en Jambelí al único barco que compone la marina ecuatoriana.

"García Moreno con la violencia peculiar en él y con la rapidez habitual en sus decisiones se encamina a Guayaquil y obliga al Cónsul inglés a entregarle el buque "Talca" que bajo la bandera de Inglaterra se encuentra anclado por casualidad en ese puerto. Luego, de-

mostrando una vez más un valor que revela temeridad inicia el combate a pesar de la notable inferioridad numérica que cuenta en hombres y material. Después de varias horas de lucha y debido a su pericia militar, a la precisión en las órdenes y al coraje de sus hombres logra tomar al abordaje dos de los barcos pertenecientes al enemigo y derrota a los demás.

Triunfante y aclamado regresa a Guayaquil. Allí toma medidas extremas, somete a Consejo de Guerra y hace pasar por las armas a veintisiete revolucionarios entre los que se encuentra Santiago Viola, de nacionalidad argentina a quien no pueden salvar ni sus credenciales de extranjero ni la intervención del funcionario de su país en su favor".²

Valera nuevamente nos ofrece algunos hechos distintivos del carácter de fiera, así como del absolutismo de García Moreno. Veamos:

... porque era pulcro en el manejo de los caudales públicos; porque era un civil en la presidencia y de sobriedad ejemplar; porque si bien enérgico, a veces cruel, no derramó sangre por sólo placerse en ella, aunque la que vertió mancha su memoria.

... Sólo que su ideal político era la teocracia, y al servicio de ese ideal anacrónico puso un carácter de hierro, proclive al despotismo. Fue un déspota consciente, aunque en punto a religión, como fanático, de criterio estrecho y violento. (S. T. XX).

Se rapaba las cejas para no sentir tentaciones de salir a la calle abandonando los estudios y que, para no dormirse sobre los libros, de noche, metía los pies en un lebrillo con agua... (S. T. XXI).

El trayecto que se practicaba en cinco días, lo realiza en 48 horas.cae como una bomba en Guayaquil, domina la revolución y regresa a Quito después de haber salvado su revolución... (Pide comida en 20 minutos) (S. T. XXI).

Fusiló a Vallejo, antiguo discípulo suyo y a un hijo de aquél. Vallejo rogó que lo fusilaran primero a él, al padre, para no presenciar la muerte de su hijo. García Moreno los fusiló a los dos, al hijo primero (S. T. XXI).

Fusiló a Maldonado: (S. T. XXI).

Los frailes, sus protegidos le temblaban siempre. Entrábase aquel inquisidor cuando menos se le esperaba por conventos y sacristías, informándose por sus propios ojos de la conducta de regulares y segla-

² VÁZCONEZ HURTADO, *Pluma de Acero* (México: Biblioteca Continental 1944) p. 109.

res... Hizo atravesar a un fraile mercedario ebrio, a caballo, toda la ciudad de Quito. (S. T. XXII).

A los seglares amancebados los desterraba o los encarcelaba, cuando no consentían en casarse... (S. T. XXII).

Cierta mujerzuela que cometiera un crimen fue condenada a la deportación. (S. T. XXII).

... predicaba un frailecillo, que no era un Bossuet ni un Masillon, García Moreno apeó al fraile de la cátedra sagrada y subiéndose al púlpito pronunció él el sermón (S. T. XXII).

En 1865 García Moreno entrega el poder a Jerónimo Carrión Pero ¿dónde comenzó la fricción de García Moreno y Montalvo? ¿cómo? ¿por qué?

García Moreno desterrado por Urbina se encuentra en París en 1856 —el mismo año que Montalvo— ¿se conocieron? ¿hablaron? no sabemos.

Con la amnistía de Robles, regresa García Moreno al Ecuador donde se le elige Alcalde Municipal, luego Rector de la Universidad. Reinicia su vida política desde la palestra de *Unión Nacional*, periódico fundado por él; se le elige senador en 1857.

Varón de recia contextura, con la mirada de águila ancha la frente y el rostro adusto cuando llegue a ser gobernante dictará órdenes terminantes que esperará sean cumplidas sin vacilaciones ni retardos.

En su cerebro fatigado por el estudio y fortalecido por la voluntad se ocultan grandes ideales. El fin que persigue será: el engrandecimiento de su patria. El horizonte de sus miras: el resurgimiento.

Y este hombre extraño a quienes algunos han ensalzado hasta la santidad y otros, le han vituperado hasta la infamia no representa ni una cosa ni otra. Indudablemente es la más grande figura ecuatoriana y una de las grandes de América. Sin embargo, su temperamento inflexible y los procedimientos extremos de que se vale en su deseo de regenerar a su pueblo, han opacado algún tanto su grandeza.³

Montalvo a su vez regresa al Ecuador en 1860. Más demora en poner su pie en tierra que su corazón en la política. Más demora en llegar a la patria que en escribir su primera página política (la carta del 26 de septiembre de 1860 en Bodeguita de Yaguachi) y esta será el comienzo de una lucha a muerte.

García Moreno, el nuevo mandatario en quien se reconocen grandes méritos: valor, preparación, audacia: pero se le inculpan también,

³ *Ibid.*

llegando hasta la exageración de parte de sus enemigos; procedimientos arbitrarios, hechos sangrientos fusilamientos innecesarios, el intento de haber buscado la protección de una Potencia Europea, y ciertos actos de crueldad como la orden de azotar a un General de la Independencia. Estas actuaciones y algunas otras posteriores, harán aparecer a García Moreno como un hombre temible e intransigente con aptitudes de tirano e impulsos de Dictador sanguinario.⁴

Montalvo toma la pluma y arremete contra este gigante en forma directa:

"Señor: No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo la que ahora se hace oír, ni la del enemigo en rota que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos. Mi nombre apenas conocido, no tiene ningún peso y no debo esperar otra influencia que la de la justicia misma y la verdad de lo que voy a decirle. Extraño a la contienda, lejos del teatro he mirado los excesos de todos y los crímenes de muchos, lleno de indignación. No digo que todo lo he visto con ojos neutrales no; mi causa es la moral, la sociedad humana la civilización, y ellas estaban a riesgo de perderse en esta sangrienta y malhadada lucha. Los malos se habían alzado con el poder en este infeliz distrito, y la barbarie no sólo amenazaba, pero también obraba ya sobre la asociación civil. La inteligencia y la virtud pública en rematado vilipendio; las leyes y buenas costumbres holladas bajo los pies de miserables, incapaces de comprenderlas ni estimarlas; la justicia y el derecho huyendo ante la violencia rapiña. ¿Era acaso partido: No, ni facción puede llamarse aquella cuyas asonadas se hacían a la sombra de bandera tan siniestra: levantamiento de gentes sin ley, banda era tan sólo la que por felicidad acaba de sucumbir, y que no tuvo adeptos sino los de perversa inclinación, o los que por violencia estuvieron obligados a seguirle. El azote pasó. Los grandes criminales deben ser condenados inexorablemente, los secuaces y ciegos instrumentos generosamente perdonados.

La patria necesita de rehabilitación, y Ud. Señor García, la necesita también... y que sería de la vida misma entre el miedo de los unos y la vergüenza de los otros?

En su conducta pasada hay un rasgo atroz, que Ud. tiene que borrar a costa de su sangre... La acción fue traidora... pensó Ud. vender la patria, ¿es esto cierto?

¡Guerra al Perú!

Si su pasión es cruda, su razón es elevada.

Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y

⁴ *Ibid.*

aborrecer a los déspotas de Europa, me han enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América española.

Si alguna vez me resignara a tomar parte en nuestras pobres cosas, Ud. y cualquier otro cuya conducta pública fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendría en mí un enemigo y no vulgar, Señor; y el caudillo justo, justo y grande, me encontraría así mismo decidido y abnegado amigo.

Déjeme Ud. hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de suavicemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido caerá como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad". (*Cos.* 40-41-42).⁵

No hemos querido interrumpir los fragmentos que citamos de la carta, para que se adviertan los siguientes puntos:

1. La claridad con la que Montalvo expone su posición; el recuento de hechos que rodean la política ecuatoriana de ese año.

2. El punto de vista *a priori* de Montalvo.

3. La sinceridad con la que expone sus ideas: esta carta no está vestida (excepto una cita de Platón) de la erudición helénica, túnica cotidiana de Montalvo.

García Moreno, hombre de letras y de visión política objetiva, hizo caso omiso de dicha carta, hecho que debió herir profundamente el orgullo de Montalvo.

Durante los 4 años de presidencia de García Moreno, Montalvo se alejó de la política, sea porque dedicó su tiempo a las lecturas de los clásicos, sea porque se ha enamorado y sus amores corren vertiginosamente entre el placer y la tragedia, entre la alegría y la nostalgia. El hecho es que Montalvo reaparece en el escenario político en 1866 con *El cosmopolita* cuyo único redactor es Juan Montalvo. Aparece este primer número de 42 páginas y con él el ataque desenfundado al expresidente García Moreno.

La técnica del ataque se canaliza en tres fuerzas; dos de defensa: la libertad y el derecho de prensa; y una ofensiva: el ataque a García Moreno como tirano.

El primer cuidado de los tiranos ha sido en todos tiempos ahogar la voz de los oprimidos, aniquilar el pensamiento público... si consiguieron imponer silencio a la nación, maniataron la libertad (*Cos.* 30)

⁵ Juan Montalvo, *El cosmopolita* (2da. ed. Quito: El Siglo, Imbabura Co. 1894). Citas de esta obra se señalarán con *Cos.*, y la página correspondiente.

Montalvo tipifica a García Moreno como al tirano despótico que cierra el país en busca de los escritores:

Un García Moreno acude presuroso a donde se escribía, allana el hogar doméstico con batallones enteros de soldados cierra la ciudad probando si daba con los escritores, y de tomarlos sin remedio los sepulta en la ciénegas del Napo (*Cos.* 33).

Y, en símil accesible, advierte que "reinando García Moreno la prensa ha estado con un bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa suele hacer con el fiel perro, para que de noche no haga ruido" (*Cos.* 37).

¿Dónde estuvo la oposición? ¿Qué se han hecho los ecuatorianos amantes de la libertad? ¿Los Montalvo y los liberales? Consciente de estas preguntas, Montalvo justifica indicando que "El cuidado de defenderse es más racional que el de acometer; por donde en los gobiernos despóticos como quiera que la espada del tirano esté constantemente enderezada hacia el pecho de los oprimidos, nadie chista, porque hablar sería morir" (*Cos.* 38).

No es únicamente el ataque desenfrenado, la erupción de sentimientos recónditos y amasados en años de desilusión. Es también la defensa de principios fundamentales con propósitos didácticos. "La libertad de pensamiento trae consigo la libertad política; y estas dos libertades por maravilla nos habrán traído consigo la libertad civil, grupo adorable y seductor como el de las tres Gracias". (*Cos.* 27).

De la misma manera, en sucesión de símiles, pregona el valor de la prensa como "el canal grandioso por donde corren las ideas nuevas, los grandes pensamientos a infiltrarse en el corazón y la cabeza de los hombres... es uno como sistema eléctrico de infinitos hilos por los cuales se difunden por todos los ámbitos de la tierra los acontecimientos, los cambios y progresos que de día en día tienen lugar en la inteligencia humana; la prensa es el árbol de la vida" (*Cos.* 35).

Este año 66 es de agitación política. La aparición de *El cosmopolita* coadyuva a subir la temperatura política. Su recibimiento es más bien hostil. Se bifurcan y multiplican los insultos hacia Montalvo: "hereje" y "masón" para los fanáticos, "ambicioso", "amargado", "misántropo" para los que no comprenden la obra insigne del polémico, "zambo" para los que quieren humillar y herir a Montalvo, tocándole en lo más delicado, pero el insulto no se limita tan sólo al vocablo, sino que los intelectuales de su tiempo miran con desidia e indiferencia sus escritos, y sus enemigos recurrirán a las letras para refutar a Montalvo. De ahí que el mismo García Mo-

reno escriba dos sonetos llenos de burla y sátira hundiéndole en el ridículo:

A JUAN QUE VOLVIO TULLIDO DE SUS VIAJES
SENTIMENTALES

Dejando Juan sus áridas colinas
y el polvoroso suelo de su cuna,
do en nudoso nopal crece la tuna
coronada de innúmeras espinas.

Recorrió mil regiones peregrinas;
y más allá pasará de la luna
si tullido en lecho por fortuna,
no quedara en las márgenes latinas.

¡Oh tiempo mal perdido! ¡Oh desengaños!
dejar las tunas, el nopal, la sierra
por variar de costumbres y de teatro;

Y tras tanta fatiga y largos años
regresar de cuadrúpedo a su tierra
quien, yéndose en dos pies, volvióse en cuatro!⁶

El otro soneto, titulado "Soneto bilingüe", se publica en el *Sud Americano*, con fecha 23 de enero de 1866.

DEDICADO AL COSMOPOLLINO

Cuando fue Sancho —amigo al "Campidoglio"
En anciano, menguado y triste rato,
Vió tendido un eunuco y negro gato
Que le puso la testa en un "embroglio"
Y miró con grandísimo "cordoglio"

Y las ranas lo mismo que en Ambato
Lo cual sin duda lo llenó de "orgoglio"
Y vio por fin dormido en una pata
Un gallo ¡Oh! maravilla! Y el tal cuento

"Con su pata de gallo" así remata
Pues ¿quieres Juan, te diga lo que siento?

⁶ VÁZCONEZ HURTADO, *Op. cit.*, pp. 115-116.

Si la viste tu mismo yo discurro
Que debiste también de ver un burro.⁷

De esta lucha llevada al campo de las letras nace el segundo número en mayo del mismo año en el que Montalvo refuta a sus enemigos. Rechaza que sea una campaña política en favor de Urbina, y en cuanto a los motes de "ateo" y "hereje", dice: "Si Uds. no supieran en lo que el mundo tiene a Víctor Hugo, ya lo llamarían tonto y majadero. Dirían que Byron es ateo y Víctor Hugo hereje".

Después de publicar el tercer número en Quito, regresa a Ambato, donde, aquietado su espíritu temporalmente, se dedica al estudio, la meditación y a escribir una serie de ensayos que constituyen el material del libro IV, "el más extenso. . ."

El más extenso y en el que Montalvo, deja de lado la política para entrar en el campo de la historia, la sociología, la filosofía la crítica del arte, con una serie de artículos que al decir de su propio autor, constituyen una "humilde enciclopedia".⁸

Estos dos últimos números casi no tienen carácter político, sino más bien de ensayo erudito.

Con mayor serenidad y equilibrio que en los primeros dos números, *El cosmopolita* sigue difundiendo ideas, acometiendo políticamente y buscando prosélitos.

El 3 de diciembre de 1867 sale a luz un opúsculo "El precursor de *El cosmopolita*" en el que elogia la actitud de García Moreno frente a las circunstancias. Por un momento parecen reconciliarse estos dos ciclópeos varones. García Moreno pudo aprovechar el caos político del país cuando censurado Carrión dimite la presidencia y los comicios indican el triunfo de José Javier Espinosa. García Moreno pudo hacer elegir a un esbirro, a un prosélito suyo y sin embargo, no lo hizo; lo que indica para Montalvo que su adversario "ha podido ser amigo de la paz, apto para la reconciliación, capaz de generosidad", y si él "proclama la justicia, si protege a la honradez, si da vuelo a la inteligencia. . . démosle la mano, ayudémosle a subir". Ha transcurrido un año de paz desde el 12 de marzo de 1867 hasta el 11 de abril de 1868 fecha ésta en que aparece una hoja volante que anuncia la reaparición de *El cosmopolita*. Efectivamente, el 5 de noviembre aparece el número V. Las preparaciones para las elecciones han obligado a Montalvo a dejar su apacible quinta de Ficoa y tomar partido. Más que elemento constructivo o positivo del

⁷ *Ibid.*

⁸ PLUTARCO NARANJO, *Los escritos de Montalvo* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana 1966), p. 92.

partido liberal y su candidato Francisco Javier Aguirre, es factor destructivo, corrosivo del partido conservador y su líder, García Moreno. Ahora *El cosmopolita* aparece con regularidad, cada quincena.

El número V contiene "El nuevo Junius", primer artículo político de una serie bajo ese título que regará la cizaña contra García Moreno a través de América. En este número: "A los partidos políticos", defiende el liberalismo "nosotros los malvados" frente a los ataques de "vosotros los cristianos", los conservadores, en estilo satírico pero no humorístico.

Hay una serie de digresiones que indican claramente la ineffectividad del gran maestro como político. Además, se advierte la ausencia de una base social-económica en su campaña política. Júzguese por el fragmento que sigue:

Mediten Ustedes, y vean si hablamos con fundamento si obramos con desinterés y justicia. Que don Francisco Aguirre sea el candidato de la nación: demos una prueba de grandeza de alma, seamos al fin hombres de bien y no bribones, ilustrados y no bárbaros; cristianos y no feroces tártaros, sedientos de la sangre de nuestros propios hermanos. Si no gustan ustedes de ir a un paso con nosotros propongan cualquier otro hombre notable de su partido; ¿no tienen más que uno? ¿Qué vergüenza! (*Cos.* 311)

¿Ha manifestado un plan de su candidato? ¿Una buena cualidad? Ataca a García Moreno de despojar al ejército del poder e investir del mismo al clero:

García Moreno corta las cien cabezas de esa hidra, la clase militar; la acomete, la persigue y herido en mil partes, se retuerce a sus pies el monstruo, no bramando, sino gimiendo humildemente. ¡Viva García Moreno!

Mas con la sangre de este dragón alimenta otro: quita la soberbia al uno, y ensoberbece más y más a su contrario; corta las cien cabezas, y engendra miles; desarma un brazo y arma ciento. ¡Iniquidad! Ha sacado al clero de sus quicios, le ha armado con armas... (*Cos.* 479)

El nuevo Junius de *El cosmopolita* VI es como el anterior, una serie de digresiones: todavía Montalvo no ha perfeccionado ese estilo cortante, esa diatriba incontenible de *Las catilinarias*.

En el No. VII en "El derecho de reunión" aboga por éste. Son las ideas en tropos las que le ganan lectores.

En este artículo Montalvo prevé la derrota y prepara el terreno para la oposición.

El ejercicio de un derecho, el cumplimiento de un deber son otra naturaleza y más cuando la costumbre les ha echado su sello tan difícil de quebrar. Pueblos donde los ciudadanos se reúnen libremente, sin dificultades que vencer ni peligros que temer, están en buen camino, si es que ya no han llegado a la perfección.

El despotismo es solitario y feroz como el tigre: los esclavos caminan taciturnos, y unidos solamente por las cadenas. (*Cos.* 361)

En este empeño educa y prepara al pueblo para sacudir los hierros de un posible tirano:

No es tirano solamente el que derrama sangre, destierra ciudadanos impone desmedidas contribuciones sobre los habitantes: es también el que sofoca la palabra, impide y persigue la asociación, condena el aislamiento a los asociados sumerge el espíritu en un pozo de tinieblas: éste, es el verdadero tirano, el tirano horrible. (*Cos.* 562)

Y, con dolorosa mirada, define lo que es un pueblo, sumido en la esclavitud.

Son un pueblo esclavo y su tirano: pueblo sin luz que rueda entre sombras, pueblo sin voz que corre mudo, pueblo sin voluntad que obedece aun para su destrucción. Si ese pueblo hubiera visto, huyera de la sima; si hubiera hablado, se entendieran para su defensa; si hubiera querido, se salvara: ni vio, ni habló, ni quiso; se perdió. (*Cos.* 563)

En frases paralelas, paradójicamente expone la tergiversación de valores, si el país cayera en manos omnipotentes, absolutas:

En casa de esclavos, la libertad es un enemigo; en casa de viles, la dignidad es un elefanciaco; en casa de impostores, la verdad es un testigo falso; en casa de crueles la misericordia es un advenedizo; en casa de perdidos, la honradez es un idiota; en casa de bárbaros, la civilización es un alevoso; en casa de ignorantes, la sabiduría es impertinentes. . . (*Cos.* 569).

El VIII volumen tiene como preocupación principal la política —en los primeros números la política fue objeto de uno o dos ensayos—, el sabor de ésta está en todo el número.

En "Del espíritu de asociación" reitera el concepto expuesto en repetidas ocasiones: el derecho de reunión:

A nadie se le ocurriría buenamente menoscavar el derecho de reunión en los Estados Unidos... Los pueblos libres son muy amigos de reunirse; la reunión es una ley de la naturaleza: los miembros de la familia están reunidos; los del Estado se reúnen en sociedades; los Estados se reúnen en confederaciones. (Cos. 595)

En este número, el tercero de la serie de Junius, hay una preocupación profunda que por la reiteración nos parece ser la mayor en el pensamiento del escritor: la libertad. Hay arengas, citas, etc., en pro de ella.

Tenemos la impresión que a medida que sube la marea política y el peligro de que el barco gubernativo naufrague en el mar tenebroso de una dictadura, Montalvo con todas las veras de su alma lucha por mantenerlo a flote. Sin embargo, en vista del inminente peligro, se prepara para el desastre, y predispone a sus compatriotas.

"El nuevo Junius" va dirigido a García Moreno. Como es costumbre en la prosa Montalvina, después de 4 páginas de digresiones, se dirige a su rival y juega con el nombre Gabriel.

García Moreno, Gabriel os llamáis: nombre dulce y puro, nombre del ángel, que suena armonioso en los labios de Dios cuando nombra a su predilecto: Gabriel, amigo mío ¿por qué quieres matarme? ¿por qué quieres matar a tantos hermanos tuyos?... El ángel Gabriel no mata; ...el ángel Gabriel no levanta el cadalso y se pone a su lado simbolizando la muerte en forma de aterranté espectro... (Cos. 434)

¿Por qué te llamas así? León se llama el león, palomo la paloma; ¿por qué te llamas Gabriel? Tú no tienes en la diestra la espada del Señor; tú andas con lanza y edificas el cadalso... (Cos. 435)

Y luego, el irrevocable ataque, en donde descuellan ya las cualidades del escritor de garra que coge y destroza:

Después de tantos años de dominación absoluta, con tantos medios para popularizarte, con tantos arbitrios y recursos para obrar la felicidad de tus semejantes. ¿Venimos otra vez con que no hay más lugar para los hombres que el cadalso? Estas iglesias hundidas, estas torres fracasadas, estos palacios vacilantes, estas casas ruinosas ¿no pedirían una mirada del gobernante filantrópico, del hombre caritativo? (Cos. 435).

El programa es horrible, Señor García Moreno: Su misión a la Santa Sede, el Sílabus, y el cadalso. Voy a que Ud, se ha arrepentido vivamente de ira; y si no se ha arrepentido, ¿dónde está su talento? ¿dónde su ilustración? Poner la soberanía de un pueblo en manos de una nación extranjera; sujetar el aprendizaje de una vasta porción de aso-

ciados a un índice no seguido por ninguna nación culta; apoyar estos desafueros y afirmarlos con una máquina maldita, no es obrar como grande, como bueno... (Cos. 436)

La ruptura de los dos hombres ha llegado a un punto que no tiene regreso. No hay reconciliación posible: Montalvo "ha tirado los dados". Consciente de esto están los dos titanes: Montalvo recurre al apoyo del ejército como último baluarte y publica el 1/15/1869 el IX y último número de *El cosmopolita*, en él exalta las virtudes del soldado, y le pone en guardia contra el peligro que asecha a la república:

El soldado es el guardián de la patria y de la ley...

El soldado es el brazo de la nación: cuando ésta corre peligro, lo estira, lo levanta y de la hoja que empuña vuelan por el aire reflejos deslumbrantes. El soldado es el escudo de la nación...

El soldado es la fuerza de la ley...

¡Soldado! ¡soldado! abre los ojos y mira, escucha puesto el oído. Si eres hombre, tienes razón y voluntad; si tienes razón, discurre y distingues lo bueno de lo malo; si distingues lo bueno de lo malo, quédate a lo primero; supuesto que no eres verdugo, sino personaje ilustre. Cuando te dicen: ¡Mata! no mates, si no es en la refriega, o cuando la justicia te señala la víctima con su imperioso dedo...

En la obediencia ciega se encierra el despotismo; los oficiales del despotismo no son ciudadanos; el verdugo tiene víctimas, no semejantes. Vosotros los valientes no hagáis oficios de cobardes vosotros los de fieras almas, no os humilléis como ruines... (Cos. 459 a 470)

No sabemos si *El cosmopolita* llegó a manos de los soldados, pero el 16, García Moreno se proclama Jefe Supremo con el apoyo de un destacamento. Montalvo sabe el camino que debe seguir, y voluntariamente parte a su primer ostracismo en Ipiales, al norte, en la frontera con Colombia.

Ha caído el telón al terminar el primer acto de un drama en dos actos: García Moreno triunfa y Montalvo sale derrotado, amargado, desilusionado, aislado, a comer el pan amargo del proscrito. *El cosmopolita* nos ha servido de traspunte.

El segundo acto, por llamarlo así, tiene matices más de amargura que de tragedia. Sus primeros escritos van dirigidos contra sus ex-amigos los ex-compañeros de su estadía en París: Mestanza, Gómez de la Torre y otros. ¡Qué fuerza podía quedarle para luchar contra la dictadura ecuatoriana si todo el veneno de su pluma lo gastaba en defenderse de calumnias, en refutar opúsculos!

"El antropófago", "Prosa de la prosa", "Los incurables" y "Judas" son proyectiles dirigidos respectivamente a Juan León Mera,

José Modesto Espinosa, Mariano Mestanza y Marcos Espinel. ¿Se ha olvidado de García Moreno? ¿Le han aislado de la política las luchas personales? No. Montalvo arremete con más fiereza, más directamente, más inequívocamente, no sólo la política y la tiranía, sino la misma vida privada de García Moreno. En el drama "El dictador" firmado el 7 de agosto de 1873, Montalvo caracteriza a éste como lo más vil: causa la muerte de su primera esposa para tener camino libre de obstáculos para un matrimonio de conveniencia. Sabemos por los personajes que el drama no obedece a la realidad: "un hermano de la víctima es obispo, una hermana, abadesa, y concurre a la escena el Nuncio Apostólico, que entonces era el Sr. Tavani. . . El desenlace es la muerte del dictador, quien murió a manos del pueblo, el 6 de agosto de 1875. Lo curioso es que el drama está firmado el 7 de agosto de 1873".⁹

Para esta fecha, ha escrito también partes de *Capítulos, Siete tratados, El regenerador*. Lo sabemos precisamente por las referencias a García Moreno.

En el período gubernativo del 69 al 74, García Moreno sigue un plan definido de resurgimiento, pero bajo el absolutismo y la teocracia, no sólo inaceptable para los liberales que provocan la oposición, sino intolerable para el pueblo en general. Ya en el primer período se protestó contra el Concordato con el Papa; en éste, el que se consagrara el Ecuador al Sagrado Corazón.

Al saber que García Moreno es candidato para la reelección en el 74, Montalvo, que añora la patria y que a la sazón debe de haber hecho planes de regreso, vuelca su ira, su bilis, en "Dictadura perpetua" en forma de reputación a un artículo de *Star and Herald* de Panamá que elogiaba a García Moreno y su período gubernativo.

En incontenible dolor de llaga macerada, de odio reprimido, Montalvo aplasta y desfigura la persona de García Moreno en la "Dictadura. . ." que se publica en Panamá en octubre del '74.

No dramaticemos el acto. El *Star and Herald* "recomienda al pueblo la reelección". Montalvo en su nueva lucha no cuenta con el apoyo de sus amigos, se encuentra aislado en Ipiales, y recurre a su única arma "la pluma". Sólo ella puede servir de puente a que todo lo que guarda su espíritu en lucha pasara al pueblo en forma de escritos.

La mesura y sobriedad del estilo de *El cosmopolita* han perdido su equilibrio; en "Dictadura. . ." su prosa es una vertiente incontenible: busca el insulto por el insulto, la metáfora telúrica y des-

⁹ PLUTARCO NARANJO, *Estudio Bibliográfico Juan Montalvo*, Vol. 1 (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1966) p. 331 ficha que se debería citar, pues se encuentra en: ROBERTO ANDRADE, "Juan Montalvo y su libro de las pasiones", *Cer X*, Núm. 9-10 (1935).

pectiva, la palabra hiriente, al mismo tiempo que satiriza en paradojas a los EE. UU.

... pero en ese ente fatídico que se llama García Moreno, va la fortuna hasta el punto de convertir a un traidor en patriota benemérito, un azote en instrumento saludable, un satanás en un dios. Si los milagros de esa santa prostituta son tan grandes ¿cómo no ha de tener quién los admire?

La ciega, torpe, bestial fortuna tiene hijos, y los diviniza; tiene sectarios y la adoran. ¿O es que ustedes, campeones de la independencia y la libertad, aplauden asimismo las obras de Almonte, Labastida y Santana, y les tienen por necesarios para el orden y la bienandanza de México y Santo Domingo? (D.P. 23)¹⁰

Al indicar que se había apresado a una pobre niña descarriada y cómo ésta corrió hacia una ventana y se arrojó al patio de cabeza, "García Moreno —dice Montalvo— triunfante, solemnizó esa fecha con un almuerzo singular, hizo freír los sesos de esa niña con la sangre de Maldonado, y se hartó hasta la borrachera". (D. P. 30).

En otro pasaje dice: "ha contagiado a sus esclavos con la lepra de su alma, y en tanto que esos chorros de pus apestan al Nuevo Mundo, no podemos decir que hay salud en este pueblo" (*Ibid.* p. 31).

Con tan recóndito rencor, irrisible, implacable, Montalvo prevé la muerte del caudillo, no en imagen de ascensión, a "la bóveda celeste", sino en estampa macabra, infernal, luzbélica:

García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo.

Los jesuitas le han cortado el rabo para cuando lo hayan menester. (D.P. 33)

En este panfleto político indica también algunas flaquezas del período garciano. Le acusa, con o sin razón —la historia consignará su veredicto—, de "las públicas y reiteradas tentativas por vender su patria a las monarquías europeas, sin contar con la guerra que fue a buscar al Perú y llevó al Ecuador en la memorable expedición del general Castilla, que en paz descansen". (D. P. 23) No se puede decir que gocemos de paz dice Montalvo en respuesta al párrafo de *Star and Herald* que dice: "Los mayores enemigos

¹⁰ *Montalvo*, prólogo y selección de M. Moreno Sánchez (México: Ed. de la Secretaría de Educación Pública, 1942), p. 23. Citas de esta obra se señalarán con D.P. y la respectiva página.

de García Moreno se ven obligados a confesar que durante su gobierno la república ha gozado de paz". (D. P. 25).

Y, luego, reafirma que en vez de paz, hemos tenido guerras:

Dos guerras exteriores y cien revoluciones no son documentos de paz, amigos míos: los huesos que están blanqueando en las colinas de Guaspud, no acreditan el espíritu pacífico de García Moreno. Se invaden los campos inocentes, se arranca al labriego del arado: paz. Se amarra al artesano, se despueblan los talleres: paz. Se echan pelotones de gente innumerable por esos derrumbadores, se los entrega casi indefensos al hierro destructor: paz. Huye el caudillo, vuelan los jefes, mueren los soldados: ¡paz! ¡paz! Vidas sin cuento, riquezas honra, todo ha quedado en el lugar de la ignominia: paz ¿ésta es la paz por cuyo motivo el tiranuelo debe ser dictador perpetuo? (D.P. 25)

La paz que hay en el Ecuador es una paz odiosa, humillante, una paz indigna; es una guerra "sin manos y muda", guerra muerta: guerra de los gusanos contra el cadáver. "Véis allí un cuerpo exangüe tirado sobre el gando: García Moreno, sus esbirros y sus jesuitas, sus italianos y sus españoles sus monjas y sus hermanas en muchedumbre infinita andan por dentro y por fuera comiéndole desesperados: la guerra de los gusanos contra el cadáver. Feliz estado que los hombres filantrópicos y libres llaman paz" (D. P. 26).

"A great amount of moral progress" dice el *Star and Herald*, a lo que contesta Montalvo:

Desengañense Uds: en el seno del fanatismo no se desenvuelve sino la ignorancia; en el de la hipocresía, el crimen.
¿Cómo ha de ser feliz el pueblo a donde acude en riadas pestilantes la haz de los conventos de Italia, España y otras partes; donde la instrucción pública es asunto de convento puramente; donde un obispo, un pobre fraile, un lego ignorante es el contralor celoso de la dictadura en todos sus ramos? (D.P. 28)

El estilo de Montalvo en "La dictadura. . ." no es el del escritor político,¹¹ sino el del panfletario¹² y el polemista.¹³

¹¹ *Montalvo*, Prólogo y selección de Manuel Moreno Sánchez (México: Ed. Secretaría de Educación Pública, 1942) p. XXI, XXII Moreno Sánchez indica los rasgos característicos del escritor político: "Debe poseer los medios adecuados para expresar en general todas las ideas, pero especialmente ciertas ideas, que se deben grabar en la mente de sus lectores. Lo difuso no le corresponde; lo extenso se le prohíbe, así como lo vago y lo impreciso". Estos no se encuentran en "La dictadura perpetua".

¹² Naranjo *Op. cit.* I y II, p. 220. Plutarco Naranjo Clasifica "La dictadura perpetua" dentro de los panfletos.

¹³ Montalvo es quien define al polemista en un ensayo del mismo nom-

De las afirmaciones que anota Montalvo, un hecho es claro: el punto de vista del autor. Esto obedece más a su imaginación que a la historia, más a lo que yo *per se* quiero ver y creer, que a la realidad; en muchos casos, es una realidad *a priori*. No queremos decir que ese sea el caso en la obra total de Montalvo. No, pero hay una actitud inflexible, un concepto irrevocable en algunos de sus escritos. Por ejemplo, él nunca hubiese podido aceptar que García Moreno fuese valiente, y por eso lo describe en "La Dictadura. . ." de la siguiente manera:

Sus pretensiones no eran tan levantadas cuando, prisionero con lágrimas en los ojos, voz de vieja, abrazado de un Cristo en que no cree, repetía: "¡Mañana nos fusilan compañeros!" y ensartaba letanía tras letanía: "Virgo venerando, Virgo predicanda" (*D.P.* 26)

El mismo Arboleda que lo tomó prisionero lo ve de otra manera, según el escritor Vásconez Hurtado:

En julio de 1862 las dos fuerzas enemigas entablan combate. El número de los colombianos es muy superior y casi duplica al de los soldados ecuatorianos; no obstante, García Moreno no cesa en su intento e inicia la batalla en la que será luego derrotado y tomado prisionero. Una vez más ha demostrado su audacia y su valor temerarios. Arboleda reconocerá estos méritos cuando escriba al Gobierno de Quito: "El señor presidente García Moreno que cabalgaba un caballo blanco, acompañado apenas de seis jinetes, se arrojó sobre nosotros, con un valor digno de mejor causa, se encontró envuelto por nuestra infantería; uno de sus compañeros fue muerto; él, alguno de los suyos, su propio caballo fueron heridos, y se replegó sin embargo, con dignidad a su antiguo puesto, esperando con razón, que su noble ejemplo hubiera inspirado a sus tropas alguna heroica y salvadora resolución. Y, ciertamente, los que habían parecido vacilar, se reanimaron y resistieron con honor".¹⁴

La fuerza, la acicalada puntería con la que el brazo poderoso manejó la honda, hicieron que ésta diera con su blanco. La lectura de "Las dictadura. . ." y la inútil defensa que hacen los amigos de García Moreno en "Don Juan Montalvo y la verdad contra él" o sea la defensa del Ecuador contra las calumnias e injurias publicadas en el folleto titulado "La dictadura perpetua", prepararon la atmósfera, la animadversión juvenil. Cualquier intento de cambiar los rum-

bre. Dice "El polemista ha de saber mucho; ha de ser audaz, tenaz, valiente. He aquí el caso rarísimo de un sabio belicoso". Montalvo. *Op. cit.*, p. 9.

¹⁴ VÁSQUEZ HURTADO. *Op. cit.*, p. 106-7.

bos sería tarde, la hora final debía llegar, y el drama trágico culmina con el asesinato de García Moreno en forma asaz semejante a la prevista por Montalvo.

En los anales de la historia siempre hubo quienes admiraron más a César que a Bruto, pero también hubo quienes admiraron más a Bruto que a César. Un grupo de conjurados quiteños unos movidos por el amor a la libertad, llama ardiente que ocupa todo pecho digno y joven, otros movidos por odios personales, otros quizá inspirados no en Plutarco a quien no conocían, sino en Montalvo, se reúnen el seis de agosto y dan muerte a García Moreno frente al palacio de gobierno.

Al recibir noticia tan deseada, Montalvo exclama esta frase escrita con sangre en los libros de la historia patria: "Mi pluma lo mató".

La muerte de García Moreno significó el triunfo de la libertad sobre la tiranía, el de la democracia sobre la teocracia, pero, desgraciadamente, la ambición del poder por el poder, hace que antes de cumplirse un año de la muerte de García Moreno, el Ecuador haya caído nuevamente en la anarquía que finalmente culminó con el cuartelazo que elevó al poder a un sargentón, Ignacio de Veintimilla.

INSTRUMENTOS MUSICALES PRECORTESIANOS

CON este título tenemos en nuestras manos el interesantísimo libro de Samuel Martí, publicado, en su segunda edición, en diciembre del próximo pasado año de 1968, por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Obras como ésta debían de ser lectura obligatoria para los alumnos de nuestras escuelas y universidades para acabar con la enorme ignorancia que, sobre materias prehispánicas de Mesoamérica y de América en general, reina hasta en los hombres que hemos tenido siempre como los más cultos en México, y en otras partes, con pocas pero muy honrosas excepciones.

Para marcar esta *enorme ignorancia*, seanos permitido narrar un hecho increíble pero cierto: en los años cuarenta asistimos a una conferencia a que invitó la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en el Salón de Actos de su casa matriz de la calle Justo Sierra. La conferencia se titulaba "Geografía estética de México" y la exponía el señor José Vasconcelos, el mismo a quien se llamó Maestro de América.

Acudimos presurosos atraídos por la fama del hombre y por el atractivo título de la conferencia. Caro pagamos nuestro interés cuando oímos a nuestro filósofo estas expresiones, palabras más o menos: "La montaña de Grecia produjo la flauta de Pan. La cultura del trigo produjo la *Ilíada* de Homero. La cultura del maíz produjo *¡un mierable Popol Vuh!*" Estas y otras cosas por el estilo nos hicieron abandonar el salón y bajamos las escaleras junto con unos, al parecer estudiantes del Politécnico, comentando con gruesas e indignadas palabras la exposición del maestro de América. Desde la infancia hemos sido aficionados a la arqueología, a la historia antigua de México, y en esos días estudiábamos ya en la Escuela Nacional de Antropología las carreras de Etnólogo y Arqueólogo. Sabíamos ya algo de los instrumentos musicales de América. Habíamos tenido en nuestras manos las flautas de Pan de Colima y las ocarinas de Michoacán, y nos habíamos deleitado con sus sonidos como si en ellos estuviéramos oyendo las voces de los hombres prehispánicos que las fabricaron.

Habíamos leído, de primera lectura el *Popol Vuh* o Libro del Consejo de los quichés sumergiéndonos en su texto simbólicamente mitológico. Con ello las palabras del filósofo nos sonaron a ignorancia, a irritante malinchismo, a tremendo complejo de inferioridad.

Todavía las voces de Vasconcelos siguen teniendo eco en la boca de nuestros prohombres de México cuando ellos y la mayoría ignoran siguen

hablando de "la madre patria" refiriéndose a España. La madre patria está constituida por las profundas raíces de nuestra cultura mesoamericana cuya savia fluye en mayor cantidad en las venas del mestizo y en forma arrolladora en las carnes de nuestros indios. No tenemos por qué confundir a la madre con el padrastro, con el violador de nuestros hogares, a quien, una vez, hubo que arrojarlo de allí.

Caro hemos pagado a los que vinieron, sirviendo de vehículo, a traernos la cultura griega, romana, árabe, para que todavía despreciemos a nuestro tronco primigenio.

Por eso es tan importante esta obra, cuya segunda edición aumentada, saludamos con alborozo. En ella vemos, en las primeras hojas, un epígrafe escrito por una de esas honrosas excepciones, el padre Angel María Garibay K., que dice:

La explicación del interés en el pasado se halla en la adquisición de la conciencia de una nobleza heredada. No como los hijos sin padre, que se recatan en la sombra, sino como hijos que saben que tienen ancestros valiosos y se ponen a indagar su ancestral grandeza. Y este es el hecho más importante: lograr la plena convicción de que México no es un improvisado en la cultura. Ni esperó el 1519, 1810, o el 1857, o el 1936, como algunos piensan, para entrar al concierto de los civilizados, y con la más alta y refinada cultura humana.

En el preámbulo, Samuel Martí nos habla de que "tanto los mitos y las leyendas de origen nahua como el venerable Popol Vuh maya-quiché, Libro del Consejo, nos hablan del origen divino de la música".

Hay que subrayar esto del *origen divino* de la música precortesiana. Ya en una cita que el autor hace de nosotros en el cuerpo de esta obra podrá verse que es también certeza nuestra porque lo sabemos a través de los estudios e interpretaciones de los documentos indígenas. Samuel Martí nos habla de los ritos de Tezcatlipoca en que el hombre que encarnaba a esta deidad hacía sonar finas flautas de barro que iba rompiendo conforme ascendía hacia el ara del sacrificio, dejando oír, creemos nosotros, el reclamo divino del instrumento que, al terminar su última palabra era también sacrificado. Cada una de esas flautas ya no volverían a lanzar la plegaria de su sonido porque con su muerte la habían hecho llegar a la morada de los dioses.

El instrumento más antiguo de aliento es, sin duda, la trompeta formada por el caracol marino. Como aquel que hizo sonar Ehécatl-Quetzalcóatl, deidad o espíritu creador, en el mundo de la muerte para obtener con su sonido la voz creadora de los dioses y así poder crear a los hombres. Esto lo vemos escrito en La leyenda de los Soles:

Luego fue Quetzalcóhuatl al infierno, se llegó a Miclantluctli y a Miclantlhuatl y dijo: "He venido por los huesos preciosos que tú guardas." Y dijo aquel: "Qué harás tú, Quetzalcohuatl?" Otra vez dijo éste: "Tratan

los dioses de hacer con ellos quien habite sobre la tierra." De nuevo dijo Mictlanteuctli: "Sea en buena hora. Toca mi caracol y traele cuatro veces alrededor de mi asiento de piedras preciosas." Pero su caracol no tiene agujeros de mano. Llamó a los gusanos, que le hicieron agujeros, e inmediatamente entraron allí las abejas grandes y las montesas, que lo tocaron; y lo oyó Mictlanteuctli. Otra vez dice Mictlanteuctli: "Está bien, tómalos" (Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles. México, 1945, p. 120).

Con esos huesos, quizá del hombre muerto al extinguirse el mundo en los soles anteriores, fueron creados los hombres nuevamente, cuando Cihuacóhuatl, complemento divino de Quetzalcóhuatl los molió en un lebrillo precioso y los mezcló con la sangre que sacó esta deidad de su miembro viril.

Desde entonces toda ceremonia era precedida por el sonido de los instrumentos que son la voz de los dioses.

En el preámbulo que Samuel Martí nos ofrece en esta su obra dice: "En las bodegas del Museo Nacional de Antropología y muchas colecciones particulares, sobre todo las de Diego de Rivera, Stavenhagen y Field podemos admirar los instrumentos más avanzados de su época *en el mundo*, entre ellos flautas múltiples que producen tres y cuatro sonidos simultáneos que datan del siglo séptimo. Es decir, instrumentos que indican la práctica de un sistema de armonía depurado en Mesoamérica *doscientos años antes que empezara a desarrollarse la polifonía en Europa*." (El subrayado es nuestro).

Vemos, pues, que también en el arte musical como en el sistema calendárico, invención del cero y otras cosas, Mesoamérica se adelantó a las culturas de Europa.

Debemos considerar otra característica de la música prehispánica: su empleo religioso.

Sería muy difícil encontrar en las fuentes históricas que ella se hubiera empleado en otra cosa que no fuera en el culto a los dioses. Para mí, los sonidos musicales de los instrumentos representaban para el hombre mesoamericano las voces de la naturaleza, pero como cada uno de los componentes de ella encerraban, dentro del animismo, a los espíritus de sus deidades, entonces los sonidos de sus instrumentos no eran otra cosa que las voces de sus dioses. Así lo eran el sonido de la lluvia, imitado por la sonaja; del trueno, reproducido por el gran tambor, el huéhuatl; el canto de las aves por las flautas, etc., etc. Entonces tenemos que la música no era sino el habla de los dioses. Tal debió de ser el sonido del arpa de David al acompañar el canto, los salmos, entonación verdadera de la palabra de Dios.

Así pues la música, el canto y la danza, con la poesía, eran el sublime diálogo del hombre con los dioses. De ahí que el arte musical y sus acom-

pañantes haya tenido siempre en Mesoamérica un empleo ritual por excelencia.

Pero el autor de la obra que estamos glosando no sólo ejerce el arte divino de la música cuando ha llevado con su violín la enternecida voz de su sentimiento de artista por muchas partes del mundo, sino que también se ha mostrado un gran técnico de la acústica y un conocedor de la historia de los instrumentos. Por eso esta obra es valiosa. No la escribió un simple arqueólogo que mostrara los estratos en que han sido encontrados los instrumentos, haciendo un catálogo ilustrativo de su número y materiales de que fueron hechos, sino que va más allá. Hace este catálogo, pero, lo más importante, nos desentraña todas sus cualidades estudiando las escalas usadas, armonías y contrapuntos, dejando bien clara la depurada técnica y el conocimiento profundo que de la música tuvo el hombre prehispánico.

Cabe apuntar que, a pesar de que el músico indígena fabricó instrumentos como la flauta capaz de producir melodías con los doce sonidos de la gama cromática europea, sin embargo predomina en la música prehispánica la escala pentáfona. Esto lo interpretamos como un hecho nacido del ritual indígena ya que las deidades eran quintuples obedeciendo a su colocación en el centro del mundo y en los cuatro puntos cardinales. No sería remoto que una nota correspondiera al oriente, otra al poniente, otra al norte, otra al sur, y la última, o la primera, a la región central que gobierna a las otras cuatro regiones. No puede nunca excluirse del pensamiento religioso indígena la importancia del número cinco como símbolo del universo, que era válido tanto para el cielo como para la tierra y para el inframundo o región de la muerte. Tres regiones donde los dioses y el hombre actúan con plena vitalidad.

Consta de quince capítulos, profusamente ilustrados, que hablan de la historia, técnica de construcción, sonidos y evolución de instrumentos tales como *huehuetl* y *teponaztli* (percutores); *ayacaxtli* y *chicahuaztli* (sonajas); *omichicahuaztli* (instrumentos dentados); *atecocolli* o *tecciztli* (trompetas); *siringas* o flautas de Pan; *huilacapiztli* (silbatos y ocarinas), y *tlapitzalli* (flautas).

Además, fabricación de instrumentos, el arco musical, escalas, músicas y música, armonía e instrumentos actuales de origen prehispánico.

En fin, la obra está hecha por un eminente músico y connotado arqueólogo, titulado por este trabajo, que ha llenado toda una vida de esfuerzo personal y gran dedicación.

José CORONA NÚÑEZ



Trompetero y bailarín teotihuacano modelados en barro, altura 5 y 12cm. respectivamente.
(Col. Stavenhagen. Foto de Irmgard Groth.)

Escultura de barro café pulido representando un tocador de flauta de Pan, altura 35 cm. Culturas de Occidente, fase Colima.
(Museo Regional de Guadalajara.)





Tres flautas de Xochipala, Guerrero; largo 22.8, 32, y 22.8 cm. Culturas de Occidente, fase Guerrero. La flauta travesera de en medio es probablemente una versión en barro de la flauta europea de ese tipo introducida a raíz de la Conquista. (Col. Martí. Foto Luis de Quintero.)



Flauta triple maya con embocadura de pico cuyos tubos miden 9.3 cm. de largo. Los agujeros del tubo melódico están colocados en uno de sus lados para facilitar la ejecución. (Museo Nacional de Antropología, Guatemala.
Foto de Joya Haris.)



Embocadura de pico múltiple para un instrumento de cuatro tubos; mide 10.5 cm. de largo y 8.5 cm. de ancho. Culturas del Golfo de México. (Col. y fotografía de Joseph Hellmer.)

Flauta cuádruple encontrada en Teotihuacán en 1964; mide 53.5 cm. de largo. Reconstrucción de Carlos Siguenza. (Museo Nacional de Antropología. Foto de Doris Heyden.)



Dimensión Imaginaria

LA BRASA EN EL PICO DEL CUERVO

Por *Rómulo GALLEGOS*

I

EL SEÑOR DE EL ENCINAR

Día de raya

A Ignacio Orozco —Don Nacho, se le decía— no le sentaban bien los aires de *El Encinar*. No porque fuesen insalubres los que soplaban sobre aquella buena porción de la tierra michoacana, sino porque él no entendía que siendo dueño de hacienda extensa y señor de peonada numerosa pudiese estar sino montado en cólera, diariamente, por cuantas fuesen o pudiesen ser holgazanería o negligencia de sus servidores.

No era *El Encinar* de los Orozcos el gran latifundio que en otras regiones de México les había permitido a sus dueños darse el soberano gusto de fatigar caballos de buena andadura sin llegar a recorrerlos en toda su extensión y cuyas Casas Grandes —habitadas por temporadas de placer más que por necesidad de dirección personal de la finca, pues para eso estaban administradores y mayordomos de cuya lealtad sería incómodo dudar— fueron como ciudadelas de gruesos muros coronados de almenas y garitas indicadoras de buen apercebimiento para la defensa armada; pero desde la terraza de la suya bien podía Don Nacho pasear miradas señoras por muy vasto espacio.

Y solía hacerlo a la tierna hora del atardecer, cuando era más dulce la clara hermosura del paisaje michoacano. Suavemente medidas por soplos del fresco monte sobre el caldeado valle la serena elegancia de los pinos, la fronda apretada de los fresnos y las fle-

¹ La revista rinde cumplido homenaje al hombre grande y al gran novelista Rómulo Gallegos quien fuera amigo dilecto y su colaborador insigne, dando a la luz pública los 2 primeros capítulos de su novela mexicana todavía inédita. Estos 2 capítulos fueron entregados en 1955 para su publicación en el momento oportuno por Gallegos —no lo recordamos exactamente— o por su amigo íntimo y amigo también nuestro, don Ricardo Montilla.

xibles ramas de delgadas hojas con que los ahuehuetes se enternecían la centenaria corpulencia en la cortina del bosque que rodeaba la Casa Grande,alzada con elegancia de buen gusto arquitectónico sobre una pequeña colina dominadora de vasto campo. Abajo las milpas compactas, tiernamente verdes o del pardo color de la severa dedicación de toda la savia a la robustez de la mazorca; o la alfombra de hermosa verdura de los trigales en los entretiempos del maíz y que ya sería de oro cuando estuviese la espiga dispuesta al sacrificio de la era bajo los cascos del caballo trillador; o los paños de gratuito jardín con que, por octubre, especialmente, los girasoles y las santamarías adornaban el descanso de las tierras de donde ya se había retirado la cosecha. Allá el lomerío característico del paisaje michoacano, anunciador del empinamiento de la sierra en cuyas laderas, entre oscuros encinos rojos madroños retorcián sus brazos y arriba, hasta el filo de las cumbres, la majestuosa hermosura del pinar.

No podía negársele a Don Nacho amor campesino que en contemplación de hermosura campestre se le complaciera, pues en aquella hacienda había nacido y crecido y desde cuando, por herencia de su padre, pasó a sus manos la propiedad de la finca en términos prácticamente equivalentes a derecho de mayorazgo —deudas suyas las de sus dos hermanas, así establecido en la estipulación testamentaria en resguardo de la unidad de *El Encinar*— nunca se le vio ausentarse de allí sino para diligencias de su administración; pero cuando se le veía de pie sobre aquella terraza almenada, los brazos en jarras y al viento la barba entrecana, aunque no se alcanzase a distinguirle fruncimiento de ceño ni mirada colérica, había que atribuirselos al advertirse que ni siquiera inclinaba ligeramente la cabeza para corresponder al saludo de sombrero quitado del peón acasillado que por delante de allí pasase, tardo el paso de regreso de jornada fatigante al abrigo de zahurda del jacal.

Aún no habían llegado hasta allí los efectos de la revolución mexicana aplicables a la propiedad de la tierra; pero *El Encinar* estaba afectado por la Ley Agraria a causa de su extensión muy superior a la que en ella se fijaba como límite de propiedad individual y de un momento a otro podían caer por allí los funcionarios ejecutivos de aquella disposición legal, a practicar la expropiación y parcelamiento del excedente de hectáreas de la finca adjudicables a las familias campesinas asentadas en ella, pues ya el gobierno de la república estaba en manos bien dispuestas a poner por obra aquella fundamental promesa revolucionaria, y como dentro de los límites de *El Encinar* había zonas de mal país, cubiertas de lava petrificada y allá lejos se alzaban montículos cónicos que tal vez fueron antiguos cráteres de volcanes, en aquellos vestigios de iras tremendas prefe-

ría ahora Don Nacho posar sus miradas contemplativas, mientras murmuraba:

—Fuego y lavas arrasadoras corran sobre toda esta tierra antes de que ella deje de ser mía, toda entera.

Ya no existían en las haciendas las "tiendas de raya", prohibidas por las leyes de la revolución, a causa de que con ellas se había establecido un modo de servidumbre de la gleba derivado de las deudas contraídas por los peones —a quienes nunca les alcanzaba el salario de hambre para lo de comer y vestir que allí se les vendía a excesivos precios— deudas acumuladas de semana en semana y que pasaban de padres a hijos. Don Nacho cerró la de *El Encinar*, pero continuó practicando, con dinero efectivo, una forma dadivosa de su cólera que le producía los mismos resultados sojuzgadores.

Día de raya. En la mesa ante la cual está sentado Don Nacho, ya no hay tarjetas valederas por jornales como antes, sino dinero efectivo, alguno en monedas de plata o de níquel, pero muchas pilas de pesos en centavos de cobre. Ya está saturada la atmósfera de la oficina del olor grasiento de peón sudoroso y es un rebaño de humildad secular lo que está agrupado por delante del señor de *El Encinar*.

—Toma. Eso ganaste, eso te pago.

Monedas en la palma de la encallecida mano derecha, en la otra el sombrero de los respetos rendidos y sobre las monedas la mirada que contempla y ve que no alcanza.

—Se me hace, señor, que voy a tener que pedirle un empiéstamo de algún tantito más, porque. . .

Pero Don Nacho no lo deja concluir:

—¿Se te hace, hijo de la tiznada, y ya me lo has pedido; aunque bien endrogado estás?

—Unos dos pesitos no más, patroncito.

Don Nacho da una manotada rabiosa a los sobres apilados en la mesa, mientras replica:

—¿Dos pesitos? Ahí van tres, grandísimo holgazán.

Pero no se los pone en la mano al peón, sino que se los arroja al suelo, para que de ahí tenga que recogerlos la necesidad que no permite orgullos.

Don Nacho sabe que aquel peón es ya un siervo de *El Encinar*. Y la humildad se agacha a recoger, sonriendo y murmurando entre dientes:

—¡Este Don Nacho! Paga para que lo hagan rabiar. Y hay que complacerlo.

Porque, en realidad, Ignacio Orozco, por darse el gusto de pagar poco a cambio del trabajo que se le rindiera de sol a sol —cosas de patrón— siempre que se le diese ocasión de ofender y humillar, daría más de lo que se le pidiera. Lujos de señorío.

Transcurren días y llega por fin la noticia de que la Comisión Agraria ha ordenado que se proceda a la expropiación y parcelamiento inmediato de *El Encinar* y aunque todavía no ha concluido la semana, la campana de la oficina llama a paga de jornales.

—¿Día de raya hoy? —se preguntan los peones.

Pero los caporales ordenan:

—A cobrar, a cobrar.

—¿Menos cobres en la mesa, entonces?

Exactamente el dinero necesario para la paga de la semana completa, pero ni un cobre más para los arrebatos de la cólera dadivosa, pues ahora el señorío no los aconsejaba. Y cuando ya sobre la mesa no había dinero apilado, Don Nacho se recargó contra el alto respaldar de su asiento y dijo:

—Bien. Quizás sea esta la última vez que yo les pague a ustedes los jornales debidos. La Comisión Nacional Agraria —guardada de coyotes la llamo yo— ha dispuesto arrebatarme la propiedad de *El Encinar*, para parcelar sus tierras y repartirlas entre quienes sean osados a adueñarse de ellas. Llega, pues, para ustedes, la oportunidad de invertir sus ahorros en el cuidado y cultivo de sus respectivas propiedades: barbechar, arar, sembrar y esperar a que las milpas y las espigas sean cosechables.

—¿Nuestros ahorros, señor? —murmuró uno interrogativamente.

—Por supuesto —repúsole Don Nacho, sonriendo, como nunca se le había visto y ya levantándose del asiento—: Terrateniente supone tener dinero para poseer tierras que sean riquezas.

Y retirándose ya, agregó:

—Lo demás se lo dirá el Capellán, que allá en la capilla está esperándolos para darle comienzo a los ejercicios del retiro espiritual que tanta falta les hace a ustedes siempre para la limpieza de la conciencia. Si es que realmente de eso tienen.

Y los peones de *El Encinar* —ya solamente ellos en la oficina— que aún tenían en las manos los cobres de la paga, se miraron en silencio entre sí, pero sin saber qué estarían preguntándose mutuamente.

Toda la vieja humildad mantenedora del sometimiento se les había convertido de pronto en perplejidad. Casi en angustia.

Mientras Don Nacho se dirigía a su casa, murmurando:

—Ahora, que venga El Agrarista.

El Agrarista

QUIZÁS no habrían llegado a ser amigos a no ser por la costumbre, en sus respectivas familias, de llamarlos Nacho y Chano, nom-

bres con los cuales entraron, simultáneamente, en la intimidad de escolares.

Y fue del segundo la iniciativa del acercamiento, pero de esta manera:

—¿Conque Nacho, tú?

—Ignacio Orozco son mi nombre y apellido.

—Los míos son Feliciano Gracián. Chano me dicen y como eso de que nos llamen a los dos con la misma palabra, casi, pero con las sílabas invertidas, puede significar que tú y yo somos cada uno lo contrario de lo que es el otro, pues ni modo de que te me escapes ya.

—¿Qué quieres decirme con eso? —replicó el Orozco, ya dispuesto a usar los puños.

—Pues que necesito tratarte, para saber cómo sería yo si fuera lo contrario de lo que soy.

—Te advierto —repúsole el Orozco— que a mí no me interesa averiguar cómo sería yo si no fuera quien soy.

Una amistad absurda, ya, totalmente excluida de ella la necesidad de comunicación para entendimiento; sino, por lo contrario, un incontenible impulso mutuo de enfrentarse, de contraponerse las afirmaciones de personalidad con que los iba tallando la vida.

Nacho le heredaría a su padre la propiedad de *El Encinar* y naturalmente ya le tenía heredada la propensión latifundista; Chano había nacido pobre, pero con dotes de inteligencia que le abriría buen camino en la vida y ya le tenía bien aplicada a estudios con manifiesta vocación científica; pero ambos se movían en medio de una lucha en torno a la propiedad de la tierra y el Gracián escogió su destino en el campo contrario al del Orozco.

—Agrarista, para servirte. Partidario de la pequeña propiedad de la tierra en manos de quien realmente la trabaje.

—¿Y para servirme, dices? —repúsole Nacho.

—Con la esperanza de que algún día seré yo mismo quien te apropie de la demasía de tierras que poseas y la parcele entre tus mismos peones.

Nacho soltó carcajada de soberano desdén y refiriéndose a conseja popular según la cual bailando ante el Cristo de Chalmas se obtenía lo que se le pidiera, por imposible que pareciese, repúsole:

—Ni yendo a bailar a Chalmas te pondrás en eso.

Era, naturalmente, la inclinación a procurar que sobre la tierra reinara justicia, ya bien desarrollada en Chano Gracián; pero en realidad no exenta del ánimo contradictorio característico de aquel modo de ser amigos, pues aunque ya se profesaban afecto recíproco, ninguno de los dos se allanaba a formas de entendimiento mutuo.

Y un día:

—¿Sabes que estoy enamorado, Nacho?

Y Nacho, que también ya comenzaba a estarlo, repuso con aire despectivo:

—¡Puá! ¡Amores, matrimonio!... Yo moriré soltero.

—¿Y tu hacienda, dejará entonces de ser *El Encinar* de los Orozco algún día? Porque siendo tú el único varón de la familia...

—O me casaré sin enamorarme. Para tener hijos absolutamente míos.

—Va a costarte trabajo. Pero aún no te he dicho de quién estoy enamorado. De una guarecita tarasca más linda que los geranios de Pátzcuaro.

Y entonces fue de asco el gesto de Nacho. No sólo por espíritu de contradicción, sino porque en su familia nada indio podía ser sino menospreciable, repugnante.

—Ya me lo esperaba —díjole Chano—. Ustedes los Orozcos han compartido con el indio mexicano, a través de siglos —admitiendo que sea tu familia tan antigua como dices— el sol, el aire y la tierra de este país y todavía no han aprendido a considerarlo ni como compatriota, ni como ser humano siquiera. Pero dije mal, porque la tierra no la han compartido con él, sino que se le han arrebatado, lo han despojado de la que era suya.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Mira no más: de comunidades indígenas eran tierras de propios y ejidos muchas hectáreas de las que componen la hacienda de *El Encinar* que tú le heredarás a tu padre. Y a propósito: te participo, también, que estoy dispuesto también a incorporarme a las filas del General Zapata, que es el verdadero revolucionario de esta revolución iniciada por el buen señor Madero.

—¿Zapatista tú? ¿Partidario del bandolero de Anenecuilco olvidándote de que eres un Gracián? Lárgate de aquí, entonces. De una vez por todas.

—Aguarda, hombre. He venido a recoger los papeles que he dejado en tu casa. Los apuntes del indigenista que hasta ahora venía siendo yo, para dejarlos en manos más interesadas que las tuyas en conservarlos. Pues quizás en las filas de Emiliano Zapata esté esperándome la muerte.

Y estas últimas palabras de Chano Gracián le causaron a Nacho Orozco un violento efecto apaciguador de cóleras; pero como esto no podía producirse repentinamente sin alguna alteración de equilibrio interior, repuso interrogativamente.

—¿De qué puertas hablas?

Y como Chano se quedó mirándolo con extrañeza, pues no había mencionado tal cosa, sonrió y agregó:

—Perdón. Pensé que hubieras dicho que yo te habría dado con las puertas de mi casa en las narices.

Lo miró oblicuamente Chano Gracián y luego, sonriendo, repuso:

—No, querido Nacho. Doy fe de que no me has dicho nada que a eso se parezca, de ninguna manera.

—¿Entonces, por qué llevarte de esta casa esos papeles que... que...

—Continúa, concluye. Confiesa que no quieres que te prive del placer de tenerlos contigo, para darte el gusto de releértelos, otra y otra vez.

—Lo que he de confesarte es que hace tiempo que esos papeles fueron entregados al fuego purificador, pues bien sabes que nada que huela a indio me huele bien. Repetido sea. Pero ya sé que tu indigenismo te llevará hasta el extremo de tomar esposa en mujer de raza inferior, sucia, descalza. Tú, de pura sangre blanca.

Chano sonrió y repuso:

—Quiero contribuir con ella al mestizaje mexicano, porque el porvenir de nuestro país está pendiente de los mejores frutos que se deben esperar de nuestro mestizaje... Pero has empleado una palabra que me ha sorprendido. Descalza, has dicho, despectivamente, refiriéndote a la guarecita tarasca de quien te he participado que estoy enamorado. Atzimba se llama, hija de Prisciliano Equihua, *hurendi* de su comunidad, y que, por cierto, es una de las comunidades indígenas despojadas de sus tierras propios y ejidos por la voracidad latifundista de los Orozcos.

—Supongamos que así haya sucedido —rugió Nacho, desafiadoramente.

—Calma, calma —repúsole Gracián, sonriendo—. Y déjame concluir. Me sorprende que menosprecies tanto el andar descalzo de las mujeres indias, mi Atzimba entre ellas, porque he oído decir que andas enamorado de esa parienta mía recién llegada a Tacámbaro, hija de un primo hermano de mi madre muerto hace poco en Bélgica, donde fue Cónsul de México durante varios años.

—Supón que sea cierto —replicó Nacho, insistiendo en su gana de ruptura definitiva.

—No, Nacho, no —repúsole Chano, con simulación de alarma— No me quites la esperanza de que no sea cierto que estés enamorado de la Sonámbula. Yo le llamo así por el modo silencioso con que se desliza por la casa, descalza y con los claros ojos llenos de embeleso, cual si acabara de dejar la cama, a medianoche, profundamente dormida, aunque con los ojos abiertos como los sonámbulos. Para mí que se quedó dormida en Brujas, nada menos que en Brujas, que una ciudad romántica y desde allá ha llegado hasta Tacámbaro en estado sonambólico. ¿Por qué te empeñas en despertarla bruscamente, Nacho? Bien está que abandones tu determinación de quedarte soltero, pero ten piedad de la Sonámbula.

—A ver, a ver— repuso Nacho, a gritos. ¿Qué significa todo eso?

—Que sería demasiada desgracia la de ella el que habiendo quedado huérfana hace apenas unos días, ya le esté saliendo un marido como tú, que ni siquiera te has fijado en su costumbre de andar descalza, que tanto te repugna en nuestras indias.

Y Nacho, abandonándose al ímpetu agresivo de sus disputas con el amigo acérrimo —pues era de enemistad el calificativo apropiado a aquella manera de trato y comunicación a que se habían acostumbrado— repuso:

—¡Qué diferencia, entre esos bonitos pies, blancos, finos, delicados y los trituradores de guijarros de las guares tarascas que a ti tanto te seducen!

Era ya el efecto que se proponía Chano; pero como convenía insistir en que lo colérico desatase todas las posibilidades del amor en el corazón del solitario morador de aquella Casa Grande, a quien ya se le escapaban los años convenientes de tomar esposa para fundar familia, a causa de su resistencia a adoptar modos de ternura que le quebrantasen los de su rugiente señorío de voluntades, el agrarista agregó:

—Pero imagínate la de alfombras que tendría que ponerle a su casa el hombre que se casara con la Sonámbula para evitarle agarrar un resfriado pisando baldosas desnudas y ladrillos casi tan fríos como ellas.

—¿Como las baldosas y los ladrillos de esta casa, verdad? ¿Y si al dueño de ella le diera su real gana gastarse una fortuna para cubrir de alfombras de lo más fino toda esa su casa de él?

—No seas tarugo, Nacho. No vayas a confesarme que...

Pero Orozco le quitó la palabra:

—Yo no acostumbro hacerle a nadie confesiones de mi intimidad. Ni a los sacerdotes de Cristo. Para que te enteres.

—Pues morirás sin absolución, a sabiendas o creyendas de lo que te espere. Pero corrijo y digo: no vayas o decirme que en realidad te has enamorado de la Sonámbula, pues un hombre de la rudeza brutal que te caracteriza —y perdóname la franqueza— no puede hacer feliz a una mujer tan delicada como ella. Tan fina, tan exquisita. Despertaría bruscamente y azotaría el suelo con todo su frágil cuerpo al primer estallido de tu cólera. La mera noche de bodas, quizás. Que si escapa de esa, las de —¡hija de la... tiznada!— que tendría que soportarte la infeliz en la dulce intimidad conyugal.

Y marchándose ya:

Y ahí te dejo esa prueba de mi amistad, para que me la agradezcas mañana.

Porque estaba seguro de que ya Nacho Orozco no se quedaría soltero, bien afombrada la Casa Grande, apaciguador de cóleras el suave deslizamiento de la Sonámbula dentro de ella.

Como en efecto sucedió que días después, pocos días solamente, entró en la Casa Grande la Sonámbula, aunque no descalza en esos momentos.

Y como en fecha elegida por propósitos de contradicción ese mismo día se celebró en la comunidad de los Equihuas la boda de Atzimba con Chano Gracián.

Ella le dio un hijo al cual ya le tenía escogido el nombre de Emiliano para testimonio viviente de su admiración por Emiliano Zapata, el caudillo agrarista a quien consideraba el único poseído de verdadero espíritu revolucionario entre todos los que con el título de tales combatían en el país, y cuando pocos días después perdió la esposa, le confió a una de las hermanas de ella, recién parida también, la crianza y el cuidado de la criatura y fue a incorporarse a las filas del ejército suriano.

Allí compartió victorias y derrotas con el Calpuleque, como él llamaba a Zapata por su misión distribuidora de tierras, comparable con la que desempeñaba en las antiguas comunidades indígenas quien, así llamado, tenía a su cargo la adjudicación anual de las porciones de las tierras de ellas que debían cultivar las familias que las componían, y allí estuvo hasta la caída mortal del caudillo en la celada de Chinameca.

Disuelto el ejército del sur, regresó a Michoacán, donde había dejado hijo, pero nunca más pisó la Casa Grande de *El Encinar*. Ya no era el indigenista que en ella había dejado papeles de apuntes para libros que ya no le interesaban, sino el agrarista que en la paz no descansaría en el empeño de lograr que las tierras de México no continuasen siendo propiedad de unas cuantas familias privilegiadas, mientras la inmensa mayoría de los pobladores del agro mexicano eran, en su mayor parte, siervos de la gleba.

Ahora había sido a él a quien la Comisión Agraria le había confiado los pasos previos para la expropiación y parcelamiento del excedente de tierras de *El Encinar* afectado por la ley.

Pero ya Nacho Orozco había puesto por obra el modo de frustrarle a El Agrarista la comisión que se le había encomendado y dentro del contentamiento de sí mismo que ello le causaba le dio acceso al agrado de acoger otra vez en su casa al amigo acérrimo, a quien no veía hacía varios años, aunque para reanudar la agria disputa que siempre había sido la manera de cordialidad entre ellos.

Los hijos de la Sonambula

SE los concibió y se los parió sin que de los ojos claros se le hubiese quitado el embeleso, como de sueño profundo, teniéndolos abiertos. Un niño, al cual ya su padre le tenía elegido el nombre de Feliciano, más con el propósito de no permitir que se le dijese Chano, con lo que, en las contradicciones de su intimidad, era como si no le hubiese pasado por la mente la idea de ponerle a su primogénito el nombre de su irreconciliable amigo; una niña luego, a la que se le ocurrió elegirle el de Valentina.

—¡Cómo! —exclamó la Sonámbula. ¿Una hija tuya con un nombre que anda en cantos de la soldadesca revolucionaria que tanto aborreces?

—Así se llamaba una de mis abuelas —explicó él.

Pero no dijo toda la verdad, pues al escoger aquel nombre se había dicho para sus adentros:

—Para que rabie Chano Gracián cuando sepa que yo le he inutilizado el nombre que él seguramente habría querido ponerle a una hija suya.

Mullidas y de muy costosa calidad eran las alfombras con que él había hecho cubrir los pisos de la Casa Grande para que sobre ellas se deslizara, sin ruidos y sin resfriados, la pálida figura de la mujer dormida en Brujas, frase de Chano Gracián que le había dejado resonancias románticas en su rudo espíritu, pero no como de ajena sino de muy suya ocurrencia, porque de ella se habían adueñado totalmente las fuerzas avasalladoras de su personalidad. Pero habiendo caído granizo abundante un día en la colina sobre la cual se alzaba la Casa Grande, la Sonámbula se deslizó fuera de los alfombrados pisos —nostalgias de Brujas quizás— y por los finos pies desnudos sobre el helado campo le comenzó la frialdad definitiva.

Se quitaron las alfombras innecesarias ya y otra vez comenzaron a resonar en las baldosas y en los viejos enladrillados de la antigua mansión los pasos imperiosos del señor de *El Encinar*, que sabía ocultar duelo y melancolías en los escondidos rincones de su ternura, otra vez hacia afuera todo lo que fuese brusquedad.

Ya las carreras de Valentina. De ella solamente, porque Felicianito casi ni andaba por pasarse todo el día leyendo.

Aprendió puntualmente todo lo que pudieron enseñarle los maestros que allí le puso su padre y para mayores curiosidades se acostumbró a empinarse a los estantes de la biblioteca de los Orozcos, que parecía que hubiesen sido aficionados a buenas lecturas, aunque en los mejores de aquellos libros había constancias de haber sido de Chano Gracián.

Y los papeles de éste, que allí habían quedado, de cuando pasó temporadas en *El Encinar*, llenos de apuntes de leyendas y tradiciones aborígenes, desde las tehuanas del istmo hasta las yaquis del norte del país.

Ya le permitía el buen juicio a Felicianito sospechar que tanto heterogéneo apunte acumulado quizás no llegaría nunca a convertirse en obra verdadera y eso le entristecía a ratos la afectuosa admiración puesta en aquel raro amigo de su padre y a quien este mismo los había acostumbrado, a él y a Valentina, a llamarlo tío, aunque no imponiéndoles expresamente tal costumbre, sino de este modo característico suyo:

—¿Conque el tío Chano? ¿Quién les ha hecho que lo llamen así? ¿Acaso porque sepan que, a pesar de todo, a veces ese tarambana parece que fuera hermano mío? Que no faltará quien llegue hasta decir que muy querido por mí... ¡Puf! ¡El tío Chano! ¿Qué peligros estará corriendo a estas horas, a causa de su...

Y fue de Valentina la ocurrencia:

—¿Te fijas, Felicianito? Papá quiere que lo llamemos tío Chano. Porque, fíjate. A nosotros no se nos había ocurrido llamarlo así.

Y luego, acercándose al padre:

—¿Y ese Chano Gracián a quien tanto tú nombras, papá...

—¿Qué es eso de Chano Gracián? ¿No habíamos quedado en que lo llamaran tío?

—Pos... no habíamos quedado, papá; pero podemos quedar, si no te gusta.

Y la advertencia aleccionadora, a gritos:

—¿Pos? Pues, es como debe decirse.

—Pos ni modo.

La carrera de Valentina, alejándose del regañador burlado y de éste la diestra velluda a los bigotes ya entrecanos, como para atuárselos; pero en realidad para que no se le viese sonrisa de complacencia en irrespetos de hija.

A veces Don Nacho, al pasar por delante de Felicianito absorto en sus lecturas, se detenía a interrogarlo áspicamente:

—¿No encuentras mejor empleo del tiempo?

Felicianito alzaba la mirada —casi los mismos ojos de la madre— y respondía ingenuamente:

—No, señor.

Don Nacho expulsaba un resoplido que le espeluznaba los bigotes y proseguía su marcha, murmurando, pero de modo que se le oyese:

—¿De dónde me habrá salido este hijo que en nada se parece a mí? ¿Cuándo se vio nunca a un Orozco que así fuese? ¡Un soñador!

Porque él aseguraba que entre los Orozcos nunca había existido un soñador y había que creérselo.

Y de habérsele oído, a Felicianito se le inclinaron recónditas amarguras a formularse la misma pregunta:

—¿De quién habré sacado yo este modo de no ser como siempre han sido todos los Orozcos?

Sin embargo, entre los libros de la biblioteca, predilectos de Felicianito, había algunos con rayas de uña recia grabadas en los márgenes de pasajes contentivos de recomendaciones de ejercicios de bondad, de desprendimiento de bienes materiales alimentadores de egoísmo, de sacrificios por los ideales que se hubiesen abrazado, conducentes a la felicidad de los humildes y desventurados y aunque bien podían haber sido de Chano Gracián aquellas muestras de impresiones causadas por la lectura de esos pasajes o también de algún Orozco que hubiese sido idealista, sin que lo supiese Don Nacho, Felicianito prefirió, se impuso la necesidad vehemente de creer que aquello había sido obra de su padre, que seguramente en los años generosos de la adolescencia, antes de que el cuidado de los intereses materiales le endureciese el corazón, debió de ser un soñador de quien a él le venía serlo.

Un día se decidió a cerciorarse, iniciando acercamiento de intimidades, con uno de aquellos libros en las manos y esta pregunta dirigida al padre:

—¿Fue usted, verdad, quien marcó el margen de todo este párrafo? Rayas de uña recia como la de usted.

Don Nacho tomó el libro, leyó el párrafo indicado, frunció el ceño y repuso desabridamente:

—Yo no he malgastado nunca mi tiempo leyendo tonterías, ni jamás he tenido la mala costumbre de aplicar mis uñas a manifestaciones de personalidad impresionable y blandengue. A tus años, más de quince ya, sabía yo manejar esta hacienda, con manos encallecidas de azadón y esteva de arado.

No obstante, Felicianito insistió en el propósito de compartimiento de intimidad:

—¿Me permite que yo recuerde aquellas palabras de la carta que le dirigió a usted el tío Chano, cuando la muerte de mamá? "Pan de corteza dura y buena miga, que no es un mal pan", lo llama a usted.

Bien disimulada la emoción que tales palabras del hijo le habían producido, Nacho Orozco repuso:

—¿Conque has metido mano en mis papeles íntimos?

—Recuerde que usted mismo me dio a leer esa carta. Es decir, me la dejó al alcance de la mano y yo entendí que había sido para que yo...

Pero Don Nacho no le permitió concluir:

Al alcance de la mano te he dejado todo lo que pueda servirte para ser mañana como quieras ser. Mi dinero, mis... libros.

Dijo esto tirando sobre el escritorio ante el cual estaba sentado el libro que aún tenía en sus manos, al alcance de las de Felicianito, y agregó:

—Los papeles de Chano Gracián, a quien tanto admiras sin conocerlo personalmente. Pero ya te darás ese gusto. Tu tío Chano, como lo nombras, viene ya por ahí con el encargo de despojarme de la propiedad de esta hacienda. O sea: de tu patrimonio.

Y como Felicianito se había quedado perplejo, Don Nacho reanudó la operación de contabilidad interrumpida, diciendo:

—Anda. Anda a participarle a tu hermana la buena noticia de que ya viene por ahí el tío Chano, a quien tanto ella como tú desean conocer.

No tardó en aparecer por el camino que conducía a la Casa Grande. Don Nacho ya estaba plantado en el umbral de la entrada, con los brazos en jarras y lo más posible de ceño fruncido para el recibimiento apropiado; pero Valentina había invitado a Felicianito a salirle al paso al pie de la colina donde se alzaba aquélla, fuera del alcance de la mirada paterna y el hermano la acompañaba, aunque con escrúpulos de conciencia por la salida furtiva de la casa por la puerta trasera de ella a causa del impedimento plantado en la que daba al soportal de la entrada.

—Tal vez no sea el tío Chano ese hombre que viene ahí. Valentina. Fijate en que viste como gente de campo, de mezcilla.

—De mezcilla azul, precisamente. ¿No sabes que el tío Chano es de los azules, como les dicen a los agraristas por vestir así? Además, sólo un hombre que se ha recorrido todo México, como tío Chano, puede caminar como ese que viene ahí. Fijate en las tolvaneras que viene levantando a su paso. Pero no viene solo sino con su Emiliano, como yo me imaginé. Con el hijo de la princesa Atzimba.

—Las cosas que se te ocurren, Valentina. ¿De dónde sacas tú que haya sido princesa la pobre madre de Emiliano?

—Pos de donde saqué aquello de ser yo la merita Eréndira. A mí todo me cabe dentro de la cabeza, Feliciano.

—Menos el pues, en vez del pos. Que es tan vulgar. Ya te lo ha dicho papá muchas veces.

—No me amueles, Feliciano, repitiéndomelo tú.

Quince años mustios Feliciano, pálidas, frías las manos a causa de la emoción de ir a conocer ya, por fin, al autor de aquellas leyendas y tradiciones indígenas releídas por él muchas veces; catorce Valentina, en cuyas macizas mejillas le ardía toda la sangre impetuosa de los Orozcos, nada de la Sonámbula. Se había puesto un

rebozo cruzado al pecho, como la Valentina de los cantares revolucionarios y sin poder contener más su impaciencia en el prudente sitio de la espera, fuera del posible alcance de las miradas paternas, se echó al camino corriente y exclamando:

—¡Tío Chano querido y antipático, que hasta ahora se te ha ocurrido por fin venir a conocerme! Porque yo no creo que hayas venido a arruinarnos, como dice papá, sino a conocerme a mí. ¿A mí, verdad, tío Chano?

El la había besado en la frente y ahora la contemplaba emocionado, mientras decía:

—¿Así me llamas, chula? ¿Tío?

—¿Pos no eres como hermano de papá? A la manera de ustedes dos, por supuesto, para que nadie los descubra que se quieren mucho.

—Pues mira que has acertado, chula, con la explicación del extraño caso.

—¿Pos no? Pero todavía no te he contado, tío Chano? Mi nombre es Valentina, como ya sabrás, pero yo soy Eréndira.

—La risueña. Bien te queda ese nombre.

—¡A poco no! Pero todavía no me has presentado a tu Emiliano. ¿Cómo es mundo, tío Chano? Pos todavía no ha despegado los labios para decir esta boca es mía.

De la misma edad de Felicianito, el hijo del agrarista era, por lo contrario, de aspecto saldable y de complexión bien formada por ejercicios gimnásticos. La sangre materna ya le tallaba en el rostro moreno los rasgos de su raza; pero tenía los ojos verdes de Chano Gracián, al cual le copiaba, además, el contraste entre la severidad del tajo del ceño, ya marcado en su frente, y lo risueño de la mirada entre contemplativa y burlona con que había estado observando a Valentina. Vestía de mezclilla azul como su padre, no usaba sombrero y tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, mientras con las piernas un poco abiertas asentaba firmemente sobre el suelo algo de arrogancia.

—¿A quién deja hablar la Princesa Eréndira cuando toma la palabra? —repuso irónicamente.

—¿Te fijas, tío Chano? —repuso ella. Tu hijo se ha permitido burlarse de mí.

—No tanto, chula —dijo Gracián sonriendo.

Y ella, enseguida:

—Que por cierto has perdido tu tiempo, tío Chano, pos te ha salido tarasco purito.

—Pero sin pretensiones de ser el Calzonzi —replicó Emiliano. Porque donde yo vivo no soplan los aires de fantasías de realza y grandezas que deben ser los reinantes por aquí.

Ella le hizo mohín menospreciativo sacándole la lengua y Chano Gracián, riendo:

—Quienes lo heredan no lo hurtan —dijo. Pues riñendo nos hicimos amigos Nacho y yo.

Pero Valentina quería decir algo más y agregó:

—Eso de ser yo Eréndira, con todo y su caballo blanco, lo saqué de la lectura de los papeles que dejaste en casa, tío Chano. Ya sabes que a papá nada que huele a indio le huele bien.

—Ya, ya. Y tú, por hacerlo rabiar. . .

—¿Pero qué te cuento? Si nadie más que tú sabe que a papá hay que hincarle bien el diente, como al pan de corteza dura y buena miga, como tú mismo se lo escribiste, según me ha dicho Felicianito. Míralo ahí, muriéndose de las ganas de abrazarte. Acércate, menso, que tío Chano no come niños crudos.

—Déjame acercármele yo —dijo Chano Gracián.

Hecho lo cual, apoyó sus manos en los huesudos hombros del mustio joven, lo miró a los ojos, que le hicieron recordar los de la Sonámbula y con emoción le preguntó:

—¿Y tú, qué me cuentas, tocayo? Ya es mucho lo que de sí misma me ha hecho conocer Valentina.

—Pues yo, tío Chano. . . Aquí. . . Esperándote.

Y Valentina, quitándole la palabra:

—Compone verso, tío Chano. Y muy bonitos.

—Mensa —murmuró Felicianito.

Mientras Chano Gracián, sacundiéndole los hombros afectuosamente:

—¿Conque un poeta ya en la familia Orozco?

—Pero que no lo sepa papá —intervino Valentina. Porque se lo come vivo.

Frunció el ceño Chano Gracián y Felicianito, ya sin vacilaciones de timidez, dijo:

—No le hagas caso a Valentina, tío, pues ella, con tal de hablar, ni de pensar se ocupa. A papá tú lo conoces y sabes que es como el. . . Pero ya oí que te lo dijo Valentina. La frase es tuya, en la carta que le escribiste a papá cuando mamá murió. El me la ha hecho leer y me he grabado en la memoria esa frase.

—Bien —dijo Chano tratando de dominar su emoción. Ya platicaremos largo y tendido, tocayo. Déjenme ahora ir a hincarle el diente al pan de corteza dura y buena miga. . . Que no es un mal pan. Repetido sea. Mientras tanto, quédense ustedes por aquí platicando. Este es mi hijo Emiliano y espero que ustedes lleguen a ser buenos amigos. México lo necesita.

Dijo esto apartándoseles ya para dirigirse a la Casa Grande; pero Emiliano le repuso:

—¿No será mejor que yo te espere casa del abuelo Prisciliano? Ya está hecho el conocimiento que deseabas que yo hiciera; pero ya se me ha hecho saber que en esta casa nada que huela a indio huele bien.

Chano Gracián no se había alejado tanto como para no oír lo que le decía el hijo, pero en la educación de éste él había procurado evitar todo ejercicio de autoridad paternal que le reprimiese el libre desenvolvimiento de personalidad y continuó su marcha, haciéndose el sordo, para dejar que Emiliano resolviese libremente su problema personal ante la situación en que él lo había puesto al empeñarse en traérselo consigo a *El Encinar* para que conociera a los hijos de Nacho Orozco. El había participado activamente en la lucha revolucionaria contra el régimen latifundista de los grandes hacendados, especie de barones feudales bajo cuyo dominio gemían peones comparables a siervos de la gleba, sometidos a salario de hambre y encadenados por deudas en las tiendas de rayas que pasaban de padres a hijos y aunque esto último ya hubiese cambiado radicalmente en la hacienda de *El Encinar* él venía con el encargo de poner por obra en ella la afectación a que, por su magnitud, la tenía sometida la Ley Agraria. Pero él tenía dentro de su condición personal contradicciones sentimentales que lo inclinaban a procurar la solución amistosa con Nacho Orozco y era sincero su deseo de que entre los hijos de ambos no quedasen rencores proyectados hacia el porvenir del país. Hecha la advertencia de que tal era su deseo, ahora le tocaba a Emiliano resolver libremente su problema personal respecto a los sentimientos que debieran inspirarle los hijos del señor de *El Encinar*.

Pero además de su predisposición de clase y de heredero del justo rencor de los Equihuas contra los Orozcos que los habían despojado de las tierras de su comunidad, las impresiones personales de Emiliano no lo inclinaban a trato amistoso. El pálido y endeble Feliciano —cuya mano húmeda de sudor frío le dejó en la suya, caliente y recia, una desagradable sensación— no pudo inspirarle sino una mezcla de compasión y de simpatía puramente intelectual, en parte, por los pensamientos que lo oyó expresar, reveladores de juicios bien formados y en parte totalmente subjetiva por la emoción filial que le produjeron las muestras del gran afecto a su padre, a quien Felicianito decíale tío Chano.

Así también lo acostumbraba Valentina, pero... Simpática, sin duda; pero... Niña de Casa Grande y además... Para negarle que fuera bonita se necesitaría no tener ojos, pero...

Y este era el verdadero problema ante el cual ya se encontraba Emiliano Gracián. No podía ser ni simpatía siquiera lo que le inspiraba aquella niña tonta que se imaginaba ser personaje de leyen-

da, aunque lo hubiese sacado de la lectura de los papeles de Chano Gracián.

Valentina se había sentado en los raigones superficiales del ahuehuate que allí brindaba ocultamiento y sombra, y con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las palmas de las manos bonitas, fingía contemplar el campo extendido frente a ellos, con la hermosura del octubre florido de girasoles y santamarías en el descanso de las tierras, ya en los graneros de Don Nacho el maíz del año; pero en realidad mirando de reojos a Emiliano y conteniéndose entre las manos las ganas de soltar la risa por el enojo que ella le había causado con aquello de "nada que huela a indio huele bien".

Mientras Emiliano se decía mentalmente:

—Esta catrina pretenciosa puede que esté imaginándose que yo me he quedado aquí para contemplarla a ella.

Pero ya Felicianito se había animado a volcar su intimidad en plática amistosa.

—¿Por qué habrán de ser siempre blancos los caballos que figuran en las leyendas? Así es también el que monta el duende de Emiliano Zapata en la... conseja de sus apariciones, después de su muerte en Chinameca.

Blanco en la noche oscura...

—¡Ay, Felicianito! —exclamó Valentina, sin quitar los ojos de su fingimiento de contemplación. No vayas a recitarle esos versos tuyos, porque él seguramente no entiende nada de versos que no sean tarascos.

Emiliano la miró despectivamente y dirigiéndose luego a Felicianito repúsole:

—Efectivamente. Pero como esas apariciones de Calpuleque eran para animar a los campesinos a reclamar que se les entregaran las tierras prometidas por la revolución, aquí, en esta hacienda, puede que llegue a verse el caballo blanco de la princesa Eréndira. ¡Ja, ja, ja! Y en versos cuando más, el del agrarista que cayó en Chinameca. Porque versos, siendo malos, cualquiera los escribe. Y como ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos, díganle ustedes ahora a Chano Gracián que en la casa del abuelo estaré esperándolo.

Y se marchó.

Feliciano se quedó mirándolo alejarse y Valentina le dijo:

—Dime ahora que no he tenido razón al llamarlo pretencioso. ¡Que hijo de la princesa Atzimba! ¡Ja, ja, ja! Hasta que se te quitaron las ganas de ser amigo de él. ¿Verdad?

Pero Felicianito no le prestaba atención. Parecía haberse quedado dormido con los ojos abiertos y puestos en lejanía, pero no

de campo con el florido adorno de octubre en mañana de sol, sino en oscura soledad nocturna en torno a un caballo blanco montado por un duende que acababa de salir de unos versos, sacudiéndoselos de encima.

A Felicianito le había ocurrido con frecuencia sentir que de él estaba saliendo alguien en quien alguna fe se tenía puesta y esto sucedía siempre en oscura resplandeciente noche, despertando sin despertar. Contradicciones verbales en su pensamiento, surgidas de una intimidad que no le daba impresión de ser suya.

Diálogo en el soportal

SE detuvo El Agrarista por delante de aquella inmovilidad arrogante que bajo el soportal le cerraba el paso sin desviar la mirada de la lejanía donde al caso convenía que la tuviese puesta, no habiendo allí nada digno de tan fija atención; lo miró de arriba abajo un buen rato como si contemplara estatua y luego murmuró:

—¡Lástima que no se le hubiera ocurrido a Don Porfirio plantarte en el Paseo de la Reforma, entre aquellas otras estatuas que allí se admiran! Estoy seguro de que habrías llamado la atención de todo mundo.

Y luego:

—Y como vengo cansado —ya estamos poniéndonos viejos, querida estatua de la malacrianza!— mientras no se me invite a entrar, aquí me sentaré. En el mero suelo.

Hizo como decía, recargándose contra una de las columnas de cantera rosada del elegante soportal y entonces se le oyeron a la arrogante inmovilidad estas palabras:

—Don Porfirio fue un tren en marcha hacia la gran prosperidad de México.

—¡Bravo, hombre! Metafórico te has puesto. Quizás a causa del mucho leer los papeles de mis necias literaturas que en tu casa me los deje olvidados.

—Cenizas en el aire hace tiempo que fueron.

—Sigue fluyéndote la vena de lo ajeno aprendido. Pero volviendo a lo del tren. ¿Tú uno de los coches del convoy, verdad? De primera clase, por supuesto.

—De primerísima clase. Como siempre todos los Orozcós y todos los Gracianes, hasta que uno de ellos prefirió convertirse en jaula de ganado.

—Algo de eso he oído decir —repuso Gracián socarronamente. Pero como la locomotora del tren que has mencionado ya va lejos, sin darse cuenta de que te ha dejado obstruyendo la vía y ahora lo

interesante es que transiten por las de México furgones de víveres y jaulas de ganado, aunque malolientes sean, te ruego que despejes para que ésta pueda llegar a su destino.

Bramó la estatua, todavía sin franquear el paso:

—¡Descastado! Pero qué puede tener de extraño el que hubieras tomado mujer inferior a ti.

Lo miró en silencio unos momentos el agrarista y luego:

—No olvides que realmente fui yo quien te hizo tomar esposa en mujer superior a ti, a ver si te afinabas un poco siquiera. Pero no hablemos de ellas, que al caso no vienen y ambas no son ya sino huesos bajo la tierra. Sagrados para ti los de la tuya y para mí los de las dos.

Y al cabo de una pausa:

—He venido a darte una muestra más de mi amistad. A hincarte el diente hasta la buena miga.

Y con acento subrayador de palabras:

—La buena miga que tu hijo te reconoce y te admira.

—¿Por qué me hablas de mi hijo, si vienes a arrebatarle su patrimonio para crearle alguno al tuyo, con la devolución a que se me quiere obligar de las tierras que fueron de la comunidad tarasca a que pertenecía su madre, legalmente adquiridos por mis mayores?

Con visibles esfuerzos para mantener serenidad Chano Gracián repuso:

—No me hagas cuentos, Nacho, que conozco historia. Toda la historia de las excedencias y demasías en que incurrieron tus mayores para adueñarse de tierras que no les pertenecían, que no podían pertenecerles y gracias a lo cual *El Encinar* es hoy lo que es. Realmente se me ha dado encargo relativo a la restitución que debes hacer, por imperio de la ley, de las tierras que fueron de propios y ejidos de las comunidades indígenas colindantes con *El Encinar* antiguo, una de ellas la que perteneció a mi mujer; pero en cuanto a crearle de ese modo patrimonio a mi hijo, has de saber que con la educación que he procurado darle he cumplido buena parte de ese deber paternal, de tal manera que mi Emiliano tiene en mí plena confianza, como yo en él y entre él y yo no se dará el caso de que me esté saliendo... poeta, por ejemplo, sin que yo lo sepa.

Otro sacudimiento de la estatua, pero sin quitarse de los cuadriles las manos:

—¿Supones que eso me esté ocurriendo a mí con mi Feliciano?

—Sospecho que tú no sepas quién es tu hijo. Qué es, qué aspira a ser. Porque eres rudo hasta la brutalidad —vuelvo a decírtelo, al cabo de... algunos años— y no te dignas acercarte a la intimidad de tu hijo, compartírsela y darle a compartir la tuya. Cosa

que, naturalmente, no te lo permite tu espantoso orgullo de Señor de *El Encinar*, que asusta, por supuesto, pero que también hace reír. Como ya no puedo yo dejar de hacerlo al darme cuenta de que estoy dialogando con una estatua.

Y a carcajadas río.

—Acabemos —dijo la estatua. ¿No se te ha dado también encargo de repartirles mis tierras a los peones de *El Encinar*?

—No tanto, propiamente, pues eso será función de otros funcionarios del agrarismo, a su debido tiempo, previa la mensuración del excedente de tierras que posees, fuera de lo permitido por la Ley. Pero en todo caso con mi llegada hasta acá no persigo sino el propósito de darte una prueba más de mi amistad, invitándote a que seas tú mismo...

—¿Quien se las adjudique? —interrumpió Don Nacho, soltando la más clamorosa risa de que fuera capaz. Vienes tonto de capirote. Mis cuñados, a quienes tú conoces, que son gente de espíritu práctico, han insistido ya en aconsejarme que me allane a la expropiación de *El Encinar*, previa la seguridad, desde luego, de que se me pague por ella lo que vale y en dinero efectivo, como ellos creen que pueden lograrlo en mi obsequio, mediante las influencias políticas de que disponen, aunque algo de ese dinero tenga que quedarse en manos de los funcionarios del agrarismo que has mencionado —coyotes todos, por supuesto— a fin de que con el sobrante me pase yo a otras formas más remunerativas que las de la agricultura. Admito que tengan razón como hombres prácticos, pero yo, como Ignacio Orozco quien soy, continuaré aquí, en *El Encinar* de los Orozcos.

—Hasta ciento cincuenta hectáreas de riego, o las equivalentes que desees escoger en otras clases de terreno y esta casa, además, pueden permitirte que continúes dándote el gusto campesino —muy recomendable efectivamente—; pero el excedente que posees sobre lo permitido por la Ley para la propiedad individual, tendrá que ser, querido Nacho, hoy o mañana, de los otros campesinos, más rudos que tú —que ya es bastante decir— que en esta hacienda viven. A costa de privaciones heroicas, por cierto.

Y Nacho, quitándose del umbral de la entrada de la casa:

—Andale, pues. Ahí en la Capilla te los tengo ya reunidos a todos, con sus mujeres y sus hijos, a fin de que no te cueste mucho trabajo ponerte al habla con ellos.

Pero Chano Gracián, sin moverse de donde estaba, con las rodillas entre los brazos, repuso:

—Se me hacía ya que algo me tuvieras preparado. Algo que ya ha ocurrido en varias otras haciendas y que por consiguiente no me causará sorpresa.

—Toda la peonada de *El Encinar* está en la capilla entregada al retiro espiritual que aquí se acostumbra practicar cuando ya se han alzado las cosechas.

—Piadosa costumbre —repuso Gracián socarronamente. Como también se practicó para la siembra del fanatismo cuando la guerra cristera. Que por cierto algunos rumores corren de la sospechosa actividad de los capitanes cristeros de Cotija en estos días.

—La cristiada fue guerra santa por los sagrados fueros de la fe religiosa que tu revolución atea ha pretendido extirpar del alma mexicana. ¿Qué tendría de extraño que un nuevo brote de ella...?

Y Gracián, quitándole la palabra:

—Que tal vez algún dinero tuyo ya te estará costando, pues hay también otros para ti sagrados fueros por los cuales combatió la cristiada: los del señorío latifundista.

Y poniéndose bruscamente de pie, agregó:

—Pero déjame complacerte presenciando lo que en la Capilla me tengas preparado.

Y como sabía que la Capilla, paredaña a la casa, se comunicaba directamente con el interior de ésta por una puerta en uno de los corredores que rodeaban el patio principal, hacia allá se dirigió.

Nacho Orozco permaneció en el soportal, con los brazos en jarras, pero ya no con ceño fruncido, sino sonriendo casi, acariciándose íntimamente ingeniosa ocurrencia.

Máquina de sacrificios

TRASPUSO el zaguán donde había bancos de piedra adosados a los muros para los mendigos que allí se sentasen a esperar las sobras de la comida del señor, atravesó el elegante patio rodeado de corredores con arcadas y columnas labradas y talladas con muy fino gusto en cantera rosada y fue a empujar una puerta lateral, que ya conocía, por donde se pasaba al presbiterio de la capilla, en el cual había dos antiguos sillones con humillatorio, para oír misa el señor y la señora de Orozco sin mezclarse con el campesinado maloliente que ocupase la nave durante la ceremonia.

Y en cuanto el agrarista traspuso aquella puerta comenzó a producirse el espectáculo bien ensayado.

Campesinos de la hacienda con sus mujeres y sus hijos llenaban completamente la nave, de rodillas todos en el suelo embaldosado, con los brazos extendidos en cruz y miradas suplicantes hacia arriba, de donde les bajase expresión de penitentes en éxtasis. Con coronas de bejucos espinosos en las greñudas cabezas, los hombres, y manchas de sangre en las camisas, provenientes de desgarraduras

de suplicio producidas por garfiudas disciplinas. Y de todas las bocas, al unísono, hacia el lejano cielo levantado un clamor imponente:

—¡Libranos, Señor de los Cielos y la Tierra, de incurrir en el pecado mortal de hurto recibiendo parcelas de terreno robado a su legítimo dueño!

Chano Gracián sonrió con amargura sincera y profunda.

Era lo que ya se había producido en varias haciendas del país, cuyos peones, adocotrados por los curas de las parroquias a que pertenecían finca y gente o por los capellanes de los templos mantenidos por los hacendados dentro de sus dominios, se habían negado ha recibir el beneficio de tierras con cuya adjudicación comenzaba a cumplir la Revolución Mexicana su programa fundamental, no sólo para mejorarle al campesino mismo la estrecha y oprobiosa suerte de siervos de la gleba, sino para fomentar el mayor y mejor desarrollo de la riqueza agrícola por medio de la posesión de la tierra estimuladora de todas las posibilidades del esfuerzo labrador en cada hombre que sobre ella tuviese asiento; pero preparado y realizado de un modo espectacular e impresionante, pues si el arreglo de la escena y las palabras de la plegaria colectiva habían sido obra del Capellán de la hacienda, a sueldo de Orozco para el servicio de sus intereses y que para el mejor efecto del espectáculo no hacía allí acto de presencia, en cambio sí era ya de cada uno de aquellos orantes, hombres, mujeres y niños, la expresión auténtica de inconsciencia fanatizada, que iba acentuándose a lo largo de la oración hasta formas ya inminentes de delirio religioso.

Y Chano Gracián, temiendo que pudiera vacilarle de un momento a otro la fe que había puesto en su pueblo campesino, hombres que no debían renunciar a derechos naturales y legales que les procurasen justo bienestar, no quiso continuar presenciando el espectáculo deprimente y se retiró de la capilla, de prisa.

Dentro de ella continuó funcionando la máquina:

—Libranos, Señor de los Cielos y la Tierra. . .

En el soporal estaba todavía Nacho Orozco y le preguntó:

—¿Qué te respondieron?

Chano ya había recobrado serenidad y así le repuso:

—Nada. Porque no les dirigí la palabra. Me limité a ver y oír. A ver, sobre todo. Algo profunda y exclusivamente mexicano, quizás. Todavía funcionando la vieja máquina de sacrificios que en los antiguos tiempos del culto al Sol y a la Luna acostó cuerpos de mancebos vigorosos sobre las piedras de los holocaustos, ofreciendo el pecho al cuchillo de obsidiana destrozador de corazones en la mano del sacerdote implacable y condujo graciosas doncellas al borde del cenote sagrado devorador de virginidad.

Mientras así hablaba Chano Gracián, Felicianito había entrado bajo el soportal y lo oyó agregar:

—Pero has incurrido Nacho Orozco, en una profanación de tu propia fe al poner al servicio de tus intereses materiales la credulidad de una gente que contigo comparte esa fe, en el mismo templo donde tú le rindes culto.

—¿Fé? —repuso Orozco desdeñosamente— Ellos no son creyentes, sino supersticiosos.

—Peor todavía, porque quien utiliza la superstición de un pueblo comete un pecado contra la humanidad. Esto, naturalmente, no puedes comprenderlo tú. Como tampoco te importará un comino haber profanado tu propia fe.

Dicho lo cual se marchó, sin darse cuenta de que allí había estado Felicianito oyendo.

Adentro continuaba funcionando la máquina:

—Líbranos, Señor de los Cielos y la Tierra. . .

Advirtió Nacho Orozco la presencia de su hijo, que lo miraba en silencio y cual si no pudiese soportar aquella muda presencia entró en la casa, se dirigió a la Capilla y al manejador de la máquina, su Capellán, que ahora sí estaba allí, le ordenó:

—Pare eso.

De regreso

ALEJÁNDOSE ya de la Casa Grande, Chano Gracián recapacitó y se detuvo diciéndose:

—No. Yo me había propuesto que fuera Nacho quien espontáneamente hiciera la restitución de esas tierras y tengo que lograrlo.

Dicho lo cual se revolvió.

Al acercarse a la casa vio que de la capilla salía el gentío campesino que allí había desempeñado función maquina y a dos de los peones que ya habían descendido de la colina les preguntó:

—¿Qué pasó?

Con el sombrero de petate entre ambas manos cada cual y bajando la vista simultáneamente le respondieron:

—Pos que. . .

Y uno de ellos, joven, vigoroso, animándose a más, pero sin alzar la mirada:

—Que ya terminó la obligación de hoy, señor. Y ahora regresamos para nuestras casas.

Chano Gracián los agarró por los brazos, diciendo:

—¿Dónde los espera. . . qué?

—Pos. . . Lo que ayer dejamos en ellas.

Y el otro, sin dejar de darle vueltas al sombrero entre las manos:

—Uno nació aquí, señor.

Chano Gracián no quiso insistir. No se atrevió a interrumpir aquel posible regreso espontáneo de máquina a hombres y sacundiéndoles los brazos, entre compadecida y esperanzadamente, díjoles:

—Bueno. Nos estamos viendo.

Y prosiguió su marcha.

Los peones reanudaron la suya en silencio, ya con las cabezas cubiertas. Sus huaraches levantaban polvo del cual se apoderaba el viento tolvaneroso. Trecho más adelante, a un mismo tiempo se volvieron a mirarse entre sí, pero ninguno se atrevió a preguntar qué era lo que el otro tal vez le habría dicho y que hubiera sido la causa de aquel simultáneo buscamiento de miradas. Sobre ambos pesaba como destino inexorable las palabras del que había dicho:

“Uno nació aquí, señor. . .”

Pero también aquellas otras del señor de *El Encinar* el último día de raya:

“Llega, pues, para ustedes la oportunidad de invertir sus ahorros en el cuidado y cultivo de sus respectivas propiedades: barbechar, sembrar. . .”

Y esperar a que el grano de las mazorcas cuajadas en las milpas pudiera convertirse en dinero para sustento.

Las tierras que se extendían a ambos lados de ellos por el camino del regreso de la máquina al hombre, estaban cubiertas de matorrales floridos.

—¿De quién es el azadón que tienes en tu jacal?

—¿De quién puen ser, sino del señor, el azadón y el jacal?

—Pos, ni modo.

Esto no se lo han dicho entre sí, porque los dos lo sabían. Pero quizás la callada y generosa tierra quiso averiguarlo.

Pero las últimas palabras de Chano Gracián también se les habían quedado grabadas y como ya estaban en la bifurcación de los senderos que conducían a sus respectivos jacales, con ellas se despidieron:

—Nos estamos viendo.

Pero a uno, ya en su camino, se le ocurrió detenerse y preguntar:

—¿Qué?

Y el otro, sin detenerse, respondió:

—¿Pos qué va a ser? lo que somos.

Y entraron en sus jacales, donde realmente estaba esperándolos lo que allí dejaron cuando la campana de la capilla llamó a retiro espiritual: la sucia pobreza, la negra miseria.

Y al quitarse las camisas se quedaron contemplando las manchas de sangre seca. Que era de ellos.

—Por poco no me destrocé toda la espalda —murmura uno.

Y allá el otro.

—Líbranos, Señor . . .

Pero se interrumpe, porque ya no es toda la máquina lo que está funcionando.

Y rasga la camisa. El hombre.

II

El buen anuncio

EN el principio había sido la tierra de todos y para todos el vínculo fundamental de la comunidad, mantenedor del hombre junto al hombre en las faenas colectivas de barbecho, siembra y cosecha. Un modo humano de ser todo un pueblo como una sola mano con el grano de todos arrojado al surco para el pan de todos, cuando la tierra lo devolviese multiplicado en la mazorca que en cada milpa cuajó.

Santa María de la Salud. ¿Por qué no? A lo mejor fue el mismo Tata Vasco, misionero generoso y laborioso, quien tal nombre le pusiera. Mas como para ayuda del sustento procurado por la tierra allí enseñaría industria alfarera, también podría habersele denominado Santa María de las tinajas, cántaros, botijones, que allí se fabricaban. Casas de tablas de pino y techos de tejamanil la mayor parte de ellas, algunas de pardos adobes y rojo entejado; pero como en todas había mujeres amigas del adorno de flores, también habría podido llamarse aquel pueblo de gente purépecha Santa María de los geranios.

Ya casi no había más tierra donde algo sembrar y cultivar sino la que dentro de los tiestos alimentaba la hermosura de los geranios, porque había llegado hasta allí gente de otro modo humano de poseer riqueza y todo el campo sembradizo que fue de propios y ejidos de la comunidad, le pertenecía ahora a don Nacho Orozco, señor de *El Encinar*.

Una cerca de piedras provenientes de erupciones volcánicas oprimía el poblado, al pie del lomerío característico del paisaje michoacano, que era allí de árido tepetate, detrás del cual comenzaba el empinamiento de la sierra hasta los pinares de sus cumbres, y al otro lado del valladar las viejas tierras de aquel modo humano de poseer sin codicia y cultivar sin egoísmos para que a la hora del grano, de la mazorca o la espiga, no hubiese abundancia en una casa junto a necesidad en la otra.

Prisciliano Equihua contempla aquel campo cubierto de verdes trigales, ahora pertenecientes al dueño de *El Encinar* y murmura:

—Hasta trigo levantará este año don Nacho de las tierras de nosotros.

Está de pie junto a la cerca opresora que apenas deja entre ella y las casas del poblado un callejón angosto y tiene puesto su mandil de alfarero, famosos en todos los mercados de la región los botijones fabricados por él.

—Porque en dengunos otros se conserva lagua tan friya y sabrosa como en los míos —solía decir.

Lleva encima ya muchos años, pero aún se mantiene derecho y es uno de los más respetados principales —*hurendis*, en lengua tarasca— de su comunidad.

—Harta abundancia allá —agrega— tan y mientras de este lado de la cerca ya ni para mis botijones va quedando tierra que de algún provecho sea.

Esto fue al amanecer de aquel día, como de costumbre, para presenciar el deslizamiento del Sol por encima del lomerío hasta la llanada, donde, en tierra de ellos, que no debió serles arrebatada, trigo ajeno sería innecesaria abundancia en los graneros de *El Encinar* de los Orozcos. Otras veces, cuando aquella tierra barbechada mostraba su roja desnudez, aquella contemplación duraba hasta cuando ya el caliente aire comenzaba a correr por la vega el retozo de las tolvaneras.

—¡La tierra en el aigre! —murmuraba entonces. Pero no agregaba: —Que se la lleve toda.

Pues aunque ya no era riqueza de ellos en los remolinos del viento, como allá en su infancia sembró, cuidó milpas y desgranó mazorcas, el aprendizaje agradecimiento al don de la tierra sólo le permitía añadir:

—¿Qué será del home sobre la tierra cuando el aigre se la lleve toda?

Pero ahora, contemplando el trigo ajeno añadió:

—Dicen que ahora sí nos van a devolver la tierra. Cuando lo mire lo creeré, porque a pesar de todas las deligencias que para eso hemos hecho el Agarrista y yo. . .

Y se apartó de la cerca sonriendo porque se había referido a su yerno Chano Gracián, aplicándole, afectuosamente, el término que era insultante en boca de los enemigos de los agraristas.

Entró en su casa, atravesó el patio terrizo que por detrás de ella se extendía y a un costado del cual estaba el sotechado de tejamanil donde tenía su taller de alfarero. Unica tierra suya la que allí había en la artesa para hacer botijones.

Las dos hijas que junto con él habitaban aquella casa estaban en el *tianguis* de Pátzcuaro, ofreciendo a la venta los rebozos, mantas y capotes de su industria de telar casero o mano tejedora, entre las mujeres de aquella y de otras comunidades indígenas que, sentadas en el suelo de la plaza y de las calles del contorno, por delante de los finos tejidos y pintorescos ensartes de cuentas y mostacillas brilladoras en brazaletes, collares y cinturones, ocupaban puesto de mercado mientras del henchido pecho fuera de la blusa a la criatura recién nacida le daban de mamar.

Animación de mercado al aire libre, sobre un paño en el suelo el menguado producto del palmo de tierra cultivable en torno al jacal albergador de miseria, a veces, de pobreza siempre. Jitomates, chiles, nopalitos tiernos, flores de calabaza, apenas cuatro de ellos en muchos puestos, anciana ya la vendedora silenciosa, raído el rebozo, tristeza antigua en la expresión ceñuda, gente de un pueblo que ocupaba como de prestado estrecho asiento en vieja tierra suya.

Pero abundaba alegría de color en las blusas de las mujeres jóvenes, en las cintas con que se entretejían las trenzas, en las faldas de lana roja o azul, las que no podían ostentar las de muchos metros de paño negro en muchos pliegues, sin costuras, arrollado en torno al ancho talle de hembras poderosas en soportar y reproducir infortunio humano.

En los puestos de cacharrería —tinajas, ollas, cántaros y cazuelas— donde los vendedores eran hombres, no faltaban los famosos botijones de Prisciliano Equihua y por delante de ellos fue el detenerse a contemplar y preguntar:

—¿De Prisciliano Equihua, verdad?

—Sí —le respondió quien los vendía—, del señor Prisciliano. Que son los mejores que por aquí se fabrican.

—¿Y él está por aquí?

—No. El no acostumbra venir al tianguí.

—Es verdad.

—¿Luego?...

Y el cacharrero, tarasco viejo, fijándose más en el jovencito preguntador, agregó:

—Se me hace que tú fueras... el hijo de la difunta Atzimba.

—Sí, señor. Emiliano Gracián.

Momentos después, todavía Emiliano platicando con el alfarero, ya por todo el *tianguí* había corrido la noticia de que por allí estaba el hijo de Atzimba, de quien aún se recordaba que había sido la guarecita más garbosa y más graciosa de la comunidad de los Equihuas y la mejor bailadora de "canacuas" de todas las ribereñas del lago de Pátzcuaro.

Y pronto fue grande el corrillo de mujeres tarascas que rodeaban a Emiliano, entre ellas aquellas otras dos hijas de Prisciliano que vendían rebozos y mantas y daban de mamar.

—¡Miliano! ¡Qué hombre estás, muchacho!

Y en "lengua" y en "castilla" entremezcladas, como ellas llamaban al idioma propio y al postizo, lo aturdieron a preguntas, entre risas de emoción de espíritus simples, hasta que por fin, respondiendo a la que él les había hecho, dijeronle:

—El tata en la comunidad. Con mucha gana de verte, de seguro.

Andale no más. Dile que ya nos miraste a nosotras y que prontito estaremos allá.

El hijo de Atzimba, pero también de Chano Gracián, muy querido entre la gente tarasca y que, según les dijo Emiliano, no tardaría mucho en llegar a la comunidad de los Equihuas con una buena noticia.

—Mucho muy buena. Ya verán.

En la comunidad habían permanecido otras mujeres en el cotidiano oficio casero y en torno de la fuente de la plazuela frente a la iglesia había guarecitas charlando, en *lengua*, mientras del agua zarca llenaban sus cántaros para el menester doméstico.

Jilgueros, clarines y zenzontles trenzaban todavía el canto matinal entre las ramas de los fresnos que rodeaban la fuente y como cosa de canto también la graciosa lengua tarasca en la charla de las aguadoras. Graciosas todas, bonitas algunas, macizas las mejillas del color de la canela, hermosos los ojos, parejos y blancos los dientes asomados a la risa tonta o maliciosa, con cintas de varios colores entretejidas las negras trenzas del abundante pelo, bien torneados los brazos de la que ya se alzaba el cántaro al apoyo del hombro, pequeños los pies descalzos, de marcha rápida a pasos menudos, así fuesen piedras filudas o punzantes espinas las que hubieran de pisar. Pie de raza caminadora que desde lejos vino al abrigo del cielo de México, tal vez desde allá donde por mayo, en las calientes noches, resplandecen las cuatro *oscuas* sagradas de la Cruz del Sur.

Interrumpen el reír y el charlar porque por la plazuela ha pasado, aunque sin fijarse en ellas, un jovencito no mal parecido que camina sin prisa, pero sin tardanza, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de mezcilla azul, asentando los pies con arrogancia, como si fuese suya aquella tierra, sin que ellas recuerden haberlo visto nunca por allí.

—¿Te fijaste? Entró en la casa del señor Prisciliano.

—¡Pero qué mensa soy! Si ese es Miliano, el hijo de la difunta Atzimba y de Chano Gracián.

Estaba el viejo *burendi* amasando arcilla cuando se le quedaron inmóviles las manos dentro de la artesa mientras miraba hacia el patio con expresión de sorpresa.

—Buenos días, abuelo.

—¡Miliano! ¿Que eras tú y yo no te había reconocido?

Y sacando las manos de la artesa, se las limpió en el mandil para bendecir al nieto, mientras éste decía, sonriendo:

—Hace seis años que no me veía usted, abuelo. Y como he crecido...

—A ver, a ver... ¿Cuántos tienes? Naciste...

—Quince, abuelo. Y he venido a decirle que se prepare para la buena noticia que ya le traerá Chano Gracián.

—¡Cómo! ¿Así lo mientas, siendo tu padre?

—El y yo nos hemos acostumbrado a llamarnos por nuestros nombres. De hombre a hombre. El tuvo que ir a *El Encinar* antes de venir para acá y me llevó consigo, que para que conociera a los hijos de don Nacho Orozco. Chano Gracián tiene su modo de ser y yo se lo respeto, pero... Bueno. Que aquí estoy con usted, más a gusto.

—¡Miliano! Que se me hace que estuviera oyendo a hombre hecho y derecho ya. ¡Qué gusto me da verte, muchacho! ¿Y de escuela, cómo andas? ¿Qué te has enseñado?

—Terminé la primaria comenzada en Tacámbaro y ya voy acercándome al fin de la secundaria, con la vista puesta en Chapingo.

—¿Chapingo?

—La escuela de Agricultura que allí funciona. Chano Gracián dice que detrás del agrarista que es él, debe de venir el agrónomo que sea yo. Porque no basta repartir tierras entre los campesinos, sino que hay que ayudarlos a que las cultiven como sea debido. Pero siga en su trabajo, abuelo, que yo me siento aquí para continuar platicando. En el *tianqui* de Pátzcuaro vi a las tías. Se alegraron mucho al verme.

—Naturalmente. ¿Y de tu padre, qué me cuentas? Hace algún tiempo que no cae por aquí *El Agarrista*, como lo miento yo, con tó mi cariño, por supuesto. ¿Cuál es esa buena noticia que él me traerá?

—Aguántese la curiosidad, abuelo, porque lo que ha de decir el padre debe callárselo el hijo.

El viejo interrumpe el amasamiento para mirar a Emiliano con la impresión que lo dicho por éste le ha causado y luego:

—Sale hombre de tus palabras, Miliano —dícele emocionadamente—. Sale hombre.

Era su nieto predilecto, porque así lo fue entre sus hijas Atzimba y porque además del vínculo familiar lo unía estrechamente a Chano Gracián el propósito perseguido por ambos sin desaflicimientos de que se le restituyesen a la comunidad las tierras que le habían pertenecido. En Emiliano estaban bien trazados los rasgos indígenas de la sangre materna; pero en su aire personal, inspirador de simpatía, en el aplomo de sus palabras reveladoras de precisión de pensamiento en afirmaciones de personalidad ya definida y hasta en su modo de andar, aprovechador de espacio, aunque en apariencia pausado y aun sin que con nada de esto copiase exactamente las características de su padre, había ya evidencias de individualidad recia.

Y esto lo expresó el viejo Equihua, agregando:

—Hombre de razón.

Emiliano se había sentado en una mesa del taller de alfarería y con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, balanceando las piernas y sonriendo, con la cabeza inclinada, había oído las palabras con que el abuelo le hacía elogio; pero al oírle las últimas, con las cuales era todavía costumbre de la gente indígena referirse al blanco, descendiente del español conquistador, alzó la cara y ya sin pendular las piernas repuso:

—Hombres de razón, abuelo, son también ustedes los purépechas puros. Pero lo interesante es que sea un sólo hombre lo que esté saliendo de mí.

Lo miró inquisitivamente el anciano alfarero, retirando de la artesa las manos embarradas y luego le preguntó:

—¿Qué todavía te duran aquellos amanecimientos distintos de cuando estabas en la escuela de Tacámbaro? Un día con ganas de santidad y otro con inclinaciones a mitotero.

Y Emiliano, riendo:

—Y otro con las dos ganas juntas, que era lo peor. Quizás porque no eran realmente mías ni una ni otra; sino que el señor Obispo pariente de mi padre, que tenía sus manos metidas en aquella escuela, quería que yo me dedicara a la iglesia y me pintaba el sacerdocio como la mejor profesión posible para este mundo y el otro; pero un día me aconsejó capitanear una palomilla de los más revoltosos compañeros de escuela para que nos metiéramos a armar mitote en la casa de uno de los señores de tierra caliente donde se reunían los que en Tacámbaro tenían fama de masones, y como resultó buena la cosa, le cogí gusto a lo de mitotero.

—Por lo cual Chano Gracián te sacó de esa escuela y de Tacámbaro también.

Pero ya Emiliano bajaba de la mesa diciendo:

—Platiquemos de otra cosa, abuelo. La noticia que le trae Chano Gracián es que... es la de que la Comisión Agraria ha dispuesto que se ejecute la expropiación de las tierras de *El Encinar*, afectadas por la ley y que se le devuelvan a esta comunidad las que fueron suyas.

Sacudió las manos Prisciliano Equihua quitándose de ellas la tierra alfarera, se las restregó en el mandil y despojándose de éste se las apoyó luego en los hombros a Emiliano, diciéndole, con lágrimas de emoción en los mustios ojos:

¿Te das cuenta, Miliano, de la cantidad de padre que tienes? ¡Chano Gracián, El Agrarista!

Y momentos después toda la gente que en ese momento se hallaba en Santa María de los Geranios, estaba junto a la cerca

divisoria de necesidad y abundancia, de miseria y riqueza, contemplando la extensa vega donde ya no volverían a crecer ni milpas ni trigal ajenos.

—¡Las tierras! ¡Las tierras de nosotros, otra vez de todos nosotros y para todos nosotros!

Meregelda

DECLINABA la tarde, en el zacate que a trechos alimentaba el árido !omerío los rayos tendidos del sol adornaban marchitez con fina calidad de oro viejo y en el silencio de la calma vespéral comenzaban a oírse los silbos melancólicos de las huilotas.

Ya Prisciliano había despachado mensajeros a los pinares de la sierra, a fin de que los hombres de la comunidad que por allí andaban resinando o labrando tejamanil regresaran cuanto antes a enterarse del buen anuncio traído por Emiliano y en la cocina de la casa del *burendi* las dos hijas de él, ayudadas por otras mujeres del vecindario charlaban alegremente, en lengua, mientras atizaban el oloroso fuego de ocote bajo las ollas donde se cocían el pozole y las corundas y bajo los comales tostadores de garnachas y gorditas para la merienda con que allí se obsequiaría a Chano Gracián y se festejaría el venturoso acontecimiento de la recuperación de las tierras de la comunidad. Otra vez el sustento fundamental del maíz que para todos diesen las milpas de todos, sembradas y cultivadas por todos los brazos laboriosos en faenas colectivas y el vínculo mantenedor de la unidad de las familias, como en los pasados tiempos, sin granero repleto en una de ellas y el de la vecina casa vacío.

Aún no había llegado Chano Gracián con la confirmación de la noticia adelantada por Emiliano, pero confiando en las palabras de éste —de las cuales *salía hombre*, como había dicho el viejo *burendi*— ni él, ni nadie ya en la comunidad, podía poner en duda que aquello no fuese ya vieja esperanza realizada.

Un hermoso fresno se alzaba en el centro del patio de la casa de Prisciliano, con trinos de jilgueros entre sus ramas y al cobijo de ellas platicaba con el nieto el abuelo complacido de oírle palabras de hombre.

—¿Conque la vista puesta en Chapingo para enseñarte gronomías? ¡Bueno, bueno! Pero óyeme este consejo, Miliano: enséñate a hacer calzones para que luego hagas chaquetas.

—¿Qué quiere decirme con eso, abuelo?

—Pos mira no más. Que como sin oficio no hay beneficio y tu padre no es rico, alguna mano tuya debes arrimarle a las desigencias

del cuerpo mientras estudias las gronomías. De lo que me produzcan mis botijones con algo te ayudaré, para lo del bien vestir, no sea que con todo tenga que cargar El Agarrista. ¡Jé, jé, jé! Que nada agarra, ya lo sé, sino que su chamba no le alcanza para todo lo que le cuestan sus viajes de aquí para allá al servicio del movimiento agrario.

—Es cierto, abuelo. Chano Gracián es un misionero a quien sólo le falta el hábito de monje franciscano para parecerse al Tata Vasco.

—Has dicho bien, Miliano. Y a propósito del Tata Vasco y volviendo a lo que platicamos esta mañana, muy por encima no más. ¿Cómo andan tus creencias religiosas?

—Pues ya no tanto como para llevarme a santo, como cuando las ganas místicas de aquellos amanecimientos, entre los de mito-tero; pero conservo mis creencias y practico lo que ellas me imponen.

—¿Sin que te lo impida tu padre, verdad?

—Ya le he dicho que entre él y yo no hay nunca diferencias, ni casi necesidad de que nos hagamos preguntas para esculcarnos las intenciones. Así, por ejemplo, él sabe que yo no creo que he venido al mundo sólo para crecer y morirme luego. El ha hecho lo suyo, que no es cualquier cosa; pero en alguna parte tiene que haber algo reservado para que lo haga Emiliano Gracián Equihua.

No pudo el anciano *hurendi* expresar la impresión que tales palabras le habían causado y guardó silencio mirando al suelo, mientras en su intimidad resonaba:

—¡Emiliano Gracián Equihua!

Vino al fresno un jilguero, cantó un poco y luego voló a otro árbol. En el lomerío continuaban las huilotas aplicándole la melancolía de sus silbos quejumbrosos al sereno atardecer y con la regularidad de los acontecimientos desprovistos de intenciones comenzaron a verse en el cielo las viejas estrellas.

Pero en esto entró en el patio Chano Gracián, preguntando:

—¿Qué pasó, viejo? ¿Se lo contaron ya?

—Sí, home, sí. Y déjame que te abrace. Mientras Miliano va y trae otro equipal más para que platiquemos los tres.

—Vengo contento, viejo. Mucho muy contento. Por lo que ya usted sabe y porque cumpliendo un deber cumplí dos.

Y volviéndose hacia el hijo:

—¿No te lo dije, Emiliano? Nacho Orozco accede a desprenderse voluntariamente de las tierras de esta comunidad, de las cuales se habían apropiado su abuelo y su padre, en ejercicio hereditario de voracidad latifundista. Ya el asunto está en manos del escribano público de la jurisdicción para la debida forma legal de venta a mí.

Que en mis manos no se quedarán esas tierras, por supuesto, sino que desde luego pasarán a las de toda la comunidad.

—Algún trabajo te costó, Agarrista —díjole Prisciliano, abrazándolo de nuevo.

—El que siempre me ha costado no estar de acuerdo con Nacho Orozco para que él pueda hacer lo que yo quiera que haga. Ya le platicaré detalles de esa faena, déjeme ir a saludar a las cuñadas, que ya las oigo en la cocina.

Entró en ella y enseguida la vieja Meregelda, lanzando alaridos.

Desgreñada, astrosa, todo jirones lo que habría sido vestido y rebozo, escombros humanos donde ardía el fuego fatuo de una antigua manía visionaria. Llegó ahogándose en la sofocación de la carrera que aún le permitiera su vejez y plantándose por delante de Prisciliano, a gritos:

—¿No te lo anuncié, Prisciliano? ¿No te lo dije varias veces que allá en la joya de la Roncosa donde tengo yo mi cueva entre las peñas, hace noches viene escuchándose el canto del tecolote, en el mero filo de la medianoche?

—¿Y eso qué, Meregelda? —repúsole Prisciliano sonriendo.

—Que cuando el tecolote canta, el indio muere.

Y Prisciliano, completando el dicho popular:

—Eso no es cierto, pero sucede.

—¿Pos qué no? Ya verás que sí. Esculca el cielo, allá detrás del lomerío. ¿No catas de ver la tolvanera de la apocalisi que viene corriendo hacia acá?

Por no contradecirla, Prisciliano sonrió y repuso:

—Ya mi vista no me permite mirar hasta allá, Meregelda. Además de que ya la nochesita no deja distinguir nada por encima del lomerío.

Y haciéndole a Emiliano guiñada de ojo:

—A ver tú, Miliano, que tienes vista moza. ¿Qué alcanzas a ver por allá?

Se encaró con el joven la Meregelda visionaria, exclamando:

—¡Miliano! ¿Qué este es Miliano Zapata otra vez creciendo, pa que vuelvan a matarlo en Chinameca?

—No, Meregelda. Es mi nieto, el de Chano Gracián y mi difunta hija Atzimba. Que en paz descanse.

Y Emiliano, sonriendo:

—Que no estoy creciendo para morir solamente, Meregelda.

—Pos salte de aquí, corriendo, mijito. Que ya vienen por ahí los arcángeles de la apocalisi. ¿No escuchas el tronío del galope de sus caballos? Ponle el oído mozo a la lejura del lomerío y escuchará cómo viene temblando la tierra por ese rumbo. Son muy muchí-

simos, Prisciliano, los arcángele de Coalcomán y de Cotija que vienen p'acá.

Prisciliano frunció el ceño —pues ya las palabras de Meregelda se referían a los cristeros de quienes corrían rumores que estuvieron preparándose para otro levantamiento en armas—; pero dirigiéndose a Emiliano dijo:

—No le haga caso. Meregelda sufre visiones y hasta oye voces.

Y ella, alzando más todavía la destemplada suya y girándole ya el pensamiento en los torbellinos del delirio incoherente, repuso:

—¿Visiones dijiste, Prisciliano? Meregelda se ha casao ya varias veces con el caballero prencipal que ha venido a pedirle su mano para hacerla su esposa. Porque ella tiene sus ojos güenos y sanos y vé las claridades del día en la escuridad de la noche, y ha mirado ya las marcas que puso el preguntador de esta mañana en las paredes de las casas de tu comunidad. No digas después, Prisciliano, que Meregelda perdió el anillo de compromiso contigo.

Se disponía ya a marcharse, a todo el correr que le permitían sus piernas, cuando vio que de la cocina salía Chano Gracián. Se detuvo bruscamente, mirándolo con expresión de terror, mientras murmuraba temblorosamente:

¡Chano Gracián! ¿Tú aquí? Ahora me lo desplico todo.

—¿Qué te pasa, Meregelda? —repúsole él, sonriendo y disponiéndose a darle algún dinero, como siempre lo había hecho al encontrársela, y mientras ella proseguía:

—Por ti esculcaba el preguntador de esta mañana. Por ti vienen los arcángele de la apocalisi. No digas después, Chano Gracián, que yo no te cumplí mi palabra de matrimonio.

Y abandonó el patio a todo correr.

Se levantó de su equipal Prisciliano y disimulando su preocupación dijo:

—Meregelda siempre con sus ilusiones de matrimonio con señores de lo principal.

Pero Emiliano, que también había abandonado su asiento bajo el ramaje del fresno, sin perder su aplomo repuso:

—Pero hoy quizás no sean puras visiones las suyas. Eso del preguntador, por lo menos. Recuerde, abuelo que esta mañana le hablaron a usted de un forastero desconocido en la comunidad que había estado haciendo preguntas sobre cuántos federales habría por aquí de guarnición, diz que para venderles qué sé yo qué cosas de soldados.

Chano Gracián había contraído el ceño mientras su hijo hablaba y luego le dijo:

—Andate enseguida a Pátzcuaro con el aviso de lo que sospechas.

—¿Qué serán los cristeros de la sierra los arcángeles del apocalipsis, a que se ha referido Meregelda? —intervino Prisciliano.

Mientras Chano continuaba dirigiéndose a! hijo:

—Para que venga de allí un pelotón de federales a rechazar el ataque, porque ya sé que los hombres que estamos aquí somos muy pocos y sin armas con qué defendernos. Y te quedas allá hasta que...

Pero Emiliano no lo dejó continuar:

—No, Chano Gracián. Yo estaré aquí también cuando eso suceda.

—Anda, corre. Que no hay tiempo que perder. Mientras tanto yo procuraré organizar la posible resistencia de que aquí dispongamos.

Emiliano partió en carrera a hacer lo que se le encomendaba y cuando ya Chano se disponía a recorrer la población para lo que se había propuesto, el viejo *burendi*, prestando atención al ruido que había comenzado a producirse hacia el lomerío, díjole, reteñéndolo:

—Ya es tarde, Chano Gracián. Escucha. El tronido del galope de caballos de que habló Meregelda. Déjanos solos, que por ti vienen y no deben encontrarte aquí.

Tierra bajo los pies

CORONARON el lomerío por donde los traía el camino y un grito de guerra, atizador de iras religiosas, quebró la tierna quietud del anochecer campesino:

—¡Viva Cristo Rey!

Una brusca contención del aliento apretó momentáneo silencio en toda la comunidad. Y enseguida:

—¡Los cristeros! —exclamó toda ella, precipitándose a cerrar y atrancar las puertas de las casas.

Y en la cocina de la casa del *burendi*, sus hijas y las vecinas que con ellas compartían el quehacer y el charlar gozosos, enmudecieron y empalidecieron.

—Bueno —dijo Prisciliano entrando en la cocina, con la serenidad de una raza secularmente acostumbrada a sufrir—. No estuvo de Dios que esta noche fuera de alegría para nosotros. Váyase cada cual a su casa y ustedes, mis hijas, junto con sus chicos, al cuarto de rezar y esperar, que tiene puerta que puede cerrarse y atrancarse. Allí está el Tata Vasco que no desampara.

Una imagen de Vasco de Quiroga, devoción profunda de la gente purépecha, heredera de aquella entre la cual vivió el misio-

nero santo compadeciendo, ayudando y enseñando. Por delante de ella se arrodillaron en el suelo las hijas de Prisciliano, con sus tiernos hijos en los brazos, todavía dormidos y en la lengua tarasca, entre singultos de angustia, comenzó la demanda de auxilio.

Afuera, en toda la población, reinaba ahora un silencio impresionante, mientras por el lomerío, cuesta abajo, avanzaba la guerrilla cristera, nuevo brote de un movimiento dominado hacía años.

Entró en el pequeño pueblo el tropel de caballos y sobre el fragor del galope volvió a alzarse el grito de la ira desatada:

—¡Viva Cristo Rey!.

Pero agregando:

—¿Dónde están los hijos de la... tiznada, reclamadores de tierras de este cochino pueblo?

Eran treinta, campesinos de la sierra casi todos, con fiebre de fanatismo en los ojos y avidez de olor de sangre en las narices dilatadas. Pistola en mano, carrillera de balas terciada al pecho, estampa de la Virgen de Guadalupe cosida al sombrero de petate y pasaporte en el bolsillo para entrada franca al cielo si en la refriega caían como mártires, dirigido al "Señor San Pedro", de puño y letra del Cura de la aldea serrana donde se organizó y se armó la guerrilla, quien además la capitaneaba. Un hombrachón cejudo, cara de glotonería de apetitos carnales, que profanaba el paliacate con que se ceñía la cabeza a la manera del Libertador Morelos.

Y ya estaban por delante de la casa de Prisciliano Equihua, a la cual había regresado Chano Gracián cuando se convenció de que realmente era tarde para organizar resistencia. Paredón de adobes sin revestimiento y sin puertas ni ventanas que pudiesen al alcance de la calle la intimidad del recinto familiar, sólo accesible por un portillo abierto en el valladar de nopales que cerraba el patio de la casa y al cual daban las puertas de las viviendas mediante un corredor de techo muy bajo.

Las hijas de Prisciliano se habían empeñado angustiosamente en que él y Chano Gracián se refugiaran junto con ellas en el pequeño oratorio de la casa y ellos, por complacerlas, allí estaban presenciando la angustiosa imploración de celestial auxilio, ante el rostro afilado de santidad y dulcemente sonriente del Tata Vasco, que en la imagen venerada acariciaba las cabezas de dos niños indígenas, arrodillados por delante de él.

Mientras afuera, en la angosta calle, gritaba el capitán de la guerrilla:

—Por ti venimos, Prisciliano hereje y por tu yerno, el agarrista, que ya sabemos que en tu casa está, escondido junto contigo bajo los fustanes de las mujeres. Hijos de... tal por cual, ustedes dos, reclamadores de tierras ajenas.

Y Prisciliano, como reconociese aquella voz estentórea que tanto había hecho resonar el ámbito de la pequeña iglesia de la comunidad, desde el púlpito de ella, en pláticas recominatorias de mansedumbre y resignación cristianas, sonrió y murmuró:

—El Padre Garabato, como lo mientan por su nariz ganchuda, los que nunca han podido convencerse de que él sea, realmente, un sacerdote de Cristo. Quizás sólo viene a cobrarme lo de que yo lo hubiera hecho salir de la comunidad, para que no se gozara con la guarecita en quien había puesto sus malos ojos, y por consiguiente, quédate tú aquí, Chano Gracián, que más falta que yo haces sobre esta tierra, tan y mientras voy a aplacarle sus iras.

Y como la voz rugiente agregó:

—Eviténnos la molestia de arrancarlos a viva fuerza de ahí dentro y entréguense al brazo de la justicia del Señor de los Cielos y la Tierra, Cristo Rey, que por mi boca habla.

—¿Qué te parece, Chano Gracián? —murmuró Prisciliano—. El mismo Dios del Tata Vasco.

¿Quién sabría de cuál profundidad del corazón de Prisciliano Equihua, morada quizás todavía de los antiguos dioses de su raza, habían surgido aquellas palabras? Divinidades implacables y ávidas siempre de sangre de sacrificios humanos habían sido las de sus antepasados remotos a quienes el Tata Vasco adoctrinó en dulzura cristiana. ¿Cómo podía entender él, en aquel momento tremendo, que el dios del misionero santo fuese el mismo que ahora gritaba por boca del padre Garabato?

Pero antigua gente aborígen había subido con serenidad las gradas del templo, los días de sacrificio recaídos en ella para que con su sangre se alimentase el fuego mantenedor de la vida en el mundo y allí junto con él estaba —además de sus pobres hijas y sus tiernos nietos a quienes tal vez libraría de muerte o de atropello infamante, si él salía a atender el estentóreo llamamiento— un hombre en quien su pueblo tenía puestas sus esperanzas, mucho más necesario que él sobre su tierra. Y se dispuso a abrir la puerta para ir a entregarse a la ya inevitable suerte.

Pero lo rodearon sus hijas, llorando y clamando:

—¡No, tata, no!

Y Chano Gracián, diciéndole:

—Quédese quieto, viejo. En la calle o aquí dentro, ya estamos dispuestos usted y yo a morir como hombres, a manos de esos fanatizados que contra nosotros vienen; pero bien puede ser que llegue a tiempo el auxilio de gente armada que fue a buscar Emiliano.

No fue necesario que Prisciliano abriera la puerta. La echaron abajo los cristeros que habían invadido la casa.

Se apoderaron de ellos, se los llevaron a las afueras del pueblo,

donde entre algunos encinos se alzaba un madroño y de sus robustos brazos los colgaron.

Llenáronles de tierra los respectivos sombreros, previamente sacados de la casa y colocándolos en el suelo debajo de los pies de cada uno, sacudidos por las convulsiones de la agonía, entre obscenidades y risotadas:

—Ahí tienen ya la tierra que reclamaban —dijeron—. Riéguenla con el sudor de la muerte.

Y como ya habían logrado lo que se proponían, partieron gritando, a una voz los treinta:

—¡Viva Cristo Rey!

El monstruo espectáculo

TODO aquello lo oyó Emiliano, quien al darse cuenta de que los cristeros ya habían caído sobre la comunidad, se regresó a ella, en carrera, desistiendo de lo que le habían encomendado su padre y al llegar al sitio de la monstruosa ejecución consumada ya, se quedó paralizado por la impresión tremenda.

Había oído el bestial sarcasmo y el absurdo grito de guerra:

"Ahí tienen la tierra que reclamaban... ¡Viva Cristo Rey!"

Y sólo esas palabras ocupaban su pensamiento.

Se acercó al paraje ya solitario, la muerte solamente en medio de la oscuridad que reinaba allí. Contempló el monstruoso espectáculo pendiente de las ramas del madroño, contó las gotas de sangre que de las bocas de los ahorcados caían en los sombreros llenos de tierra; pero el brutal impacto le había dejado insensible el corazón y aquellas dos frases le habían quebrado y destrozado la fe.

Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y echó a andar, sin saber hacia dónde.

Atravesó la noche oscura, llena de graznidos de lechuzas y aullidos de coyotes. A ratos un brusco estremecimiento de frialdad le sacudía el cuerpo, porque iba entre su padre y su abuelo, fríos ya, con los cuales se tropezaba al moverse demasiado la reata de la cual él también colgaba. Pero la suya no estaba fija a ramas de madroño, sino que se perdía entre las estrellas del alto cielo, en donde a él le habían enseñado a localizar fe y esperanza.

ORIGENES Y ORIGINALIDAD DE LA LITERATURA GUATEMALTECA

Por *Jaime DIAZ ROZZOTTO*

El legado Maya

GUATEMALA, manadero de climas, es también un mosaico humano. Su policromía efervescente, revela el remoto hogar indígena. El prodigio fue el maíz. Aquí surgió por primera vez. Suya ha sido el alba de las mieses precolombinas.

Y a la riqueza de dones siguió de manera natural el esplendor de la cultura Maya. Su grandeza provino de saber mirar el cielo. Si, allende el Mar Océano, muchos pueblos conocían el cultivo de la gramínea maravillosa, pocos, muy pocos, sabían de los astros como los Mayas. Todo era uno. Alzar la cabeza sobre el surco equivalía multiplicar las mazorcas. Y el Maya la alzó muy alto para contrarrestar su técnica primitiva. Desazón, drama colectivo, proyectado al cielo, acuciante de preguntas. Observaron al Sol, la Luna... a Venus, hasta encontrar el tiempo. Cronología admirable. El ojo Maya escrutó la bóveda celeste parapetado detrás de sus observatorios piramidales, difiriendo apenas en 69 días el cálculo anual realizado hoy con los aparatos de precisión más exactos. ¿Templos Mayas o atalayas del cielo? Por mi parte estoy persuadido de la importancia que tuvo el conocimiento del tiempo en la organización social del Maya. ¿No es acaso una fuente de poder saber predecir la hora de la siembra o de la cosecha, las lluvias, el lugar promisorio, el misterio de un eclipse? Grandes señores, magos empenachados, fueron quienes midieron los cuatro rincones del cielo y de la tierra. ¡Medir!; he ahí el umbral humano del mago indígena.

Habrà que imaginarse, por un momento, cuál pudo haber sido el encantamiento que se apoderó de aquel pueblo silvestre, dueño de la abstracción, al descubrir una simbología propia que fijaba lo inasible. Habían capturado el movimiento sideral; lo esculpían y se servían de él. Podían invocar sus fases con palabras justas o pintarlas con propiedad. Si aun hoy día hay pitagóricos convencidos del ser numérico de las cosas, ¿cuál no sería el poder mágico del Maya que pudo vertirlo en el primer sistema vigesimal del mundo! Un

pueblo capaz de abstraer el cero, de fijar las fabulosas cuentas astronómicas, de vislumbrar los fonemas del habla, tenía que dar una cultura excepcional. Impar cultura americana. Incuestionablemente, la más alta del Nuevo Mundo.

Sembrar, cronología, números, habla, pensamiento, forman la escala del hombre maya. Y, en cada uno de estos peldaños, se maravilló, sorprendiéndonos, de sus hallazgos. Encantamiento vertido poéticamente porque era un saber de magos. El más atónito y joven de los conocimientos. Envuelto en las gasas de una inquietante asociación de ideas; el mago recubre su ignorancia con la verdad de lo observado. Desencajadas del sueño vuelve a hilar con tela fina las cosas ciertas arrancadas a la vida. Y los Mayas se asomaron incluso a su pasado y al pensamiento. Les sirvió de espejo el contenido de las palabras o el sentido de sus símbolos.

Superpuesto al pasado narrado surge la constancia escrita, donde el ancestro epónimo se encarna en símbolos: la serpiente emplumada, símbolo de la serpiente vida, tenida, en etapas tribales mucho más primitivas, como el origen de una legendaria gens madre. Nexo común a Mayas y Aztecas. En cambio en el Popol-Vuh —literalmente, Libro de la Comunidad— de las tribus quichés, el inicio es la acción y la vida humanas. Constructores, Formadores, Dominadores, Poderosos del Cielo, Procreadores, Engendrados flotan en la inercia natural, como depositarios del legendario símbolo de la Serpiente Emplumada. Quiere decir que el quiché vive una etapa gentil superior. Sus héroes epónimos son las fuerzas de la vida y del hombre. A la cabeza de sus Consejos hay magos o sabios primitivos. La fuerza del pensamiento se exalta y admira. Agudos observadores y sutiles artistas, percibieron el contenido de ideas y emociones del lenguaje. Aquel impacto hace que muchos conciban al revés la relación del conocimiento mágico. No obstante, el conjuro es un saber. Para el quiché el pueblo de los papagayos era una época muerta.

Luego, las sinuosidades del pensamiento mágico se gravan en el lenguaje. El principio de la aglutinación generaliza el hipébaton: —Consejo Libro, Blanco Pedernal, Amarilla Madera, Principal Muerto—, sustantivando la noción que fija el acoplamiento. Hay afijos constituidos por palabras enteras que pueden dar lugar a interpretaciones equívocas; pero con un poder de sugestión y de una belleza inenarrables. El sincretismo no está ausente. La acumulación de funciones a una sola forma gramatical proviene directamente del tránsito de lo ideográfico a lo fonético. Es muy frecuente el símbolo-palabra o la figura ideográfica transformada en fonema: el guacamayo unido a las nociones del Sol o Luna, o el, ya señalado, de la Serpiente Emplumada. El nombre de ciertas unidades vigesi-

males es un afijo corriente que incluso, adquiere significaciones fonéticas muy diferentes.

Sin embargo, el legado poético más importante proviene del conocimiento mágico. De su forma: la libre asociación de ideas. Esta necesidad de mezclar el alba con los magos, la luz con la proge, el murciélago con la noche, discurre espontáneamente por cauces poéticos. Que, en el caso del Quiché, se reafirma con una nota propia: el atisbo del logos. Para el Popol-Vuh lo atávico es, además de la sangre engendradora, la Palabra que Penetra. Llegar a percibirlo es animar el lenguaje de vida propia. Si el manejo de la astronomía y la matemática les condujo a la posesión del significado del Nombre Exacto, de la adecuación de su contenido con las cosas, el poder del conjuro de la voz, de la palabra justa, amplió aquella significación a la del pensamiento que se transmite y se hereda. La palabra que penetra.

Vueltas vivas, animadas las palabras, dilataron el conocimiento mágico cargando por miríadas las posibilidades poéticas del lenguaje. Con ello se está en la posibilidad de hacer cantar y bailar a las palabras.

El mito, finalmente, guarda una frescura única porque deriva su existencia del propio conocimiento mágico. No media ninguna truculencia, embuste o melodrama. La fluidez de lo inverosímil descansa en el conocimiento de lo incierto o, mejor, en la incierta manera de conocer lo cierto. Referir, por ejemplo, el totem de la gentilidad, el mensaje de sangre de la tribu (desleída con el tiempo), a una observación rudimentaria, pero perspicaz, de la lucha de las especies, sobrecoge. Es una forma poética de despejar incógnitas.

De la castellanización a la filología americana

TESIS controvertida que encierra no poco de la vieja epopeya insurgente. España, como en todos los órdenes de la vida cultural colonial, llegó al Nuevo Mundo por dos vertientes; Renacimiento y cuanto avance liberal pudo darse a la sazón, y oscurantismo absolutista, clerical, misántropo, que ha dominado en demasía a ese pueblo fabuloso. En definitiva, dos Españas, la popular y democrática o la del inquisidor y el encomendero. Créase o no, el aporte lingüístico oscila bajo la misma presión. Para empezar, el descubrimiento de América es la conquista más alta de la cultura renacentista europea. Nadie como los americanos podemos llamarnos a justo título, hijos del Renacimiento. Paternidad que en las letras nos hace herederos directos del esplendor de España: Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, Quevedo, Góngora. Igual troquel y el

mismo espíritu que forjó la obra cumbre de la literatura española. Alguien, creo que fue un venerado y ya muerto maestro español del éxodo, me decía —la singularidad latinoamericana, respecto a las letras anglosajonas, reside en la unidad hispánica de las primeras y la ruptura entre la gran tradición isabelina inglesa y la literatura tardía norteamericana. —No pude dejar de agregar: si la excepción se llama Eliot su vocación inglesa la invalida. Bien, la unidad de nuestro español con el de la España renacentista, además de acrecentar de un golpe nuestro acervo cultural lingüístico a los niveles más altos del español peninsular, nos connaturaliza, desde muy temprano, con el espíritu de la innovación lingüística, que será una constante de las transformaciones ulteriores del español hispanoamericano. Ese espíritu lo forman, la necesidad de dar cabida a cosas y dichos, palabras nuevas y ambientales propios, unido a una gran capacidad asimiladora de formas idiomáticas y literarias nuevas.

Si el castellano fue el vehículo conductor de arabismos a otras lenguas europeas, Cervantes mismo, ¿no es, por casualidad, el sumo de la suma de tendencias y corrientes de la narrativa española de la época? Italianizantes fueron los cultos de la España del siglo xvi, de uno y otro lado del Atlántico.

Suplantada la libertad renacentista por la intolerancia clerical, que en lo histórico corresponde al tránsito de la España de los descubrimientos a la del imperio, reinó la asfixia del clasicismo y el formalismo especulativo. Período semejante al que vive Italia cuando se opera el fraude de la cultura renacentista por el humanismo retórico y henelesante. En ambos casos, las fuerzas del atraso, se escudaron detrás de una obtusa defensa del dogma cristiano. Pero en España el Renacimiento tuvo su Reforma en la mística. Cervantes y Teresa de Jesús son dos manifestaciones de un mismo fenómeno. Gradaciones, podría decirse, donde la segunda abre el camino a la realización magnificente del primero.

El clasicismo, la mística o la libertad humanística se acomodaron en el Nuevo Mundo como en su casa. Ellos fueron el origen castizo de nuestro español. Hasta aquí la verdad de hispanistas e hispanizantes del viejo o del nuevo continente. Sin embargo, el español transportado comenzó a registrar los efectos del cambio. Si es verdad que hubo una aclimatación de literatos españoles en América y de americanos en España, borrando diferencias y reforzando la unidad lingüística, esta unidad conoció una dimensión diferente. En principio, se hinchó la lengua dos veces y cosas nuevas, llegando a evidenciar las estrecheces del idioma transportado frente a la novedad descubierta. Excedía la españolización de neologismos, planteando de hecho la insuficiencia de la estructura idiomática. ¿Una nueva sintaxis? Más ambicioso: darle una base filológica al caste-

llano; independizarlo plenamente de todo resabio escolástico y latinizante. Una tarea renacentista; culminación de la obra de Nebrija.

Sigamos el camino recorrido: cronistas y poetas conquistadores, retorzados con el intercambio de residencias entre la metrópoli y las colonias de escritores españoles y criollos, produjo la matriz castiza de América. Surge así la historia hispanoamericana escrita en prosa no siempre muy culta. Desaliño en el estilo que gana en belleza narrativa. Bernal Díaz del Castillo, autor de la *Verdadera Historia de los sucesos de la conquista de Nueva España*, es un clásico de esa tendencia. Escribió como hablaba; un castellano popular del siglo XVI. Frescura, espontaneidad, llaneza impresa en el habla española de los pueblos de Hispanoamérica. Junto a la hermosura inculta de este español llano aparece el manuscrito indígena reseñando su propia historia, acotando la barbarie y la incuria inquisitoriales, y reivindicando la originalidad de su mensaje literario. Singular amalgama de corrientes que será la fuente Castalia de las letras indohispanas: Guatemala, México, Perú, fundamentalmente.

Del lado culto estuvieron los poetas latinistas: Rafael Landívar —el Virgilio americano—, Javier Alegre, Diego José Abad. La mexicana Sor Juana Inés de la Cruz cierra, con la mística, el Siglo de Oro de la lengua castellana. En Guatemala, Sor Juana Inés de Maldonado hace las veces de Sor Inés, de México.

Cumplida la asimilación, el español literario americano emula al peninsular apareándose en maestría y riqueza; hay una virtual unidad de las letras españolas. Pero las formas clásicas, el estilo castizo principia a zozobrar frente a la avalancha de un mundo nuevo o, quizás más aun, de una nueva etapa histórica.

Cuando el venezolano Andrés Bello (1781-1865) escribe su *Alocución a la poesía* (1823), reafirmando la insurgencia intelectual de Hispanoamérica, aun cuando la vierte en molde clásico, es ya el abanderado de la filología hispanoamericana. Bello, como los capitanes insurgentes, domina un saber moderno, formado al contacto de la ciencia y la cultura europeas más avanzadas del Siglo XVIII. Francia e Inglaterra proporcionan las fuentes de la inspiración. Además de Bello son importantes los aportes a la gramática castellana del guatemalteco Antonio José de Irisarri (1786-1868) o del mexicano José Gómez de la Cortina (1799-1860). Este esfuerzo no ha dejado de crecer, José Rufino Cuervo (1844-1911) y Miguel Antonio Caro (1843-1909), los fundadores de la filología colombiana, se adelantan en un siglo a los esfuerzos de los peninsulares. Su obra, actualizada en nuestro siglo por el brillante filólogo dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), define a la gramática española por sus propias leyes. En esencia, la filología hispanoamericana destaca la unidad propiamente gramatical del idio-

ma, liberándolo de las interpretaciones escolásticas que hacían de él una rama de la filosofía. En vez del concepto filosófico es el sentido gramatical lo que le da unidad a la oración. La oración así concebida no es una burda identificación de la palabra a las cosas y sus cualidades, sino la actitud que guarda el que habla ante el significado de las palabras. De esta suerte, la gramática española dejó de considerarse como una parte de la lógica o de la filosofía escolástica, reconociéndole su propio campo, cuyos límites y características precisa el esfuerzo filológico hispanoamericano.

En busca de un estilo propio: el romanticismo

EL romanticismo es un paso más en la senda de la afirmación literaria de América Latina: liberada de España y Portugal volvió sus ojos a Francia e Inglaterra. Francesa fue la ideología insurgente y, una vez conseguida la independencia, Francia nos envió el romanticismo como complemento, en el plano de las letras, de lo hecho en la política. Esto explica porque América se adelanta a España en el romanticismo. Nos aprestábamos a la conquista de la sociedad moderna; pero el terreno no era firme, lucharon entre sí, largamente, liberales y conservadores, contraponiendo el ideal de una América industrial y democrática los primeros, a la defensa del absolutismo y del atraso económico de los segundos. Estaba en juego el futuro de nuestras naciones, lo cual explica porque la corriente romántica con su divisa: crear un estilo propio, apoyándose en las propias tradiciones, arraigó en nuestras letras, animadas de amor patrio y amargo escepticismo. Y si el estilo propio no se puede crear espontáneamente, una vez que fueron desechadas las formas clásicas, surgió no el nuestro sino el de Hugo, Lamartine, Musset, Heine, Byron, impregnado del paisaje y los sentimientos americanos. Así el tema dilataba el horizonte literario. Una vez que se hubieron creado los reflejos románticos, en buena medida, el sentido romántico, aparecen los vigías, el poeta que prepara las mieses de la prosa romántica. De Eusebio Caro (1817-1853), Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), la poesía romántica culmina en María (1867), la novela romántica por excelencia, de Jorge Isaac (1837-1895).

Guatemala, que ha tenido un puesto muy destacado en la literatura latinoamericana, colma, desde muy temprano, con dos figuras descollantes, la corriente inveterada: José Batres Montúfar (1809-1844), uno de los más grandes poetas americanos del Siglo XIX, y el prosista José Milla (1822-1882), padre de la novela guatemalteca, que, además, de ser un adelantado de la novela histórica

entre hispanos, lo fue del realismo, con bastante anterioridad de la fecha registrada por los estudiosos de nuestra cultura.

Denuncia social del realismo

SI el realismo surge también antes en América que en España, con el chileno Alberto Blest Gana (1830-1920), su causa no es otra que el triunfo del liberalismo americano ausente en España. Después de la segunda mitad del Siglo XIX, América conoce una ola de triunfos liberales que conmueven a México, Argentina, Guatemala, Ecuador y otros países del continente. Su ideología había venido una vez más de Francia e Inglaterra: el positivismo; pero en las letras poseíamos ya un arsenal propio: la crónica, el cuadro de costumbres, la novela histórica o la romántica. El gran realista español Pérez Galdós, además de liberal recatado, principió por escribir sus Episodios Nacionales.

Por otra parte, América poseía el anticipo del escrito político liberal, íntimamente ligado a esa prosa de casta arrancada de la pluma prócer con igual o mayor donaire que la espada. De no mediar el peligro del equívoco gustoso la llamaría las letras humanas de América. A ellas pertenecen Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Ignacio Ramírez o Juan Montalvo, Manuel González Prada, Justo Sierra hasta llegar a José Martí que cierra significativamente las luchas de independencia y abre una nueva etapa literaria.

De esos antecedentes fluye sin ningún esfuerzo la novela realista americana. Sus cultores, los más connotados, describen la vida americana, animan el carácter de auténticos personajes, diseccionan sentimientos y se atreven incluso a rozar los grandes problemas sociales; pero su paso y su influencia son meteóricas. El realismo en Guatemala produce una novela casi esporádica. Esos cuantos libros se publican a fines del siglo pasado bajo el impulso directo de la Reforma —Revolución Liberal de 1871. A vista de pájaro (1879) de Francisco Lainfiesta, a las tres novelas de Ramón A. Salazar (1852-1914) el realismo da todo lo que podía dar en Guatemala: denuncia contra el clericalismo y la teocracia; exaltación de la igualdad y la democracia; manejo de lo fantástico como recurso literario. Si hay perfiles y semejanzas galdosianas, la culpa no es del plagio; es un simple parentesco de problemas y de ideales.

Enrique Martínez Sobral (1875-1950) representa el tránsito del realismo al naturalismo. Su genio literario se ahogó en la fidelidad a la técnica naturalista. Pero con todo es un valor local incuestionable.

El Modernismo, universalidad de la literatura hispanoamericana

Hoy día no produce ningún escándalo afirmar que el Modernismo proviene de la crisis liberal. Quizás faltaría precisar, de la América Latina, porque en Europa la crisis liberal tenía cerca de 20 años (el año loco) de haberse manifestado. Precisamente, la crisis de la economía de exportación latinoamericana, hace su aparición en la década octava del Siglo XIX, y al Modernismo se le asigna el período que va de 1880 a 1919. Se agrega, con razón, que la iconoclasia modernista nace de un ahitamiento liberal; hartos de positivismo, de romanticismo, de realismo plano; José Martí, el precursor de la escuela, nos ahorra calificativos. Nadie define como él la significación histórica del Modernismo: asalto al último baluarte del colonialismo español, cuando al monstruo del Norte le han crecido las garras y el Apóstol le conoce bien las entrañas. Martí, lampo de luz, en el Manifiesto de Montecristo anota el tiempo que media entre él y Bolívar, y no llama liberal al Partido Revolucionario porque la caña es ya un cultivo colonial. En la Cuba de fines de siglo, el liberal no tenía nada casi que construir. Martí, además supo, cuando estuvo exiliado en Guatemala, hasta dónde llegaba la democracia liberal de la América nuestra. Finalmente, Martí, deliberadamente, no aceptó ser marxista; el suyo no era un movimiento obrero, pero percibió agudamente en las huestes obreras arrojadas a las playas de Florida, al portaestandarte seguro de la revolución.

En consecuencia, el modernismo expresa, en las letras hispanoamericanas, la revuelta de las capas medias contra la caducidad liberal, agotada prematuramente entre las fauces del monstruo.

El carácter de clase del Modernismo, rebelión contra el realismo naturalista, le imprimió ese espíritu individualista, cosmopolita, devastador de una interioridad fosforescente, que ve en la muerte joven la consumación estética de su estirpe. Casi todos, bohemios o suicidas, fueron fieles a la consigna "Morir y joven...".

Esteticismo que disimula apenas el acibar de una verdad desoladora: la vergüenza de la patria infamada. ¡Centauros! Esconden el temblor de los ijares domeñado en versos puros, amándose a sí mismos. Otra manera de ser romántico.

Como desquite de la congoja íntima, independizaron de una sola vez el español de América. Rubén Darío, el divino, fue maestro de ambos mundos. Su capacidad versificadora no tiene igual en la lengua castellana: 36 clases de versos, 12 tipos de estrofas combinadas en 136 modalidades distintas... Descomunal, minotáurico. Proliferación que tiene su secreto en otra de las contribuciones del Modernismo: la técnica de la versificación. El iniciado que conoce las Le-

yes de la versificación castellana, del boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1872-1933), y Darío la conoció en buena hora, se explica cómo pudo romperse la camisa de fuerza del octosílabo y el endecasílabo tradicionales, alargando las estrofas a doce, trece, catorce y más sílabas. Una libertad excepcional que distingue al verso de la prosa por el ritmo. Este ocupa ahora el puesto de la anacrónica métrica formada de asonancias y consonancias. Un lector muy versado puede sonreír indulgente recordándonos que el verso libre no ha sido un monopolio del Modernismo. A decir verdad, las innovaciones americanas no partieron de la nada; están, como todas nuestras manifestaciones culturales, fuertemente enraizadas en el pasado cultural europeo. Pero hasta entonces, la musicalidad del verso adquirió su propia dimensión con el "período prosódico" que superó ostensiblemente la empírica computación matemática del acento. A Hispanoamérica se debe, guste o no, la fundamentación de la versificación castellana. Fruto maduro de una filología castellana desarrollada en América.

Más que contar, el poeta modernista siente el ritmo, siguiendo las leyes de la versificación que tiene como unidad al "período prosódico": una sílaba acentuada o un grupo no mayor de siete sílabas de las cuales la última lleva un acento *intenso*, aun si las otras están o no acentuadas. Esta unidad puede sufrir un sinnúmero de combinaciones que tienen como punto de partida el mismo número de sílabas (iguales) o diferente número (análogos); y PUROS, si el período termina en la sílaba que lleva el acento, o COMPUESTOS cuando tiene una o dos sílabas después del acento. He aquí el ritmo interno del verso libre modernista que forma el abanico de las 136 modalidades registradas en las estrofas de Darío. Cuando la relación prosódica se mantiene entre períodos iguales y puros, la melodía alcanzada puede percibirla incluso un oído inculto; pero cuando las modalidades alcanzan combinaciones tan complejas como los períodos compuestos y análogo, hace falta tener el oído de un poeta para captarlo. Y esta es la causa de la mala prosa de algunos poetas.

Debido a la aversión que el Modernismo profesa a lo chato del realismo liberal, suele considerársele como una escuela de evasión o, peor aun, como la prueba de la superioridad idealista. Creo que no debemos confundir su desprecio a ver convertida la literatura en mero instrumento técnico, con la supuesta introversión que anonada la realidad. Alguien, con más acierto, dijo que giraron hacia la realidad subjetiva. Me parece más seguro indagar por el contenido de esa subjetividad. Primero, dominada la forma del verso (Frevre: Leconte de Lisle) desbriznaron la emoción en un irisado juego musical (Simbolistas, pero sobre todo Mallarmé, Verlaine). ¿El tema? La dinámica emocional. No hay simbolismo puro. Esto es la frase

de similar; barata pirotecnia de imitadores. El Modernismo manejó el contenido emocional de las palabras, su fuerza incitadora, agigantado por la actividad emocional. Calaron a fondo la objetividad de la emoción.

Domingo Estrada (1860-1901) el precursor del Modernismo en Guatemala, romántico azogado, recogió la profesía de labios del propio José Martí y no escapó a la tentación de traducir, con maestría singular, *Las Campanas de Poe* (conocido del Modernismo a través de Baudelaire).

Guatemala, junto a Nicaragua con Darío, en suma Centroamérica, el antiguo Reino de Gohatemala, le devuelven a la lengua castellana, con Enrique Gómez Carrillo, las conquistas del Modernismo. Verso y prosa respectivamente, remozados de enquistamientos neoclásicos y del Siglo de Oro. A quienes les asombra que países tan oscuros puedan dar hijos coruscantes, les puede servir el pasado de la Capitanía General de Guatemala, uno de los centros culturales más importantes de la Colonia, después de México y el Perú. No tuvimos las minas de oro ni de plata de aquellos dos grandes reinos; pero sí un pueblo indígena denso y culto. La prioridad con que se sucedieron las innovaciones culturales atestiguan un celo semejante al desplegado con los reinos de Perú y la Nueva España. Rubén Darío y Gómez Carrillo acreditan esa doble herencia. El guatemalteco, un voluptuoso catador de la palpitación de los mármoles griegos, escudriñó escrupulosamente la sensibilidad humana, ennobleciendo la trivialidad con los dotes soberbios de su capacidad imaginativa, su audacia y su buen gusto. De ello salió gananciosa la crónica fundiendo la ligereza a la profundidad. Francés por sentimiento, que en él corresponde a convicción, apenas si su vocación de cronista y la exuberancia del estilo denuncian el origen guatemalteco; su rebelión juvenil, estruendoso rechazo a la colonizante llaneza de la prosa de José Milla, trocada en una calca impúdica de Henri Murger, define una carrera literaria de prosador (mi osadía llega a ver en la prosa al caliz de las letras guatemaltecas) que arremete contra los molinos de viento de toda la narrativa española, y sale vencedor dejándole a la crónica moderna lo mejor que ella tiene.

Con el Modernismo, Guatemala, al igual que toda la literatura hispanoamericana, vive su edad de oro. Nadie escapa a su influjo y todos tienen por gimnasia sus hallazgos. Desde entonces les viene de suyo a nuestras letras el incestuoso acoplamiento de la imagen capitosa de exuberancia con la amonedada fluidez.

Los cronistas guatemaltecos proliferan, usurpando los excesos y las bondades de la prodigalidad poética de otras latitudes del continente americano. No por falta de poetas, sino porque el género asu-

me la doble función, afirmando y continuando sin duda alguna, la literatura nacional.

Los post-modernistas

No cabe en esta notas intentar un análisis detallado de las diferentes corrientes que siguen al Modernismo sumisamente o en airada rebeldía. Hubo de todo; románticos modernistas, modernistas místicos; forman legión los que degüellan al cisne; pero la llama no se detuvo. El grito de guerra, contra el academismo modernista, parte, una vez más, de la nueva realidad incorporada al arte, y no, como se supone, del formalismo, confirmando una constante literaria hispanoamericana. Nos condujo a la filología, ennobleció el gastado romanticismo, impulsó el realismo, descubre la subjetividad modernista; viejas formas, por supuesto, pero rejuvenecidas al principio, y aventajadas a la postre, al insuflado de una nueva realidad; realidad que ha registrado una evolución coincidente con el desarrollo histórico de los países hispanoamericanos. A la falta de nacionalidad, la castellanización; a nuestra Independencia, la filología; a la incertidumbre nacional, el romanticismo; al triunfo liberal, el realismo; a la insurrección de las capas medias, el modernismo; a la lucha antiimperialista, la vanguardia literaria. Y el tema sigue al diapasón histórico: cosas de América, exploración de la exterioridad americana (paisaje y sentimientos), problema social, sensibilidad; después del modernismo: trivialidades cotidianas de nuestro pueblo, exaltación de nuestra naturaleza bárbara; paso del amor individual al de las masas; tiranías criollas, monopolios extranjeros; y ahora mismo, la urbe latinoamericana. El estilo evoluciona parejo: latinistas, sentimentales, realistas y naturalistas, modernistas (síntesis creadora de estilos que sobrepasa el de parnaseanos y simbolistas), creación de nuevas formas al incorporarse giros y estructuras del habla popular y nacional: filón indígena y negro.

Periodos de la literatura guatemalteca

VINIENDO a Guatemala llama la atención lo completo del acontecer de su historia literaria; no falta uno solo de los periodos recorridos por la literatura hispanoamericana, y, en su mayoría, la contribución es de primer orden. Quizás no exprese una gran ortodoxia de corrientes; pero ello responde más a una razón histórica: Guatemala, como el resto de las repúblicas latinoamericanas, no ha podido impulsar el desarrollo capitalista hasta sus últimas consecuencias.

Pero, desde la colonia, a cronistas e historiadores magníficos agrega el conocimiento de todas las corrientes, estilos y géneros del Siglo de Oro. Nos bautizó Cervantes en persona: Juan de Maestranza citado en *La Galatea* (libro VI) y Baltazar de Orena en el *Viaje al Parnaso* (canto VII); obra ignorada, pero precursora especie de abuelos legendarios de las letras guatemaltecas.

Rafael Landívar (1731-1793), el Virgilio, el más grande poeta de la moderna latinidad —asegura Menéndez y Pelayo—, autor del famoso poema, *Rusticatio Mexicana*, escrito en hexámetros latinos perfectos:

¡Salve, cara parens, dulces Guatimala,
Delicium vitæ, fous et origo meæ salve!

Fray Matías de Córdova (1768-1828). Su obra maestra, *La tentativa del león y el éxito de su empresa*, poema narrativo escrito en armoniosos endecasílabos clásicos, exalta la superioridad humana sobre la fuerza bruta. Poema que ha merecido el honor de ser imitado en Europa.

Rafael García Goyena (1766-1823), aunque ecuatoriano por nacimiento es un guatemalteco por su vida, fabulista a la altura de un Iriarte, escribió, en verso fácil y original, sobre cosa de Guatemala utilizando expresiones criollas.

Durante la gestación de la Independencia, y con su triunfo (1821), además de Irisarri, se afirma la literatura de los próceres: José Cecilio del Valle (1780-1834), el sabio Valle, hondureño de nacimiento, figura de relieve continental; Pedro Molina (1777-1854), médico por profesión, periodista y político avanzado.

En el largo interregno romántico (Centroamérica conoció una tumultuosa y desgarradora lucha interna), preside la amargura afelpada de José Batres Montúfar a una pléyade quejumbrosa que fue trocando en apasionada emoción la leve sonrisa del maestro: Juan (1813-1866) y Manuel Dieguez Olaverri (1821-1861), ardiente amor por el color y la naturaleza patrios vertido con maestría; hasta llegar a Domingo Estrada, el precursor del Modernismo. Por el lado de la prosa, el alfilerazo de Batres Montúfar a las gazmoñerías de su medio lo trocó el acomodadizo José Milla en la novela histórica; sustituyendo la octava real y el endecasílabo del maestro por una prosa llana, dócil, donde campean la ironía y el donaire.

Al triunfo de la Revolución Liberal (1871), fuera del mensaje político con altura de ensayo, de una hueste muy nutrida de historiadores, vino la emigración cubana que jefea Martí, produciendo todo esto un verdadero hervidero de inquietudes literarias, donde

no faltó la presencia fugaz de la novela realista, contrechada por la inercia romántica y el huracán Modernista.

De esta suerte, en Guatemala se conjugan la historia y las letras para hacer abortar el realismo. Al retraso del triunfo liberal sigue el carácter casi nacional que tiene el Modernismo: después de Martí llegó Darío, que, por otra parte, era centroamericano, Carrillo guatemalteco o las estancias posteriores del peruano José Santos Chocano y del colombiano Porfirio Barba-Jacob.

Consustanciado el Modernismo a nuestras letras no escapó nadie a la seducción del "arte nuevo". Así se explica que las nuevas generaciones liberales fueran modernistas y no realistas: Rafael Spínola (el teórico del positivismo); Rafael Valle (1894-1922), cronista malogrado; Máximo Soto Hall (1871-1944), la figura más importante de esa generación, no muy bien avenido con el "exagerado Modernismo" causante de "verdaderos desastres en el nuevo continente". Su conflicto lo motiva, por otra parte, la vena romántica que no lo abandona nunca. Esta añoranza romántica dentro del Modernismo configura una tendencia guatemalteca coincidente con el período de la decadencia liberal. Manuel Estrada Cabrera, el déspota ilustrado, que la encarna, gustaba esconder la sordidez de su régimen entre el esplendor de las plumas aureas.

A Soto Hall se debe la primera novela antiimperialista, *El Problema* (1889), que se ha escrito en el Caribe. La mayor parte de su obra la vertió en el extranjero, donde vivió como exiliado, siendo colaborador del periódico argentino "La Nación" hasta sus últimos días.

Cansado también el pueblo de Guatemala le puso fin (1920) a la pomposa nulidad liberal, con tan mala suerte que, a cambio de repetir la Revolución Mexicana de 1917, se impuso el revanchismo conservador, inspirándose en la táctica contrarrevolucionaria de la Alemania de 1918; con el dictador cayeron los dioses del Modernismo.

Rafael Arévalo Martínez (1884-), "poeta cenceño, neurasténico y pálido" —según el buen decir de Alberto Velázquez—, es el personaje del post-modernismo. El resume todo lo nuevo y también todo lo viejo de la Guatemala unionista. Lámpara votiva de afilamientos místicos, hurga gozoso hasta desfallecer las interioridades de la psiquis humana, creando un género que desconcierta y que se emparenta, sin ninguna dificultad, con esa novedad actual europea que novela lo biográfico. Esta gloria auténtica de la literatura nacional tuvo dos padrinos de singularidad parigual: Porfirio Barba-Jacob y Jaime Sabartés. Ambos fueron motivo de inspiración suya. El hombre que parecía un caballo, la novela —¿el cuento?...—, que le ha dado fama universal, tiene por personaje al co-

lombiano, y en Manuel Aldano, una de sus novelas autobiográficas, retrata, con paleta guatemalteca, al catalán, tantas veces retratado por la paleta ciclópea de Picasso.

Alberto Velázquez (1891-1968), el otro gran poeta post-modernista, está marcado por los mismos signos de Arévalo Martínez: guerra al cabrerismo y efectos astrales bajo las órbitas de Barba-Jacob y Sabartés. Algún día habrá que recoger lo que le debe el arte guatemalteco a estas dos figuras extrañas. Velázquez apunta algo comentando la muerte de Sabartés un mes antes de la suya. Su desasosiego místico, ovillado en un sostenido canto elegíaco, lo obliga al afinamiento gongoriano que define mucho de la tradición de nuestra poesía culta.

Carlos Wyld Ospina (1891-1956), en la prosa, empalma la novela guatemalteca con la corriente nueva que recorre América, engendrada por la Gran Revolución Rusa de 1917. El inicia, en Guatemala, la novela criolla que originó "La Vorágine" de Rivera y la obra de Rómulo Gallegos. Ospina rechazó la artificiosidad del Modernismo, adoptando un naturalismo superior, lleno de vigor y colorido. Poesía, justo, el estilo magistral para pintar el gran fresco guatemalteco. Su obra, en cambio, fue un escorzo; la tiranía le agarrotó la mano. La tierra de las nayuyacas, La gringa... rozan la obra que no fue.

Flavio Herrera (1895-1968), impermeable al problema social, caminó un poco más adaptando una técnica consumada —introduce el *hai-kai* a Guatemala— a la poetización de nuestra naturaleza torrida, logrando verdaderos cuadros del trópico que buscan sublimizar la vida interior del finquero guatemalteco. Su obra más famosa es *El Tigre y la más madura Caos*.

Cito de paso el nombre de Carlos Samayoa Chinchilla, otra de las figuras que el matapalo de la tiranía estranguló: pudo crear la gran novela indigenista y se quedó en los preámbulos del estilo y la exaltación del tema vernáculo.

César Brañas (1900-), benjamín del post-modernismo, polígrafo docto, el Manrique de las letras patrias con vetas profundas abiertas hacia Valéry y Neruda: soledad fermentada de introspecciones glaucas de ternura, es un poeta.

Pero la obra profunda la trajo otra revolución (1944) y no el tragaluz de los nuevos estilos. Ella liberó a las letras del perro muerto que les impedía fundir el estilo consumado a la novedad de la vida. La Revolución de Octubre de 1944, la más importante de nuestra historia, brindó la libertad y el tema nuevo a la literatura. Enrique Muñoz Meany (1909-1951), demócrata paradigmático, abre el período con su avidez renovadora, engastada en la pureza de un

temple firme y noble. Fue, varón de las letras revolucionarias, un crítico.

Sin embargo, la obra señera le pertenece a Miguel Angel Asturias (1899-) que pudo seguir hilando la gran novela guatemalteca, iniciada después de la caída de Estrada Cabrera. Miguel Angel, el de Guatemala, como Dante, pasó por los infiernos de dos dictaduras. Conjurado de la primera vino a Francia donde hizo suyo el vanguardismo y aprendió más cosas de los indios de Guatemala que en Guatemala. Los ideales de la Reforma Universitaria latinoamericana lo nutren antes de conocer la Francia revolucionaria de postguerra. De aquel conubio franco-guatemalteco salió el filtro extraño de las *Leyendas de Guatemala* o la obra maestra de *El Señor Presidente*. Mucho para un joven que apenas traspasa el cuarto de siglo. Había aislado la magia de la palabra indígena y el mecanismo abyecto de las dictaduras latinoamericanas. Pero vino otra vez la noche. Inventó la fantomima; decapita las palabras para animarlas de vida nueva. Pule y repule, una y otra vez, la frase, el soneto, la rima, alarga el compás, deja que las palabras salgan sueltas echando luces y sonidos. Su cueva fue la poesía. Hasta que llegó Octubre de 1944.

Publica *El Señor Presidente*, escribe *Hombres de Maíz*, *Viento Fuerte*, *El Papa Verde*, prepara lo que es hoy *Los ojos de los enterrados* cuando acontece la tragedia de Guatemala, entonces aparece *Week End en Guatemala*, entremés dramático de la trilogía bananera, y sigue incontentible la renovada prosa del escritor universal de la actualidad.

Aquella importante revolución guatemalteca confirmó, como ninguna otra hasta el momento, las causas profundas del "subdesarrollo" latinoamericano; por encima del Señor Presidente, alimentando su abyección, corrían la ambición de ciertos hombres, la explotación del peón, la trituradora del poder económico extranjero; desnudó a las clases cómplices, al mílite ambicioso y al que negocia con la patria, sin faltar la candidez suicida del soñador; señaló en la unidad de todo el pueblo la fuerza que podía sacarla victoriosa de la encrucijada. Asturias asimila sorprendido cada uno de esos pasos de la epopeya que lo envuelve. Sus novelas pintan el itinerario de la revolución. Adalbert Dessau nos muestra, en un estudio exhaustivo, cómo a cada nueva aproximación de la novela de Asturias al contenido social de la revolución se opera, en la obra y en el novelista, un ensanchamiento de conceptos a tono con el tema narrado. Esta honestidad artística del autor, respetuosa de la ideología y del carácter de sus personajes, le da a la obra esa fuerza única que posee el realismo.

"Adelante, un repique circundó los espacios. Las campanas entre las nubes repetían su nombre:

¡Nido!
 ¡Nido!
 ¡Nido!
 ¡Nido!
 ¡Nido!
 ¡Nido!
 ¡Nido!
 ¡Nido!²

Desde sus historias-sueños-poemas había adoptado el principio antropológico del animismo de las palabras, sostenido por su profesor Georges Raynaud, a un dinamismo literario, mucho más cercano de la Palabra que Penetra del Popol-Vuh. De la misma fuente provienen sus enumeraciones rítmicas. Tomemos, al acaso un ejemplo, de Asturias: "¡Y no soy su hijo, ¿oye?, ni su muñeco, ni su baboso, ni su qué para que me lleve así";³ leamos ahora el Popol-Vuh: "Importante(es) su sabiduría, importantes(son) sus peregrinaciones, sus victorias en el frío, en el espanto de su ser, en el espíritu de las tribus".⁴ Huelen a Popol-Vuh sus aliteraciones: ¡Alumbre, lumbre de alumbre, Luzbel de piedralumbre!⁵ El hipérbaton pasa sin transposición: Maestro Almendro,⁶ Maestro Mago.⁷ No creo exagerar si sostengo que en la aglutinación está la unidad del lenguaje popolvuhico, o, en todo caso, un arcaísmo popolvuhico, que revive con brillo nuevo el lenguaje de Asturias. De ahí provienen sus fantomimas. Y a lo largo de toda su obra encontraremos ayuntamientos y divorcios de palabras: "... el capitán de extrema dura", frase cargada de intención que define la ferocidad del conquistador de Guatemala, formada precisamente de la descomposición del topónimo EXTREMADURA de donde era originario aquél capitán; en otros casos suma palabras: Pio Monte en un Ave;⁸ o construye palabras nuevas fundiendo lo onomatopéyico con lo simbólico: "¡Titil-ganaháh!";⁹ el movimiento en otras ocasiones se acierta combinando ambos procedimientos: "¡Chin-chin-chin-chibirín! ¡Chin-chin-chi-

² ASTURIAS, M. A. *Leyendas de Guatemala*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1967, p. 35.

³ ASTURIAS, M. A. *El Señor Presidente*, Buenos Aires, Losada, 1965, p. 13.

⁴ *Popol-Vuh*, Buenos Aires, Losada, 1965, p. 106.

⁵ *El Señor Presidente*, *Ob. cit.*, p. 7.

⁶ *Leyendas de Guatemala*, *Ob. cit.*, p. 41.

⁷ *Popol-Vuh*, *Ob. cit.*, p. 11.

⁸ *Leyendas... Ob. cit.*, p. 32.

⁹ *Leyendas... Ob. cit.*, p. 27.

chibirín! ¡Chin-chin-chibirín! ¡Chinchibirín-chin-chin! ¡Chinchibirín-chin-chin!"¹⁰

No desprecia la rima interna: "¡Hualí, hualí, tomó tu sal y tu chile. . . ; no te tengo mal ni dita y por si acaso, maldita!"¹¹; aquí el experto podrá descubrir cómo mejora las posibilidades del periodo prosódico junto a las consonancias de mucho arraigo popular que tanto ama Darío (Salmo, etc.). A esa suma de recursos que pueblan de movimiento su prosa o que la enriquecen más allá de las formas tradicionales viene a incorporarse el sabor y la plasticidad del lenguaje coloquial guatemalteco: "No que ái cuando vino el shute de Mister Nos, nos tuvieron tres días sin comer, encaramados a las ventanas, vestidos de manta como locos. . .".¹² Y naturalmente no falta el color sustanciado del símil, el vuelo de la metáfora.

Al estructurar el espacio de la novela se sirve del cubismo, multiplicando el ritmo de las secuencias; maneja sabrosamente los recursos del impresionismo; y a lo alto se posa su realismo mágico. Enajenación de fuerzas humanas que pugnan por abrirse paso hacia una vida mejor. Nada de fantasmagorías, ni brujería medieval, ni abstracción cobarde; es una actitud estética llena de la conciencia mágica de una gran parte del pueblo guatemalteco. De ella va surgiendo a medida que la lucha se acrecienta la confianza en sí mismo y el amor por lo humano.

De esta manera, la obra guatemalteca de Asturias universaliza a un nuevo nivel lo mejor de las letras hispanoamericanas. Y este clásico contemporáneo de la América española lo reconoce el mundo entero: Premio Lenin de la paz y Nobel de las letras.

Luis Cardoza y Aragón (1904-), marcado por los mismos sucesos que Asturias, conspira contra Cabrera, sale del país; y no vuelve, sino cuando la Revolución de Octubre ha triunfado. Salido de las filas del surrealismo, después de una estancia juvenil en París, se incorpora a la vida intelectual mexicana de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR), marco del talento musical de Silvestre Revueltas, asequia del muralismo mexicano. Quién puede dudar que aquí nació la vocación del crítico Cardoza y Aragón: *La Nube y el Reloj*, *Coatlicue*, *La Pintura Mexicana Contemporánea*. . . o el *Orozco* monumental. Creación de contrapelo, apasionante y apasionada, digna del autor que la vivió dentro de las valvas del muralismo mexicano, estemos o no de acuerdo con sus conclusiones.

Del lado guatemalteco Cardoza y Aragón ha sido un sembrador de inquietudes no siempre muy propicias, sin duda por el cosmopolitismo que con mucha frecuencia alquitaró su estro. Pero vuelto

¹⁰ *Idem.*, p. 117.

¹¹ *El Señor Presidente*, *Ob. cit.*, p. 11.

¹² *Idem.*, p. 13.

a Guatemala entonó el canto del hijo pródigo: Guatemala, las líneas de su mano. ¡Que reminiscencia de olores y cosas de la tierra al hialino tacto de la vida reencontrada! Al centro el amor de la madre que es la nuez de la patria. Y nos cuenta con imágenes eléctricas el maceramiento de lo suyo de rechazo o enclavado de guatemaltequidad. Uno aprende cuánto mutila a nuestras patrias la fuga de sus hijos. ¡Ah monstruo! ¡Ah dictadura nulas y fecales! Cómo restaña la herida la gesta cardociana.

Con Asturias y Cardoza, dioses mayores de las letras de Octubre, siguen aquellos escritores que se incorporaron al movimiento revolucionario o que los editó. Como nunca nuestras letras estuvieron divididas, reviviendo aquella vieja pugna que apuntamos al principio de estas notas entre renacentistas y encomenderos, defendiendo unos lo nuevo y aferrándose los otros a lo viejo. A falta de una buena información no puedo seguir en detalle esa rica experiencia, me contentaré con citar nombres de los que apuntan hacia algo.

Mario Monteforte Toledo (1911), buen escritor, buen novelista, buen conocedor del alma indígena, sin embargo ha trocado la novela por la sociología y el periodismo, que ejercita en México, afiliados a una estridencia revolucionaria que goza del beneplácito norteamericano.

José Hernández Cobos (), extraordinario poeta, nos dejó las muestras de una novela que me permito llamar de transición; es una novela de ambiente urbano, donde se retrata la angustia, la amargura de una vida copada, una vez más, por la contrarrevolución. Es de transición también en la forma; muchas de sus fallas denotan el tanteo de algo nuevo.

Leonor Paz y Paz (1932-), aparece hoy día, con su segunda novela, *La Mujer del Pelo Largo*, como la que encamina el género más allá de donde lo inició Hernández Cobos. Con un estilo ágil, fluido y llano, husmea el plato fuerte de la barriada capitalina, de la clase obrera; pero tiene la misma amargura (quién en Guatemala puede hoy día ser feliz) de Pepe Hernández, aun cuando ella lo aventaja con su mayor claridad ideológica a veces acogotada de pesadillas izquierdizantes. Si a su buen temperamento auna la disciplina logrará lo que se propone.

Hacían poesía de gran calidad los desaparecidos Francisco Méndez y Augusto Meneses; despuntaban con la Revolución Otto Raúl González, Raúl Leiva, Víctor Villagrán Amaya o Augusto Monterroso, en la prosa. Fuera de Amaya que murió todos viven actualmente en México.

De la generación más reciente, que fueron niños durante la revolución y amargó su juventud la contrarrevolución, Otto René Castillo, el de la poesía más sazónada, torturado y quemado vivo por los

militares fascistas guatemaltecos, después de haber sido capturado en una batalla entre guerrilleros y soldados del Ejército Regular. Su último poema, *Vamos Patria a Caminar*, es de una tersura lírica extraordinaria. Corresponden a esa nueva generación los poetas Obregón y Arqueles Morales y en la prosa José María Baldizón.

Para completar el panorama de la literatura guatemalteca hace falta incorporar al ensayista, el dramaturgo, el periodista, además del poeta y el novelista que aquí hemos estudiado. Eso será una tarea más ambiciosa que debe aguardar su tiempo.

A PROPOSITO DEL HISPANISMO NORTEAMERICANO

Por *Manuel Pedro GONZALEZ*

EN este año de 1969 se cumple el sesquicentenario de la inauguración de la primera cátedra de literatura española que se fundó en los Estados Unidos. Con ella se inició el hispanismo norteamericano hace justamente 150 años. Para conmemorar esta importante fecha cultural y llamar la atención sobre un notable estudio que dentro de esta tradición acaba de publicarse, se escriben estos comentarios. Ni en España ni en Hispanoamérica se le ha otorgado a esta actividad académica el reconocimiento que merece ni se ha destacado su capital importancia, y es hora ya de que, por lo menos, se le conceda el rango a que es acreedora. El funesto imperialismo económico y político que Norteamérica ha impuesto a los países hispano-lusitanos en el siglo XX no debe ser óbice para que se admita y agradezca el esfuerzo de investigación y estudio serios de muchos centenares de hombres y mujeres que durante siglo y medio se han consagrado a la indagación y crítica de nuestras literaturas. El hispanismo y el imperialismo son dos fenómenos independientes y sin nexo o concomitancia ninguna entre sí. El hispanismo o interés por la literatura española se inició casi ochenta años antes de que se produjera la primera manifestación de imperialismo desembozado que no tuvo lugar hasta los años postreros del siglo pasado. La guerra con México (1846-1847), no responde todavía a un impulso imperialista sino al llamado "destino manifiesto" que venía actuando desde los inicios del siglo. La guerra hispanoamericana (1898), en cambio, sí es ya un acto o manifestación franca de ambición imperial y afán de expansión y predominio. Se puede —y se debe— repudiar y combatir la vitanda proclividad imperialista y a la vez sentir gratitud por esta labor desinteresada y generosa que tanto ha beneficiado los altos estudios de las letras hispánicas. Repito que al contrario de lo que muchos creen por nuestras tierras, no hay relación ni vínculo ninguno entre estos dos fenómenos de signo antagónico: uno es un movimiento cultural puro, individual, generoso y espontáneo, en tanto que el otro es una secuela nefanda del tremendo desarrollo industrial, técnico y económico del país, im-

pulsado por fuerzas egoístas, y por los políticos que las sirven y acatan. El hecho de que algún profesor de español o portugués de escaso prestigio se haya convertido en espía o agente de organismos oficiales de viso imperialista no invalida lo dicho. Los tales son las raras excepciones que convalidan la regla. Por lo demás, en el pecado llevan la penitencia porque son descalificados por sus propios colegas tan pronto se conoce su duplicidad.

Al hablar del hispanismo norteamericano es necesario distinguir entre el interés más que centenario ya por la literatura española y el muy reciente que la hispanoamericana y brasileña han despertado aquí. Como ya apunté, este año se cumple el 150 aniversario desde que George Ticknor (1781-1871) estableció la primera cátedra de literatura española (1819) que en el país se inauguró. El hecho tuvo lugar en la más antigua y famosa universidad, la de Harvard, y hasta hoy no se ha interrumpido el ejercicio de esta disciplina en aquel campus. Los estudios de literatura hispanoamericana con rarísimas excepciones como la del profesor Alfred Coester en la Universidad de Stanford, datan de la década que se inicia en 1933 con la proclamación de la "política del buen vecino". George Ticknor no sólo inauguró con su cátedra los altos estudios de literatura española sino que en 1849 publicó su famosa *Historia de la literatura española*, la primera que se escribió en ninguna lengua cuyos méritos no han envejecido a pesar de los 120 años transcurridos. Ticknor era un humanista de gran talla, muy perito en griego y latín, y versado en español, francés, alemán e italiano. Su *Historia de la literatura española* en tres volúmenes lo hizo famoso en toda Europa. Fue traducida inmediatamente a varios idiomas y premiada por la Academia Francesa. Visitó España en 1818 durante el reinado de Fernando VII y salió tan asqueado que jamás quiso repetir la experiencia. Su cátedra la heredó el gran poeta Henry W. Longfellow (1807-1882) que con su labor docente y las peritísimas traducciones que hizo del español al inglés fomentó el conocimiento y el interés por la literatura peninsular. Del foco de Harvard partió el impulso que pronto se extendió a las universidades de Yale, Princeton, Columbia, Pennsylvania, California, etc. Ya al comienzo de este siglo, el hispanismo en su fase española contaba aquí con un nutrido grupo de eruditos de gran talla tales como J. D. M. Ford, en Harvard; Hugo Alberto Renner y J. P. W. Crawford, en Pennsylvania; Rudolf Schevill, S. W. Morley y E. Clarence Hills, en California; C. Carroll Marden, en Princeton de cuyas cátedras salieron gran número de especialistas que mantienen —y aun enriquecen— la hermosa tradición investigadora tanto en el campo filológico como en el literario.

Nada semejante se ha dado aun en el campo hispanoamericano. Las letras de América carecían del prestigio secular que nimbaba a las españolas y el interés por ellas llegó tardíamente. Aparte varias traducciones alguna conferencia aislada y un curso elemental —el primero que en los Estados Unidos se ofreció— en la Universidad de Arizona, allá por 1907 ó 1908, las universidades norteamericanas no se interesaron por nuestras letras hasta la cuarta década del siglo XX. El meritisimo precursor de estos estudios, y el primero que a ellos se consagró fue el ya mentado profesor Alfred Coester que en la Universidad de Stanford estableció un curso regular sobre la materia y publicó la primera historia de nuestras literaturas hacia 1916. La cátedra de Stanford se fundó aproximadamente un siglo después de la creada por Ticknor en Harvard. Alfred Coester carecía de la talla intelectual y humanística de Ticknor, y su *The literary history of Spanish-American literature* dista mucho del calibre que tiene el magnífico texto de Ticknor, pero a semejanza del ilustre profesor de Harvard, escribió también el primer panorama histórico de nuestras letras que pudimos leer. Ni siquiera esto fueron capaces de hacer los españoles y sus descendientes americanos. Fue necesario que dos nobles investigadores del país de Calibán acometieran la empresa de historiar nuestras letras.

Entre 1908 y 1938 se desarrolló mucho aquí el interés por la cultura de nuestros pueblos, no tanto en el mundo académico como en el periodístico y editorial. Un erudito y diligente investigador norteamericano, el profesor Sturgis E. Leavitt, nos ha dejado una elocuente estadística. Entre 1827, año en que se publicó en *The United States Review and Literary Gazette* la traducción al inglés del más famoso poema de José María Heredia, la oda "Niágara", y 1908, se publicaron en los Estados Unidos sólo 46 títulos atingentes a la literatura hispanoamericana, incluyendo traducciones al inglés; en cambio, en los 27 años siguientes, de 1908 a 1935, aparecieron 1,538 títulos. Otro curioso dato que debemos al acucioso investigador Leavitt: el consabido poema de Heredia fue la primera traducción que de la literatura hispanoamericana se hizo al inglés, así como el de su autor es el nombre del primer profesor extranjero de español que en este país se recuerda. Heredia residió en Boston y Nueva York entre 1823 y 1825, se ganó la vida enseñando nuestra lengua y en Nueva York publicó la primera edición de sus *poesías* en 1825 que dedicó a los estudiantes norteamericanos de español.

La década de 1930 a 1940 fue en extremo fecunda en el desarrollo del interés cultural por Hispanoamérica en los Estados Unidos. Recuérdese la terrible crisis económica que azotó al país durante aquellos diez años. La llamada "política del buen vecino" inaugurada por Franklin D. Roosevelt en 1933 no fue tanto un acto

magnánimo y rectificador del tradicional intervencionismo de sus predecesores en la presidencia "Teddy" Roosevelt, William Taft, Woodrow Wilson, Warren Harding, Calvin Coolidge y Herbert Hoover —como una perentoria necesidad económica impuesta por la crisis doméstica, por la merma en la exportación, por la invasión de mercancía japonesa en el predio latinoamericano, y hacia el fin de la década, la trágica perspectiva de la inevitable guerra con el imperio hitleriano. De ahí que por primera vez en su historia el gobierno federal se preocupara seriamente por las relaciones culturales con nuestras repúblicas, y por múltiples vías las estimuló, desarrolló y hasta financió.

Una iniciativa fecunda en Norteamérica, pero estéril al Sur

EL año de 1938 marcó un hito de gran significación en el incremento de los estudios de literatura iberoamericana en los Estados Unidos. Por iniciativa de quien esto escribe se reunió aquel año en la Universidad Nacional Autónoma de México el Primer Congreso Internacional de Profesores de Literatura Iberoamericana, compuesto en su mayoría por delegados norteamericanos. En aquel cónclave inicial se organizó el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y su órgano de expresión la *Revista Iberoamericana*, la única publicación que jamás haya existido dedicada exclusivamente a la investigación y análisis crítico de las literaturas hispano-lusitanas de América. Tanto el Instituto como los congresos periódicos siguen funcionando todavía y la *Revista* publicándose. En 1940 se reunió el Segundo Congreso en la Universidad de California en Los Angeles y resultó mucho más concurrido y fecundo en estudios serios que el Primero. En total se han celebrado con cierta irregularidad trece congresos: cuatro en México, tres en la Universidad de California —uno en Berkeley y dos en Los Angeles—, uno en Tulane University, uno en Columbia University, uno en la Universidad de New México, uno en la Universidad de Texas, uno en la Universidad de la Habana y uno en la de Puerto Rico. El décimo tercero (1967) se dividió en dos asambleas o secciones: una consagrada a conmemorar el centenario de Rubén Darío que tuvo lugar en la Universidad de California en Los Angeles, y la otra dedicada a la novela fue patrocinada por la Universidad Central de Venezuela y el gobierno de aquel país. Si exceptuamos a México que ha sido en extremo generoso al apadrinar y financiar cuatro congresos, y en grado mucho menor a Cuba, Venezuela y Puerto Rico, la contribución del resto de la América Latina al sostenimiento y brillo de estas tres instituciones ha sido prácticamente nula.

Perdóneseme que exprese aquí mi desencanto y que traiga a colación mi personal experiencia a este respecto. Por haber sido el iniciador de la idea, y porque el presidente de mi Universidad de California aprobó mi proyecto y me concedió el presupuesto necesario para financiar el Segundo Congreso, y me proveyó de una credencial invitando al Instituto a que celebrara su segundo Concilio en nuestro Campus en Los Angeles, el Congreso de 1938 me eligió primer presidente y organizador del Instituto tanto como del Segundo Congreso durante los dos años que debía durar mi presidencia. Fue un bienio de trabajo brutal por el cual no percibí un centavo de gratificación. Hice un agotador esfuerzo por movilizar el interés de los gobiernos, las universidades y los intelectuales de la América Latina en favor de aquella empresa cultural que sólo a su literatura beneficiaba. Logré que unas quince universidades norteamericanas invitaran a sendos profesores o intelectuales hispanoamericanos a enseñar durante la sesión de verano de 1940 pagándoles viáticos y generosos sueldos a fin de que pudieran asistir al Segundo Congreso y presentar algún estudio. Para añadirle respetabilidad y prestigio a las invitaciones que tanto la Universidad de California como el Instituto enviaron a las universidades latinoamericanas y a los respectivos ministros de educación para que enviaran delegados, conseguí que el Departamento de Estado de Washington accediera a remitir y entregar las invitaciones mediante sus respectivos embajadores en aquellos países. Todo fue inútil y todo mi esfuerzo se estrelló contra la decidia, la apatía, la indiferencia y la incuria tradicionales de aquellos países. Los dos únicos gobiernos que se hicieron representar fueron el de Ecuador y el de Panamá que comisionaron a sus respectivos cónsules en San Francisco y Los Angeles. Ninguno de los dos presentó estudio ninguno ni se interesaron por las ponencias y trabajos que allí se leyeron. Peor aun fue la conducta observada por los intelectuales y profesores invitados por las quince universidades. Algunos ni siquiera tuvieron la elemental cortesía de acusar recibo de la invitación, otros la aceptaron, firmaron el contrato y a última hora dejaron plantada a la institución invitante sin siquiera avisarle que no cumplirían lo que habían firmado; un tercer grupo vino a enseñar y tan pronto cobraron sus emolumentos —lo único que les interesaba— se regresaron a su país sin asistir al Congreso ni enviar ponencia o estudio alguno como era lo acordado. Para interesar a nuestras universidades, profesores y escritores sugerí —y la mesa directiva aprobó mi proposición— que el costo de suscripción a la *Revista* en la América Latina se rebajara a dos dólares por año, en tanto que para los Estados Unidos era de cuatro. Muchas bibliotecas de Europa se

suscribieron, entre ellas la de las Universidad de Leningrado y Moscú y la Biblioteca Lenin. De toda la América Latina, en cambio, no pasaron de cinco las suscripciones durante los dos primeros años, exceptuados tres o cuatro amigos de quienes recabé esta ayuda, y aun éstos lo hicieron más por amistad que por interés cultural. Sospecho que hoy, treinta años más tarde, son más los países hispano-lusitanos que las suscripciones con que en ellos cuenta la *Revista Iberoamericana*. Tanto el Instituto como la *Revista* y los congresos subsisten gracias a la devoción y el interés que por nuestras letras tienen centenares de profesores norteamericanos que a enseñarlas se dedican. Ellos son los que con su peculio sostienen las tres instituciones. Tal ha sido el vergonzoso y vergonzante resultado de aquella generosa iniciativa cuyo fin era fomentar el estudio de nuestras letras. ¡Ah, pero nos proclamamos ufantemente los auténticos representantes de Ariel y tenemos la petulancia de creer que el nuestro es el continente de la espiritualidad! "Por mi raza hablará el espíritu", reza la fementida leyenda que figura en el escudo de cierta universidad hispanoamericana. El autor del falso testimonio era un farsante de marca mayor que más tarde se alquiló por una miserable soldada a la embajada alemana para hacer la propaganda de Hitler y la defensa del nazismo y sus horrendos crímenes. Con raras y honorables excepciones, cada día más escasas, así son nuestros intelectuales de la hora presente. Ya van siendo insólitos los que no están en pública subasta. . .

Pero si la iniciativa de 1938 no tuvo eco ninguno —exceptuado México— en la América Latina sirvió, en cambio, para fomentar los altos estudios de nuestra literatura en los Estados Unidos. En la actualidad se dictan aquí por lo menos veinte veces más cursos sobre nuestras letras que en todos los países hispano-lusitanos juntos. Norteamérica es el único país donde la literatura hispanoamericana se estudia adecuadamente y en cuyas universidades se hacen las tesis doctorales más exhaustivas y peritas que sobre ella se escriben. Los primeros que a este menester nos consagramos tuvimos que improvisarnos y fuimos autodidactas porque la materia era nueva y no existían profesores que la enseñaran; pero en la actualidad nuestras letras cuentan aquí con centenares de hombres y mujeres que las estudian y enseñan competentemente y empiezan a publicar trabajos de investigación y crítica tan doctos como los que sobre la literatura española se dan a luz. Muchos de los libros y monografías de mayor calibre que sobre nuestras letras hispánicas han publicado norteamericanos durante el último cuarto de siglo cuentan entre las disquisiciones más sagaces y agotadoras que sobre ellas tenemos. A uno

de estos estudios recientemente dado a luz por la Editorial Gredos deseo consagrar el resto de esta glosa.

Apostillas a un libro ejemplar

EL profesor Donald F. Fogelquist es uno de los investigadores y críticos de mayor solvencia intelectual y hasta moral con que el hispanismo cuenta en los Estados Unidos. Su campo de especialización docente es la poesía modernista y postmodernista americana, aunque enseña —o ha enseñado— también cursos generales. Una figura del modernismo español, de quien fue muy amigo Juan Ramón Jiménez, ha atraído su atención y le ha consagrado ya varias extensas monografías en estos momentos escribe un libro biográfico-crítico en inglés sobre el poeta de Moguer por encargo de la editora newyorkina Twayne Publishers. Pero la obra que en estos momentos me interesa acotar es la publicada por Gredos hace unos cuatro meses porque es la que más directamente nos concierne.

Empezaré por decir que no me gusta el título: *Españoles de América y Americanos de España*. Es un eco tardío del afán rubendariano por ser reconocido y aceptado en España. Aquella especie de complejo intelectual de Edipo que frente a España sufría Rubén Darío —y no sólo Darío— revela aldeanismo espiritual, pueril vanidad y ausencia de confianza en su propio valer. Hasta 1912, año en que apareció *Campos de Castilla* de Antonio Machado, España no tenía un poeta que pudiera hombrarse con el nicaragüense ni con los otros seis u ocho grandes líricos que en América se habían producido entre 1890 y 1910, y no obstante Rubén se pirraba por recibir el espaldarazo de la crítica española, y llegó hasta mendigar aplausos como en el caso de Unamuno que sólo se los prodigó póstumamente —muy retaceados por cierto. La segunda razón por la cual no me place el título es porque no refleja el contenido del libro. "Españoles de América" hubo muchos, unos porque se habían indentificado de buena fe con la cultura española, se incorporaron a ella y la enriquecieron, como fue el caso de Francisco A. de Icaza, José de Armas (Justo de Lara), Eduardo Zamacois, Alfonso Hernández Catá, Alberto Insúa y otros muchos: la mayoría sintió simpatía más o menos transitoria y sincera. En los demás predominó el interés. Lo que no hubo hasta muy entrado ya el siglo XX, fueron "Americanos de España". Lo que en la Península predominó durante los últimos veinte años del siglo pasado fue una abismal ignorancia de lo que en América se gestaba, ignorancia que llevaba implícito un profundo desdén y en algunos un sedimento de rancio resentimiento.

Hoy no puede menos de asombrarnos el total desconocimiento que de los aires de renovación que en América soplaban existía en España entre 1880 y 1900. Ni siquiera Juan Valera, Marcelino Menéndez y Pelayo y Leopoldo Alas, los tres críticos de más extensa cultura que allí había, estaban al tanto de lo que en tierras de América se publicaba por aquellas calendas. Clarín no se interesó por América hasta las postrimerías del siglo. Las "Cartas americanas" de Valera eran anacrónicas y por ende extemporáneas; por lo que a don Marcelino respecta, era un crítico histórico a quien no interesaban los escritores coevos, ya fuesen españoles o americanos, y menos los jóvenes por geniales que fuesen. Al parecer en España no se leía ni siquiera *La Nación* de Buenos Aires, el más prestigiado diario que en español se publicaba, en el cual colaboró José Martí regularmente de 1882 a 1892, y Rubén Darío desde principios de 1889, además de varios otros grandes prosistas americanos. Tampoco se tenía idea de la prosa y el verso, tan inusitados ambos, tan renovados, coloridos y musicales de Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí y Julián del Casal; ni de la prosa de Manuel González Prada ni de la poesía de Salvador Díaz Mirón, José Asunción Silva y Guillermo Valencia. *El Azul...* de Rubén Darío lo conoció Valera en 1888, no por propia diligencia sino gracias al chileno Eduardo de la Barra, prologuista de la primera edición, amigo y benefactor de Darío que le entregó un ejemplar a Antonio Alcalá Galiano, sobrino de Valera y cónsul de España en Valparaíso, para que se lo enviara a su famoso tío. Por cierto que Valera entró a saco en el prólogo de De la Barra al escribir las dos "cartas" que le dedicó al libro y no tuvo la cortesía de nombrar siquiera al autor cuyas ideas glosó. Lo desvalijó, pero no reconoció la deuda.

La de las dos últimas décadas del siglo era una España de mente anquilosada por más de mil años de fanatismo católico que le cerraba el paso a toda ideología renovadora, ya fuese filosófica o política, estética o social. En literatura prevalecía por aquellos años un casticismo desvitalizado, sin apetencias renovadoras y sin validez estética ninguna. Frente a la portentosa capacidad intelectual francesa que entre 1850 y 1900 había impuesto al mundo occidental el positivismo, el socialismo teórico, el realismo, el parnasismo, el impresionismo, el simbolismo, el naturalismo, etc., España permanecía enclaustrada en su rancio catolicismo y en su tradicionalismo académico y enclenque. La única ideología que pudo romper aquel cerco apollado y hacer prosélitos en el limitadísimo círculo de la Escuela Libre de Enseñanza que regía el gran don Francisco Giner de los Ríos fue el krausismo, filosofía menor de marcado signo religioso, muy afín con el catolicismo. De aquella institución

y del seno del krausismo salieron los mejores españoles de la época, los más liberales, tolerantes y progresistas en el orden ideológico. Pero el krausismo no tuvo influencia ninguna en la renovación del estilo —prosa y verso— que no advendrá hasta el presente siglo con la llamada generación de 1898 —Valle Inclán, Azorín, Benavente, Gabriel Miró, y poco después Ramón Pérez de Ayala y Ortega y Gasset.

Muy distintos eran los aires que en América se respiraban. Por urgencias políticas, económicas y hasta religiosas las repúblicas americanas acogieron con fervor el positivismo en su doble expresión comteana y spenceriana. Esta ideología vino a ser por nuestras tierras la base teórica que permitió a nuestras repúblicas combatir la doble dictadura foránea que sufrían —la española en el orden literario, y la que la iglesia católica representaba, no sólo en el orden espiritual sino en el político, económico y educacional. Desde que don Gabino Barreda lo introdujo —el primero— en la docencia mexicana en 1857, esta filosofía fue apadrinada por todas las mentes más lúcidas de América durante la segunda mitad del siglo pasado —Domingo Faustino Sarmiento, Joaquín V. González, Nicolás de Avellaneda, José Victorino Lastarria, Rafael Pombo, Justo Sierra, Eugenio María de Hostos y Enrique José Varona, para citar sólo a los más eminentes. Hasta José Martí, espiritualista por convicción y temperamento fue, a su pesar, profundamente influido por el positivismo. El único de nuestros grandes prosistas que se mantuvo al margen de esta ideología fue Juan Montalvo, misoneísta empedernido para quien todo lo que no estuviera consagrado por la tradición, la Academia de la Lengua, y bendecido por Su Santidad el Papa, era nefando y execrable. Aun los dictadores de la época —Porfirio Díaz, Justo Rufino Barrios, Antonio Guzmán Blanco, etc.—, lo apadrinaron. Todos los escritores aludidos eran hombres muy cultos que además del latín leían varias lenguas modernas. Todos eran excelentes prosistas y todos se habían libertado del ñoño y trivial casticismo español tanto como del estilo mostrenco, carente de valores poéticos de sus novelistas con Galdós y Pereda a la cabeza. Compárese una página de los seis prosistas de la generación "noventaiochista" precitados con otra de la generación anterior —Pereda, Galdós, Valera, Clarín, Alarón, Palacio Valdes, Pardo Bazán—, y se notará el abismo estético que los separa.

La prosa que en América se escribía entre 1870 y 1880 no era todavía la prosa artística que el modernismo introdujo alrededor del último año citado, pero constituía ya una prosa galana, trabajada, original y rebelde frente a la dictadura de la Academia y de los "modelos" casticistas que en España imperaban. La prosa ameri-

cana de la década mentada anuncia ya el advenimiento de la prosa modernista. Todos los escritores citados son —además de otros—, los auténticos precursores del modernismo. El verso, en cambio, se mantenía unido a los modelos españoles tradicionales —Zorrilla, Espronceda, Núñez de Arce, etc. Por eso precisamente —porque la prosa americana había evolucionado mucho más que el verso— fue que la renovación modernista se inicia en la prosa unos diez años antes de que se produjera la reforma del verso —con José Martí en 1880 y Gutiérrez Nájera hacia 1882. Es necesario rectificar de una vez para siempre el error tradicional de juzgar el modernismo en términos de poesía en verso solamente. La revolución que en el arte de la prosa se produjo en América entre 1880 y 1900, no sólo precedió en una década a la que en el verso se consumó sino que es mucho más importante que ésta porque transformó el arte de escribir todos los demás géneros —novela, cuento, teatro, ensayo, crítica, crónica, etc., y aun creó géneros hasta entonces inéditos en español como la crónica y el poema en prosa.

La prosa modernista —y en parte el verso— nació bifurcada en dos corrientes o expresiones muy diversas entre sí: la que José Martí acaudilló desde 1880 era de raigal oriundez hispana, leal al carácter de nuestra lengua, pero remozada y enriquecida por su genio literario y porque en los moldes clásicos injertó él antes que nadie las conquistas y refinamientos poéticos de la muy trabajada prosa francesa —la de Gautier, Flaubert, los Goncourt, Renán, Catule Mendés, Alfonso Daudet, etc. Martí realiza el milagro de fundir en las formas clásicas castellanas las más puras esencias de parnasianos, impresionistas y simbolistas sin desnaturalizar ni desteñir la pureza de su léxico, su sintaxis ni su maravilloso estilo. La otra corriente que aparece casi simultáneamente es la que Manuel Gutiérrez Nájera apadrinó. Nájera sabía el francés desde niño —igual que Martí—, y en francés leyó mucho a los prosistas galos coevos antes de madurar intelectualmente. Por eso se afrancesó. Reaccionó desde muy joven contra el español anquilosado y académico que en la Península se estilaba; se dejó ganar por la gracia, la levedad, el refinamiento poético y los matices de la prosa francesa coetánea, y aspiró a trasegar estos elementos a nuestra lengua. El propósito era loable, pero fue demasiado lejos en este empeño. Nájera era esencialmente poeta y su verso se mantuvo casi indemne de los excesos en que incurrió en prosa. En ésta dio en la manía de trasegar al español giros gálicos, palabras y frases en francés y abusó innecesariamente de los galicismos. En sus últimos años atenuó mucho estos excesos. No me cabe duda de que en esta rectificación influyó poderosamente el ejemplo y el criterio de José Martí a quien

Nájera admiraba profundamente. A partir de 1888, Martí fustigó reiteradamente a los escritores afrancesados y miméticos, y Nájera que leía al cubano con gran devoción no pudo menos que haber tropezado con los severos reparos que éste oponía al "galicismo mental" y estilístico. De todos modos, fue Nájera y no Rubén Darío, como el propio nicaragüense —y muchos después de él— proclamó quien inició esta corriente estilística en nuestra lengua. Hasta en el cuento o narración de ambiente parisino se le adelantó Nájera en varios años a Rubén Darío. Esta variedad estilística de viso afrancesado la cultivaron varios modernistas a partir de Nájera, entre otros Rubén Darío, Julián del Casal, Enrique Gómez Carrillo y otros de menor talla, pero no proliferó ni hizo prosélitos entre los prosistas de mayor rango que el modernismo produjo tales como Martí, Rodó, Manuel Díaz Rodríguez, Carlos Reyles, Leopoldo Lugones, Enrique Larreta, Baldomero Sanín Cano, Pedro Prado, Alcides Arguedas y Angel de Estrada. Todos militaron en la corriente por Martí patrocinada.

He creído necesario hacer las precedentes aclaraciones porque los errores de estimativa y enfoque persisten todavía entre críticos incipientes e indolentes que prefieren repetir viejos y cancelados sofismas antes que someterlos a un careo riguroso con la realidad histórica.

El libro del profesor Fogelquist que ha dado pie a estos comentarios viene a diafanizar un aspecto hasta ahora inexplorado del modernismo americano: la visión que de él tuvieron y el juicio que les mereció a los críticos españoles de fines del siglo XIX y comienzos del presente. Como era de esperar dadas la ignorancia que de él reinaba en España y la mentalidad rutinaria, tradicionalista y académica de sus críticos, la reacción fue hostil, y en algunos beligerante y agresiva. En aquella ocasión se evidenció una vez más la verdad que encierra el apotegma de Antonio Machado:

*Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora...*

Entre los más belicosos y que con mayor furia arremetían contra los poetas americanos se destacaban Julio Cejador y Franca, Francisco Navarro Ledesma, Antonio Rubió y Lluch, Antonio Valbuena, Emilio Bobadilla, y Emilio Ferrari. Mucho más moderados en el tono, pero frecuentemente poco comprensivos, eran Miguel de Unamuno y Eduardo Gómez de Baquero. Los dos españoles que durante la última década del siglo parecían tener noción más clara de lo que en América se producía no eran críticos sino poetas: Francisco Villaes-

pesa y Salvador Rueda. Con el advenimiento de la generación del 98 ya entrado el siglo xx, fueron muchos los que se enfrentaron con los críticos hostiles y pedestres y acabaron ganándoles la batalla. Entre los más destacados que vieron con simpatía la insurgencia y el espíritu renovador americanos se cuentan Valle Inclán, Benavente, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Pedro y Andrés González Blanco, Rafael Cansinos Asséns y varios otros. Al triunfo definitivo del nuevo enfoque contribuyeron de manera notable muchos americanos mejor enterados que residieron en Madrid por largas temporadas y colaboraron en la prensa española, tales como Francisco A. de Icaza, Amado Nervo, Rubén Darío, Gómez Carrillo, José María Vargas Vila, Enrique Larreta, y un poco más tarde, Rufino Blanco Fombona, Alberto Ghirardo, Enrique González Martínez, Luis G. Urbina y Carlos Reyles.

El lector se sorprenderá al comprobar en el libro que comento, el éxito instantáneo que tuvo Santos Chocano en España. Ello demuestra el retraso estético y el mal gusto de sus críticos. En cuanto poeta, Chocano es un epítome de todas las máculas que desdoraban la poesía romántica y posromántica americana y española —grandilocuencia rimada, pompa retórica, parlería declamatoria y ausencia de lirismo de buena ley. Santos Chocano es la negación del modernismo y debiera desterrársele de él. Dentro de este movimiento se produjeron varios poetas y prositas de vida poco ejemplar— Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón, Enrique Gómez Carrillo, Rufino Blanco Fombona y Porfirio Barba Jacob, pero Chocano los aventaja a todos en este sentido. Como hombre valía aún menos que como poeta. Tenía alma de lacayo y se pasó la vida buscando a un tirano a quien adular y prostituírsele —Manuel Estrada Cabrera, Pancho Villa, etc. Era venal por naturaleza y no se arredró ante el asesinato. Murió a manos de una de sus víctimas.

Otro americano —sumo poeta esta vez y antítesis de Chocano en todo— corrió también con suerte en España José Asunción Silva. Cuatro años después de muerto era absolutamente desconocido en la Península, pero tuvo la fortuna de que un buen crítico de la generación noventaiochista, Pedro González Blanco, lo descubriera en 1900. Al parecer ni siquiera Salvador Rueda ni Villaespesa tenían noticia de él. González Blanco descubrió en 1900 en alguna revista americana al tercer "Nocturno" de Silva, el más famoso de sus poemas y se apresuró a reproducirlo en la *Unión Ibero-Americana* acompañado de una excelente glosa crítica suya en la entrega del 30 de octubre de aquel año. La crítica de Pedro González Blanco era de gran calidad y sus conclusiones son válidas todavía. Otro buen crítico, Fernando Araujo, reprodujo el poema completo dos meses después en

La España Moderna con otro penetrante juicio suyo en el que reproducía parte del de González Blanco con lo cual quedó Silva consagrado en España. El tercer "Nocturno" es, posiblemente, el más bello, musical, transido y patético poema que el modernismo nos dejó. Es un canto de amor y muerte, de angustia y de misterio, de desolación y desesperanza que no tiene parigual en nuestra lengua. En 1908 apareció en Barcelona la primera edición de las *Poesías* de Silva prologada por don Miguel de Unamuno. El gran vasco, tan inhóspito para el modernismo americano en general escribió, no obstante, uno de sus más valiosos ensayos de crítica literaria en el prólogo que a Silva le consagró. Para ningún otro modernista americano tuvo don Miguel una actitud tan endopática y elogiosa. El "Nocturno" se popularizó inmediatamente en España y fue el más imitado allí de todos los poemas americanos. Hasta Julio Cejador, tan predisposto contra todo lo que de América leía, tuvo conceptos elogiosos para el "Nocturno" de Silva.

Todo lo que aquí se apunta sumaria y muy escuetamente está ampliamente explanado y documentado en el deleitoso libro del profesor Fogelquist. El autor pasó largas temporadas en España escudriñando colecciones de periódicos y revistas y documentándose para escribir este erudito libro de 346 páginas. Lo he llamado "erudito" porque la obra fue escrita a base de sólida y copiosa información, pero está muy lejos de ser una obra de árida erudición. Muy al contrario. El autor es un crítico penetrante dotado de fina sensibilidad literaria y hasta poética. Sus juicios son siempre serenos, agudos y dilucidantes. Está al tanto de la evolución que se ha operado en la exégesis del modernismo en los últimos diez o quince años, y conoce como pocos no sólo el modernismo sino el posmodernismo americanos. El libro que acaba de publicar no es una historia de aquel movimiento sino la reseña pormenorizada y crítica de la visión que de él tuvieron los críticos peninsulares de la transición del siglo, el apasionamiento, la ignorancia y la injusticia con que lo juzgaron, y la tarea rectificadora realizada por la generación del 98 durante las dos primeras décadas del siglo actual. Para ser justos hay que agregar que no fueron los españoles los únicos ni los primeros en denostar a los modernistas americanos. Antes que los españoles le declararan la guerra la emprendieron los escritores americanos de filiación académica y mente atrofiada para quienes las innovaciones e insurgencias modernistas eran grandísimos dislates acreedores a la execración y el vituperio.

Es imposible detenernos más en el análisis de este valioso estudio, tan instructivo como ameno. Representa la alta calidad de las disquisiciones de investigación y crítica que el hispanismo norteamer-

ricano empieza a darnos en el campo de las literaturas de América. Aquí podría citar otros muchos estudios de similar jerarquía aparecidos en años recientes. No creo incurrir en parcialidad ni pecar de injusto si digo que muchos de los estudios de mayor calibre que sobre nuestras letras se han publicado en los últimos doce o quince años se han escrito en los Estados Unidos y se deben a estudiosos norteamericanos. Aunque el interés por nuestras letras data apenas de la década del treinta, empieza ya a dar frutos que no desmerecen junto a los que la literatura española ha inspirado a los hispanistas de aquí. Buena prueba de ello es el libro que el profesor Fogelquist nos ha dado.

JULIO CORTÁZAR Y UN MODELO PARA ARMAR YA ARMADO

Por Martha PALEY DE FRANCESCATO

62. *Modelo para armar* de Julio Cortázar tiene como base el capítulo 62 de *Rayuela*, en el que se habla de un libro que Morelli había pensado, del cual sólo quedaron notas sueltas. 62 es el resultado de la elaboración en torno a esas notas del escritor que Cortázar creara en *Rayuela*. Según una de las notas, era la intención de Morelli "postular un grupo humano . . . que no representa más que una instancia . . . de las infinitas interacciones de lo que antaño llamábamos deseos, simpatías, voluntades, convicciones. . . : fuerzas habitantes, extranjerías, que avanzan en procura de su derecho de ciudad; una búsqueda superior a nosotros mismos como individuos y que nos usa para sus fines, una oscura necesidad de evadir el estado de homo sapiens hacia . . . ¿qué homo?"¹ No es necesario, sin embargo, el conocimiento de este capítulo para entender la obra de Cortázar. El capítulo referido sirve para remitirnos a la teoría (si es que consideramos indispensable saberla de antemano), de lo que Cortázar lleva a cabo en su obra posterior. Sirve también para mostrar su preocupación con el tema, que ya existía entonces. Dice Morelli: "Si escribiera ese libro, las conductas standard (incluso las más insólitas, su categoría de lujo) serían inexplicables con el instrumental psicológico al uso. Los actores parecerían insanos o totalmente idiotas." (418) No sospecharían "que a cada sucesiva derrota hay un acercamiento a la mutación final, y que el hombre no es sino que busca ser, proyecta ser, manoteando entre palabras y conducta y alegría salpicada de sangre y otras retóricas como ésta" (418).

Cortázar llama "relato" a 62, y también explica él mismo el subtítulo, "Modelo para armar", en unas palabras que preceden a la obra: "El subtítulo 'Modelo para armar' podría llevar a creer que las diferentes partes del relato, separadas por blancos, se proponen como piezas permutables. Si algunas lo son, el armado a que se alude es de otra naturaleza, sensible ya en el nivel de la escritura donde recurrencias y desplazamientos buscan liberar de toda fijeza causal,

¹ JULIO CORTÁZAR, *Rayuela* (Buenos Aires, 1963), p. 417. En adelante, la paginación indicada se refiere a esta edición.

pero sobre todo en el nivel del sentido donde la apertura a una combinatoria es más insistente e imperiosa. La opción del lector, su montaje personal de los elementos del relato, serán en cada caso el libro que ha elegido leer.² Efectivamente, no se trata de piezas permutables. Las diferentes partes del relato no presuponen que podemos quitarlas de su lugar y colocarlas donde mejor nos parezca, cosa que por otra parte el libro permite hacer. El "armado" se refiere a una visión total del conjunto, cuando finalmente acabamos de leer todas las partes. El orden existente está determinado por asociación de ideas, por la expresión de efectos antes que las causas. Tampoco se trata de una disposición arbitraria por parte del autor. Todo resulta lógico después de un análisis final. El sentido de la obra se da perfectamente de la manera en que está escrita. Los cristales del calidoscopio quedan fijos en una figura final. Cuando Cortázar dice que será el lector el que elija la manera de leer el libro, se refiere a que es el lector el que tendrá en sus manos el calidoscopio, pudiendo así hacer girar el tubo y cambiar la imagen. En este sentido, estamos en desacuerdo con la opinión de Carlos Alberto Gómez cuando dice que los recursos empleados por Cortázar en esta obra "han resultado insuficientes para traducir por sí solos las intenciones del autor".³ La obra no es fácil de seguir y a veces nos da la impresión de que algo se nos escapa, pero al concluir la lectura y recapacitar sobre los hechos, todo se aclara con facilidad. El hermetismo del relato es relativo. En realidad, las mayores dificultades residen en gran parte en aparentes enigmas que, por otro lado, no afectan fundamentalmente a la comprensión del libro si no se resuelven. Uno de estos enigmas se relaciona con el vampirismo, que tiene un papel de gran importancia en la obra. Se habla de una condesa legendaria a quien le gustaba la sangre, especialmente "el sabor de la sangre de una muchacha retorciéndose atada de pies y manos" (18). Esta condesa es un personaje histórico real, que vivió en Hungría a fines del siglo XVI y principios del XVII. Se llamaba Erszébet Báthory y se pueden encontrar varios escritos sobre sus acciones truculentas y siniestra figura.⁴ La condesa afecta la acción en

² JULIO CORTÁZAR, *62. Modelo para armar* (Buenos Aires, 1968), p. 7. En adelante, la paginación indicada para esta obra se refiere a esta edición.

³ CARLOS ALBERTO GÓMEZ, "Literatura y antropología. '62. Modelo para armar' por Julio Cortázar", *La Nación* (domingo 8 de diciembre de 1968), suplemento literario, p. 5.

⁴ Sobre este tema consultar: VALENTINE PENROSE, *Erszébet Báthory la comtesse Sanglante* (París, 1965) y ALEJANDRA PIZARNIK, "La libertad absoluta y el horror", *Diálogos*, Vol. 1, Nº 5 (julio-agosto 1965), 46-51; para el tema del sadismo en general y las torturas, ver SEVERO SARDUY, "Del Yin al Yang (Sobre Sade, Bataille, Marmorì, Cortázar y Elizondo)", *Mundo Nuevo*, Nº 13 (julio 1967), pp. 4-13.

que se le relaciona con Frau Marta (objeto de sospechas en cuanto a su naturaleza de "vampiro"), y Frau Marta a su vez es un eslabón imprescindible. También otro enigma consiste en la botella de vino Sylvaner que Juan pide sin reflexión previa, y cuyo nombre "contenía en sus primeras sílabas como en una charada las sílabas centrales de la palabra donde latía a su vez el centro geográfico de un oscuro terror ancestral" (24). Cortázar explica que la palabra aludida es *Transilvania*, patria tradicional de los vampiros. La condesa, la botella de vino Sylvaner, Frau Marta, un castillo sangriento, el hotel Rey de Hungría, un retrato en un museo inglés, un libro, una muñeca rota, Monsieur Ochs, un joven muerto en una mesa de operaciones, también abierto como las muñecas, son algunos de los eslabones que ayudan a armar la cadena; pero insistimos, el orden de cada uno de estos eslabones ya está dado de manera irreversible. Aún Juan, personaje de la obra, cuando debe confrontarse con estos eslabones, se da cuenta que están a punto de formar un coágulo "que cuajaba y huía simultáneamente" (10); "que toda ordenación de los elementos parecía impensable" (27). A menudo, Juan tiene la impresión de que todo está a punto de explicarse, pero se disuelve "en el acto de cuajar" (13). El no lo puede resolver; tampoco lo podemos hacer nosotros. Por eso, si bien toda explicación puede ayudar, cada lector debe tratar de componer su propia cadena.

En esta obra hay un grupo central de personajes: Tell, danesa; Austin, inglés; Polanco, Calac y Juan, argentinos; Hélène, Celia, Nicole, Marrast, Feuille Morte, franceses. De las relaciones e interacciones entre ellos surge la acción. Hay varios personajes secundarios, pero no prescindibles, de los cuales algunos no aparecen físicamente sino que se mencionan. Son en general de carácter fantasmal, o reencarnaciones de figuras legendarias como la ya mencionada condesa, o Monsieur Ochs, fabricante de muñecas a las que pone "sorpresas" en su interior. Los personajes que componen el núcleo se reúnen físicamente en el café Cluny, que se convierte entonces en la "zona". "La zona es una ansiedad insinuándose viscosamente, proyectándose" (16). Esta definición de la "zona" coincide con una figura: el caracol Osvoldo, que uno de los personajes guarda en su bolsillo y lleva siempre consigo, y en quien se refugian cuando necesitan distracción, haciéndolo correr carreras. La ansiedad y el caracol se arrastran dificultosamente para tratar de llegar a donde quieren ir. Irónicamente, los esfuerzos del caracol por llegar a la meta se ven siempre frustrados por la aparición de la autoridad (el mozo en el café, el inspector en el tren).

⁵ UMBERTO ECO, *Obra abierta* (Barcelona, 1965), p. 10. Traducción del original italiano *Opera aperta* (Milán, 1962) por Francisca Perujo.

No hay personaje principal en este libro, aunque algunos parecen sobresalir más que otros. Son todos igualmente necesarios para que los demás sientan los efectos de las reacciones que se van produciendo en cadena. Pero los eslabones de esta cadena no se suceden en línea recta, sino que se entrecruzan en cualquier momento y van en distintas direcciones —hacia adelante, hacia atrás, hacia los costados. Hay un "personaje" en otro nivel, "mi paredro", definido así: "Mi paredro era una rutina en la medida en que siempre había entre nosotros alguno al que llamábamos mi paredro, denominación introducida por Calac, y que empleábamos sin el menor ánimo de burla puesto que la calidad de paredro aludía como es sabido a una entidad asociada, a una especie de compadre o sustituto o *baby sitter* de lo excepcional, y por extensión, un delegar lo propio en esa momentánea dignidad ajena, sin perder en el fondo nada de lo nuestro" (23). Nadie podía saber cuándo era o no el paredro de los otros. "La condición de paredro parecía consistir sobre todo en que ciertas cosas que hacíamos o decíamos eran siempre dichas o hechas por mi paredro, no tanto para evadir responsabilidades sino más bien como si en el fondo mi paredro fuese una forma del pudor" (27). A Cortázar no le bastan las manifestaciones del mundo conocido y visible, y así como en *Bestiario* crea las mancuspias, pasando luego a los cronopios, famas y esperanzas, ahora es "mi paredro" que aparece como muestra de lo pobre que es nuestro vocabulario (y nuestra imaginación), para expresar en el lenguaje corriente algo que va más allá de las palabras existentes, y que necesita de un término diferente para poder materializarse.

Como ya lo hiciera en su obra anterior, Cortázar demuestra su constante preocupación por las formas de expresión. En 62, los personajes mantienen diálogos absurdos, "sesiones de infantilismo" (63): "'Guti, guti, guti', dice mi paredro. 'Ostás ostás fetete', dice Tell. . . 'Poschos toquetoque sapa', dice Polanco. . . 'Tete tete fafa remolino', dice Marrast con un dedo admonitorio. 'Bisbis bisbis', dice Feuille Morte" (63). Mayormente se recurre a este tipo de diálogo cuando quieren irritar a alguien, y lo hacen en contadas ocasiones, por lo cual no llega a cansar.

También Cortázar hace uso del lenguaje en ese estilo tan suyo, adjetivando sustantivos y viceversa, usando términos fuera de sus corrientes formas gramaticales: "estaba tan cansado y húmedo y Sylvaner y nochebuena" (52); "Sigo estando sola y Juan no llega y todo es tan rey de Hungría. . ." (89); "avergonzados y temblando y cigarrillo" (168); "Nadie iba a Viena sin visitar la *Figaro Haus* con ayuda de la guía Nagel y emocionarse de nueve a doce y de catorce

a diecisiete, entrada cinco chelines" (78). Este último giro final que encontramos frecuentemente, sirve para introducir toques irónicos, humorísticos o inesperados, aunque el contexto no sea demasiado serio, y que funcionan de manera muy efectiva.

El relato se desenvuelve en torno a diferentes narradores. Cortázar ya había usado esta técnica del cambio de punto de vista, aún dentro de una misma frase ("La señorita Cora"), que cumple aquí una función de importancia, al recalcar el interés de cada uno de los personajes, partes componentes del gran calidoscopio que es el libro. El humor está logrado mayormente a través de las palabras y diálogos, y de las situaciones ridículas en que aparecen algunos personajes, en especial Calac y Polanco. El episodio donde los dos, junto con mi paredro, "naufrajan" en una "isla" de una laguna donde el lugar de mayor profundidad es de casi un metro cincuenta y rehusan ir hasta la orilla, a sólo cinco metros de ellos, para no mojarse los zapatos; con las operaciones de salvataje consiguientes, es uno de los más logrados humorísticamente (198-218).

Una y otra vez Cortázar pone en boca de los personajes la idea central de la obra. Hélène la expresa en una conversación con Juan: "Todo esto pertenece a otra cosa que ocurrió sin que tuvieras nada que ver directamente. Y sin embargo estás aquí por eso, y otra vez tenemos que pensar que nos usan, que servimos vaya a saber para qué" (235). Y más adelante, reafirmando la idea, agrega, "mi paredro tiene razón cuando dice que Sartre está loco y que somos más la suma de los actos ajenos que la de los propios" (246). Según Juan, "de alguna manera . . . todo se cumpliría sin que lo quisiéramos ni lo impidiéramos, en la interminable libertad de elegir lo que de nada nos serviría" (233). Y Marrast, en una carta a Tell, escribe: "¿cuántas combinaciones habrá en esa roñosa baraja que el tipo con cara de pescado está mezclando en la mesa del fondo?" (192). Esta idea de la baraja la expresa también Juan al principio del libro: "sabemos demasiado de algo que no es nosotros y juega estas barajas en las que somos espadas o corazones pero no las manos que las mezclan y las arman, juego vertiginoso del que sólo alcanzamos a conocer la suerte que se teje y desteje a cada lance, la figura que nos antecede o nos sigue, la secuencia con que la mano nos propone al adversario, la batalla de azares excluyentes que decide las posturas y las renuncias" (38). En relación a este juego de naipes —y no olvidemos la predilección de Cortázar por los juegos— podemos ver las distintas partes de la obra, cada una de las cuales constituye un naipe y el total la baraja que Cortázar ha manejado y dispuesto. Hélène trata de reordenar los hechos, se da cuenta que para poder lograr lo que quiere "hubiera sido necesario otro orden" (117). Si pudiéramos

mos reordenar los hechos en base a los componentes existentes tendríamos diferentes combinaciones, del mismo modo que sucede con el calidoscopio: se agita el tubo y se arma una nueva figura, pero entonces, como piensa Marrast, "ya no se podría ser a la vez la mano y la figura" (50). Al ingresar en el juego, en la vida, nos convertimos en una de las partes, y giramos, componiendo figuras que cambian, pero que ya están determinadas, y que dependen de la posición de los demás componentes.

Esta idea se hace extensiva a un medio de transporte que en el relato adquiere una categoría especial: el tranvía. Las vías por donde va componen una figura en su trayectoria. Los pasajeros cambian; cada vez que alguien sube o baja se altera el contenido del tranvía, pero esto no afecta su ruta. Más que el ómnibus, el tranvía no puede apartarse de su camino, por depender de los rieles. Tell hace notar a Juan: "¿No sabías que son Némesis, no los has visto nunca? Son siempre el mismo tranvía, cualquier diferencia se anula apenas se sube, no importa la línea, la ciudad, el continente, la cara del guarda. Por eso cada vez hay menos . . . los hombres se han dado cuenta y los están matando, son los últimos dragones, las últimas gorgonas" (189). Este tranvía del relato se da en la "ciudad", otro componente de importancia en el juego; la ciudad que todos "conocen y temen y a veces recorren" (20). Es el lugar donde pueden reunirse libremente, ser lo que verdaderamente son, sin tener que fingir. "La ciudad podía darse en París, podía dársele a Tell o a Calac en una cervecería de Oslo. . . La ciudad no se explicaba, era; había emergido alguna vez de las conversaciones en la zona, y aunque el primero en traer noticias de la ciudad había sido mi paredro, estar o no estar en la ciudad se volvió casi una rutina para todos nosotros. . ." (22-23). Hay un poema sobre la ciudad donde se dan todos los elementos importantes que ella contiene, y que reaparecerán cada vez que los personajes entren en ella: un canal que la corta por el medio; el mercado con portales y tiendas de fruta; pescaderías; un hotel ("hoteles infinitos y siempre el mismo hotel"); ascensores que suben y se deslizan horizontalmente también; puentes cubiertos; galerías; una calle de aceras altas (32-36). Aunque la acción transcurra simultáneamente en París, Londres y Viena, en cuanto se hace referencia a alguno de estos elementos, sabemos que hemos entrado en la "ciudad". Y así, aunque los personajes no estén en el mismo país en ese momento, pueden encontrarse en la ciudad, atraídos por el imán que ha ordenado que los cristales del calidoscopio formen una determinada figura. En la ciudad hay desencuentros: Juan trata de alcanzar a Hélène dentro del tranvía, pero ella baja en otra esquina; hay misiones que cumplir aunque no se sepa bien en qué consisten: el pa-

quete que lleva Hélène, que pesa cada vez más a medida que se va cargando de podredumbre, y que ella debe entregar a alguien en alguna parte de la ciudad; hay homicidios y hay suicidios. Cuando los personajes vuelven de la ciudad, "acaban por sospechar que detrás de esos torpes, sucios itinerarios se ha estado escondiendo otra cosa, un cumplimiento, y que tal vez sea en la ciudad donde realmente va a ocurrir lo que aquí les parece abominable o imposible o never more" (88). Ese "tal vez" adquiere un alto grado de posibilidad en el desarrollo posterior del relato. Los personajes alcanzan el "derecho de ciudad" que mencionara Morelli.

62 es un relato fascinante. Si bien no producirá la conmoción literaria que causara *Rayuela*, es sobresaliente por sus valores propios.

LA RAIZ DEL FUEGO

(La imagen en Sara de Ibáñez)

Por *Alejandro PATERNAIN*

Introducción

EXCEPCIONAL en el panorama de la poesía en el Uruguay, sonora y dúctil, diestra en las formas, suntuosa y opulenta en el idioma: tales los rasgos sobresalientes de la obra de Sara de Ibáñez, desde "Canto", publicado en 1940 con prólogo de Pablo Neruda. Títulos sucesivos confirmaron esos atributos. "Canto a Montevideo" (1941), "Hora ciega" (1943), "Pastoral" (1948), "Artigas" (1952), "Las estaciones y otros poemas" (1957), y "La batalla" (1967), impusieron el reconocimiento de una aristocracia del espíritu y un hermetismo llevado a cabo como en un dichoso estado de facilidad. La lira o el soneto en manos de Sara de Ibáñez adquirieron la densidad y la riqueza verbal propias de esa línea que puede entroncarse con lo mejor de la producción hispánica del 27 y, en el Uruguay, con la sabiduría idiomática de un Julio Herrera y Reissig. Figura de excepción dijimos, y como tal, solitaria. Salvo las filiaciones apuntadas, ningún contacto con las tendencias de su país revélase en sus libros, ninguna vinculación con el decir de sus coetáneos. La poesía que la antecede se había concentrado en el rigor del lirismo puro, en la parquedad, en la desconfianza del torrente creador, en la búsqueda encarnizada de la perfección. Las corrientes que la suceden, las que se generan a partir de la postguerra, declinaron las armonías del idioma, siguieron los cauces más restrictos de la inmediatez y el coloquialismo y derivaron en el grito de angustia o en la acidez del verso libre, dócil a la denuncia y a la crítica. Sara de Ibáñez excedió ambas tendencias, sin resumirlas. Conservó de sus antecesores, mediatos e inmediatos, el sentido de la poesía como exigencia, como éxtasis formal y como complacencia en el idioma, aunque con una fresca intuición y una gracia que borran todas las huellas de la fatiga y del trabajo. Y respiró el aire de su ambiente, padeció la presión de las desilusiones y de las crisis, los dolorosos y paulatinos descubrimientos del rostro verdadero de un país marginado, de

una sociedad paralizada, de endeble estructuras y malestares crecientes, que afligían a los entonces nuevos poetas. Mas acompañarse con el ambiente, entrar en esa quemazón general no implicó renuncia a un lenguaje que fue, desde el comienzo, enteramente suyo; ni señaló flaquezas ante los imperativos de una poesía concebida en su excelsitud, dignidad y fuerza necesarias para justificar la noble rebeldía frente a las seducciones e insidias de la prosa.

Así, hablar de oscuridad, lejanía o frialdad carece totalmente de sentido. Si su gesto hace pensar a muchos en la esbelta prescindencia de la esfinge, basta el estremecimiento en estos versos sorprendido, para ver cómo la esfinge rinde su secreto, y cómo su secreto se comparte —no por trasladarse a un contexto inteligible— sino por conducir hasta un misterio impenetrable:

En ti soy, de ti vengo, a ti me inclino.
Columnas son mis huesos de tu hoguera.
Sílabas de tu canto es mi camino.

(Pastoral, tiempo III, XV)

El sentido y la imagen

EN su "Literatura uruguaya del medio siglo", Emir Rodríguez Monegal apuntó este juicio: "Nadie ha llevado, sin embargo, como Sara de Ibáñez el verso a ese absurdo lírico tan espléndido: el frío ritmo descarnado, la fusilería de imágenes sin otra dimensión que el objeto que invocan visualmente." En rigor, no admitimos la justicia de tales palabras. Nos parecen erradas en cuanto al centro mismo de la poesía, a la vida de sus imágenes. La sabiduría idiomática de Sara de Ibáñez es, desde el comienzo, una forma incontrastable de sensibilidad, de penetración absoluta entre la intuición lírica y los secretos del lenguaje. Metros, estrofas, rimas, combinaciones rítmicas, tonalidades, acentos, imágenes, no son formas que la poeta se imponga desde afuera en un empeño por moldear la sustancia más o menos informe del hallazgo poético, del discurrir emotivo, de la materia prima del poema; son su modo de ser en el mundo, su respuesta ante la incitación indeclinable de la vida. "Entiendo a la poesía como un ejercicio de misterio", señaló una vez Sara de Ibáñez. "Y en esto no hay superstición. Quizá, sí, convicción religiosa."

Un doble intento perseguimos: prolongar, en un sentido, esas palabras; y esclarecer el significado y las dimensiones de sus imágenes. Ni uno ni otro son excluyentes: antes bien, se sostienen y fecundan

recíprocamente. ¿Será necesaria una revisión exhaustiva de la totalidad de la poesía de Sara de Ibáñez? Bastará, creemos, la lectura de su último libro, "La batalla". Obra metafórica ya desde el título, las cualidades de la poetisa se han decantado; un hálito trascendente congrega sus virtudes y, sin modificar en forma sustancial su anterior producción, es legítimo hablar de enriquecimiento y de progreso. Todo el libro es un tejido de imágenes; una copiosa fuerza metafórica lo recorre del principio al fin. Su dicción aparece enteramente bañada por las aguas de un lenguaje personal y poético de modo tal que ninguna coloración extrapoética se advierte en su mundo. Las declaraciones están abolidas, los conceptos desterrados. La prosa ha encontrado, en este frenesí lírico, en este perpetuo fluir de la palabra incandescente, una valla estupenda e insalvable. Parecería haberse propuesto no hacerle decir al poema; sí, en cambio, permitirle, con una envidiable superabundancia, ser. ¿Queda destruida la significación? ¿Es ya imposible comunicarse? ¿Pierde el lenguaje su faz semántica? ¿Están forzadas las palabras a vivir con una sola de sus realidades, la de la coloración, sonoridad, suavidad u opulencia? ¿No hay "otra dimensión" que la de las imágenes? "Un poema", escribió Octavio Paz en "El arco y la lira", "no tiene más sentido que el de sus imágenes". La afirmación es preciosa para nuestro desarrollo. Preguntarse por el sentido tras las imágenes, buscar un ámbito que las rebase es negar la vida misma de las imágenes y, con ella, la de la poesía. La imagen poética *es* su sentido, en ella hay que captarlo, a ella es forzoso interrogar.

LEEER es recobrar y entregarse a la vez. Un contacto primero con "La batalla" me deja colmado de formas y figuras, de colores y ritmos, de luces y sombras, de sabores y armonías. Todos mis sentidos están en juego, son puestos a prueba, acariciados y desafiados. Hay zonas que aún no exploré, golfos y bahías que no alcancé, senderos en penumbra que no pude o no me atreví a recorrer. Algunos poemas se superponen, se trasvasan en una suerte de aceleradas metamorfosis que no llegan al caos gracias al embeleso en que nada mi conciencia. Quiero entonces reconocer un poema. Vuelvo a él atraído por una flor que no había visto del todo, por el vuelo de las mariposas o abejas apenas seguido, por el brillo del oro o el resplandor de las arenas que me reclaman. Y cuando creo asirlos, la lluvia y la nieve me sorprenden, y me asaltan las llamas y me envuelve el humo, y más allá del humo siento arder brasas, pavesas, rescoldos entre el viento y la centella. Por fin, el río secreto de las horas, los peces,

la espuma, el rocío. También la aurora, y con su gracia, las palomas, las gaviotas, la niebla y las plumas.

Me recobro. Busco un orden. El libro se aparece como estructura. Una segunda lectura se organiza a lo largo de la batalla. Clamores, desafíos, tránsitos, mensajes, apoteosis. Sangre y pasión. Horror y éxtasis. ¿Cómo fue dicha esa batalla? ¿Cómo he llegado hasta ella atravesando los reinos de la naturaleza? ¿Por qué esa fiesta y esa convocatoria de las criaturas del aire y del agua, de la tierra y del fuego? Insisto en la lectura, ahora buscando un orden que responda al del libro. Una propuesta re-creadora. Como el pez en el mar, que hurga en su alrededor sin descubrir lo que le ciñe más íntimamente —el agua misma— así estaba yo. La metáfora central, la batalla, quedó pospuesta: las imágenes me rodeaban y, necesitado de un orden para la captación, las agrupé al modo como los antiguos dividían el mundo: imágenes del aire, del agua, de la tierra, del fuego. Primitivo sistema, sin duda, pero era peor carecer de él. ¿Acaso el lenguaje de Sara de Ibáñez no rebosaba de naturaleza? No siendo la suya poesía descriptiva, no viendo en la naturaleza espectáculos recreativos o deleitosos, ¿es ilícito comenzar el interrogatorio de las imágenes ordenándolas de acuerdo a los elementos de esa misma naturaleza a la que alude? Aire, agua, tierra y fuego constituyen imágenes de por sí, y son a su vez fuente de imágenes. Cada uno de los elementos contiene sus criaturas: aves del aire, insectos voladores y todos los fenómenos visibles sobre el cielo; también el agua se manifiesta en sus diversos estados y aloja sus propios moradores; la tierra es amplísimo receptáculo: desde el producto de sus entrañas (rocas, piedras preciosas, metales) hasta la infinita gama de la vegetación, los bosques, las hierbas, las flores, los frutos. ¿Y el fuego? Es ya secreto, ya manifiesto; se transforma y consume, perdura en el incendio, dardea en el rayo, agoniza enigmático en el humo.

Las combinaciones son infinitas: el agua y la tierra se penetran, varias de sus criaturas viven ya en el uno, ya en la otra; el fuego traspasa el aire y se alimenta de él, las cenizas son disueltas por el viento, la luz espiritualiza los metales, el hielo es agua petrificada, el alba, la gloria del fuego. También las imágenes admiten la incesante alquimia del espíritu; más aún: la imagen es la prueba más alta de su fuerza transmutadora.

Gaston Bachelard, quien cree que "existe alguna relación entre la doctrina de los cuatro elementos físicos y la doctrina de los cuatro temperamentos", estima que el signo del aire, del agua, de la tierra y del fuego responden a almas muy diferentes entre sí. Pero, ¿se da en cada poeta el imperio de un solo signo, con exclusión absoluta de los demás? ¿El temperamento poético es puro? ¿No admi-

te mezclas? Esa "tetravalencia de la ensoñación" de que habla el propio Bachelard, ¿sirve sólo para clasificar la vasta legión de poetas, o puede aplicársela a uno de ellos, para así estructurarlo y comprenderlo, jerarquizarlo y penetrarlo? Una palabra alcanza, enseña Bachelard: "Dime cuál es tu fantasma". Concedido. Pero concédanos también que a ese anhelado fantasma, no único, sí predominante, podrá apresárselo después de buscar entre los otros fantasmas del poeta, tras haberlo rastreado en aquel territorio donde están sus huellas: el de las imágenes.

La cascada y la nieve

RASTREO primero: los ojeadores del agua han buscado y han vuelto con pocas presas. Casi nunca han hallado, en amplitud o en hondura, el mundo submarino de la reconcentración, del inconsciente, del vivir sumergido que recela de la superficie. Tampoco el fluir de las aguas, los ríos en su nuda realidad, ni los torrentes o arroyos. El líquido elemento tiende a evadirse de su natural estado. La nieve, la escarcha o el hielo son las formas que adopta. Los fenómenos de la cristalización, los extremos de la temperatura, la frialdad y el endurecimiento ocupan el lugar de las corrientes aguas. Más que un mundo acuático, su rechazo quizá, o el *estar pasando* de su inmediatez hacia otros ámbitos: "¿Quién eres tú que hasta mi sangre llegas/ en un río secreto de las horas?" (Los mensajes, I). Las menciones del mar, con la excepción de "Intima lid, III", están jugadas en un estricto plano metafórico; por ejemplo, "mar de nieve", "el oleaje animal de las honduras". Un recuento de este rastreo nos permite agrupar las siguientes imágenes: "Flor de nieve", "Cascada inmóvil" (Combate oscuro); "lujurias del granizo" (Combate sor-do); "demonio anfibio que en mi sangre/ nadas hilando tu ascua viva" (Duro combate); "nieve desorbitada" (Blanco); "espuma de leones", "peces de incendiada cola", "contra los arrecifes del nocturno/ salpica torrenciales mariposas" (Amarillo); "picantes puntas de rocío" (Negro), "blando fluir de larva y nieve" (Intima lid, I); "negra nieve" (Ronda); "amargos árboles de nieve" (Los mensajes, I); "Témpano verde" (Los mensajes, II).

Dos rasgos constantes en el empleo de la metáfora por Sara de Ibáñez se comprueban ya: la rapidez y la audacia. Hay en ellas, casi invariablemente, una contrastada asociación, sea de colores, "negra nieve", sea de naturalezas, "espuma de leones", o de movimientos, "cascada inmóvil". A veces son las series de lo humano y lo físico las que se asocian para originar una insólita, inédita realidad: "lu-

jurias del granizo". La sorpresa es otra de sus cualidades, y no la menor por cierto. Buena parte del placer estético reconoce allí su fuente. Pero tras la sorpresa, es necesario recuperar las facultades de observación y discriminación. Una vez agrupadas en torno al elemento agua, o signo agua como hubiera querido Bachelard, la sorpresa cede ante la reflexión. Entre la cascada inmóvil y la nieve ha quedado comprendida la relación de la poetisa con uno de los cuatro elementos. Ambos términos aluden a lo que llamaríamos la evasión del agua, el no reconocimiento de su reino fluido, envolvente, penetrable y oscuro a un tiempo. La forma de aparecer en este libro es casi una desaparición: si líquido, se inmoviliza (la cascada); si sólido, se congela (nieve, escarcha, témpano). Si se manifiesta en algún movimiento, éste es el del granizo, petrificación de la lluvia. No asistimos a la complacencia del agua sino a las posibles coloraciones que de ella derivan, a los volúmenes, a la solidez y a las nítidas líneas. El agua es el elemento de la disolución, de la vastedad idéntica a sí misma, de la refracción, de los límites borrosos, incessantemente cambiados y sustituidos. Es el reino apto para recibir toda forma, no para imponerla. Sólo el hielo la adquiere, pero cuando ha dejado en parte de ser agua y se halla a medio camino de la piedra. El agua determina una suerte de dimensión horizontal y una expansión a ras de suelo: el temperamento poético de Sara de Ibáñez no se aviene ni con una ni con otra. Hay, por supuesto, excepciones: en la sección "Islas", en algunos momentos de "Itinerario", del libro *Canto*, en el poema "El mar", de "Hora ciega", las imágenes del mundo acuático surgen con la precisión, el brillo y el deleite sensorial proverbiales. Pero la batalla en la que está empeñada exige un elemento distinto. Presente en su sensibilidad, el agua no contiene sin embargo su "fantasma". A éste, los ojeadores no pueden hallarlo en el reino del sueño profundo, ni entre sus moradores submarinos. A los restantes elementos habrán de orientarse. Al aire, antes que nada.

Palomas, abejas, viento

VASTA región el aire, vasto mundo de aspiraciones y transparencias. Familias enteras de poetas conviven allí, unas en la pureza y serenidad, otras en la fuerza y en la divina locura del viento. Las hay que siguen el vuelo de las aves, que escudriñan los signos de las alas en movimiento; las hay sabedoras de todos los vuelos de los insectos y de las criaturas de la noche. Inmensidad o pequeñez, agitación o calma: el ámbito aéreo es morada de temperamentos desli-

gados de lo terreno. La pesantez está excluida, pueden ascender, bajar o reposar en zonas intermedias: los elementos de la tierra no les atañen. Insatisfacción tal vez, o ingenuo desprendimiento, afán trascendente aunque sin dimensión vertical, el signo del aire envuelve las aguas sin tocarlas, roza la tierra sin contaminarse. ¿La poesía de Sara de Ibáñez en "La batalla" pertenece a él? Las imágenes del aire o del vuelo son escasas; también las que se organizan en torno al viento. En cambio, son considerables las presencias de las criaturas del vuelo, los pájaros, las palomas (un ave frecuente en esa poesía), las gaviotas. Y luego, otro orden: mariposas y, sobre todo, abejas. No tanto el aire sino los seres que lo surcan. No la fuerza o la quietud de lo invisible e informe, sino el color y el volumen de la forma y lo visible.

"Siempre a mi espalda el negro bosque/ de donde salen cada aurora/ con una muerta flor de nieve/ en la garganta las palomas" (Combate oscuro); "esconded las palomas" (Alerta); "Sobre la flor se ajó la lluvia,/ y un hondo pájaro que abría/ con tierna llama el primer cielo/ cayó gorjeando su ceniza" (Desafíos, I); "Por el camino frío/ se quiebran las palomas"; "mi lengua está vestida/ con abejas de loza" (Blanco); "Crece la luz en círculo de abejas" (Amarillo); "me ha señalado el rumbo/ entre pájaros ciegos que no alcanzan/ todavía los ojos de la aurora" (Negro); "los viejos pájaros dormidos" (Íntima lid, I); "Yo aquí con ojos para ver sin tregua/ cómo sitian los muros/ este brote del fuego que levanta/ mi queja entre los pájaros del mundo" (Prisioneros, I); "¿Quién eres tú que tiendes el oído/ desnudo entre las sórdidas mareas/ hacia el único pájaro despierto/ que en la almendra del rayo picotea?" (Los mensajes, I); "el trueno blando de las gaviotas" (Los mensajes, II).

Nutridas por una larga y sostenida trayectoria simbólica, la paloma, la abeja y la mariposa (y aun libélulas y luciérnagas) involucran la libertad del vuelo y la belleza y la gracia que les son propias. Sara de Ibáñez ha sido no sólo extremadamente sensible a ellas, no sólo se ha deleitado en ellas y con ellas: también ha buscado defenderlas. En realidad, son su propio mundo. Más que elementos, su poesía respira criaturas. Así lo vimos en el caso del agua; así lo vemos ahora respecto al aire. "...esconded las palomas", dice en el poema "Alerta". "Clausurad los perfumes,/ cubrid los manantiales y las gemas;/ *corren peligro todas/ las criaturas bellas*". El ser individual creado, y la hermosura de ese ser, resultan claves de esta poesía. Deseo de belleza, mas también su protección. La actitud y no es contemplativa sino activa: "honrad a la amapola y a la abeja". Los seres individualizados reaparecen una y otra vez. Cuando se

refieren al aire, éste se encuentra siempre en movimiento: "ráfaga alegre de las uvas" (Rosa); "viento de retamas", "desgarrado vendabal" (Amarillo); "el huracán del ascua" (Púrpura); "viento sumergido" (Negro); "ráfagas de llanto" (Triunfo de guerrero). El poder metafórico se mantiene: no se alude directamente a lo aéreo sino que se lo hace aparecer como parte de una nueva entidad.

Volvamos al poema "Alerta". "El raposo de saltos amarillos/ alrededor de la celeste huerta", expresa en sus comienzos. La voz de alerta está dada, los centinelas conocerán en seguida su misión: "Pulid vuestros venablos,/ encended las hogueras,/ la transparente espada/ rigor del cielo en vuestra mano sea". Y luego: "Desde los blancos muros/ que el sitio amado de los dioses cierran,/ dejad caer la muerte sin usura..." Las criaturas bellas son patrimonio de los dioses, habitan en la "celeste huerta". Un indicio de lo sagrado se hace perceptible en este espléndido lenguaje. Lo que el reino del agua no nos había entregado, empieza a cederlo el ámbito del aire. Pero empieza apenas. Pues la búsqueda habrá de continuar en la imaginiería de la tierra, donde lo sagrado germina y se arraiga.

El bosque, el oro y la espada

CENTRO de toda vida, creadora de formas incesantemente renovadas, la tierra es el elemento del cual se parte o al cual se vuelve, metrópolis de cuanto existe. Profundas creencias míticas y mágicas ven en ella la gran madre fecunda que da a luz el trigo y la cizaña, la rosa y la espina, la pradera y la selva, el oro y la escoria, la miel y la araña, el hierro y la harina. Espontánea o avara, es la morada natural del hombre, y también su desafiante y su hostigadora. Son infinitas las criaturas que la recorren, las que echan raíces en ella y las que se alojan en su seno. Está poblada por seres que rehuyen todo contacto con el hombre y por aquellos que sólo a la imaginación humana deben la vida. Piedra, planta, animal: la variedad de cada serie se extiende en interminables catálogos. El hombre no concluye nunca los inventarios, modificados día tras día. Tal riqueza y contrastes tales encienden la imaginación poética. La tierra es el caos y a la vez el escenario de lo concreto y del ser limitado. Es impura y opaca, misteriosa y buena, "terra mater" que alumbra símbolos sin reservarse para sí más que esa condición paridora y maternal. Y aun presta su facultad nutricia a los seres del aire y a las veleidades del fuego. ¿No había de ser éste el elemento por excelencia de una poesía que se alimenta de metáforas, de un lenguaje apoyado en las imágenes, y de unas imágenes que se instalan en la

fusión de la belleza y lo sagrado? A través de "La batalla", encontramos una rica y compleja superabundancia de imágenes de la tierra, de sus seres animados e inanimados. A veces, las imágenes tienen como centro uno solo de esos seres; otras, sus realidades o sus rasgos se entrecruzan, se combinan, nacen a una vida distinta de la que la misma tierra los lanzó. Un orden era necesario (o por lo menos un rudimentario instrumento divisorio) para abarcar esta nueva zona de imágenes. Así, agrupamos por un lado las expresiones referentes al animal, al vegetal y al mineral; por otro, las vinculadas con los objetos de la industria humana.

Las presencias de animales terrestres pueden reducirse a víboras, raposos, caballos, leones, perros. Véanse algunos ejemplos: "En la maraña de sus pasos,/ a la sombra de sus talones,/ andan las víboras sin miedo/ tragando pájaros cantores" (Combate sordo); "El raposo, el raposo.../ ¡Alerta, centinelas!/ Tras él vendrán, tras el hediondo rastro/ vendrán los otros con picantes lenguas,/ con malas uñas, con oblicuas hambres,/ a sitiar la encumbrada ciudadela" (Alerta); "¡Qué lento mi caballo/ por la pradera sorda!/ Los cascos oprimidos/ por una densa rosa,/ su andar de piedra y nube/ sobre la intacta aurora" (Blanco); "Cruza el hierro entre el campo y mi agonía/ (nunca tan hondo el cielo)./ Las bestias serénimas esparcen/ su alegría de hierba al sol secreto" (Prisioneros, I); "Como un león en fuga por sus llamas/ cae la sed" (Apotheosis).

El mundo vegetal, en cambio, es amplísimo. La facilidad combinatoria de Sara de Ibáñez se ejerce en él con estupendo brío y felicísima capacidad visualizadora. Bosques, hierbas, flores, viñas, praderas, oasis, hojas, jardines, son convocados a fin de otorgarle a su lengua una especie de textura sobre la cual se desenvuelvan todos los posibles procedimientos artísticos. Las cosas de la naturaleza vegetal convertidas en palabra vienen a ser como el habla natural de esta poesía. Hay pasajes en que el objeto, acompañado de un adjetivo, se convierte en una entidad misteriosa, cargada de prodigios: "Siempre a mi espalda el negro bosque/ de donde salen cada aurora/ con una muerta flor de nieve/ en la garganta las palomas" (Combate oscuro); en otros, la adjetivación es una cualificación orientada en el sentido de lo real: "Crispados ramos" (Combate oscuro); "flamantes lilas" (Desigual combate); "lejana flor", "pobre corteza" (Clamor guerrero). Pero en otros pasajes, la adjetivación se torna audaz y el lenguaje poético afirma sus rasgos personalísimos: "adultos jardines" (Combate oblicuo); "ácidas rosas" (Duro combate); "borrado bosque" (Clamor guerrero); "flores leprosas" (Desafíos, II); "pradera sorda" (Blanco); "tierra melodiosa", "rasgadas flores", "musgosos cielos" (Amarillo); "Entre lutos de flor

y frías bayas" (Los mensajes, I); "dalias ciegas", "fastuosas purpúreas ramas", "tránsito agudo de la rosa", "pradera labrada en oro musical" (Apoteosis). A veces, la metáfora aparece dotada de movimiento y, si se quiere, de redoblado poder sugestivo: "en un redonde vértigo de flores" (Triunfo de guerrero); "los cabellos fundidos en raíces/ que van abriendo turbulentas lamas" (Atalaya); "Mientras el polvo en que se duele el mundo/ curva su flor..." (Combate imposible). En otros momentos, las imágenes se alían para presentar la intensidad de un combate que tiene toda la fascinación y la angustiosa incertidumbre de la búsqueda: "Y yo levanto cada piedra,/ cada revés de flor me incita,/ y me aventuro cuerpo a cuerpo/ con la astucia de las espinas" (Duro combate); "El campo gira en torno, gira y crece/ llenos de hierbas ácidas que buscan/ en la sangre los tibios bebederos/ descujados del canto y del gemido" (Vivac); "Tú estás entre estas dulces hojas/ que de sus diáfanos latidos/ entre tardos gestos de luto/ a frágil cobre han descendido" (Desafíos, I).

Poemas hay en los que la imagen proyecta una luz intensísima y origina una atmósfera donde las cosas se bañan en un resplandor mágico, sin perder por ello la nitidez ni la tonalidad de perpetuo mediodía en que refulgen. Intima lid, II (un soneto octosilábico, ejemplo estupendo de celeridad, exactitud y flexible contorno) comienza con estos dos versos: "Yo andaba en lumbre de olivos/ y en luz de viña madura".

El mundo mineralizado va desde las metamorfosis de la piedra ("bloque de piedra fría y transparente", "las malheridas piedras", "su andar de piedra y nube", "aquí la piedra que a su luz sombría/ de un sorbo gris y largo me incorpora/ como una vaga fuente de cenizas/ donde el llanto quemó la última rosa"), hasta la magnífica maleabilidad del oro ("mirada de oro", "Tú no estás en la sombra verde/ ni en la violeta sumergida,/ ni tampoco en el oro fresco/ que gotea tenaz la viña", "minutos de oro", "rostro de oro", "los ciegos bosques de oro"). Y también los zafiros, los diamantes, las gemas, en testimonio de esa voluntad de embellecimiento que anima en buena medida la lengua de Sara de Ibáñez. "Clausurad los perfumes, cubrid los manantiales y las gemas", dice en "Alerta", ante el peligro que supone la proximidad de los raposos. Pero tal afán de cercar la hermosura del mundo no le impide, dentro del ámbito de lo mineral, designar lo que difícilmente se concibe en su individualidad o en su hermosura y sí en su multitudinaria existencia, en su condición pasiva, residual o solapadamente destructora: guijarros, arcilla, arenas, polvo. Obsérvese esta transformación de las risas, este endurecimiento y esta disgregación de las cosas hu-

manas: "Risas que de las médulas del miedo/ hacen guijarros de agresiva espuma/ con un chisporroteo arrepentido/ y en muerte de cristal cruzan el aire" (Vivac). O esta aniquilación, crispada de dramatismo y angustia: "Aquí desciendo de mi antigua estatua/ bruñida por los cánticos marinos,/ de sorda arena herida las palabras/ hasta caer sin ojos en el frío" (Rosa). En "Apoteosis" se lee: "Largas arenas y cenizas caen"; y en "Los mensajes, II": "¿Qué haces ahí sentado sobre un témpano verde/ (mientras el humo cruza sus ramos en mi rostro)/ cubierto por el trueno blando de las gaviotas/ (mientras baja mi sangre a esperarme en el/ polvo). Sin olvidar esta honda estrofa de "Combate imposible": "Mientras el polvo en que se duele el mundo/ curva su flor, su lágrima troque-la,/ y entre los tersos cánticos del día/ sordas espadas con su vuelo templá".

Un nuevo objeto, cuya procedencia se halla en el reino mineral pero cuya forma y destino son debidos al arte y a la mano del hombre, ha ingresado en la estrofa recién citada: la espada. No es necesario repasar los momentos en que se la nombra. De acuerdo al título y a la estructura del libro, en lógica relación con la simbología guerrera y con los otros objetos bélicos (lanza, casco, escudo) la espada absorbe la atención de la poetisa; se combina con las flores, con la niebla, con el hielo; relumbra y se mueve con tal espontaneidad que más parece criatura de la naturaleza que objeto fabricado para la lucha y la muerte. Arma antigua, bruñida por siglos de honra y de significados, la espada participa de la secreta vida que late en todas las cosas de este lenguaje lírico. Tanto en "La batalla" como en sus libros anteriores, la autora demuestra una preferencia por los seres de la naturaleza y por los objetos naturalizados, cuya intensidad ningún lector o gustador de poesía puede dejar de interrogar. La espada traza una frontera: más allá no pasará este lenguaje, los instrumentos del hombre quedarán excluidos; el contorno humanizado (hasta el delirio casi) que muestra el mundo actual, será desterrado. Así, logra rescatar una atmósfera bucólica para sus poemas, un colorido pastoral exento de toda rusticidad, sabiamente refinado, despojado incluso de concesiones idílicas, a salvo en su ceñido hermetismo. El ensueño bucólico puede ser inmanente, sin más motivo que la insatisfacción o el desprecio. Pero puede ser —como la tradición lo enseña— inesperadamente trascendente, vía normal hacia lo sacro. El trazo de la espada es flamígero. Su luz revela más que lo que habían revelado el agua y el aire. ¿Lo revela todo? Nos resta enfrentarnos con el fuego cuya ramazón resplandeciente, que anticipó el brillo de la espada, hunde sus raíces en la tierra.

La raíz del fuego

A TEMPERADO en los comienzos del libro, mostrado en sus huellas o en sus residuos —tizones o cenizas— el fuego abarca mayor y más complejo caudal de imágenes a medida que nos aproximamos a la culminación, a esa "Apoteosis" de encendido tono en que la batalla se resuelve. Desde la llama al humo, todas las formas del fuego rozan la materia poética: ascuas, brasas, pavesas, tizones, resoldos. La etapa que linda con el aire y el polvo, la gris disolución de lo ígneo —la ceniza— es figura frecuente. Y también las entidades intermedias entre luz y fuego: el relámpago, el rayo, la centella. Algunos ejemplos mostrarán cómo la imaginación del fuego se inserta en la carne de los poemas. "Sobre este muro frío me han dejado", se lee en "Atalaya", "con la sombra ceñida a la garganta/ donde oprime sus brotes de tormenta/ un canto vivo hasta quebrarse en ascuas". En "Combate oscuro": "Resisto apenas: no hay pregunta,/ sólo un silencio sin historia,/ pero mis huesos crujen sordos/ y la ceniza me corona". En "Duro combate", la imagen del rayo adquiere una vibrante hondura: "Ciego combate y busco a ciegas,/ mientras me invades y me esquivas,/ el solo rayo de la muerte/ que no me mate a tu medida". "... detritus del rayo" (Vivac); "turbión de ajados rayos" (Clamor guerrero); "cenicientas lágrimas" (Amarillo); "huracán del ascua" (Púrpura), son imágenes que resisten la extracción de su contexto y perviven como criaturas significativas. En algunos poemas —el segundo de "Intima lid", por ejemplo— las imágenes del fuego recrean un vivir, un sentido de lo corporal que es certidumbre y sugerencia a un tiempo: "Yo andaba en lumbré de olivos/ y en luz de viña madura,/ la boca una brasa oscura,/ las manos, tizones vivos". En otros, la imagen organiza una estructura rítmica y sonora al adoptar la condición de estribillo: "el amarillo galope/ de su palafrén de fuego" (Prisioneros, II). Tal expresión, con un aire de suntuosa lejanía en el espacio y en el tiempo, se reitera en cinco de las siete estrofas del poema, mientras que en la primera y última se introduce una variación: "El enemigo anda ausente/ sobre un palafrén de fuego"; "... ausente, al tenso galope/ de su palafrén de fuego,/ el enemigo me ignora/ y yo soy su prisionero".

En "Ronda", hermoso ejemplo de lenguaje ceñido y rico, de hábil manejo del eneasílabo y de enérgica síntesis de un proceso interior, las imágenes del fuego están ordenadas de modo tal que pautan ese mismo proceso al dar tres momentos capitales: relámpago, llama, ceniza. He aquí el poema:

En los confines de la noche
 un árbol brilla, sangre y oro;
 muerde sus ramos la distancia,
 bruñe relámpago su tronco.

Negro camino, negra nieve
 entre mi pecho y el tesoro.
 Los duros labios de la esfinge,
 su aliento audaz sobre mi rostro.

Soldado triste, hambrienta boca.
 La noche punza llena de ojos,
 y en la enemiga huerta pende
 llameando el fruto silencioso.

La mano tiendo, el pie deslizo,
 voy a cruzar el campo sordo:
 voy a gritar hasta la muerte;
 que alce la espada su meteoro.

A ras del fúnebre horizonte
 quiebra mi voz su vuelo ronco,
 y una manzana de ceniza
 rompe en mi lengua su agrio copo.

Cada una de las estrofas en que fulgura una imagen ígnea está separada por un intermedio donde se concentran las ansias, los afanes, el movimiento: un desafío, el de la esfinge primero; el comienzo del acto de asir, de atravesar un linde, después. Todos los objetos son mágicos y reales simultáneamente. El brillo del árbol es sobrenatural, la distancia a que se encuentra parece inconmensurable. ¿Dónde está, realmente? ¿Lejos, o en la intimidad del alma? Al principio, su visibilidad es la del relámpago: deslumbra, estremece, atrae. ¿A qué árbol se alude? Un artículo neutro lo designa apenas. Sin embargo, sus sangres y oros lo acercan a la visión, llena de nostalgia y de promesa, del árbol de la vida. Esa "enemiga huerta", esa mención del "fruto silencioso", ¿qué significan? Hay un deseo perdido en la noche, hay una tristeza y un hambre que duelen y que buscan. En la proximidad, el fruto llamea, se inflama, adviene a su plenitud, es más seductor que nunca, y más deseado que nunca también: "La mano tiendo, el pie deslizo,/ voy a cruzar el campo sordo". Es el fuego en su verdad y en su vivacidad. La luz ígnea del relámpago quedó atrás. Criatura inquieta, el fuego es señal, huma-

na o divina. Un centro sagrado late en cada llama. Es deleite y furia, purificación o catástrofe. Congrega y destruye, propicia el amor y el terror desenfrenado. Al hacerlo nacer, el hombre participa de lo sagrado. La sombra de Promoteo asiste cada gesto de encendimiento. Ni el aire, ni el agua ni la tierra permiten al hombre una comunión tan misteriosa y embriagadora con las potencias divinas. A sabiendas o no, el fuego se convierte en signo de todo poeta que, al tornarse consciente de su poesía, intenta penetrar en el recinto sacro del acto creador. "Enemiga huerta", "fruto silencioso": ¿no son acaso los símbolos de ese intento devorador? ¿Y no involucran al árbol de la vida, de la vida del poeta, la cual no es otra que la de su misma creación? Pero, ¿se obtiene finalmente el fruto deseado? La estrofa final contiene una respuesta: la ceniza es sucesora del fuego. ¿Fracaso? ¿Decepción? ¿Ley ineluctable? ¿El sabor del fruto deseado es sólo "agrio copo" de ceniza en la lengua? Relámpago, llama, ceniza, tres hitos de un proceso que puede operarse en un doble plano: el del drama del acto creador que busca su esencia, y el de la vida misma del poeta quemada en esa búsqueda.

Una cosa podemos retener como segura: el signo del fuego acierta con más justeza que los otros en el centro de la poesía de Sara de Ibáñez. Compromete mayor cantidad de elementos, organiza más firmemente algunos poemas capitales. Y no sólo en sentido cuantitativo: también el fuego permite penetrar aquellos estratos en los cuales se aglutinan las experiencias primordiales del libro. Por supuesto, no resultaría sensato esperar hallar la imagen única de la llama. Siendo el fuego elemento cambiante, de movilidad continua, también sus imágenes se suceden y transforman. El agua, el aire y la tierra pueden permanecer en sus estados; ninguna ley les exige el cambio, y menos, el cambio acelerado. Pero el fuego devora, altera, se sobrevive en la mutación. En una palabra, es transitorio. La duración de la llama tiene límites: nace y muere. Deja huellas, trazos, rastros, es casi humano. Sus presencias son breves, sus ausencias están llenas de señales y memorias. Una ultravitalidad, según Bachelard, lo define. Mantenerlo requiere atención y esfuerzos. Impone a la imaginación y a la sensibilidad lo que ningún otro elemento: la necesidad de un más allá perdurable. El fuego eterno es deseo más que realidad. Tendencia hacia lo sagrado.

Si se vuelve sobre la estructura general del libro, si se repiensa su título, revisando cada uno de los poemas, y se los vincula con la revelación de los signos del fuego contenida en una sola composición —"Ronda"— es lícito entonces reconocer una clave: la batalla supone la creación, es el proceso de creación, en el cual se involucran, obviamente, las vicisitudes, las tensiones, los riesgos y las glo-

rias de la creación poética. Hacer poesía implica batallar: la aseveración no es nueva, pero conviene actualizarla, en momentos en que los quehaceres líricos de hoy suelen arribar, por el ancho cauce de la facilidad, a un olvido de cuanto significa esfuerzo, combate con el idioma, búsqueda de la perfección entrevista; y a una creencia ingenua en la posibilidad registradora del poeta, en su mera condición reflectora de su época, su ambiente, su clase social. El poeta no es testigo sino combatiente: todo le hace guerra, incluso sus propias virtudes, con más encarnizamiento, tal vez, que sus defectos.

Visto así, el libro se abre y se muestra como una "poética": cada poema de la sección "Los combates" apunta hacia distintos modos de acceder al fenómeno lírico; el "Vivac" congrega "los rostros de los cautos veladores", la vasta cofradía de oficiantes del verbo; el "Alerta" es el grito desgarrado ante la proximidad de los enemigos de la poesía y la inminencia de su ataque. Los "Desafíos" personalizan la lucha hasta llevarla a la "Íntima lid", corazón del libro, núcleo de la batalla librada en la terrible compañía de sí mismo: "yo y yo, enemigo y enemigo,/ caigo en mi fuente, y me devoro". Y luego los "Mensajes", las preguntas dirigidas al adversario o al misterio, al fantasma del propio corazón o a la entraña de la poesía. Y el triunfo del guerrero, "muerto, al fin, de espléndidas heridas", y la "Apoteosis", el acorde final de la resolución y de la unidad, el tránsito hacia la música una en la que todos los cánticos —todos los actos creadores— vierten en los oídos "un solo son, y para siempre escuchan".

Antes, en "Los mensajes, I", había hablado la poetisa de una música sola, tras preguntar tres veces, ¿quién eres tú? Esa extraña entidad interrogada ha puesto en carne viva la codicia del saber y del apresar del guerrero: el tú aludido tiembla ante el canto, tiende "el oído/ desnudo entre las sórdidas mareas/ hacia el único pájaro despierto/ que en la almendra del rayo picotea" y llega hasta la sangre "en un río secreto de las horas". Reparemos en dos versos: "el único pájaro despierto/ que en la almendra del rayo picotea". Una condición de vigilia y de soledad otorga al pájaro los perfiles del vivir poético, o los del mismo poeta; y esa fugacidad frutal donde él incide, esa "almendra del rayo" a la cual picotea, ese misterio cristalizado en la metáfora, apresado en ella, convoca la inasible, dura y dulce realidad de la poesía. Un trazo deslumbrante, una línea en la inmensidad, un instante de fuego y luz en la tiniebla, un rayo la poesía. Un relámpago también. Un modo velocísimo de brillar y de herir, como la metáfora. Como

esta música sola, este seguro
relámpago en que Dios jamás se explica,

tal cual se lee en el mismo poema. La seguridad y el hermetismo (o la seguridad del hermetismo) signan ese relámpago, esa instantaneidad de luz y fuego cuya raíz nutre el cuerpo de la metáfora. Así, ésta pone en contacto con lo divino sin que lo divino pierda su carácter de enigma. La metáfora puede, incluso, identificarse con el ser mismo del hombre —una música sola, un relámpago— una posible apertura hacia lo sagrado sin que la esencia misma de lo sagrado concluya de develarse.

También el segundo poema de "Los mensajes" se inicia con una interrogación:

Qué haces ahí sentado sobre un témpano verde
(mientras el humo cruza sus ramos en mi rostro)
cubierto por el trueno blando de las gaviotas
(mientras baja mi sangre a esperarme en el polvo)

con tanto mar de nieve, con tan redondo olvido
(mientras me cabe apenas tu nombre en la garganta)
mirándote en los ojos estancados del tiempo
(mientras rompen mi lengua las últimas palabras)?

Pero un tenso contrapunto lo recorre: al tú interrogado se opone un yo, el cual se define y sitúa:

Tú frío entre jardines de tonantes blancuras
(yo brizna de pavesa, desmemoria del fuego)
vivo como una fuente que el relámpago asiste
(yo con los pies perdidos en el umbral ajeno).

Las imágenes del fuego reaparecen: "yo brizna de pavesa, desmemoria del fuego". El yo ha quedado reducido a un mínimo rastro de lo ígneo, a una sorprendente filamentación de partecillas inflamadas. Y por último, a una pérdida no del ardor, sino de la memoria misma del fuego. ¿Comprobación serena? ¿Angustia? ¿Remordimiento? ¿Asombrada certeza de haber abolido el ardor de ese signo, luego de haber puesto en él tanta energía de adoración? ¿Es concebible una memoria, un mundo, que no guarde recuerdos del fuego? ¿Es concebible, al fin, el fuego —amor, pasión creadora, aspiración a lo sacro— olvidado de sí mismo?

El soplo de la nada

OTRA pregunta puede sernos formulada: ¿qué se encuentra tras las imágenes de Sara de Ibáñez? ¿Qué significan realmente la batalla y su continuo despliegue de metáforas? Tal interrogante ha sido, empero, cuidadosamente evitado. De no hacerlo, nos hubiésemos obligado a una traducción de los poemas, a una prosificación de lo que no nació como prosa, a una explicación de textos cuando se trataba, no de textos inertes, sino de metáforas vivas. Y hubiésemos coincidido con quienes, al querer traducirlas, han escrito que en ellas hay sólo juego de la imaginación, sin otra dimensión que el objeto invocado visualmente. Pero si se sintiese necesaria esa pregunta, si resultase ineludible aun para el lector avezado, consciente de la realidad de la imagen (y de su trans-realidad no en el plano de lo traducible sino en el del sentido adonde apuntan), pudiera formularse siguiendo el curso impuesto por lo metafórico: ¿qué encuentra en la batalla —efectiva batalla— Sara de Ibáñez? ¿Qué conquista, qué trofeo, qué heridas, qué vencimiento le son deparados? ¿Qué presencia o ausencia se descubre en el acto mismo del batallar? ¿Dios? ¿El silencio? ¿La nada? Término frecuente en el libro que antecede a "La batalla" —"Las estaciones"— donde uno de los más hermosos poemas se titula, precisamente, "Nada", alcanza ahora una indisimulada fuerza, una relación trágica con ese yo que irrumpe en los versos de "La batalla":

Oh hueco, ausencia de raíz y espacio,
 hueco del hueco, rabia de la nada,
 sordera de la forma, yerta huida
 de flor llorada en un no ser sin tregua.

(Apoteosis)

Y en "Atalaya", el poema inicial, la nada se anima, se mueve, actúa:

yo aquí, velando, los desiertos ojos
 quemados por el soplo de la nada.

Pero difícilmente sea la nada la realidad absoluta alcanzada luego de los combates, los tránsitos, la apoteosis. Ese soplo que quema y espanta, que hiere o aniquila, no implica, necesariamente, lo definitivo. Es un soplo, y como tal, errante y conjurable. ¿En qué forma? La batalla y la simbología guerrera son los objetos rituales: hay que luchar contra el soplo de la nada. La aventura poética, la

aventura creadora, es una forma de lucha. Metáfora abarcadora, matriz en cuyo seno se gestan las demás metáforas, la batalla supone la presencia, y aún más, la oposición de un otro. Dicho con mayor énfasis: del Otro. ¿Es el sople de la nada el victorioso? ¿Es la quemante nada la substancia del combate? ¿O es el sentir, en la vibración de las propias armas, el castigo y la respuesta de las armas del Otro? Traslación de la realidad, nueva realidad entre las entidades fácticas del mundo, la metáfora de la batalla supone la existencia del Otro. Ente realísimo o fantasmal, ser verdadero o apariencia, el Otro está en la metáfora, y la metáfora lo convoca.

Un segundo plano de interpretación se presenta: el del acercamiento a lo sagrado, el de la pugna por la unificación con el escondido principio de las cosas, el del doloroso, arriesgado, peleado tránsito hacia el misterio del mundo. Trascendencia, divino frenesí, tal vez experiencia mística: tales connotaciones pueden aducirse como calificativos de esta poesía, o pueden rechazarse en nombre de un saneamiento inmanentista para el cual las apelaciones a lo divino antes entorpecen que aclaran el sentido de un poema. Sea como fuere, este segundo plano no excluye ni contradice al anterior, aquel en el cual veíamos la batalla como la representación de la lucha creadora, como la encarnación de la esencial aventura poética. Antes bien, lo asume y lo enriquece, pues los combates de un poetizar enraizado en el signo del fuego son también los combates por el acceso a lo sagrado. Ambas formas de la batalla implican una existencia devorada por el ardor, una combustión como destino, una vida cuyo sello es "el pecho más buscado de las llamas". Todo se incendia en este empeño, todo es tocado por el fuego: la pluma del vuelo trascendente, el salterio y la flauta de la música y el canto. Así, en "Apoteosis", leemos:

Como león en fuga por sus llamas
cae la sed; la ráfaga del yermo
se despeña cuajada por la muerte,
del erizado borde en las alturas
contra el negro remoto, un pozo frío
a donde asoman rostros iracundos,
y entre los burbujeos de la sombra
plumas quemadas en celeste clave,
rescaldos de salterios y de flautas.

Los dos últimos versos, prodigios de aliteración, firmes asideros de la memoria para su paladeo verbal, permiten la transición hacia el yo que consumará el poema, y con éste, el proceso de la batalla:

Cae mi sangre, por fin, en las fastuosas
 purpúreas ramas donde muere el viento
 y desenvuelven su llagado brío
 las dalias ciegas que la noche entonan.
 Caigo sin fin, asido a un dulce duelo
 como el tránsito agudo de la rosa,
 y bajo mis rodillas abolidas
 estallan los oasis, y los labios
 corean mi retorno; los oídos
 abiertos en mitad de una pradera
 labrada en oro musical, escuchan:
 —las flores suben sin temor— escuchan
 un solo son, y para siempre escuchan.

Múltiples virtudes del lenguaje de Sara de Ibáñez están aquí conjugadas: ductilidad del endecasílabo blanco, encabalgamientos acordados con las fluctuaciones de la corriente anímica, riqueza imaginativa, suntuosidad del léxico, brío del acento. La crítica ha exaltado, casi siempre, su pericia técnica y su dominio de los instrumentos expresivos. "Nadie", dijo José Carner, "maneja hoy la lengua española con más ciencia, felicidad, facilidad y melodiosa dulzura que Sara de Ibáñez"; Jorge Carrera Andrade pensó que la única fiesta que acepta es la de las palabras; Anderson Imbert señaló que Sara de Ibáñez "somete el frenesí de su lirismo al rigor de versos de perfectas formas"; y Domingo Luis Bordoli, en su "Antología de la poesía uruguaya contemporánea" anotó que ha "llenado el mundo, su cuerpo y su alma, de los más suntuosos esplendores, pulidos como metales, que ha quizá producido la poesía femenina en América. La recurrencia a Sor Juana Inés de la Cruz hácese bien obvia, en ciertos casos".

Inútil sería proseguir la enumeración, puesto que la trayectoria artística de la autora se halla signada por virtudes análogas. Pretender exaltarlas ahora, a propósito de "La batalla", resultaría redundante. Vincularlas con los sentidos del libro parece, en cambio, más fructífero, y tal vez más incitante y polémico. Sin duda, el hermetismo de su lenguaje es motivo no menor de controversias e incluso, en el público ambiente de los quehaceres líricos, razón de sobra para escándalos. ¿Se justifica, hoy, un lenguaje hermético? ¿Responde a las exigencias de la difusión y de la nivelación cultural? ¿Conforma al gusto actual, urgido y versátil? Dicho en atención a los lugares comunes: ¿el hermetismo de esta poesía pertenece a la época? La tentación simplificadora o la escasa resistencia a las modas inclinarían a responder que, en el "ahora" más estricto, en

el aire poético que se respira, o se quiere respirar, el lenguaje de "La batalla" estaría proscripto irremediamente. Pero si se atiende a los sentidos en que esta poesía desemboca, se advertirá la profunda conexión con su tiempo, con su época, con su "ahora". La búsqueda de lo sagrado, el empeño por su develación es tal vez la empresa más dificultosa y dramática, más frágil y más incierta, más oscura y quemante de cuantas puedan ser asumidas en el mundo actual. Siendo éste, precisamente, un mundo desacralizado, en trance de quebrantar su coherencia y de volverse irreconocible como un "cosmos", todo rastro de las huellas de Dios escogerá —al modo de fatal camino— el lenguaje excepcional, mezcla de delirio y profecía, el lenguaje del enigma, la textura de imágenes, la fórmula secreta, el gesto o la magia del hermetismo. Si el mundo actual se debate —sorda, insidiosamente— en una cada vez más difícil relación con lo sagrado, si tales contactos se verifican en la excepción de la conciencia individual y ésta, por su parte, se encuentra paulatinamente aislada, ¿qué lenguaje puede ser el de esa relación sino el de lo excepcional y lo hermético? "La batalla" no propone un lenguaje liquidado, la poesía que contiene no está abolida: en ambos se confirma el aire que soportamos en nuestro tiempo; en ambos se palpa la fisonomía de nuestro mundo, más compleja y diversa de lo que sospechamos. El soplo de la nada nos llega a todos, la batalla implica no solamente a quien la vivió, la padeció y la dijo, sino a todos nosotros también. Pues la expectativa de lo humano se cierne sobre el combate decisivo en el que lo sagrado se reasumirá en un nuevo mundo o se lo perderá definitivamente, tras lo cual advenrán o no un hombre y un mundo imposibles de concebir. Y esa batalla se nos figura, o se nos prefigura, gracias a la vida misma y al sentido de la poesía, presentes en sus imágenes, en ellas y por ellas encarnados.

LA NOCHE DE LOS ASESINOS

Por Julio ORTEGA

La *noche de los asesinos*, del cubano José Triana (n. 1931) es una de las obras latinoamericanas que más certeramente parece anunciar una renovación formal de nuestra escena. Si el teatro latinoamericano ha venido mostrando una rigidez expresiva monocorde, a diferencia de la ambición formal de nuestra novela, parecería que en la última década una voluntad experimental anunciase la posibilidad de su renovación. Hoy resulta más claro que incluso la pretensión crítica que ese teatro desarrollaba está condicionada, en su posibilidad de penetración y validez artística, a su capacidad de expresión, a su apertura formal.

La pieza de José Triana es una obra que se plantea de modo concreto la situación formal de la escena actual. Teatro de la crueldad —a la manera como puede darse en América Latina la crueldad, o sea a través de la violencia—, y teatro también crítico —porque esa violencia siempre hace estallar un mundo establecido—, esta obra de Triana es de una gran eficacia, en primer lugar, teatral: toda ella es un plan ajustado para asaltar al espectador, para comprometerlo en su obsesiva rebeldía, en su organizada violencia. A su modo, esta pieza también resume las exploraciones de la vanguardia teatral para plantearlas con una calculada agudeza desde un prisma latinoamericano.

Tres hermanos —Lalo, Cuca y Beba— se han encerrado en un sótano o desván —espacio por lo tanto marginal de la casa— para someterse a una suerte de juego secreto y reiterado en el que asumen la posibilidad de dar muerte a sus padres. Toda la pieza se plantea esa posibilidad ambigua del asesinato, revelando que estos personajes practican una suerte de exorcismo patético, de misa negra de la rebelión, de prólogo a su perseguida libertad. Exorcismo porque la conciencia requiere purificar el acto del crimen planteándolo ante la justificación y la culpa, pues la obra insiste en la múltiple culpabilidad de la existencia; y de aquí el patetismo, pues el desarrollo del juego —la proximidad al crimen figurado y el juicio de ese crimen que plantea la culpabilidad múltiple— es un progresivo ahondamiento en el infierno de esa situación hecha de violencia y rebeldía. Rebeldía porque el asesinato de los padres, más allá del crimen, es la única posibilidad planteada para abolir un mundo de fracaso y de extorsión, un mundo establecido que aprisiona a los hijos condenándolos al fracaso de la docilidad y el miedo, a la funesta dependencia total. Este asesinato es por

lo tanto la condición de la libertad individual, el acto irreversible que independizará a los hijos devolviéndoles su mellada condición de hombres libres.

La rebelión por la libertad individual aparece, así, en el exorcismo del juego: los hijos juegan —en el sentido más comprometido de esta palabra— a matar a los padres porque el juego es el espejo de la conciencia, el espejo de la realidad, su espacio nuclear. En el mecanismo de la obra Lalo dirige este juego mientras que sus hermanas, alternativamente, tratan de salirse de él, abatidas o temerosas, porque entienden que van cada vez más al fondo de la metáfora planteada, o sea que se acercan al mismo crimen convertido en pura finalidad. Lo curioso es que el juego absorbe de tal modo la situación planteada por la pieza que el nivel de realidad, de normalidad si se quiere, empieza a borrarse y el juego parece constituirse en la finalidad entera de los hermanos, como si el asesinato fuese fundamentalmente un exorcismo en su sola posibilidad. Y es que el juego aquí no es simplemente una representación o un doblaje de los personajes, sino que es una violencia desatada, una obsesión y una aventura que está enfrentando a los personajes consigo mismos.

Es por eso que los niveles de realidad y de apariencia, los instrumentos del juego, son aquí ambiguos y esa ambigüedad es justamente la progresión del juego; de modo que los personajes exploran la posibilidad del asesinato adentrándose lúcidamente en una pesadilla, soñando cada vez más despiertos. Así, la realidad, o el nivel verosímil o normal, estaría en las rupturas de la situación: cuando las hermanas, una después de otra y a lo largo de toda la obra, desesperan y quieren abandonar la situación, el cuarto. Digamos que esta es la convención "naturalista" de la pieza, la relación de normalidad entre los personajes y el público. (Y acaso, por eso, el primer acto resulta muy superior al segundo, donde la parodia de los juicios amplía esta convención). Todo lo demás acontece en la pura realidad del teatro, en el juego del crimen planteado: tanto es así que el autor reclama que los personajes actúen "sin ningún artificio" cuando incorporen a otros personajes, cuando jueguen a representar a los padres o los amigos o los jueces. El segundo nivel de realidad, o de irrealidad si se quiere, estaría dado por esa posibilidad del asesinato que compromete a los tres hermanos y que tiene en Lalo al ejecutor; el tercer nivel radicaría en la incorporación que los hermanos hacen de otros personajes: representan, sin artificios advierte el autor, a unos ancianos vecinos, al padre y la madre, a los policías, el juez, el fiscal. Todo esto refleja la visión que plantea el autor de la sociedad que rodea a los hermanos en rebelión: una sociedad decrepita, totalmente envejecida y grotesca, que vive y se destruye en los lugares comunes de la alienación, del convencionalismo asfixiante. Esta imagen de la sociedad no es, sin embargo, reproducida a este nivel como una simple caricatura; todo lo contrario: esos viejos que

visitan a los padres, y por cierto los padres mismos, están representados como figuras amenazantes, corrosivas, que buscan destruir a los jóvenes hermanos sometiéndolos, tanto por la violencia como por la acusación, al mundo deteriorado que representan; en este sentido, los padres aparecen vulgarizados, reducidos a una conducta y un lenguaje de lugares comunes. No nos engañemos suponiendo en Triana una simple presentación del lenguaje popular; este lenguaje aparece aquí, creemos, como una alegoría del lugar común asfixiante, del estancado mundo que desarrolla la imagen de una condena, el hábito del deterioro:

"BEBA. (*Como el padre*) Lalo, desde hoy limpiarás los pisos. Zurcirás mi ropa. Te advierto que tengas mucho cuidado con ella. Tu madre está enferma y alguien tiene que hacer estas cosas".

"LALO. ¿Por qué me dijeron desde el principio: 'No vayas con Fulanito al colegio'; 'No salgas con Menganito', 'Perensejo no te conviene'? ¿Por qué me hicieron creer que yo era mejor que cualquiera?"

"BEBA. (*Como el padre*) ... ¿Tú te has creído que te gobiernas? ¿Crees que voy a dejar que te gobiernes? ¿Crees que no tienes que pedirme permiso para nada? No te he repetido una y mil veces que estas no son horas de andar por ahí. (*Lo abofetea*) ¿Cuándo aprenderás a obedecer? ¿Cuándo?..."

"¿Quieres matarnos de sufrimientos?", pregunta este padre estereotipado por el lugar común, por esa vulgarización voluntaria y precisamente simbólica que hace el autor. En efecto, esta imagen de los padres —que acosan con la violencia a los hijos envolviéndolos en su propio fracaso, y que luego los acusan, en nombre del sufrimiento, de ser la causa de sus vida fracasadas—, esta imagen de los padres me parece el núcleo poético de la obra; y esto porque a la vez supone un obsesivo nivel de parodia naturalista, con lo cual se va mostrando el cerco implacable de la extorsión paterna contra la individualidad juvenil, y al mismo tiempo este cerco es trascendido por contradicción: la insistente imagen estereotipada de los padres anuncia que la rebelión de estos tres hijos va más allá de esa imagen, que esa imagen es sólo la máscara de una realidad mucho más opresiva; en la pieza resulta evidente que la miserable imagen de los padres es sólo la apariencia de otra real opresión, pues la violencia que emplean y la acusación que esgrimen no bastarían para justificar el crimen; no lo justifican, pues en ese caso todo se resolvería a nivel de la anécdota y el crimen sería una simple venganza patética, un recurso acaso grotesco. Lo que justifica el crimen, o al menos el rito de su posibilidad, es la opresión más vasta y secreta que simbolizan los padres como rostros de una sociedad que impone el fracaso de los individuos, de un mundo corroído por la sumisión alienada; y el crimen es también una manera de expresión de los hijos, un diálogo profundo a nivel de la rebelión. La única respuesta, respuesta desesperada, de los hijos a estos padres y a ese mundo que ellos

simbolizan es el crimen porque este crimen es también la libertad de los hijos, la posibilidad de canjear en sí mismos una sociedad por otra.

Y esto se evidencia poéticamente en la obra a través de los padres estereotipados, cuya simpleza es la metáfora de una realidad más terrible. El mecanismo me parece, por ello, lo más valioso de la pieza, pues al mismo tiempo está creando el oscuro substrato que hace accionar a los personajes, la atmósfera de culpa que los envuelve. Por eso el asesinato de los padres es aquí una obsesión diabólica, pero también una obsesión natural, verosímil.

Y a estos tres niveles de realidad, niveles que desarrollan la pieza a varias direcciones de alusión, se suma un cuarto aspecto, también reiterado a lo largo de la obra y que funciona, como el anterior, tanto en relación al juego practicado como a la trascendencia de la rebeldía planteada: me refiero a la habitación misma, a la casa y sus objetos obsesivos. En relación al juego, dije que la habitación es el espacio marginal de la casa, desde allí hay que tomarla por asalto; una suerte, pues, de espacio de la conciencia. Igualmente los objetos (las sillas sobre todo) sirven a la acción para simbolizar la casa y su orden: Lalo mueve una silla para quebrar ese orden, movimiento que reitera. La ruptura de ese orden —orden que también representa a los padres, a la sociedad toda— hace que Lalo y sus hermanas repitan la canción "La sala no es la sala. La sala es la cocina. El cuarto no es el cuarto. El cuarto es el inodoro". Lalo ha hecho la canción porque el primer paso para destruir a sus padres es destruir la casa. Así, la casa trasciende la situación y la fundamenta: la casa es aquel mundo por hacer explotar, por construir nuevamente. Por eso, al final del juicio a que Lalo se somete después de la suposición del asesinato de sus padres, dice:

"LALO. (*Como un iluminado.*) Desde entonces conocí cuál era mi camino y fui descubriendo que todo, las alfombras, la cama, los armarios, el espejo, los floreros, los vasos, las cucharas y mi sombra, en un murmullo, reclamaban: 'Mata a tus padres'. (*Lo dice casi en un éxtasis musical*) 'Mata a tus padres'. La casa entera, todo, todo, me exigía ese acto heroico".

¿Por qué matar a los padres convierte a los hijos en héroes? Sin duda porque la casa, el mundo vencido por el fracaso y la extorsión del individuo, requiere ser abolida para que la libertad individual aflore y reemplace con una realidad nueva esa realidad malograda. Los padres son así la personificación, a través del lugar común, a través del conformismo y del lamentable sufrimiento de la derrota, de ese mundo por abolir.

Estos cuatro niveles (el ingreso al juego y sus rupturas; el juego o rito de la posibilidad del asesinato; la representación estereotipada de la sociedad; la implicancia de la casa) anunciarían que esta es una pieza que se plantea como teatro dentro del teatro si esa fórmula no resultase ya exigua. Cuando se habla de teatro dentro del teatro pensamos en un ejemplo clásico: Hamlet haciendo representar a los cómicos; pero en este mecanismo

es evidente que la acción de los cómicos, espejo de una situación, está sumada a la acción misma de la pieza; en cambio, en el nuevo teatro esos espacios escénicos no están nunca escindidos sino que constituyen un espacio único conformado de niveles fluyentes a una sola trama. Los cuatro niveles que hemos anotado configuran uno solo: la ambigüedad teatral misma, su elocuencia de realidad y apariencia, su conjunción de crítica y magia. Unos suponen, así, una persuasión crítica, otros sostienen una postulación poética; los cuatro crean esa rica ambivalencia hecha de violencia, culpa y rebelión. La violencia está en el estilo crispado de la pieza; la culpa en el sedimento síquico que quiere revertir la conciencia de culpa apelando a la libertad individual; y esa libertad se mantiene en la rebelión como el deseo obsesivo que reclama el valor para el cambio, su agónica batalla. Cuando el juego va a empezar, Lalo inaugura esa noche mágica de los asesinos de un mundo corroido, exclamando: "Oh, Afroditá, enciende esta noche de vituperios". La invocación a la diosa del amor preside el exorcismo porque el amor es el valor perseguido y reclama por eso los vituperios, el mismo asesinato. Y cuando el juego ritual concluye, teniendo esa noche a Lalo por oficiante central, Beba dice: "Está bien. Ahora me toca a mí", o sea que el juego recomienza, el exorcismo vuelve a empezar porque el juego es también la conquista de la conciencia; a su modo parabólico, la afirmación de la libertad individual. En las primeras notas del libro, José Triana advierte que sus personajes "Son, en último término, figuras de un museo en ruinas". Esta frase sin duda quiere distanciar al autor de la obsesiva problemática de sus figuras, pero resulta evidente que aun cuando esos personajes viven en un mundo en ruinas y están totalmente absorbidos por la primaria necesidad de abolirlo a un nivel individual, resulta evidente que la pieza se plantea a sí misma como un exorcismo de esa problemática obsesiva. El autor, pues, está comprometido a ese nivel de obsesiones no con sus personajes sino con el planteo de la obra: exorcisar una obsesión edípica planteándola al revés, o sea plantear la dependencia a los padres como posibilidad de su asesinato.

Y este tipo de obsesiones edípicas aparece en varias obras latinoamericanas de los últimos años, como una forma íntima de debatir el mundo, más que como un tema en sí. En primer lugar, es evidente que ese divorcio entre padres e hijos y aun esa tentación del parricidio señala una oposición generacional que en su base indica el cambio de un mundo por otro, de una sociedad por otra. La pieza de Triana participa sin duda de estas características de contexto, si bien su planteamiento tiene como núcleo la libertad individual y el mundo social aparece como horrible y frustrador más que como un poder netamente de clases sociales. Pero también hay la posibilidad de que el parricidio vaya más allá de esos cambios sociales y apunte a una realidad que trasciende a los padres. Es el caso de *Pedro Páramo*, la gran novela de Juan Rulfo, donde el padre viene a alegorizar en su poder

absoluto y nefasto una simbiosis de Dios y el Demonio, y por eso su asesinato tiene un trasfondo religioso ya que el hijo quiere librarse de ambos, hallar la inocencia. En casos como éste la suposición edípica simplemente es traspasada y carece de importancia en sí; en cambio, en *La noche de los asesinos* la atmósfera de la pieza (lo más secreto de ella) y su juego violento (lo más visible de ella) anuncian la complejidad edípica traspuesta con valor y violencia hacia la objetividad de la acción. Uno de los instantes más grotescamente crueles de esta evidencia es el que muestra a Lalo imitando a su madre el día de su boda.

El exorcismo objetiva estas oscuras relaciones y las transfiere a un contexto más abierto a partir de la perseguida libertad individual, que aquí es también el debate por la posibilidad de la inocencia.

Libros y Revistas

LIBROS Y REVISTAS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

EDMUNDO DE LOS RÍOS, *Los juegos verdaderos*, Edit. Casa de las Américas, 336 págs., La Habana, Cuba, 1968.

Es sorprendente que una novela tan excelentemente complicada, tan compleja en su responsabilidad temática y tan centrada para equilibrar lo ideológico con lo literario, haya sido escrita por un autor cuya edad oscilaba entre los veinte y los veintidós años. Ello, si se repara que los originales de la obra sirvieron en 1967 para que De los Ríos obtuviera la Beca Iberoamericana de Novela del Centro Mexicano de Escritores cuando, el joven novelista peruano, nacido en octubre de 1944, aún no cumplía los veintitrés años.

En cuanto a otros reconocimientos, *Los juegos verdaderos* obtuvo Mención Novela durante el Premio Casa de las Américas 1968, cuyo Jurado estuvo compuesto por José María Arguedas, Jorge Semprún, José Revueltas, Carlos Heitor Cony y Edmundo Desnoes.

El relato está dado en voz narrativa de primera persona; sus cuarenta y seis capítulos vienen expuestos en dos partes y un epílogo. La voz narrativa traduce siempre el recuerdo del personaje central, integrando así la historia del guerrillero preso y materialmente destrozado, historia de un joven estudiante universitario que indignado ante los atropellos, ante los muertos y heridos, que causa el Gobierno peruano al verificarse una manifestación popular, decide responder a la violencia con la violencia y se dispone a erigirse en uno de los tanto combatientes que convierten a las montañas en cuarteles.

Edmundo de los Ríos utiliza un recurso relativista surgido del mero tema narrativo; se vale del estado de salud precaria del guerrillero, de sus delirios, de su debilidad, para dotar de dinamismo al que de otro modo vendría a ser un simple y tedioso recordar. De esta manera, el lector no entra a participar simplemente en un desbordamiento de recuerdos logrados por un autor que ha "metido", en forma arbitraria y caprichosa, a su personaje dentro de una celda. No, el arte literario se impone a lo que de otra manera habría sido una crónica o una relación interesante de hechos y sucesos. Copiamos a continuación un párrafo que deja entrever la inteligencia del relatista al utilizar el mencionado recurso:

... y es que tengo que seguir pensando, pensar en cualquier cosa, Platero es pequeño, peludo, suave: tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos, si dejo de hablar muerdo, y es lo que ellos, precisamente, quieren, "se murió se murió"; dirán, y no, yo voy a seguir pensando, pensar en todo para no pensar en mi muerte, recordar todo, la infancia, ¿lobo estás?, ¿lobo estás?, recordar el futuro, contar los ronquidos del Negro, los pasos de las ratas, alas del esfenóide, frontal, cuadrados, pómulos, maxilar superior, caninos, incisivos, molares, maxilar inferior, apófisis estiloides, apófisis mastoidea, occipital, temporal, puente cigomático, parietal, combatir a los piojos, a las chinches también, impedir que el pie izquierdo se vaya al abismo, pensar en la muerte de Manuel, en sus zapatos que señalaban el Sol, verano Lima jirón de La Unión cantina Cuneo y Bandirola un coctel capitán para mí y otro doble para don Roque don Roque diga usted, zapatos de guerrillero que quedaron a orillas del río, cerca a Puerto Maldonado, mientras su cuerpo con mil huecos de balas se hundía en las aguas turbias, y seguir por sus zapatos doblados hasta su saliva, y averiguar por qué no salió sangre de los agujeros —aguja agujazo agujerear agujeramiento agujerar agujero agujeta agujetero agujón— de bala, y correr por la selva en busca de su diente de oro, ¡Ameghino!, para identificar su cuerpo con miles de balas, y pensar para no morir, pensar en todo para no pensar en mi muerte.

En ese párrafo, enumerar cosas, decir objetos, hilar conceptos, hablar en voz alta o sólo pensar, tienen una finalidad idéntica al "no dormirse" del alpinista atrapado en la nevada montaña; todo es para no morir; los cuarenta y tantos capítulos se eslabonan mediante ese recurso; el pasado del guerrillero se va conociendo a saltos calculados por el novelista a fin de modelar el bloque y obtener la ficción coherente.

Con tal procedimiento el lector va sabiendo, sin llegar a sentirse extenuado, que el guerrillero y su amigo Manuel salieron de sus respectivas casas diciendo a los padres que se dirigían a estudiar en México, que para emprender el camino de la rebelión hubo que renunciarse a un medio social agradable en el ámbito familiar y en el universitario, que hubo durante la infancia amigos como Efraín quien construía aviones de juguete utilizando madera de balsa y una variedad de navajas clasificadas según sus filos, que hubo en la reciente juventud amigos como Mario y Olga, como Rossana, Marcela, Germán, Rosario y el Humberto anterior al que lo acompaña finalmente en el calabozo, que no todo fue decisión siempre, que hubo el momento de cobardía, los instantes de duda, los monólogos hijos de la incertidumbre y del temor al porvenir, que el guerrillero se llegó a decir:

Es conveniente que antes de ir a casa, fuera a ver a Manuel. Le diré que ya no viajo, le tendré que decir que lucharé por la patria desde aquí, en Lima, que para hacer una revolución no es necesario que todos estén en las guerrillas. ¿Se dará cuenta que tengo miedo? Sí. Se dará cuenta que tengo miedo. No es miedo, Manuel, si es eso lo que estás pensado, es conciencia, Manuel, una Revolución... ¡Mientes, mientes! Soy un cobarde, Manuelito, un cobarde que pensaba que todo era un juego, y los juegos también son verdaderos. No me grites, por favor, Manuel, comprende, soy un cobarde, sí, pero tú no te darás cuenta, me dirás está bien, tú en la ciudad trabajando para ganar más partidarios, yo en las guerrillas, es lo mejor, y, sí, sí, Manuel, te diré, y diré además, tú en la guerrilla, yo en la ciudad, ambos luchando, ¡mentira, mentira!, todo es falso, Manuelito, pero no digas nada, no debes saber que soy un cobarde, nadie sabrá que tengo miedo: Sólo yo, y eso ya es bastante.

Por lo citado, puede verse que Edmundo de los Ríos no se propuso narrar la historia de un superhombre; o sea que sus obvias simpatías y patente ideología no lo condujo a ser positivamente parcial, a trazar rasgos de sólo heroicidad, de hombría absoluta. Es más, su relato sirve elementos negativos que bien podrían sembrar confusión en la mente de los lectores desprevenidos.

Sintetizando, *Los juegos verdaderos* relata la historia de un guerrillero de veinticinco años de edad, que salió a los veinte de Lima, que tiene cuatro o cinco de estar soterrado en una cárcel improvisada entre la selva y la sierra y que para conservar el presente, lo único inmediatamente seguro de su vida, recurre a la reminiscencia, al pensamiento sobre el pasado como única forma de luchar contra la muerte.

El joven novelista peruano ha llenado un vacío en la actual novelística latinoamericana. Hacía falta narrar nuevamente, ya con medios relativísticos modernos, el infierno o los infiernos soportados por los hombres que caen hasta el fondo húmedo, oscuro, pestilente, prolífico de piojos, chinches y ratas, de los calabozos. Hacía falta narrarlo con esta honradez y certera denuncia para ayudar a que se recuerde eso que se intuye, que se sabe de primera o de segunda mano, pero que irresponsablemente suele olvidarse. Hacía falta, sobre todo, narrarlo desde este nuevo enfoque del secuestrado político por causa de ese aspecto que es la actividad guerrillera, y de su derrotismo o fatalismo que, después de cuatro años de hambre, tinieblas, ratas, malos tratos y soterramiento, se torna casi una consecuencia lógica. Esto último se comprueba una y otra vez en *Los juegos verdaderos*. El estado anímico del guerrillero-personaje central no cambia ni cuando en la etapa anterior a su muerte llega Humberto Marín, el guerrillero recién capturado estudiante del politécnico, no cambia a pesar de la esperanza de éste en la revolución y del fervor de sus dieciocho años seguros de que las fuerzas democráticas obtendrán la libertad de todos; en uno de esos instantes eufóricos de Humberto Marín, el guerrillero abúlico piensa:

Para qué responder. Yo llegué como él, entusiasmado, no me importaba estar preso, era por la patria, me sacarían, todos protestarían. Y al final las ratas me hicieron comprender que no había salida, el túnel se cerraba tan pronto uno entraba en él: Donde las ratas están, ya no hay mucho por hacer.

GAY GAER LUCE y JULIUS SEGAL, *El sueño*, Edit. Siglo XXI, 414 págs., México, D. F., 1968. Colec. El Mundo del Hombre, Psicología y Educación.

Francisco González Aramburo tradujo del inglés esta obra que abarca campos tan opuestos como el de la ciencia y la ficción literaria, el de la anécdota y el suceso histórico, el de lo abstracto y lo concreto. Los autores

son una periodista, Gay Gaer Luce, y un doctor en psicología; éste asesoró a aquella en su investigación y, además, reunió datos útiles para entender la significación del sueño en la vida diaria. La investigación de la periodista no es menor; su trabajo especializado es de gran responsabilidad; ello se comprueba si se repara en que el conjunto de datos que según sus propios cálculos arrojaría unas cuantas monográficas páginas, se multiplicó hasta el punto de que al cabo de cuatro años juzga que dicho cúmulo, acrecentado mes tras mes, amerita una labor de toda la vida y, por lo tanto, el presente volumen es apenas un tibio esbozo de lo que hay por hacer.

Gay Gaer Luce, al servicio del Instituto Nacional de Salud Mental (E. U.) no sólo se dedicó a recibir y seleccionar la corriente de información científica seria, sino que en sus múltiples visitas a laboratorios y en sus largas entrevistas con hombres de ciencia, también acogió las especulaciones más informales, las concepciones científicas más heterogéneas y lo colindante con lo imaginativo. De este modo, el lector es informado simultáneamente acerca de la narcolepsia, la biotelegrafía, la hipnosis, la electroencefalografía, los ritmos circadianos, la sicosis, la neurosis, la endocrinología, etc.; igualmente, de datos simples como: el hombre pasa la tercera parte de su vida en el sueño, o también: "sólo Dios nunca duerme" y como puso al hombre a dormir los ángeles descubrieron que era mortal.

Pero entre dato científico y especulación simple, entre anécdota e invención, este libro, que desplaza su interés desde "significados" que se expresan refiriéndose a psicoanálisis y ritos mágicos hasta cosas comunes y reflexiones nimias, recorre gran parte de su exposición más seria tomando en cuenta no pocos casos de reflejos condicionados, ello aun cuando los autores no lo digan directamente. Dentro de este aspecto se entiende, por ejemplo, el caso de los niños soviéticos que mediante instrucciones hipnóticas aprendieron, estando dormidos, cuentos y psicología pavloviana para repetir dichos conocimientos al día siguiente, "sin que supieran de dónde provenía el conocimiento. Lo hicieron tan bien como los niños que asimilaron el mismo material despiertos."

Aspecto aparte interesante en *El sueño* es lo relativo a los barbitúricos, el alcohol y los tranquilizantes que no inducen, como se piensa, a dormir; es más, los autores sostienen que por causa de los descubrimientos científicos recientes las terapias del sueño se han complicado. Los estimulantes y tranquilizantes alteran la pauta usual del sueño nocturno. Asimismo, sostienen que las investigaciones respecto al sueño realizadas durante la última década serían fructíferas con sólo considerar el gran servicio prestado al señalar, amplía y aclaratoriamente, los riesgos que impone la automedicación.

La pérdida del sueño no se repone con drogas estimulantes, ni los sedantes inducen meramente al sueño; es sabido que el mal dormir y el insomnio provienen de multitud de motivos. Antes de tomar un sedante

conviene saber si el insomnio de una persona corresponde al de un maniaco, y si se trata de barbitúricos recordar que bien pueden causar mayor daño en la persona cuyos síntomas la muestran al borde de la sicosis. No está de más copiar algunas líneas que se extienden sobre el punto:

Nos hemos visto obligados a mirar detrás de la máscara de los desórdenes persistentes del sueño para descubrir los orígenes específicos, pues las anomalías del dormir son a menudo heraldos de la enfermedad mental. Es verdad que algunos insomnes podrán decir que se pasan despiertos toda la noche porque duermen ligeramente, o inclusive sueñan que están despiertos, pero cuando una persona deja de dormir persistentemente, sólo un médico podrá determinar cuál es la droga que le permitirá descansar, pues un sedante tal vez no le sirva de nada. El mismo sedante que calma a un paciente puede sumir en desesperación más profunda a otro, permitir dormir a un psicótico e intensificar, a la vez, sus síntomas y quitarle el sueño a un maniaco insomne. Por otra parte, el producto que hace descansar a una persona deprimida es el mismo que mantendrá despierta a una persona normal. La sustancia química que remedia un trastorno del sueño es algo que tiene eficacia según cual sea la química de la causa específica del insomnio.

Los autores informan en su libro que todo lo investigado en relación al sueño durante la última década, no es, hasta ahora, agotable proporcionalmente a través de la página escrita; los descubrimientos al respecto se multiplican y abren nuevas interrogaciones. Sin embargo, la pregunta fundamental, ¿qué es el sueño?, no ha sido respondida todavía; Gay Gaer Luce y Julius Segal se agregan a quienes responden "no lo sabemos aún" pues sólo han aprendido "que no es una pregunta bien formulada".

RAFAEL ALBERTI, *Roma, peligro para caminantes*, Edit. Joaquín Mortiz, 118 págs., México, D. F., 1968.

A los sesenta y seis años de edad del celebrado poeta español, todas las perspectivas del hombre muéstranse sombrías; no obstante, la vibración poética magnífica tales perspectivas; el artista es un intento de salvación del hombre. En apariencia, Roma es un tema inmediato tanto porque tienen equivalentes afines en otras urbes como porque es un pretexto sumergible ante el acoso de la subjetividad de Alberti. Leyendo, sintiendo, gustando el poemario, lo que fluye y emerge es el punto de apoyo del autor para pulsar a Roma, punto de incomodidad íntima, de foso y no de atalaya. Este es un libro crítico en un doble sentido: porque critica un estado de cosas y porque expresa una crisis personal del poeta, como *Sobre los Angeles en sus treinta años*.

Estamos aquí en presencia de un Rafael Alberti escatológico, amargo, desbordante de burla, lamentos, penas y aburrimiento, distante del de los libros anteriores a ese de sus treinta años; un Alberti cuyas observaciones sólo tangencialmente tocan la ironía, como una debilidad condescendiente y no como un lujo verbal, que profana no lo sacro sino la vida misma; sin

embargo, reconozcamos por adelantado que una antigua frente desparrama lucidez en su poesía, deslumbramiento por su tema mismo; nos referimos a España, y copiamos estos fragmentos:

Siempre habrá que nombrarte, España, hablar de ti,
trayéndote a la boca,
con amor o con ira,
en cualquier parte donde esté, ya sea
como aquí, hoy, en Roma, ante esta imagen tuya,
esa que no quisiera que existiese
ni en el más triste oscuro de los sueños.
No han bastado, no bastan treinta años
para que el mar no sea el de la sangre
y esos premeditados disparos, esas súplicas
no trastornen tu rostro en el sereno
clarear de un buen tiempo merecido
.....
¿Hasta cuándo, hasta cuándo esta visión siniestra,
este helado desvelo sin piedad, estos clavos,
esta herida sin fin, esta agonía,
exhibición constante de tu muerte?

El actual poemario de Rafael Alberti se divide, formalmente, en veintidós sonetos, romances, seguidillas, verso libre y poemas que incluyen la libertad y el ingenio del trabalenguas. Temáticamente, Roma se funde, difunde y confunde en una poesía apta y elástica para situar monjas modernas, frailes en bicicleta, recuerdos de Valle Inclán, descripción de la astrosis, homenajes a escultores, pintores y grabadores, la vida del poeta en Roma, el contraste "entre tanta grandeza y tanto andrajo", el peligro que es esa ciudad por su belleza y por su miseria, los gatos, los perros, las ratas, las palomas, los malandrines, los mendigos, el Papa, el otoño, las iglesias, los palacios, la primavera, etc., pero siempre, entre lo negativo y lo positivo, el ojo alerta del poeta para escudriñar lo paradójico. Armónico con ese afán es el propósito para lograr que la visión gris del autor delimite, por su temperamento, a la realidad; es eficaz el papel que desempeñan las transposiciones temporales sugeridas en las más simples transposiciones objetivas o temáticas; el presente resulta más poderoso ante sus ojos que la historia; en su poesía, la obsesión de hoy palpa mejor que el recuerdo vagando sobre libros con lomos dorados que exponen el pretérito de Roma.

De esta manera, los gatos, los cientos de gatos, los miles de gatos, los gatos en todo instante, se resuelven en una presencia poética que desprecia a la legendaria loba romana determinante e implícita en la fundación de aquella ciudad.

Más, aquella delimitación de la realidad también aparece con valiosas cesiones y retoma la historia utilizando, precisamente, la obsesión de lo actual para cantar lo que le escuece. Una muestra es el soneto titulado "Vietnam":

Lo grito fuerte desde Roma: ¡Afuera!
 Afuera esos fusiles y cañones,
 esos cohetes, esos aviones,
 esa bandera extraña, esa bandera.
 Afuera el que en la paz tan sólo espera
 invadir por la paz otras naciones
 y planta por la paz sus pabellones
 y pide por la paz la Tierra entera.
 Triste paz tan traída y tan llevada,
 triste paloma tan apuñalada
 que se puede morir tan de paloma.
 Pido la única paz, la verdadera,
 la paz de un solo rostro, antes que muera.
 ¡Pido la paz! Lo grito desde Roma.

Propuesto o no, fluye de la lectura de *Roma, peligro para caminantes* un señalamiento aleccionador: Roma es como toda gran ciudad, tiene dos rostros, el antiquísimo secular bien aderezado para disfrute turístico y cierto orgullo patrioter, y el otro, demacrado, famélico, desvinculado, que no alcanza a negar su oscuro y húmedo barracón; es decir, la Roma de mármoles, túnicas y oro y la pordiosera con sus ropas llenas de agujeros.

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *Obras de, III, periódicos, El Pensador Mexicano*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, 546 págs., México, D. F., 1969.

Este volumen, el tercero de las Obras de José Joaquín Fernández de Lizardi, titulado *El Pensador Mexicano*, con una Introducción de Jacobo Chencinsky, recoge los tres tomos que constituyen la existencia del periódico de más larga duración entre los fundados por Fernández de Lizardi.

Tanto el presente libro como los dos anteriores en los que respectivamente fueron recogidos dos títulos, *Poesías y fábulas*, y *Teatro*, han sido editados por el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El volumen que nos ocupa pertenece al rubro Periódicos, los cuales sumaron nueve y cubrieron quince años; el primero de esos periódicos fue *El Pensador Mexicano*, cuyos tres tomos abarcaron, en su orden, de octubre 9 de 1812 a enero 10 de 1813, trece números; de septiembre 2 a diciembre 30 de 1813, dieciocho números, e irregularmente todo 1814, catorce números.

El Pensador apareció por vez primera el 9 de octubre de 1812, cuatro días después de entrar en vigor la Constitución española de 1812 y en la que se establecía el irrestricto derecho de la libertad de imprenta.

La suspensión de este periódico, con la que se inaugura toda una serie de suspensiones a lo largo de los quince años de periodismo realizado por Fernández de Lizardi, la originó el artículo de 3 de diciembre petitorio de que los clérigos revolucionarios no fueran enjuiciados por comandantes

militares. El autor no sólo ocasionó su arresto y prisión, sino que proporcionó pretexto al virrey Venegas para que suspendiera la libertad de prensa.

A partir de ese momento, Fernández de Lizardi cambió de tono y de táctica, cambio que se multiplicó durante toda su vida. En los tres tomos que componen *El Pensador Mexicano* no es difícil apreciar cómo el periodista se acomoda, hace equilibrios, ataca al clero, loa a los realistas, ataca a la Inquisición, coquetea con los conservadores, se presenta indiferente a los asuntos políticos y religiosos, deja entrever que no hay tal indiferencia, etc.

En fin, oscilante y en apariencia indeciso, tiene a su favor sus cárceles, su pobreza, su tenacidad demostrada con la fundación de nueve periódicos y su disposición para servir como periodista y como patriota al pueblo mexicano. Dicha disposición a servir sale, por supuesto, del aspecto político y desarrolla puntos de vista sociológicos como cuando en uno de los Suplementos al *Pensador* (tomo III) escribe:

Desengañémonos: los criollos somos una verdadera casta de español e indio, y hemos sabido aprender y conservar los defectos de ambas clases sin sus virtudes. No tenemos el secreto, la unión ni el amor al paisanaje del español, pero tenemos su orgullo y altanería; no tenemos la misma unión del indio, pero sí su entumecimiento y cobardía. No hay contradicción: somos (lo he dicho) soberbios y orgullosos con los inferiores y cobardes y apocados con los que son algo más que nosotros por su caudal o destino.

PEDRO DE ORAÁ, *Las destrucciones por el horizonte*, Edit. Manjuarí, 111 págs., La Habana, Cuba, 1968.

A los treinta y siete años de edad, este autor cubano ha publicado su octavo título, *Las destrucciones por el horizonte*, cuya portada se debe a Félix Beltrán. Los editores afirman que con este libro Pedro de Oraá inaugura en su quehacer poético un nuevo modo de expresión y que, por lo tanto, rompe con su obra anterior.

Como quiera que sea, la verdad surge y se impone en las más de cien páginas del poemario; leyéndolas no es difícil admitir que Pedro de Oraá ha encontrado un lenguaje que le permite reinvertir la realidad mediante imágenes construidas al ritmo de la muy personal observación de lo cotidiano.

Los poemas que llenan el libro forman un cuerpo útil para dar sentido a la proposición del primero de ellos ("palabra definitiva que no es la canción de las esferas/ es la canción del horizonte") y el colofón o meta del último donde, con honradez estética, se da por sustituida la "poesía de tránsito" por la "poesía de tierra firme".

Y esta poesía no es otra que la nacida del contacto con los hechos y sucesos diarios, poesía de lo cotidiano, expresiva de un señorío que no conoce "el horror de la página en blanco", ni confía "angustiosamente" en

"la dádiva sobrenatural del primer verso". Pedro de Oraá nos cuenta su conducta y actitud en los versos finales de ese último poema. ¿Cómo es esa poesía? El nos lo cuenta:

Preferiblemente hacia la medianoche, al regreso de la experiencia que nos fue deparada en un día, es que decido enfrentarme a mí mismo, oírme a mí mismo lo que parece decirme otro, el otro que me habita y sólo a esta hora en que me hallo solo soy capaz de reconocer. Entonces sobre el brazo del sillón, o sobre la mesa de comer, o sobre las piernas en el borde de la cama (y no sobre el dorso de una transferencia de viaje, pues ¿cómo podría hacerlo si no faltándome el respeto, olvidando la poesía de tierra firme por una poesía de tránsito?) coloco la hoja en limpio y con el lápiz bien afilado por la cuchilla de afeitar, comienzo el diálogo...

... Es muy simple: como un río sobre el cual han caído aguaceros torrenciales y se desborda, el Silencio desata el saco roto de voces y sonidos, la Mirada rehace las visiones en la existencia de aquel día, bajo sol oscilante, explosivo en mitad de la noche. Y es cuando me invade una irreprimible necesidad de enumerar estas cosas enumerables en su verdad multiplicada y una, y poblar la desolación de mis paredes y restituir al mundo los frutos que cayeron a mi lado deliberadamente.

ARNULFO D. TREJO, *Léxico de la delincuencia*, Edit. UTEHA, 226 págs., México, D. F., 1968. Colec. Manuales, Núm. 365.

Propiamente, se trata de un Diccionario etimológico latinoamericano del léxico de la delincuencia, preparado por un especialista de la Universidad de Arizona: el doctor Arnulfo D. Trejo. Los lingüistas, los sociólogos, los juristas y, por qué no, los jóvenes narradores podrán gustar, gozar, estudiar, consultar y criticar el contenido de esta obra.

En su papel de Diccionario etimológico latinoamericano, el propósito de abarcar todo un vocabulario continental se antoja bastante dudoso; en verdad, tanto por el número de páginas como por lo poco comprimido del texto tipográficamente, Arnulfo Trejo ha sido ambicioso; no obstante, sería injusto negar que su esfuerzo es ya un excelente punto de partida.

Juzgar, además, este *Léxico de la delincuencia* sólo por sus fallas o equivocaciones notables referentes a determinado país, es restarle importancia a otras finalidades como la de que este "lenguaje merece un estudio científico", o también que conociéndolo es posible llegar a "la filosofía de esa clase social que más alberga a la delincuencia".

La Introducción del libro informa que su autor ha elaborado el Diccionario previo conocimiento de términos jergales de países como Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Panamá, Perú y el habla del pachuco en la región sudoeste de Estados Unidos, más casi todo el vocabulario empleado por el delincuente del Distrito Federal.

De la misma Introducción se deduce que Trejo se propuso dar a conocer "por lo menos una pequeña parte del léxico de esas personas a quienes, sin género de duda, podríamos denominar *los de más abajo*. Se tratan esos términos y giros que nacen en los arrabales de la ciudad... la jerga especializada que esos individuos emplean —fuera y dentro de las instituciones penales o correccionales— es lo que constituye la médula de esta labor".

JOSÉ LORENZO FUENTES, *Después de la gaviota*, Edit. Casa de las Américas, 146 págs., La Habana, Cuba, 1968.

En el Concurso de Cuento (1968) Casa de las Américas este libro obtuvo Mención, otorgada por el Jurado que formaron Emilio Adolfo Westphalen, Claude Couffon, Jorge Edwards, Rodolfo Walsh y Federico Alvarez. Como en la novela *El sol, ese enemigo*, que comentamos hace seis años, José Lorenzo Fuentes recurre al uso de la voz narrativa en primera persona del singular para sacar adelante el desarrollo de los ocho capítulos que integran *Después de la gaviota*.

Un relato y siete cuentos llenan el volumen. Aquél, titulado "Patatas de conejo", resulta magistral por su habilidad en cuanto a la hilación de historias bastante independientes pero efectivas en la conducción de lo fantástico.

Mas no se crea, los trabajos que reúne José Lorenzo Fuentes en este libro son también realistas; en los siete cuentos hay uno denominado "Señor García" que consideramos magnífico por su sencillez, por su simplismo; un tema común de la soltería que no descubre otra cosa que la excelencia narrativa del autor.

Por el contrario, el titulado "En la página siete" es un cuento de invención de menor alcance, sin nada que ver, por ejemplo, con "Ya sin color", donde la gracia de lo macabro armoniza con la trama de la imaginación, ni con ese otro de una fantasía lograda mediante apariciones: "Sombrilla de guinga".

En la solapa se elogia la calidad de "Tareas de salvamento" y *Después de la gaviota*; nos parece que dicha calidad se diluye, en el primero, por el esfuerzo de ciertas soluciones para dar una sola dimensión a lo imaginario con lo real. Y en el segundo, por el esmero para realizar la evasión subjetiva a través del absurdo de la auto-objetivización. Entre uno y otro escogeríamos la trama del realista de la superstición que lleva al crimen: "¿Te das cuenta?"

Los personajes que intervienen dentro de las páginas de este volumen son aceptables en el clima sugerido por estas dos frases: "No era un día excelente porque nunca he tenido días excelentes", y "nada es tan aburrido como jugar a las verdades".

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA, *Pedir el fuego*, Edit. Joaquín Mortiz, 83 págs., México, D. F., 1968.

Este título empezó a ser distribuido a principios de 1969. Lo integran dieciocho poemas en total, presentados en las dos partes que dividen el libro: El corazón de la flauta y Hay que abrir las ventanas; la primera, cubierta por un extenso poema de treintaitrés páginas; la segunda, por los otros diecisiete.

Más para ésta que para aquélla se puede decir que resalta algo de lo que desde sus primeros libros pedimos al poeta: humanizar las imágenes, darles sentido de literatura viva mediante el señalamiento de la época y el lugar que hacen la realidad circundante.

Es válido reiterar ante *Pedir el fuego* algunos conceptos vertidos en ocasión de haber publicado Montes de Oca *Vendimia del juglar* (1965): la simple enumeración de imágenes entretiene cuando se trata de un primer contacto o, bien en cada "acercamiento" se mejora la técnica; la imagen por la imagen deshumaniza el poema, al menos da la impresión de anular al poeta que la crea; por eso, en los más de los poemas que integran este libro basta que la sensación narrativa ubique la voz del poeta para que la renovación se sienta, para que la poesía de Marco Antonio Montes de Oca retome su centro mediante la resistencia medular de quien magnifica la creación activando la forma que pretendía enfriarse en esquema.

Por supuesto, no todos los poemas participan de dicha renovación, los hay que "padecen" el antiguo mal; sin embargo, su peso no es suficiente para ignorar al poeta que canta la mencionada realidad circundante sin mengua de la calidad de su poesía; Montes de Oca informa, refuta, se duele, condena, alaba, elogia, sin que las brillantes imágenes características de su creación resulten menores a los otros instantes en que canta el amor.

Ejemplo redondo y concreto por el gran paso que significa abandonar el mero desbordamiento metafórico, el puro lirismo, para dar consistencia a la imagen moviéndola de lo elegiaco a lo épico, es el poema final del libro "Oda por la muerte del Che Guevara". Leamos la segunda mitad:

Y en medio de la pena, cómo da envidia
 tu manera de partir:
 igual a un pensamiento que hace añicos a la estatua que lo piensa,
 oh pura explosión de la verdad
 en ese pecho tuyo donde tantas estrellas retumban
 como cráteres de plata, como abismos de cristal de roca
 donde el eco pule estalactitas góticas
 y blancos encajes de llorada sal.
 Querido comandante Guevara:
 por primera vez me siento escaso de palabras.
 Por primera vez desearía tener más ojos o menos lágrimas.
 Por primera vez me abstengo de elogiar la vida
 y pateo la corriente azul que vomita mi dulce mandolina
 y me vuelvo ronco de tanto no abrir los labios.

Dios te cuide comandante.
 Que te cuide ahora que no necesitas cuidado alguno,
 de modo tal que tu leyenda amada
 cabalgue a grupa de huracán junto a la sombra del futuro
 y que otra vez sea posible verte
 en la hora de la justicia en la tierra.

RENATA DONGHI HALPERÍN, *La casa de la ochava*, Edit. Losada, S. A., 131 págs., Buenos Aires, Argentina, 1968.

De esta ensayista y relatista comentamos en 1964 la novela *En la noche oscura*; señalamos entonces varios elementos que distinguían a su narración: la búsqueda sicológica, la frustración, el tema común del triángulo amoroso y, por sobre todo, la aguda inteligencia para combinar personajes y situaciones.

La casa de la ochava muestra parecidos elementos, lo sicológico, la muerte, la añoranza del pasado, la frustración y hasta un personaje que también se llama Julia; sin embargo, aquella inteligencia para eludir trances de verdadero riesgo no está a la altura para sacar airoso al presente relato.

Desidia, abulia, soledad, egoísmo, más viejos, feos, bobos, hombres y mujeres pendientes de sólo dos cosas en sus vidas: el pasado y la muerte, dan una idea del cuadro temático que Renata Donghi Halperín se propuso manejar y pulir dentro de la exigencia novelística.

Sicológicamente, los personajes responden a su medio, a su ambiente provinciano cerrado; la autora los ha observado bien pero no lo supo explotar en todo lo que ofrecen desde la profundidad de sus conciencias. Ello es mayor si se considera que hay un predominio de fuertes personajes mujeres, frustradas o no, conociendo o no sus frustraciones; las hay de los tipos más encontrados, desde la que ya no espera nada sino el final de su vida hasta la mujer sensible que ama algo ideal y que ignora se llama cultura, que no se siente caer en ningún instante y, por el contrario, le satisface dar diariamente su batalla normal a la vida, y ríe, y se defiende de todo y de todos. Es la que se permite incluso filosofar sobre los acontecimientos de cierta trascendencia, la que sólo se refiere a la muerte en forma indirecta, la que dice "No, no, mi vida no tiene valor y como tal la gasto. Todos los días arrojé una monedita y sé que con la última se acabó."

Sin duda, *La casa de la ochava* tiene más de un parecido con *En la noche oscura*; especialmente, el relativo a rasgos biográficos de la autora; afán de narrar hechos que producen desazón y dejan cierto margen de desahogo, deseo de narrar para echar fuera de sí lo que paradójica y subcientemente ha llenado una vida que se calcula vacía. No poco de Renata Donghi Halperín se reúne en esas mujeres que transcurren en las páginas de su relato; una de ellas describe la vida y perspectivas que han llevado en aquel ámbito provinciano; dice:

Julia, Lina, tía y yo, éramos pobres mujeres en soledad. Nuestra vida había sido una sucesión de días pequeñitos, iguales, llenos de angustias y de quehaceres; el descanso, allá a la sombra de los cipreses rígidos. Unas habíamos conocido el amor, otras no; unas habían florecido, otras no; unas sentían ansias de vida nueva en sus entrañas, otras íbamos en nuestra capucha de la soledad a la soledad. ¿Qué nos sostenía? Vaya a saber. A veces el sol entraba en el aposento y despertaba corpúsculos y recuerdos; otras una sonrisa; otras una silueta que se perdía en la lejanía y que no volvería a ver jamás.

PABLO NERUDA, *Las manos del día*, Edit. Losada, S. A., 117 págs. Buenos Aires, Argentina, 1968.

Los sesenta y ocho poemas reunidos en este volumen por el poeta chileno se encuentran en la línea biográfica de sus seis libros repartidos entre *Memorial de Isla Negra* y *La barcaola*; no obstante, es notable que los grandes temas como el amor y la política casi no aparecen o se ven en un segundo plano. De la política puede señalarse que ni siquiera en el poema para Vietnam es trazada con la indignación y el vigor característicos de Pablo Neruda.

Aunque es un riesgo afirmarlo, basándonos en lo que dejan entrever los poemas de *Las manos del día* podemos señalar que es deducible cierta previa idea para formar el conjunto, cierto proyecto de hacer hincapié en un tema y variaciones relativos al quehacer de las manos, al oficio que el poeta no realizó durante su vida con ellas; sin embargo, idea o proyecto deben haberse perdido porque pasados los primeros poemas la temática es otra y sólo se retoma la original en uno que otro intercalado y al final del libro.

Sobre esa idea que sugerimos, el primer poema titulado "El culpable" destaca por su sencillez; algunos de sus versos son estos:

Me declaro culpable de no haber
hecho, con estas manos que me dieron,
una escoba.

.....
Para qué me sirvieron
si sólo vi el rumor del cereal,
si sólo tuve oídos para el viento
y no recogí el hilo
de la escoba,
verde aún en la tierra,
y no puse a secar los tallos tiernos
y no los pude unir
en un haz áureo
y no junté una caña de madera
a la falda amarilla
hasta dar una escoba a los caminos?

Como hemos dicho, los grandes temas de la poesía nerudiana, algunos denominables las grandes obsesiones del autor, sólo están esbozados de lejos, en trasfondo; no obstante que han sido capitales en las construcciones nerudianas aquí se mencionan ahora sin mayor fuerza, sin detenimiento en el trazo; temas como el de los envidiosos, apenas se dice en dos versos: "este deber de tener sombra/ nos viene acompañado por la luz", o en otro poema: "cuando todos los días me mataban/ me acostumbré a nacer, y por supuesto,/ este es mi oficio, y no tiene importancia"; temas como el de la muerte se sugiere en tres versos: "como una larga cicatriz que apenas/ se verá, cuando el cuerpo esté dormido/ en el discurso de sus destrucciones"; y como el de los amigos que murieron, en dos versos: "miro en la oscuridad hacia tantas ausencias/ que paulatinamente me han convertido en sombra".

Pero la idea o proyecto que atrás apuntamos son retomadas en el poema LXVII denominado "El regalo", el cual viene a ser representativo de la finalidad del libro; leamos:

Pido unas manos grandes
que me ayuden
a cambiar el perfil de los planetas:
estrellas triangulares
necesita el viajero:
constelaciones como dados fríos
de claridad cuadrada:
unas manos que extraigan
ríos secretos para Antofagasta
hasta que el agua rectifique
su avaricia perdida en el desierto.

Quiero todas las manos de los hombres
para amasar montañas
de pan y recoger
del mar todos los peces,
todas las aceitunas
del olivo,
todo el amor que no despierta aún
y dejar un regalo
en cada una de las manos
del día.

JACQUELINE SUSANN, *El valle de las muñecas*, Edit. Grijalbo, 407 págs., Barcelona, España, 1968.

Antes de estar clasificada por los grandes comerciantes de libros estadounidenses "en el primer lugar de las listas de best sellers de todas las revistas más importantes de Estados Unidos", permaneciendo en él durante

treintaicinco semanas, Jacqueline Susann había trabajado largo tiempo como actriz de televisión en Nueva York.

Pero, ¿qué es lo que pudo haber mantenido a este libro en ese primer lugar durante tantas semanas? ¿Qué de sus páginas atrajo al público lector norteamericano? *El valle de las muñecas* cuenta las historias de tres jóvenes que anhelan a toda costa colocarse bien en el mundo de la riqueza y la fama predominante en el medio de la actuación cinematográfica y de televisión.

El *valle* lo constituye Broadway y Hollywood, y las *muñecas* que interesan en la narración de Jacqueline Susann son Anne Welles, Neely O'Hara y Jennifer North.

En verdad, las historias no presentan autonomía respecto a los personajes sino que se muestran como pretextos para sorprender, y si es posible escandalizar, en relación a un submundo pletórico de falsedades, de valores a la altura de la persecución del sexo y del sexo como una de las monedas reconocidas entre deseos y proposiciones de magnates y empresarios.

La mayor aspiración de todos los seres simbolizados en las tres "muñecas" erigidas entre barbitúricos, alcohol, fogonazos y frivolidad, es deducible de estas palabras de Neely, dichas mucho antes de su autodestrucción, cuando la carrera era aún ascendente y el triunfo ya empezaba a cotizarla:

... Si triunfas en el cine triunfas en todo el mundo. ¿Sabes que mi película se está proyectando en Londres? Imagínate, en Londres me conocen. Una sola película... y he logrado hacerme más famosa de lo que Helen Lawson será jamás. Y cuando triunfas en el cine te tratan como a una estrella de verdad. Te lo dan hecho. Recuerdo que Helen tenía que tomar el tren para New Haven, lo mismo que nosotros y vestirse en un camerino horrendo. ¡Caray!, los lavabos que tenemos en el estudio son mejores que el camerino de una estrella de teatro. El mío es tan grande como el apartamento de Helen, en Park Avenue. Cuando eres una figura, y eso es lo que yo soy, te lo dan todo hecho. El jefe, así es como llamamos a C. H. Bean, es un hombrecito tan maravilloso... Dulce, y puedes hablar con él como con un padre. Yo no conocí a mi padre. Pero como te iba diciendo, me limité a decirle que quería perder algo de peso. ¡Caray! ¿Sabes lo que hizo? Mandó que instalaran en mi camerino un baño de vapor y me envió una masajista particular. Y el estudio lo paga todo. Cuando tengo que asistir a alguna parte, a un estreno, por ejemplo, me envían un coche con chofer uniformado, y además pieles y vestidos. Y si mi próxima película resulta tan buena como las dos primeras, el jefe dice que me harán un nuevo contrato con un buen aumento de sueldo... Quizá dos mil a la semana.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS, *Presencias de Don Quijote en las artes de México*, Edit. UNAM, 188 págs., México, D. F., 1968.

El Instituto de Investigaciones Estéticas, en su sección de Estudios y Fuentes del Arte de México, ha publicado la segunda edición de esta obra

que, en abril de 1965, fue enviada al Tercer Concurso Literario Cervantes y obtuvo el primer premio, entregado en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Por tal razón, se hizo entonces una primera edición de doscientos cincuenta ejemplares.

Rojas Garcidueñas hace constar que el fruto de su investigación vertido en estas páginas "no es sobre El Quijote sino sobre 'Don Quijote'; en otras palabras": no trata de lo que Cervantes "pensó y dijo de su personaje, sino de lo que otros artistas han hecho tomando por tema o inspiración el personaje Don Quijote, y lo que de ello se encuentra en esas manifestaciones artísticas nacidas o florecidas en el suelo de nuestro país".

El autor es consciente de que su investigación relativa a señalar los múltiples casos en que la figura del famoso personaje ha sido tema de expresiones artísticas, es muy ardua y extensa, por lo que no se hace ilusiones respecto a los límites de su trabajo. Por otra parte, algo ve de mérito en haber investigado en campos casi inexplorados.

José Rojas Garcidueñas no intenta explicar los métodos o procedimientos empleados para sacar adelante su trabajo de investigación; en el Prólogo dice que los títulos de los mismos capítulos dan una idea acerca de las pautas seguidas y de los temas en cada uno; en efecto, es fácil si se leen los siete por su orden: Don Quijote por las calles de México, Don Quijote en un biombo mexicano del siglo xviii, Don Quijote en las artes suntuarias del virreinato, Ediciones mexicanas ilustradas del Quijote, Don Quijote en las artes aplicadas y en el arte popular, Don Quijote en las artes plásticas y Don Quijote en la escena.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

COMENTARIO, Publicación bimestral del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información, José Isaacson, Año XV, Núm. 63, noviembre-diciembre, Buenos Aires, Argentina, 1968.

En este número hay trabajos de: Adolfo de Obieta, Ernst Pawel, Ieoshúa A. Gilboa, Antonio Páges Larraya, Francisco Luis Bernárdez, Hebe Clementi, Carlos Carlino, Alfredo Cahn, Alberto F. Rivas, Sergio Leonardo, Juan Jacobo Bajarlía, José Blanco Amor, Nelly Candegabe, Juan Antonio Carrau, Carlos Alberto Merlino, Oscar Alberto Casado, Alberto Luis Ponzo, Sergio Darlin, Santiago Ezequiel Kovadloff, Alberto Blasi Brambilla, Lázaro Liacho y J. Ernesto D'Albora.

AMÉRICA LATINA, Publicación del Centro Latinoamericano de Investigaciones de Ciencias Sociales, Director: Manuel Diégues Júnior, Año 11, Núm. 2, abril-junio, Rio de Janeiro, Brasil, 1968.

En este número hay trabajos de: Manuel Diégues Júnior, Hernán Godoy Urzúa, D. F. Maza Zavala, Aldo Ferrer, Rolf Lüders, Luis Ratinoff, Mario S. Brodersohn, Eliseo Mendoza, Orlando Fals Borda, José Matos Mar, Joan E. Garcés, T. D. T., M. M. D. Q., R. H. T., F. S., G. H., L. N. y G. M.

ECO, Revista de la Cultura de Occidente, Redacción: Nicolás Suescún, Tomo XVII/5, Núm. 101, septiembre, Bogotá, Colombia, 1968.

En este número hay trabajos de: León de Greiff, Alexander Kluge, Hans Jurgens Krysmanski, Isaac Bashevis Singer, Karl Trintcher, Mircea Eliade, Jorge Eliécer Ruiz, Carlos Rincón, Myriam de Aragón, Mario Arrubla y Wilhelm Lehbruck.

RAZÓN Y FÁBULA, Revista bimestral de la Universidad de los Andes, Director: Andrés Holguín, Núm. 9, septiembre-octubre, Bogotá, Colombia, 1968.

En este número hay trabajos de: Julio Ortega, Helena Araújo, Tulia A. de Dross, Elvira Orphée, Felipe Herrera, Pizano de Brigard, Joan E. Garcés, J. Alberto Navas S., H. A. Murena, Eduardo González Lanuza, Horacio Armani, Edmundo Waisman, Mario Rivero, Antonio García, Oscar Cuéllar, Luis Antonio Escobar, Julián Garavito, Alejandro Paternain, Fernando Lleras, Horacio Lavieri, Jorge Restrepo Trujillo, Omar Prego Gadea, Sergio Acevedo-Gómez, Aleyda Muñoz López y Francisco Valderrama M.

OCLAE, Publicación mensual de la Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes, Año 11, Núm. 24, diciembre, La Habana, Cuba, 1968.

En este número hay trabajos de: Pedro Martínez Pérez, W. Angulo, Héctor Béjar Rivera, Jean Michel Fossey, Roberto González Gómez, Edmundo Desnoes, Edgardo Tello y Allen Young.

UNIÓN, Publicación trimestral de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Año VI, Núm. 3, septiembre, La Habana, Cuba, 1968.

En este número hay trabajos de: José Lezama Lima, Eduardo Heras León, Pierre Macherey, Mario Benedetti, Michel Leiris, José Antonio, Fina García Marruz, Sergio Hernández Rivera, Delfín Prats, Manuel Vidal, Cintio Vitier, Enrique Lihn, Jorge Teillier, Agenor Martí, Alain Jouffroy, Nils Castro, Octavio Smith, Adam Schaff, Raúl Martínez, Onelio Jorge Cardoso, Eliseo Diego, Pedro de Orá, Reynaldo González, Félix Grande, Jean Michel Fossey, Max Figueroa, Félix Pita Rodríguez, Loyle Hairston, José Rodríguez Feo y Leopoldo Avila.

REVISTA INTERNACIONAL, Publicación Teórica e Informativa de los Partidos Comunistas y Obreros, Año XII, Núm. 1, enero, Praga, Checoslovaquia, 1969.

En este número hay trabajos de: Waldo Atías, Iván Schedrov, V. Dagan, E. Lian, Max Reiman, Leonidas Stringos, Manuel Cepeda, J. R. Campbell, Ota Lev, Francisco Mieres, Pavel Auersperg, P. H., Juan Luna, J. M. Lanao, V. S., Gustavo Colman, A. Farhadyan, V. Sh. y A. D.

BOLETÍN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Publicación mensual, Director: Enrique Bello, Núm. 73, abril, Santiago de Chile, Chile, 1967.

En este número hay trabajos de: Eugenio González R., A. Flitner, Helwin Gert Peters, Bertrand Schwartz, M. Claude Destival, Adolfo Alivial, Max Marcus, Hugo Gunckel, N. Shebalin, Gerold Stahl, Miguel Castrillo D., Sergio Hernández, Odiseo Elytis, Jorge Teillier, Ettore Rognoni, Juan Bernal Ponce, Glenda Kapstein, Guillermo Ulriksen y J. T.

TRILCE, Revista de poesía, Director: Omar Lara, Año V, Núm. 14, diciembre-enero, Valdivia, Chile, 1969.

En este número hay trabajos de: Eugenio Matus, Bertolt Brecht, Marta Woerner, Jorge Teillier, D. H. Lawrence, Guido Mutis, Guillaume Apollinaire, Braulio Arenas, Enrique Valdés, Waldo Rojas, Roberto Fernández Retamar, Octavio Paz, Omar Lara, Sergio Hernández, Pedro Lastra, Jorge Naranjo, Floridor Pérez, Manuel Silvecedo, Paul Klee, Pablo de Rokha, Lukó de Rokha, Luis Bustamante y Tito Vásquez.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Revista mensual de Cultura Hispánica, Director: José Antonio Maravall, Vol. LXXVII, Núm. 229, enero, Madrid, España, 1969.

En este número hay trabajos de: Robert Ricard, José García Nieto, Daniel Moyano, Angel Marsá, Guy Dornand, Francisca Aguirre, José María Martínez Cachero, Felipe Mellizo, Juan Antonio Castañeda, Alejandro Paternain, Joan E. Garcés, José Antonio Gómez Marín, Ricardo Doménech, Andrea Amorós, Juan Carlos Curutchet, Emilia Doyaga, Federico Sopena, Fernando Quiñones, Alberto Gil Novales, Eduardo Tijeras, Juan Riera, Jorge Rodríguez Padrón, Valeriano Bozal, Augusto Martínez Torres, José Batlló, Marina Mayoral, Rolando Camozzi, Julio E. Miranda, Camuccini, Jordi y Sebastián Gasch.

INDICE, Director: J. Fernández Figueroa, Año XXIV, Núm. 240, enero, Madrid, España, 1969.

En este número hay trabajos de: A. F., Chinolope, Leonor Fini, Gonzalo Fernández de la Mora, Juan Castella-Baste-Rampott, Antoni Verge I. Albertos, R. D., M. F. B., Eugenio Frutos, Carlos Núñez, Rafael Durbán, Vicente Pérez Sádaba, José María Carrascal, Julián Marradés, Luis Espina,

Helena Saña, Miguel Sánchez-Mazas, Julio Cortázar, Leopoldo Azancot y Juan Castellá-Gassols.

REVISTA DE OCCIDENTE, Publicación mensual, Director: José Ortega Spottorno, Año VI, Segunda Epoca, Núm. 69, diciembre, Madrid, España, 1968.

En este número hay trabajos de: Rivera, José Alvarez Junco, José Antonio Maravall, Valeriano Bozal, Pedro Laín Entralgo, Fernando Checa Goitia, Dictinio de Castillo-Elejabeytia, Luis de Pablo, Cushing Strout, Pedro de Azcárate, Francisco Rico y Nicolás Sánchez Albornoz.

AMÉRICAS, Publicación mensual, Director: Guillermo de Zéndegui, Vol 21, Núm. 2, febrero, Washington, Estados Unidos, 1969.

En este número hay trabajos de: Lucía Ungaro de Fox, Harrison Forman, Manuel Belloni, Kent A. Herath, Arbon Jack Lowe, Rafael Squirru, José Hernández, Pancho Fierro, J. M. Rugendas, Alberto Güiraldes, Leopoldo Lugones, Louis B. Wetmore, Charles A. Blessing, Calvin A. Hamilton, Francis Violich, Jorge Severino, Rosa Idalia García, Ada Valcácer, Antonio Berni, Fernando Demaría, Juan Carlos Torchia Estrada, Raymond E. Crist, George Meek y Guillermo de Zéndegui.

BULLETIN ANALYTIQUE DE DOCUMENTATION, Publicación mensual de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Dirigen: Jean Meyriat y Daniel Saltet, Año 23, Núm. 10, octubre, París, Francia, 1968.

En este número hay varios trabajos de autores anónimos.

MUNDO NUEVO, Revista de América Latina, Publicación asociada al Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, Núm. 32, febrero, París, Francia, 1969.

En este número hay trabajos de: Salvador Reyes Nevares, Jorge Ayala Blanco, María del Carmen Garza Ramos, Justino Fernández, Carlos Begue, Miguel Chase-Sardi, José Stevenson, Fausto Masó, Lewis H. Rubman, Humberto Díaz-Casanueva, Walmir Ayala, Antonio Stempel París, Manuel Olivari, I. S., I. R. F., C. A. B. y Jorge Luis Borges.

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS, Publicación cuatrimestral, Director: Edmundo Vázquez Martínez, Tomo LXIX, Núm. 69, julio-diciembre, Guatemala, Guatemala, C. A., 1966.

En este número hay trabajos de: Hugo Cerezo Dardón, Charles V. Auburn, Ernesto Mejía Sánchez, Jean Humbert, José Molina Calderón, Sidney D. Markman, Guillermo Putzeys A., Jorge Luján Muñoz, Lourdes Bendfeldt R. y Aura Estela Singer Guerra.

AMÉRICA INDÍGENA, Órgano trimestral del Instituto Indigenista Interamericano, Director: Gonzalo Aguirre Beltrán, Vol. XXIX, Núm. 1, enero-marzo, México, D. F., 1969.

En este número hay trabajos de: Marlene Dobkin, John G. Kennedy, Larissa Lomnitz, R. Montandón, H. E. Torres Trueba, Antonio Díaz Martínez, T. Bailey, John M. Hickman, Arthur K. Davis, Charles J. Erasmus, David Brokensha, Richard E. DuWors, Roland L. Warren, Alfonso Villa Rojas, Phillip Baer and, William R. Merrifield y Eduardo Galva.

COMUNIDAD, Revista trimestral, Director: Armando Salcedo, Vol. IV, Núm. 17, febrero, México, D. F., 1969.

En este número hay trabajos de: Hieronimus Bosch, José Rubén Sanabria, Carlos Somorrostro, A. Beardsley, Angel Palerm, Xavier Scheifler Amézaga, Jorge Barquet, Goya, Oswaldo Guayasamin, Giancarlo Elia Valori, Gabriel Ojeda Padilla, Marco Antonio Montes de Oca, Durero, María Antonieta Lozano, Paul Shelly-Kelly, Rodin, Gerardo Claps, N. B. Miller, Raúl Cosío, Horacio Guajardo, Francisco A. Gómez-Jara, Carlos Sirvent, José López Valdizón y Miguel Villoro Toranzo.

COMUNIDAD IBÉRICA, Publicación bimestral, Director: Fidel Miró, Año VII, Núm. 38, enero-febrero, México, D. F., 1969.

En este número hay trabajos de: Francisco Prieto, Raúl Oscar Abdala, B. Hernández París, Víctor García, Abel Quezada, Juan Luis Velázquez, Rudi Dutschke, Josefa Rivas, R. S., José Peirats, Herbert, Adolfo Hernández, B. Hernández, Carreño, Campio Carpio, Ginés Alonso, A. Hernández, Juan Ramón Jiménez y F. Martí.

DIÁLOGOS, Revista bimestral de Artes, Letras y Ciencias Humanas, Director Ramón Xirau, Vol. 5, Núm. 25, enero-febrero, México, D. F., 1969.

En este número hay trabajos de: Eugene Ionesco, Víctor L. Urquidi, Rubén Bonifaz Nuño, José Luis Abellán, Jorge Arturo Ojeda, Iván Illich, Toby Joysmith, Jorge Alberto Manrique, César Sepúlveda, Ramón Xirau y Kazuya Sakai.

EL CUENTO, Revista de imaginación, Director: Edmundo Valadés, Tomo VI, Año IV, Núm. 34, marzo, México, D. F., 1969.

En este número hay trabajos de: Andrés Hencestrosa, Manou Dornberier de Ugarte, Benjamín Ramón, Daniel Petteward, A. A. Milne, Karel Capek, Oscar María Graf, Billy Rose, Francisco Ayala, Lima Barreto, Richard B. Gehman, Loló de la Torriente, Henry Cecil y Juan Carlos Onetti.

LETRAS DE AYER Y DE HOY, Dirigen: Arcadio Noguera y Jesús Arellano, Núm. 38, marzo, México, D. F., 1969.

En este número hay trabajos de: Zulma Núñez Colombo, Crisanto Cuéllar Abaroa, Enrique Sverdlik, Winston Orillo, Ernesto Crespo Frutos, Pedro Buchignani, Mario Delgado, Manuel A. Casartelli, Juan Antonio Sánchez Anes, Rodolfo Caltofen, Antonio Silva Villalobos, Miguel Bustos Cerecedo, Josué Mirlo, Liliana Echeverría Drummond, Roberto Gómez García, Ben-Tzion Tomer, Román Fontán Lemes, José Martínez Sotomayor, Francisco E. Carrillo, José Garés Crespo, Gastón Figueira, Heriberto Gutiérrez Jiménez y Raziél de Lugo.

METAMORFOSIS, Revista trimestral de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Chihuahua, Director: Silvano Flores, Año segundo, Núm. 3, noviembre, Ciudad Juárez, México, 1968.

En este número hay trabajos de: Gaspar G. Orozco, Arturo Rico Bovio, Silvano Flores R., Ignacio Santos, Alberto Sáenz Enríquez, Luis Urias, Efraín Huerta, Gaspar Gumaro, Thelma Nava, René Avilés, Rafael Domínguez, Lancaster Toro, Roberto Valle y Luis Nava.

REVISTA DEL MÉXICO AGRARIO, Edición bimestral, Director: Hugo Tulio Meléndez, Núm. 5, julio-agosto, México, D. F., 1968.

En este número hay trabajos de: Hugo Tulio Meléndez, Gilberto Loyo, Antonio Luna Arroyo, Marco Antonio Durán, Jorge Laris Casillas, Sergio Reyes Osorio, Rubén Delgado Moya, Julio Rodolfo Moctezuma, Fausto Zapata, Alexandro Martínez Camberos, José de Jesús Valdivia. B. Kaplan y Miguel Angel Cordera.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE YUCATÁN, Publicación bimestral, Director: Conrado Menéndez Díaz, Año X, Vol. X, Núm. 60, noviembre-diciembre, 1968.

En este número hay trabajos de: Luis Quintanilla, Jaime Orosa Díaz, Renán Irigoyen Rosado, Rodolfo Ruz Menéndez, Santiago Burgos Brito, Roldán Peniche Barrera, Abelardo Barrera Osorio, Antonio Canto López, Miriam Beatriz Ríos de Nonoalco, C. M. D., León Felipe y Armando García Franchi.

AMARU, Revista de Artes y Ciencias, Director: Emilio Rodolfo Westphalen, Núm. 7, julio-septiembre, Lima, Perú, 1968.

En este número hay trabajos de: Erwin Schroedinger, Hansjochem Aurtum, Paul Nougé, Carlos Germán Belli, Eleodoro Vargas Vicuña, Marco Antonio Montes de Oca, Bohumil Hrabal, Iván Vyskocil, Ernesto Mejía Sánchez, Allen Ginsberg, Antonio Cisneros, Mario Vargas Llosa, Ariel Dorfman, Giuseppe Ungaretti, Francisco Bendejú, Piero Dorazio, Ernesto Gastelumendi, Carlos Reyles, Raúl Silva Cáceres, Carlos Martínez Moreno, Luis Alberto Gómez de Souza, Blanca Varela, Tomás G. Escajadillo, Capogrossi, Stefano Varese, Ernst Fischer, Heinrich Jaenecke, Fernand Léger y Vasarely.

REVISTA POLACA, se edita en los idiomas alemán, español, checo, francés, inglés y ruso, Director: Pawel Kwiecinski, Núm. 13, marzo, Varsovia, Polonia, 1969.

En este número hay trabajos de: Stanislaw Gućwa, Bozydar Sosien, Jan Parandowski, Juan A. Aragón, Bohdan Piatkowski, Zbigniew Damski y Gwidon Miklaszewski.

PUERTO, Revista de la Facultad de Estudios Generales, Universidad de Puerto Rico, Directora: Aurora de Albornoz, Núm. 2, enero-marzo, San Juan, Puerto Rico, 1968.

En este número hay trabajos de: Wenceslao Roces, José M. Lázaro, José Echeverría, Emilio Díaz Valcárcel, Alfonso Sastre, Marcos Rodríguez Freese, Manuel Maldonado Denis, Ruth García de Padilla, Bernardo Gicovate, José Luis Cano, Concha Meléndez, Carmen Puigdollers, Marcelino Canino Salgado, M. L. Pérez Marchan, Aurora de Albornoz, Rafael Garzaro y Myrna Báez.

DIÁLOGOS, Revista del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Director: Ludwig Schajowicz, Año V, Núms. 11-12, abril-septiembre, San Juan, Puerto Rico, 1968.

En este número hay trabajos de: Carlos Astrada, Vincent Vycinas, Yvon Gauthier, Eduardo Nicol, Arnold Metzger, Manfred Kerkhoff, Angel J. Casares, Kostas Axelos, Carlos E. J., Da Cunha, Carlos H. Soto y José M. Lázaro.

RUMANIA, Documentos, Artículos e Información, Año XX, Núms. 4-5, marzo, Bucarest, Rumania, 1969.

En este número hay trabajos de: Corneliu Manescu, V. Brailoiu, Dimitrie Bolintineanu y R. Gross.

LITERATURA SOVIÉTICA, Revista mensual, Organó de la Unión de Escritores de la URSS, Director: V. Azháev, Núm. 1, enero, Moscú, URSS, 1969.

En este número hay trabajos de: Vasili Bielov, Vladímír Stozhárov, Francisco Roldán, Karlo Kaladze, Jorge Zalamea, Silva Kaputikián, Vaguif, Arturo Carrasco, Dimitri Blagoi, Igor Zolotusski, Ion Drutse, Konstantin Paustovski, Elena Lútskaia, Kargopol, Vladímír Stozharov, Galina Kirillova, Elena Liubímova, V. Semiónov, Evguenia Knipóvich, Emma Polótskaia y E. L.

TIEMPOS NUEVOS, Revista semanal, Director: Natalia Sergueieva, Núm. 3, Año XXVII, enero, Moscú, URSS, 1969.

En este número hay trabajos de: A. Leoníдов, Walter Bartel, Iván Antónov, Dimitri Volski, Leonid Istiaguin, P. Zharkov, V. Rozen, A. Antónov, V. Krasnov, B. Izakov, M. Kremnirov, Tamara Chebotáricvskaia, Liubov Yúnina, D. Mélnikov y Reinhar Bierbaum.

CRISTIANISMO Y SOCIEDAD, Revista cuatrimestral, Publicada por la Junta Latinoamericana de Iglesia y Sociedad, Redacción: Julio Barreiro, octubre, Montevideo, Uruguay, 1968.

En este número hay trabajos de: Paulo Freire, Raúl Velozo Farías, José Luis Fiori, Ernani María Fiori y Jorge Mellado.

ZONA FRANCA, Revista de Literatura e Ideas, Publicación mensual, Director: Juan Liscano, Año IV, Núm. 64, diciembre, Caracas, Venezuela, 1968.

En este número hay trabajos de: Thomas Merton, Janet Flanner, Iván Drenikof, Antonieta Madrid, Fernando Arbeláez, Olga Kochen, José Francisco Sucre, Orlando Albornoz, Aída Kogan, Francisco Herrera Luque, Jesús Urzagasti, Omar Prego Gadea, R. J. Lovera De Sola, Granier Barrera, B. D., Julieta Sucre, Pierre De Place, Fernando Arbeláez, Juan Liscano y Mark Tobey.

CUESTIONES ACTUALES DEL SOCIALISMO, Publicación trimestral yugoslava, Revista teórica, política y de información, Jefe de Redacción: Punisa Perovic, Núm. 10, julio-septiembre, Belgrado, Yugoslavia, 1968.

En este número hay trabajos de: Mijalko Todorovic, Edvard Kardelj, Najdan Pasic, Drajojub Dragisic, P. P. y A. K.

POLÍTICA INTERNACIONAL, Revista bimensual de la Federación de Periodistas de Yugoslavia, Director: Zdenko Stambuk, Núm. 452, febrero, Belgrado, Yugoslavia, 1969.

En este número hay trabajos de: Toma Granfiel, Brezaric, Josip Djerdja, Ales Bebler, Ljubomir Radovanovic, S. Mihailovic y Srcko Bijelic.

Se terminó de imprimir este libro el día 6 de mayo de 1969 en los talleres de la EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A., Avenida Coyoacán 1035, México 12, D. F. Se tiraron 1,650 ejemplares.

Nº 869

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

• • •

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

ASOMANTE

Fundada en 1945

Revista trimestral literaria

La edita la

ASOCIACIÓN DE GRADUADAS

DE LA

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Directora: Nilita Vientós Gastón

Subdirectora: Monella L. Pérez Marchand

Administradora: Ortilia Olivera de Carreiras

Subadministradora: María Teresa C. Díaz García

Números 1 y 2 de 1967

(Homenaje a Rubén Darío)

*GUILLERMO DE TORRE, *RICARDO GULLÓN, *CONCHA ZARDOYA, *BERNARDO GICOVATE, *JUAN LOVELUCK, *ANTONIO OLIVER BELMAS, *JAIMÉ LUIS RODRÍGUEZ VELAZQUEZ, *RAIMUNDO LIDA, *DANIEL DEVOTO, *ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, *JOSE A. BALSEIRO, *JULIETA GÓMEZ PAZ, *JOSE LUIS CANO, *GIUSEPPE BELLINI, *ANTONIO FERNÁNDEZ MOLINA, *GASTÓN FIGUEIRA, *JACINTO LUIS GUERENA, *GUIA DEL LECTOR.

S U M A R I O

Número 3 de 1968

(Homenaje a Miguel Ángel Asturias)

*LUIS DE ARRIGUITIA: "Leyendas de Guatemala"; *AGUSTINA G. DE GAZTAMBIDE: "El Señor Presidente"; *CONCHA MELENDEZ: El mito viviente en "Hombres de maíz"; *ÁNGEL LUIS MORALES: La trilogía bananera; *ADELAIDA LORAND DE OLAZAGASTI: "Mulata de Tal"; *JUAN SAEZ RÍRGOS: Nunca en el mismo sitio; *JOSE LUIS CANO: Carta de España; *DAMIÁN BAYON: Carta de París; *GIUSEPPE BELLINI: Carta de Italia; *LOS LIBROS: ANTONIO OTERO SECO, GASTÓN FIGUEIRA, MARÍA DE GRACIA IFACH, NILITA VIENTÓS GASTÓN, ALFREDO MATILLA RIVAS, *GUIA DEL LECTOR. *COLABORADORES.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 6.00
Otros Países	5.50
Ejemplar suelto	1.50

Dirección: Apartado postal 1142, San Juan, Puerto Rico 00902

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: JULIO MATAS

Dirección: 1617 C. L., University of Pittsburgh,
Pittsburgh, Pennsylvania 15213, U. S. A.

Suscripción anual: U. S. A. y Europa, 6 dólares;

•

América Latina, 3 dólares
Han aparecido 66 números

Solicite colección completa o números atrasados. Próximos números dedi-
cados a Miguel Angel Asturias y César Vallejo

Algunos de nuestros colaboradores:

Ciro Alegria, Enrique Anderson Imbert, Pedro Henríquez Ureña, Rafael
Lapesa, Raimundo Lida, Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás,
Mariano Picón-Salas, Alfonso Reyes

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

TRAYECTORIA Y RITMO DEL CREDITO AGRICOLA EN MEXICO

por

ALVARO DE ALBORNOZ

Obra acreedora al Primer Premio del Banco
Nacional de México, S. A. en 1965

Precios:

	Pesos	Dólares
México	65.00	
España y América		6.00

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Apartado postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

**Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.
Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares**

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

DOS LIBROS SENSACIONALES

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
El drama de la América Latina. El caso de México, por FERNANDO CARMONA	25.00	2.50
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, por ALONSO AGUILAR MONTEVERDE	10.00	1.00

De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

**Avenida Coyoacán 1035
México 12, D. F.**

**Apartado Postal 975
México 1, D. F.**

Tel.: 75-00-17

ESPAÑA CONTEMPORANEA

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENNAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

408 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 6 mapas 17 documentos fotográficos

39 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

480 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei: 1928-1957

184 páginas

21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

EDITIONS RUEDO IBÉRICO

5 rue Aubriot - Paris 4

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Poesía	Día
RENDICION DE ESPIRITU (I) y (II), por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por <i>Enrique González Martínez</i> ..	10.00	1.00
SIGNO, por <i>Honorato Ignacio Magaloni</i>	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>Tomás Bledsoe</i>	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por <i>Germán Pardo García</i>	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por <i>Alfredo Cardona Peña</i>	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por <i>Miguel Álvarez Arista</i>	25.00	2.50
DIMENSION IMAGINARIA, por <i>Enrique González Rojo</i> ..	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO por <i>Margarita Puz Paredes</i> ..	20.00	2.00
ARETINO. AZOTE DE PRINCIPES, por <i>Felipe Cassio del Pomar</i>	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por <i>Luis Suárez</i>	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA (Edición Casi agotada)	20.00	2.00
EL HECHICERO, por <i>Carlos Solórzano</i>	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por <i>Luis Sánchez Punzón</i>	20.00	2.00
RAZON DE SER, por <i>Juan Larrea</i>	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por <i>Fernando Alegria</i> ..	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por <i>Juan Larrea</i>	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por <i>Manuel Maples Arce</i> ..	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, <i>galaxia y otros poemas</i> , por <i>Luis Sánchez Puntón</i> ..	20.00	2.00
LA EXPOSICION. Divertimiento en tres actos, por <i>Rodolfo Usgli</i>	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por <i>Frederic H. Young</i>	10.00	1.00
HISPAÑOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA, por <i>varios autores</i>	10.00	1.00
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por <i>Emilio Romero Espinosa</i>	10.00	1.00
GUATEMALA, PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLUCION, por <i>Fedro Guillén</i>	5.00	0.50
EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA. <i>El caso de México</i> , por <i>Fernando Carmona</i>	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por <i>Mauricio de la Selva</i>	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por <i>Gerard Pierre-Charles</i>	25.00	2.50
INQUIETUD SIN TREGUA, <i>ensayos y artículos escogidos 1937-1965</i> , por <i>Jesús Silva Herzog</i>	30.00	3.00
EL PANAMERICANISMO. <i>De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson</i> , por <i>Alonso Aguilar Monteverde</i> ..	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por <i>José Tiquet</i>	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por <i>Lucila Leal de Araujo</i>	25.00	2.50
PASTORAL, por <i>Sara de Ibáñez</i>	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por <i>José Caos</i>	5.00	0.50
LA AGONIA DEL PERU, por <i>Gustavo Valcárcel</i>	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por <i>José Guadalupe Zuno</i> ..	8.00	0.80
VIGILIAS, por <i>Clarivel Alegria</i>	5.00	0.50
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por <i>Alfredo L. Palacios</i>	3.00	0.30

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	9.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00

PRECIOS DEL EJEMPLAR

MEXICO	20.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.80
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.15

Ejemplares atrasados. precio convencional

N U E S T R O T I E M P O

F. Cossío del Pomar
Mario Monteforte Toledo

Militarismo en América Latina.
La Política Militar de los Estados Unidos en Centroamérica.

Graciela Mendoza

Gerardo Molina habla de la inquietud estudiantil y otros problemas fundamentales.

Jesús Cambre Mariño

Educación y desarrollo en España.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Zunilda Gertel

Borges y su concepto de unidad y pluralidad del Ser.

Guillermo Díaz Doin
Miguel Bueno

Revolución y potestad constituyente.
La vocación filosófica y la filosofía.

PRESENCIA DEL PASADO

Armando Zárate
Antonio Sacoto

La poesía y el ojo en "La Celestina"
García Moreno y la política en la obra de Montalvo.

NOTA, por José Corona Núñez

DIMENSION IMAGINARIA

Rómulo Gallegos
Jaime Díaz Rozzotto

La brasa en el pico del cuervo.
Orígenes y originalidad de la Literatura Guatemalteca.

Manuel Pedro González

A propósito del hispanismo norteamericano.

Martha Paley de Francescato

Julio Cortazar y un modelo para armar ya armado.

Alejandro Paternain

La Raíz del Fuego (La imagen de Sara de Ibáñez).

NOTA, por Julio Ortega

LIBROS Y REVISTAS

Mauricio de la Selva

Libros, revistas y otras publicaciones.